
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS




# OBRAS

DE

## D. J. MARIA ROA BÁRCENA

Miembro correspondiente
de la
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO I.

CUENTOS ORIGINALES Y TRADUCIDOS

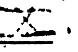
MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR
Cerca de Sto. Domingo No. 4
1897

# BIBLIOTECA

## DE

# AUTORES MEXICANOS






# OBRAS

DE

D. J. MARÍA ROA BÁRCENA

Miembro correspondiente
de la
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO I.

CUENTOS ORIGINALES Y TRADUCIDOS

MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR
Cerca de Sto. Domingo No. 4
1897



J. M. Roa Bárcena

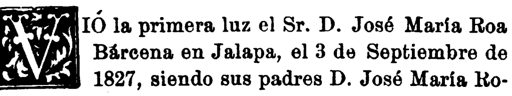


J. M. Roa Bárcena



## NOTICIA DEL AUTOR. *

### I



VIÓ la primera luz el Sr. D. José María Roa Bárcena en Jalapa, el 3 de Septiembre de 1827, siendo sus padres D. José María Rodríguez Roa y Doña María de la Concepción Bárcena. Dedicóse al comercio el jóven D. José María, y sólo de afición se dió á la lectura y al estudio. El aprovechamiento que de esto sacó, lo revelan sus composiciones de aquel tiempo, que se publicaron en algunos periódicos de la localidad, y fueron recibidos con aplauso por el público inteligente, sobresaliendo entre sus poesías líricas los *Fragmentos de un poema intitulado "Memorias de un Peregrino"* y una preciosa leyenda, *Diana*; y entre sus escritos en prosa, su novelita *Una Flor en su sepulcro.*

[*] En los "Escritores Mexicanos Contemporáneos," que formarán parte de la Colección de las "Obras Literarias" de D. Victoriano Agüeros, de esta BIBLIOTECA, se insertará un extenso estudio acerca del Sr. Roa Bárcena. La presente "Noticia" es un breve extracto.

Abandonó la tierra natal en 1853, y vino á radicarse á México, donde á la sazón se libraban serios combates por la prensa entre los partidos políticos liberal y conservador. El Sr. Roa Bárcena ingresó á las filas del segundo, distinguiéndose desde luego en sus trabajos por la energía, el brío y la actividad que demostraba. Los principales periódicos de la época, que estaban redactados por los hombres más eminentes de la nación, acogieron con entusiasmo los escritos del jóven Roa, viendo en él un valeroso campeón de la sociedad y de la justicia. Dos años escribió en EL UNIVERSAL, al lado de escritores tan distinguidos como D. Lúcas Alamán, D. Ignacio Aguilar y D. Anselmo de la Portilla. En 1855 pasó á LA CRUZ, y allí tuvo la gloria de compartir los trabajos de la redacción con el esclarecido poeta D. José Joaquín Pesado. El Sr. Roa Bárcena, con sus escritos, dió gran interés al periódico, pues durante mucho tiempo amenizó sus páginas con hermosos artículos literarios, novelas, poesías, etc., y sostuvo importantes polémicas con diversos escritores del partido liberal.

Concluída la publicación de LA CRUZ en Julio de 1858, pasó nuestro autor á dirigir EL ECO NACIONAL y más tarde LA SOCIEDAD, redactando solo, durante mucho tiempo, este último diario, y dando pruebas, como siempre, de gran laboriosidad y de una fuerza de convicción extraordinaria. Apoyó la Intervención y el Imperio, y fué miembro de la Junta de Notables; pero al ver que Maximiliano se apartaba de los principios conservadores, cesó de apoyarlo, censuró muchos de los actos de su gobierno, anunció su caída, se negó á admitir empleo alguno de él, y recibió fuertes extrañamientos del cuartel general francés y del

gabinete imperial. A la caída de Maximiliano, había vuelto á las ocupaciones mercantiles en que continúa, y sufrió prisión de algunos meses, no obstante que la prensa liberal abogó en favor suyo.

El Sr. Roa Bárcena, en política, perteneció siempre á la escuela conservadora, defendiendo el catolicismo y propugnando las ideas administrativas del ilustre mexicano D. Lúcas Alamán.



II

Fecunda ha sido la labor literaria de nuestro autor, y en todas las obras que ha dado á luz, se nota una tendencia decidida á favorecer el desarrollo de las letras mexicanas, á serles útil, cultivando diversos géneros que pueden servir de ejemplo y enseñanza. Así, en su primer tomo de poesías líricas, publicado en 1858; en sus *Leyendas* en verso, en sus *Cuentos* y *Novelas*, describe con exactitud nuestras costumbres, nuestros paisajes y diversos tipos de nuestra sociedad; y en sus libros posteriores, *Recuerdos de la invasión Norte-Americana*, *Biografías*, etc., estudia con gran acopio de datos nuestra historia contemporánea y la vida de ilustres ingenios mexicanos, como Pesado, Carpio y Gorostiza.

En La Cruz publicó numerosos artículos literarios, biográficos y críticos, entre ellos uno sobre *Cristóbal Colón*, varias novelas y el poema bíblico *Ithamar*. También escribió en aquella época *Diana*, hermoso poema romántico, que ha reimpreso hace pocos años.

En 1860 dió á luz un *Catecismo elemental de Geografía Universal*, y aquel mismo año comenzó su *Catecismo de Historia de México*, obra muy laboriosa, que se publicó tres años después.

A éstos libros siguió su *Ensayo de una historia anecdótica de México*, dividido en tres partes; y en 1862 publicó sus *Leyendas Mexicanas*, en verso, que contienen tradiciones, cuadros y descripciones de sucesos de nuestra historia antigua. "Mi leyenda *Xóchitl*—dice el autor—da idea de la destrucción de la monarquía tolteca, que precedió á las demás establecidas en el Anáhuac. Después de consignar las tradiciones relativas á la emigración, el viaje, la llegada, esclavitud y emancipación de los aztecas y á la fundación de México, trazo algunas de sus costumbres domésticas y sociales en *El Casamiento de Netzahualcoyotl;* paso á describir en *La Princesa Papantzin* los presagios de la venida de los europeos y los primeros síntomas del gran cambio efectuado con la conquista española, etc."

Se ve por esto la importancia del libro del Sr. Roa Bárcena.

"Hay que confesar que estos asuntos, de épocas anteriores á la conquista,—dice un escritor—no tienen de nacionales para nosotros, sino el lugar donde se verificaron los sucesos, que es el mismo suelo americano que habitamos; y que aquellos personajes, cuyos nombres mismos tienen para nuestros oídos castellanos un sonido extraño, no nos interesan por motivos de raza ó de tradición, sino por otras circunstancias, por donde pudieran interesar á lectores europeos, y como á nosotros mismos pueden interesarnos cualesquiera otros personajes extran-

jeros, célebres por su dramática vida ó su muerte trágica."

Hablando de estas mismas *Leyendas*, ha dicho D. Miguel Antonio Caro, el insigne humanista colombiano:

"Son las poesías de Roa Bárcena españolas y castizas por la forma; americanas por el colorido local, y narrativas. Roa, si no inventor del género á las que las suyas pertenecen, títulos tiene para ser considerado, tal vez, como su cultivador más distinguido en la América española."

Y más adelante agrega: "Gran cualidad, así en poesía como en todo, es el decoro. Roa Bárcena la posee, con otras apreciables dotes, y si no cada una de ellas con la superioridad en que aislada la ha ostentado tal vez algún otro, reunidas resplandecen en él, y en grado bastante eminente para darle entre poetas americanos, en este género, la primacía de que otros carecieron. Roa Bárcena narra con facilidad y gracia; encadena á sus relaciones el interés del lector; describe con pincel de artista que ama y observa la naturaleza; con fidelidad dá á conocer las costumbres de nuestros mayores nacidos ó avecindados en América. Cuando escribe el poeta en su propio nombre sus sentimientos, nobles y puros, hablan desde el papel, con muda elocuencia, al alma. Sabe su lengua, conoce los recursos de la versificación castellana, y así maneja el popular romance como la aristocrática octava real." (*)

El Sr. Menéndez y Pelayo ha emitido el siguiente juicio acerca de las *Leyendas Mexicanas*:

---

[*] "Poesías" de Roa Bárcena, edición de Bogotá, 1882, con prólogo de D. Miguel Antonio Caro.

"....Las tengo por las mejores. En las de asunto azteca no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay, acaso, más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico é interesan menos; á lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas y la falta de relación de las tradiciones y creencias de aquellos pueblos con todo lo que vino después de la conquista. De donde resulta que siendo igual en unos y otros asuntos la habilidad del poeta, y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, á no ser en *La Princesa Papantzin,* que tiene cierta grandiosidad profética."

## III

Además del tomo de poesías líricas publicado por el Sr. Roa Bárcena en 1858, y de las *Composiciones Diversas* que figuran en el apéndice de las *Leyendas Mexicanas,* existen otras tres colecciones del autor: una de 1875, intitulada *Nuevas Poesías,* y las dos restantes de 1888 y 1895, que corren con el nombre de *Ultimas Poesías Líricas.*

En éstas se incluyen el poema original *Vasco Núñez de Balboa;* la traducción de *Mazzepa,* de Lord Byron, y otras varias de Virgilio, Horacio, Schiller, Shakespeare, Tennyson, etc.

El Sr. Menéndez y Pelayo ha juzgado de los versos del autor, antiguos y modernos, de la manera que se verá en seguida:

"Las poesías que contiene el tomo, (*Ultimas Poesías Líricas*) bastan para dar la medida del talento poético de su autor. La oda *En la inauguración del Segundo Imperio* está escrita con mucho empuje y arrogancia lírica, y dicción poética muy brillante. Las mismas cualidades, con un arte de estilo mucho más perfecto (como corresponde á la madurez del poeta) brillan en *Amecameca* y en *Las Aguas en el Valle de México.*

"No son inferiores á las poesías originales las traducciones. La del *Mazzepa* me parece un insuperable y bizarrísimo alarde de vencer dificultades métricas, siguiendo paso á paso sin descaecimiento ni fatiga la marcha caprichosa y vagabunda del texto original. Pocas veces se ha visto Byron en castellano tan bien interpretado, y quizá ninguna mejor. Las demás traducciones son también muy estimables, especialmente las de Virgilio.

"La de *La Campana* de Schiller tiene respecto de la de Hartzembusch la desventaja de no ser directa del alemán; pero en algunos casos y mirada solamente como pieza poética, no le va en zaga."

El Sr. Menendez y Pelayo elogia también las traducciones de Shakspeare.

## IV.

Las *Biografías* de Gorostiza y de Pesado; su *Elogio* de Carpio, y sobre todo, sus *Recuerdos de la Invasión Norte-Americana de 1846-1847*, acreditan al

Sr. Roa Bárcena de escritor castizo y de historiador sesudo é imparcial. La verdad es su norma, y emite sus juicios con severidad, pero con entera justificación.

En la primera, traza á grandes rasgos, pero dando cabal idea de toda ella, la vida de nuestro insigne dramático Gorostiza, analiza sus obras, y hace el juicio crítico del autor, con singular acierto.

En la *Biografía* de Pesado traza un cuadro de la época verdaderamente notable: hombres, sucesos y cambios políticos; luchas en el Parlamento y en la prensa; agitaciones del pueblo y de los partidos; instituciones, literatura, diplomacia: todo lo estudia y examina el autor con alto criterio, derramando en cada página copiosas y útiles enseñanzas.

Los *Recuerdos de la Invasión norte-americana*, publicados primero en las columnas del SIGLO XIX y después en un volúmen de cerca de setecientas páginas (1883), es la historia más completa y verídica que hasta hoy existe de aquella guerra. Abunda en noticias y datos históricos de la mayor importancia, y revela una laboriosidad y un estudio de que habrá pocos ejemplos.

Mencionaremos, por último, otra publicación del autor, (1887), intitulada *Acopio de sonetos castellanos con notas de un aficionado*. Es un volúmen de 168 páginas en que están coleccionados, como su nombre lo indica, sonetos de diversos autores castellanos (españoles y mexicanos) con eruditas y curiosas notas críticas al pié, que se leen con grande interés, por las enseñanzas que contienen.

---

V.

En 1870 publicó el Sr. Roa Bárcena un tomo de *Novelas originales y traducidas,* que comprendía las siguientes: originales, *Noche al raso, Una flor en su sepulcro Aminta Rovero Buondelmonti* y *La Quinta modelo;* traducidas, *Primeras Impresiones, La Dicha en el Juego* y *Maese Martin y sus obreros,* los dos últimos de Hoffmann. Posteriormente escribió y publicó el cuento *Lanchitas* y *Combates en el aire.*

De los cuentos originales, con excepción de este último y de *Buondelmonti,* hizo el autor en 1882 una edición de pocos ejemplares que regaló á sus amigos. Alguno de esos ejemplares llegó á las manos del insigne novelista y crítico español Don Juan Valera, quien escribió á Doña Concepción Gimeno de Flaquer en una de sus *Nuevas Cartas Americanas* lo siguiente:

"Entre los últimos libros que Ud. me ha remitido, hay uno que me agrada sobremanera. Su autor, Don José María Roa Bárcena, es de los hombres más eminentes y simpáticos de ese país. Conozco sus poesías líricas, que él mismo me ha enviado; pero sólo sé por fama, y tengo gran deseo de ver sus leyendas históricas de antes de la conquista española, y sus eruditos trabajos en prosa como historiador de Anáhuac.

"El señor Roa Bárcena es también novelista; y dan sin duda brillante prueba de su mérito en esta clase de escritos los *Varios Cuentos* reunidos en un

precioso volumen de que Ud. me regala un ejemplar. *Noche al raso* es lindísima colección de anécdotas y cuadros de costumbres, donde el ingenio, el talanto y la habilidad para narrar están realzados por la naturalidad del estilo y por la gracia y primor de un lenguaje castizo y puro, sin la menor afectación de arcaísmo. En el terrible cuento *Lanchitas* la fantasía del autor y su arte y buena traza prestan apariencias de verosimilitud y hasta de realidad al prodigio más espantoso.

"En estos cuentos del Sr. Roa Bárcena, por lo mismo que están escritos en tan acendrado lenguaje castellano, se notan más los vocablos exóticos que designan objetos de por ahí, aunque rara vez acude el lector con éxito al Diccionario de la Academia para sacerlo á punto fijo. Así, por ejemplo: *xícaro, zacatón, otate, cuilote, tapextle* y *abarrotero*. (*)

"Dejo por hoy de decir más del señor Roa Bárcena, y no hablo de Altamirano, ni de Peón Contreras, ni de los restantes libros remitidos por Ud. porque voy á escribir sobre la obra de otro mexicano, etc."

Hasta aquí el rápido y del todo espontáneo favorable juicio del señor Valera acerca de los *Cuentos Originales*.

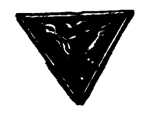
En la presente edición, dirigida y revisada por el autor, se incluyen seis Cuentos Traducidos. Con decir que tres de ellos son de Hoffman y dos de Cárlos Dickens, no habrá necesidad de encarecer su mérito.

En resolución, este libro, no obstante la diversidad

(*) El autor explicó al Sr. Valera el significado de estas voces, de nadie ignorado entte nosotros.—Nota del Autor,

de asuntos y de estilo en las piezas de que se compone, lleva el sello de la más importante de las unidades en las obras de imaginación: la unidad de interés. El que despierta en los lectores no decae ni en las notas festivas, ni en las sentimentales, ni en las más graves y pavorosas de lo patético. Un libro así se halla á salvo de disputas y modas literarias, y destinado tal vez á vivir larga vida por más que el *humorismo* del autor haya carecido de toda presunción al formarle.

México, Octubre de 1897.



# EL REY Y EL BUFON.

---

Á Ipandro Acaico.

El Autor.



# I

## PROLOGO.

EL esqueleto de este cuento ha sido exhumado de los libros ingleses de caballería del siglo XIII. El autor, más aficionado á las limpias y frescas pastas modernas que al polvo de los cronicones, halló el asunto en el "Curso de Literatura Francesa" de Villemain, quien descubre aquí el germen del estilo joco-serio que llaman humorístico los britanos; "que constituye—dice el mismo escritor francés—el principal mérito de Swift y de Sterne, y parece pertenecer á un pueblo ilustrado, que se ocupa en sus negocios y que se sirve del ingenio para aguzar el buen sentido y no para darle de mano."

Tal estilo, que distingue á Carlos Dickens,

el primer novelista hoy, no es, sin embargo, peculiar de los ingleses, puesto que le hallamos en Cervantes, el primer novelista de todos los tiempos; y en el género de literatura española que Lesage explotó y mejoró trasplantándole á Francia. Si suele no agradar á académicos graves y á críticos exigentes, halaga á toda la gente de buen humor. Mucho hay que decir en pro de la unidad de tono; pero su variedad ameniza y divierte, imita á la naturaleza, es trasunto de la vida humana, y, lejos de excluir, refuerza útiles enseñanzas. Las mejores frutas de otoño para mi paladar son las agridulces: si tú, lector, prefieres otras, cierra el libro. En todo caso, el prólogo de este cuento y de los que le siguen, tiene el mérito de ser corto, y de no referir vidas propias ni ajenas.

## II

### VÍSPERAS SICILIANAS.

No se trata aquí de la degollación de franceses, ni de vísperas en que haya habido la menor efusión de sangre.

Trátase de las vísperas celebradas en la

catedral ó iglesia matriz de Siracusa, capital de la isla y del reino de Sicilia, el 23 de Junio de algún año de los siglos XI ó XII de la era cristiana, en honor y culto del Precursor San Juan Bautista.

Como aun no regía el principio de separación del Estado y la Iglesia, el Rey pudo asistir á tales vísperas sin conculcarle, y sin temor á las declamaciones de la imprenta, que no había sido inventada.

Recibido por los canónigos en el coro, como lugar de mayor distinción y honra, no debió de guardar en él la compostura que Felipe II siglos después en el monasterio del Escorial, durante las vísperas de la festividad de Todos los Santos, cuando sus áulicos no se atrevieron á distraerle con futilidades como la noticia de la victoria de Lepanto.

Entretenido el soberano de Trinacria con el cálculo de las riquezas de su ínsula, llamada entonces el granero de Roma; ó recordando las hazañas y travesuras de los Dionisios ó Rogerio el Normando, antecesores suyos; ó proyectando, á falta de ferrocarriles y telégrafos, remover y extraer las rocas de Scylla, cegar el abismo de Cha-

ribdis, ó apagar el fuego del Etna, cuyo azufre no podía contratar con los ingleses, vagaba su imaginación en cosas extrañas á la ceremonia religiosa; ó se adormecía su espíritu con los versos de Teócrito, el compasado martillear de los cíclopes, los inútiles suspiros de Polifemo, los problemas de Arquímedes, ó quizá la dificultosa digestión de algunas hojuelas endulzadas con miel híblea; cuando le sacaron bruscamente de su divagación ó letargo estas frases del *Magnificat* en el oficio de vísperas, recitadas con estentórea voz en el coro:

"Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles;"

ó sea: "Derribó de su asiento á los poderosos y elevó á los humildes."

—¿Cómo se entiende? exclamó el Rey, extendiendo la diestra en ademán de suspender el oficio, viendo con irritados ojos al cabildo.

Para que se comprenda la intensidad de la indignación real, preciso es dar idea del monarca y de su carácter.

---

# III

## EL REY DE SICILIA Y SU BUFÓN.

El Rey se llamaba Roberto y, además de joven y hermoso, era fuerte entre los fuertes, y valiente hasta la temeridad. En cuanto á dotes intelectuales, reunía á la viveza el espíritu de observación y de estudio, amaba las artes, y se hallaba, como hoy decimos, á la altura de los conocimientos de su época. Voltaire, que llamó á Federico de Prusia Salomón del Norte, habría llamado Salomón del Sur á Roberto de Sicilia, si algo hubiera esperado de él. Era hermano del papa Urbano y del Emperador de Alemania; sin que el cronista explique á cuál de los Urbanos ni á cuál de los emperadores se refiere. En lo doméstico le hacía feliz su esposa, bellísima descendiente de los colonos dóricos ó jónicos de Trinacria: y en lo público, sus ministros eran complacientes como los de ahora, y estaba exento de la formación y discusión del presupuesto y de la censura parlamentaria.

Pero la vida es lucha y milicia, como di-

ce Job, y el hombre que carece de enemigos se los forja con el limo de sus propias pasiones. La paz y la prosperidad de su Estado, el ejercicio de un poder sin contradicciones ni obstáculos, la conciencia del propio mérito y los homenajes y adulaciones de su corte, encendieron en el corazón y la mente del Rey la llama del orgullo y de la soberbia, que cunde y se extiende con mayor rapidez que incendio de selva en estío. Ni hubo ya consideraciones y alabanzas á su persona que no le parecieran debidas é insuficientes, ni prosperidad ajena que no le dañara. Empezando por creerse fuera del nivel de los hombres, acabó por no reconocer superior en ningún orden de seres: y anticipándose y mejorando á Comte que sustituye á la Divinidad el Gran-Todo compuesto de la humanidad y aun de los animales irracionales útiles ó de buena conducta, irracionalmente hablando, se declaró á sí mismo lo único digno de la adoración ajena y de la propia. Vió sucesívamente con lástima, desdén, envidia y enojo la honradez y el saber de los nobles de su corte, y el poder y la riqueza de los demás soberanos, grandes y buenos amigos y parientes suyos; y por alguna de

esas puerilidades no raras en quien se hace esclavo de la tal pasión del orgullo, vino á no hallar contentamiento en más compañía y trato que los de su bufón, Benito, que le adulaba y mordía á los demás para ganar honradamente el pan.

Era, después de todo, hombre menos malo que el Rey, el Bufón; feo de encargo, de miras y conocimientos limitadísimos, y que si se burlaba de toda la corte, inclusive el monarca, lo mismo lisonjeando que zahiriendo por razón de su oficio, tenía gran fondo de humildad y se juzgaba el sér más desgraciado y despreciable de toda Sicilia. A los pies de Roberto se hallaba en el coro en las vísperas de San Juan Bautista; y fué tal la indignación que vió en el rostro de su amo al recitarse el pasaje del *Magnificat:*

> "Deposuit potentes de sede,
> Et exaltavit humiles,"

que, en vez de llenar sus obligaciones de costumbre remedando la actitud y la cólera de aquel nuevo Júpiter, temió él mismo sus rayos, escondió la cara entre las manos, y estuvo á punto de desear que se le tragara la tierra.

Tales eran y aparecían en aquel momento Roberto y Benito; ó sea el Rey de Sicilia y su Bufón.

## IV

### CONTINUACIÓN Y FIN DE LAS VÍSPERAS.—CAMBIO DE PAPELES.

¿Qué pasó por la mente de Roberto al oír aquellos versículos? Algo como la forma tangible de un absurdo en el terreno de la verdad y de la lógica, y de una grave ofensa á la majestad real y á su persona.

—¿Cómo se entiende? repitió con la diestra extendida para suspender el rezo de los canónigos.

El deán, hombre grave y reposado, aunque sorprendido del arrebato y la pregunta del Rey, le contestó con toda calma y claridad, que es tal el poder de Dios, que en sólo un instante y á su arbitrio, abate lo más alto y eleva lo más bajo y rastrero. Más y más irritado con esta explicación el Monarca, dijo que él podía destruir y había ya destruido á todos sus enemigos: que no había ni en la tierra, ni sobre ella quien tuviera la facultad ni los medios de derribar-

le; y que, de consiguiente, lo que se acababa de leer y de cantar en el coro no pasaba de fábula, inconveniente é irrespetuosísima hacia el jefe del Estado, y nociva al Estado mismo por las extraviadas y peligrosas ideas que despertaría en los vasallos; en cuya virtud, quedaba solemnemente prohibida desde ese punto la repetición en aquel ó cualesquiera otros oficios eclesiásticos, de los consabidos versículos latinos, que tampoco podrían ser vertidos en romance sin delito de lesa -majestad. Dicho lo cual, volvió á divagar ó á dormitar el Rey, y continuaron las vísperas.

Aquí es donde, sobre todo, necesito apelar á la fe de mis lectores y apoyarme en la crónica inglesa. Según ella y otras noticias é inducciones posteriores, por permisión y disposición divina, los espíritus del Rey y del Bufón cambiaron mútua y respectivamente de cuerpo, quedando albergada el alma de Roberto en la fea y enojosa cárcel material de Benito; y alojándose el alma de éste en la arrogante y suntuosa forma del soberano de Trinacria, y por ende en el trono y con derecho de horca y cuchillo respecto de todo siciliano: suceso sin prece-

dente, que es muy dudoso que se haya repetido, y que, como es fácil suponer, se realizó sin protesta, ni conocimiento, ni simple sospecha de los canónigos, ni de los fieles de Siracusa, ni de los demás vasallos de la corona, ni de los grandes y buenos amigos y parientes de Roberto; si bien, como el corazón de la mujer es lo menos susceptible de engañarse, la del antiguo Monarca, viendo algo de raro é inexplicable en el nuevo, acudió á tiempo á refugiarse á la sombra de su cuñado el papa, y se retrajo en un convento de Roma.

Para no anticipar noticias, diré que, terminadas las vísperas, Benito, á quien el esplendor de su nueva posición tenía bien despierto, se retiró con sus ministros y cortesanos, no sin otorgar alguna merced á la iglesia y al cabildo; y Roberto, que se había quedado dormido después de su cólera, fué despertado por las llaves del sacristán y echado á deshora por el perrero. Llamó á la puerta de palacio; le abrieron, penetró con desenfado, ó, más bien, con enfado sumo en la sala del trono, y como quiso despojar de él á Benito—que ya estaba allí bien hallado—y protestó ahorcarle en compañía

de todos los personajes presentes, rióse de buena gana la corte y convino en que la sal y el chiste del Bufón cada vez eran mayores, y en que debía aumentársele el sueldo.

## V

### PRIMERA ÉPOCA DEL REINADO DE BENITO.

Pocas trasmisiones de poder habrá habido más pacíficas que ésta, lo cual fácilmente se comprende después de lo expuesto.

Como el nuevo Rey entraba en posesión, no sólo de las prerrogativas, sino también del físico y hábitos del antiguo, no tuvo que estudiar el modo de empuñar el cetro, de calarse la corona y de llevar con aire despejado el manto; y pudo consagrar toda su atención y todo su tiempo á los altos y bajos asuntos públicos.

Se ha dicho ya que Benito era humilde, en sumo grado, y de no malos sentimientos. Trató, pues, comedida y afablemente á grandes y pequeños; dispensó á su pueblo el bien de la justicia, que cada día escasea más; y recordando las angustias de su propia pobreza, bajó la tasa del pan y de la sal.

Incapaz por la limitado de sus conocimientos y aspiraciones, de comprender las ventajas ni los medios de cegar las fauces de Charibdis y de apagar el resuello al Etna, tuvo, sin embargo, el buen sentido de dejar que sus ministros siguieran hablando de la urgente necesidad de realizar esas grandes mejoras materiales, lo cual bastó á mantener contenta y satisfecha á la parte de la población de Trinacria más ilustrada y ávida de progreso.

Para colmo de dichas, una invasión normanda, venida del continente italiano, fué rechazada. Benito, que no era hombre de armas, y que, para salvar la dignidad de la corona, permaneció en el pajar del palacio durante la gresca, salió después á arengar á sus tropas vencedoras y á perseguir á los vencidos: y tuvo la inesperada satisfacción de ver su busto, coronado de laureles, en medallas de cobre como las acuñadas en honor de los emperadores romanos. Apellidáronle rayo de la guerra algunos poetas, y todo el parnaso local convino en que aquel siglo era el de Augusto para Sicilia.

---

## VI

### PENAS Y REFLEXIONES DE ROBERTO.

El brillantísimo estreno de Roberto en su segundo papel, no fué bastante á hacerle amar el nuevo oficio. Insistió en tener explicaciones con Benito y hasta quiso matarle. La corte aplaudía más y más la sublimidad del chiste; pero el Rey, que tenía sus razones para no gustar de él, privó al Bufón de espada, y en compensación le hizo aplicar algunos latigazos. Estos y el hambre pusieron límite á las manifestaciones de la rabia de Roberto, quien llegó, por necesidad y convencimiento, á la más rara perfección en el arte de la bufonería.

Uno de sus tormentos más intensos nacía de la observación de que, no obstante la ignorancia y nulidad de Benito, nadie echaba de menos en él las altas cualidades de su antecesor; cualidades que todos, al contrario, acaso por la fuerza de la costumbre y de las ideas preconcebidas, seguían contemplando y admirando hasta con creces en el monarca actual. Lo que hallaba todavía más desesperante Roberto, era que el reino prosperaba en paz y riqueza y en la considera-

ción de los demás pueblos. El Papa Urbano y el Emperador alemán se enorgullecían de su parentesco con el soberano de Trinacria, y le consultaban los más arduos negocios. El reino siciliano era un reino modelo, que pesaba más que otro alguno en la balanza europea.

El respeto y los aplausos tributados antes á Roberto ¿lo fueron á sus propias prendas de hombre privado y público; ó á lo alto de su posición, y á la posesión del poder que infunde temores y amamanta esperanzas en todos?

¿Hay una Providencia que se complace en escoger los instrumentos más humildes para sus más vastas obras, y en enderezar al acierto y al bien de la comunidad el gobierno de gentes que no saben leer ni escribir?

Tales llegaron á ser para Roberto, andando el tiempo, los principales temas de sus reflexiones; sombra y figura del sistema hidropático, y que empezando por enfriar su soberbia y calmar su desesperación, acabaron por hacerle aceptar su bajo y despreciable oficio, como justa expiación de sus errores y desvaríos.

## VII

SEGUNDA Y ÚLTIMA ÉPOCA DEL REINADO DE BENITO.

El antiguo Bufón, que tan excelentes dotes de gobernante había mostrado al principio, no pudo, al cabo, salir airoso de la terrible prueba de la prosperidad y la grandeza.

Hízose flojo y holgazán, y amante de placeres vedados; para no tener que administrar justicia, instituyó una especie de jurados que solían dejar impune el crimen.

Hízose avaro, y no bastándole los tributos antiguos, decretó una contribución parecida á la del Timbre, haciendo aplicar obleas con la estampada figura de un ogro, en representación del erario, al pan con que se alimentaban sus fieles vasallos.

Pero, sobre todo, se hizo orgulloso y soberbio; se olvidó por completo de su antigua bajísima condición, ó llegó á creer que había sido sueño y pesadilla; vió con desprecio á grandes y chicos; sintióse lastimado de todo bien y contento ajeno; muy encima de las consideraciones y alabanzas que se le tributaban; fuera del más alto nivel

de los hombres; sin superior en la tierra ni en otras partes, y único objeto digno de la adoración del mundo y de sí mismo.

Sin personalidades ni indirectas se podría decir que el caso era eminentemente bufo.

## VIII

### NUEVAS VÍSPERAS.

Tal era el estado de las cosas, ó más bien, de las personas, puesto que del Rey y del Bufón se trata, cuando un nuevo 23 de Junio hizo acudir á entrambos á las solemnes vísperas de San Juan Bautista en la catedral de Siracusa.

Pensaban el Rey en sus truhanerías y el Bufón en sus penas, cuando los canónigos, intimidados con el recuerdo de lo acaecido el año anterior, y juzgando que, en conciencia, no podían alterar el texto del oficio, recitaron en voz baja y poco inteligible aquello de

"Deposuit potentes de sede.
Et exaltavit humiles."

—¿Qué significa eso? preguntó Benito,

que no sabía latín, y á quien alguna siniestra inspiración ó vaga memoria hizo maliciar el contenido de los versículos.

—Significa que Dios abate á los poderosos y exalta á los humildes, contestó el dean; no sin apañar su breviario á guisa de escudo, al ver la alta indignación aparecida en el rostro y los ademanes del Monarca.

—No pasa de conseja lo que rezáis, continuó éste. No hay en tierra ni en cielo quien pueda abatir al Rey de Sicilia, vencedor de la invasión normanda, y consejero de los soberanos de Europa.

Observa aquí la crónica que Benito, por inspiración y movimiento propios y espontáneos, volvió á su papel y oficio de Bufón en el punto en que ahora remedó las frases y ademanes de Roberto en las vísperas anteriores.

Recobrando el mismo Benito su antigua condición y su antiguo cuerpo, el verdadero Rey volvió á juntarse con el suyo; y se agrega, redundantemente á mi juicio, que estaba muy aprovechado de la lección, y sin riesgo de olvidarla.

———

## IX

## CONCLUSIÓN.

Estasegunda trasmisión de poder pasó tan inadvertida como la primera.

La gente, que comenzaba á murmurar y á rabiar con los desmanes de Benito, se calmó y contentó, y reanudó el coro de sus alabanzas á Roberto, á quien nada había que pedir en el desempeño de su alto encargo.

No obstante ello, esa misma gente, fastidiada al cabo de algunos meses, dèl exceso dè paz y prosperidad, y deseosa de emociones y cambios, fué á agruparse en torno de la bandera comunista que el Bufón, mal hallado con su segundo cambio y creyéndose indebida é indignamente despojado de la púrpura real, acababa de levantar en las asperezas del Mongibelo, prometiendo, entre otras reformas, la abolición de la especie de Timbre que él mismo había decretado.

Robrto allegó sus tropas, marchó con ellas contra Benito, y en un abrir y cerrar de ojos le derrotó y ahorcó.

Y aquí termina la historia del Bufón que nunca dejó de serlo.

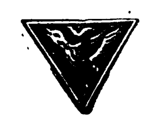
La gente que le seguía, al verse vencida y deshecha empezó á maliciar su propio error, y acabó por declararse partidaria de Roberto, ganarle sueldo, y proclamarle el mejor de los reyes en el mejor de los pueblos sábiamente gobernados.

Ni esto, ni la experiencia que había prácticamente adquirido Roberto en sus días de expiación, cooperaron á hacerle formar de la especie humana en general, y de las dulzuras, ventajas y eficacia del poder, mejor idea que la que ya tenía en mientes. Había visto que los vasallos son carneros ó tigres de quienes no es fácil sacar partido; y que el monarca más celoso y justiciero no puede remediar, ni conocer, ni sospechar siquiera los abusos y los padecimientos de que son víctimas los súbditos. Al recobrar Roberto la humildad y la bondad, y al ganar en saber y experiencia, se había inutilizado para el mando. ¡Cosas de este mundo y de nosotros los hombres! Contra el dictamen de los más notables de Sicilia, y de acuerdo con sus hermanos el Emperador y el Papa, convocó en Siracusa cortes, y an-

te ellas se despojó de la corona y la puso en las sienes de un sobrino más ó menos listo ó negado; yéndose él en seguida al campo, á plantar vides y á fundar y curar colmenas, y á amar á su mujer, y á filosofar á sus anchas, sin temor de aduladores, ni de asesinos, ni de pretendientes de empleo, y aconsejando á los demás sicilianos, ya sus iguales, que se conformaran con lo que Dios da, y no pidieran gollerías á los gobernantes.

¡Con qué vicio se dieron las uvas, y qué copia de miel híblea, verdaderamente garantizada, se juntó en la heredad de Roberto! ¡Cómo le proporcionaron las unas el generoso vino que alegra y conforta la vejez; y le hizo la otra más sabrosas las hojuelas á que siempre fué tan aficionado! ¡Qué amante y hermosa era la griega, siempre joven, sin albayalde ni postizos, ni melindres de sensible, ni presunciones de erudita! ¡Cómo alegraban la vista de los esposos en bellísimas lontananzas y bajo un cielo siempre sereno y despejado, los valles y montañas de Trinacria y las azules y espumosas ondas del Mediterráneo! ¡Cuán bien les arrullaban el sueño los rugidos del

Charibdis y el Etna que no había ya necesidad de cegar y apagar! Pero, si yo siguiera hablando de paz y bienestar y satisfacciones campestres, se trocaría en idilio mi cuento. Doile punto, agregando, con referencia á la tradición, que aquí termina la historia del Rey que se hizo bueno y no sirvió ya para rey.



# COMBATES EN EL AIRE.

NARRACIÓN DE UN VIEJO.

Roa Bárcena.—



# I

OMIENZA Octubre y está ya soplando el viento Norte. Cierra la ventana, manda calentar mis pantuflas y haz comprar más franela. Maldito viento!

Y pensar que cuando yo era muchacho —cuánto ha llovido desde entonces,—el Norte me entonaba y robustecía y me sacaba de quicio en materia de alborozo! Con él soñaba, y cuaudo á media noche oía sus primeros resuellos y bufidos en los árboles de la huerta y en los techos de la casa, aquella música me mantenía despierto hasta el amanecer.

Pero no creas tú que aquel Norte es como éste, que se llama tal por el rumbo de donde viene y por la frialdad que esparce, y que no es capaz de levantar un petate, ni de alegrar sino á reumas y boticarios. El Norte aquél viene desde la Florida ó el Labrador, barre el Golfo de México empujando hacia la sonda de Campeche los buques, ó metiéndolos con olas y todo á las calles de Veracruz; é internándose en las pendientes de la zona entre la costa y la Mesa Central, ruge como irritado toro, dobla ó troncha árboles, se lleva las tejas de los techos como si fueran hojas secas, y echa al suelo á los hombres mal parados. Tal es el verdadero Norte, que aquí no se conoce más que de oídas. .

Al amanecer acudía yo al rincón favorito que ocupaba el papalote..... ¿Por qué me miras con extrañeza? *Papalote* es entre nosotros, y no *Papelote*, lo que los españoles llaman *Cometa*, los franceses *Cerf-volant* y *Kite* los britanos y anglo-sajones: *Papa lote* es, por venir de la palabra azteca *Papalotl*, que significa *Mariposa*. Recogíale yo y examinaba sus varas, papel ó lienzo, y frenillos, madeja de hilo, de cáñamo ó de aca-

rreto, y rabo ó cola; y empuñando todo ello, me lanzaba á la calle ó al patio ó á la azotea, y por espacio de tres ó cuatro horas me engolfaba en el *sport* papalotero, de cuyos goces y emociones no tienen idea sino quienes le han practicado en aquellos rumbos. Lo que hacía yo, hacían todos los muchachos de mi edad, los jóvenes y hasta los hombres graves. De serlo preciaban mi buen padre, mi maestro Martínez, el guardián de San Francisco y algunos otros vecinos; y, sin embargo, se juntaban en la calle casi desierta en que vivíamos, y se entregaban á la diversión, sin curarse de cuanto no fuera ella.

Los preliminares de tal diversión databan de la manufactura del papalote. Los más usados, ó eran paralelógramos ó *pandorgas* de papel ó lienzo, según su tamaño é importancia, con el marco y las varas que en su interior se cruzaban hechos de una caña consistente y flexible llamada *otate*, con rezumbas de tripa ó pergamino ó trapo en sus extremidades alta y baja, ligeramente combadas: ó llevaban la forma y el nombre de *cubos*, con sólo tres varillas cruzadas y un fleco ancho del mismo papel ó lienzo á

derecha é izquierda. Unos y otros solían lucir los colores de nuestra bandera o figuras de moros y cristianos, aves y cuadrúpedos. Los rabos ó colas eran larguísimos y formados de tiras de paño ú otras telas, de mayor á menor, introducidas de través en la cuerda que remataba en borla: á la mitad de la cuerda solían ir las navajas, terribles en la lucha entre uno y otro papalote; eran dos navajas de gallo afiladísimas, salientes de los flancos de un mango central de madera, y con las cuales el poseedor trozaba el hilo del contrario, que, abandonado así á su propia suerte en alas del viento, iba dando vueltas y tumbos en el aire hasta caer á considerable distancia. La noche no ponía fin á tales ejercicios; y había correos ó linternas de papel, pendientes de una rueda grande de cartón, por el centro agujereado de la cual se hacía pasar el hilo del papalote, y que, empujadas por el viento, iban á dar hasta el frenillo y se mecían en lo alto, conservando encendidas sus velas.

---

## II

Tenía yo ocho ó diez años y un temperamento poético que me asociaba á los grandes espectáculos de la naturaleza y á todos los seres animados é inanimados, y que acaso me habría más tarde hecho célebre si el pensamiento y la música internos hallaran instrumento adecuado para expresarse. Por falta de instrumentos de tal especie escasean tanto los Homeros y Shakespeares. Sea de esto lo que fuere, la verdad es que yo me consideraba predestinado á grandes cosas. Entusiasmábanme la música y la pintura, y me sentía inclinado á la vida militar. Tenía soldados de plomo, piececitas de artillería de bronce, y castillos de armar y desarmar, de madera. Cuando en los collados cercanos arremetía con palo ó espada contra zarzas ó matorrales, me soñaba conquistador. Cuando en mis soledades recitaba ante vacas y borregos trocitos aprendidos de los discursos cívicos de Septiembre, me figuraba orador, y los bramidos y balidos de mi auditorio se me antojaban aplauso inteligente de un público ilustradísimo. La tempestad

y el huracán excitaban mis nervios, y el menor charco tomaba para mí las proporciones del Ponto-Euxino.

Con tales disposiciones, nada extraño es que en días de Norte, si no me entregaba yo mismo activamente al *sport*, pasara las horas muertas contemplando los centenares de papalotes que poblaban el aire, siguiendo con positivo interés sus evoluciones y combates, y experimentando simpatías y antipatías respecto de tales ó cuales contendientes. Prestábales forma y pasiones humanas, y hasta convertíalos en determinados semejantes míos que solían preocuparme así en sueños como despierto.

Un vecino de ronca voz, duro ceño y fama de hombre de malas pulgas, estaba para mí representado en un gran papalote paralelógramo ó pandorga de poderosamente bramadora rezumba, y que cada día de Norte echaba como si dijéramos á pique, ocho ó diez malaventurados cubos, siendo el terror de todos los muchachos de mi barrrio. Era de lienzo blanco vuelto casi negro en fuerza de soles y lluvias: su extensa cola se retorcía y azotaba como una gran serpiente, y solía doblarse en su medianía al peso de

grandes y brilladoras navajas. Sus roncos y continuados bramidos se oían de extremo á extremo de la ciudad, y eran para mí el lenguaje del perdonavidas.

Habría yo podido jurar que decía:

"Soy todo ira; vengo del Norte;
Negra es mi sangre; duro mi porte:
Siembro el espanto do quiera voy.
Señor del aire, rival no tengo;
Exijo parias, agravios vengo:
Cual toro bravo rugiendo estoy.
Si de ponerse de mí delante
Algún imbécil tiene el desplante,
Le corto el rabo, le dejo rengo
Para que entienda que el amo soy."

Hasta solía yo quitar de él la vista por el terror que me causaba.

¿Qué te parece que representó para mí un cubillo elegante, airoso y meneador que del lado de Oriente se pavoneaba con ínfulas de princesa? Pues habíale yo convertido nada menos que en cierta polla de frente á casa, bonita si las hay, altiva y desdeñosa de mi admiración é inclinación de párvulo, y verdadera desesperación de sus adoradores todos, según las palabras que yo pescaba de las conversaciones de la gente grande en las

noches de invierno. Muy cierto es que el cubillo femenino, con el rumor de sus flecos de papel azotados del viento, se dejaba decir entre uno y otro meneo de su rabo:

"Rayo en los quince, y mi vistoso arreo
Osos llama cual moscas á la miel:
Mi dueño no ha de ser pobre ni feo,
Y mi sumiso esclavo ha de ser él.
Rabiarán las comadres envidiosas
De marido y de trajes y beldad,
Y al verse ellas entecas y sarnosas
Cuando yo engorde y triunfe ¿no es verdad?
Gatos nocturnos que arañáis mis rejas,
Finchadas niñas y pintadas viejas,
¡Paso á la que triunfó! ¡Rabiad! ¡Rabiad!"

Frío me quedaba yo al oir tales cosas, cuando de buena gana habría engrosado la hueste de los gatos, si de mi casa me dejaran salir de noche.

Pero aun más frío me dejaba el modo de discurrir de un cubo de agudas extremidades y de rapidísimos movimientos; de un cubo viejo y destarlatado, de pocas barbas y de aspecto burlón, y que tenía pintado un mono por más señas. Veía yo en tal habitante del aire al recaudador de contribuciones, hombre escéptico y de lengua de víbora, á quien todos tenían más miedo que al

cólera. El tal cubo parecía, con el murmullo de sus barbas, prorrumpir en el monólogo siguiente:

"Yo de chirumen soy algo romo:
Me llaman Tuno; mi padre es Momo.
Valiente y polla me causan risa:
Alegre vivo si trufas como,
O si no tengo pan ni camisa.
Inquieto y móvil soy con exceso,
Porque á mi rabo le falta peso.
Ni fuego fatuo, ni sol que irradie,
Con alborozo ni asombro ví.
Nadie hace caso de mí,
Ni yo hago caso de nadie."

Mal se avenía con mis ilusiones poéticas este modo de pensar y de hablar. Bajaba yo la vista, y como la volvía á alzar á los papalotes, recibía tres golpes de gracia, en vez de uno, oyendo estos nuevos agasajos:

De la vecina desdeñosa:

"No así la rienda sueltes al deseo:
Marido no tendré pobre ni feo."

Del viejo burlón:

"Mozuelo botarate,
Correrás si te suenan un petate."

Del perdonavidas:

"Logra llegar á ser un mozo listo
Y verás cómo rujo y cuál te embisto.
Hoy por desprecio y lástima te absuelvo;
Mas si doy sobre ti, polvo te vuelvo."

Oído todo lo cual, solía yo ir á encerrarme en mi cuarto, con la firme resolución de hacerme anacoreta.

## III.

Vino á levantar algo mi ánimo el resultado de un combate que formó época en los anales del *sport*, y de cuyos pormenores no te haré gracia, por serme todavía tan grato como terrible su recuerdo. No te duermas: óyeme.

Mi maestro Martínez, con ayuda de los demás de nuestro círculo, había construido un grande y elegante cubo de madapolán grueso, de un metro y medio de altura, con parches ó fuerzas de paño negro en las extremidades y el centro de su armazón de varas, y una cola de orillas de paño de Segovia, larga y flexible. Carecía el cubo de las barbas ó el fleco que usaban otros, lo cual

se avenía con su estilo severo y le daba, en concepto mío, la apariencia de un personaje altivo y grave, recién afeitado. Cuando poníamos la última mano á la obra, cierta mañana en el corredor de la casa, las hojas de las plantas yacían inmóviles; el cielo estaba aborregado, y en el silencio reinante en las ciudades de provincia, oíamos ladridos lejanos y el ruido todavía más lejano de la diligencia que llegaba de México. "Va á hacer norte," dijo el guardián, arremangándose los hábitos, y un instante después, la primera ráfaga invadía jardin y corredores, sacudiendo rosales y platanares, y levantando sobre sus argollas los cuadros colgados en la pared. Cogimos papalote, rabo y madeja de hilo; salimos á la calle, donde inmediatamente se nos reunieron muchachos y hombres: el más comedido ó entusiasta llevó el cubo á cien pasos de distancia, y Martínez, que tenía el hilo, llamó con vigoroso movimiento de brazos., y el futuro habitante de las alturas, entre los bufidos del aquilón, ascendió recta y airosamente sobre techos y torres, arrancando á los aficionados un grito de admiración y de júbilo. Diéronmele á tener y no podía yo

con él, pues su fuerza era capaz de llevarse á un hombre. Se le soltó más y más cuerda, y bajo el cielo despejado y azul, parecía la blanca vela de un bote en el mar, y el rey de todos los semejantes suyos que á mayor ó menor distancia, le saludaban con el movimiento de sus rabos, en señal de respeto.

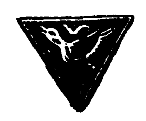
En esto oyóse un bramido como de toro, y, negro y amenazador, el consabido paralelógramo ó pandorga perdonavidas, apareció en el aire, más soberbio que nunca, mirando con malísimos ojos al inesperado rival, y aprestándose á destriparle cuando menos. De una pieza nos quedamos los del círculo, porque con el ansia y la prisa de estrenar el cubo se nos había olvidado ponerle las navajas. Bajarle ahora para armarle, tendría de pronto las apariencias de arriar bandera, á lo cual no se avino Martínez. Por el contrario, fiando en su propia pericia, se dispuso desde luego á la defensa, con la intención de arrimar el hilo de nuestro cubo á la extremidad superior del rabo del enemigo, lo cual solía dar por resultado que papalote y cola formaran ángulo agudo montados en la cuerda agresora, y el primero descendiera de cabeza hacia el suelo.

Las operaciones todas de ataque y defensa obedecían á una táctica especial, cuyo conocimiento y práctica no se adquirían como quiera. Fuertes eran en ellos los rectores en el presente caso, y así lo probaron.

El perdonavidas se corrió hacia el Norte, para venir á caer casi perpendicularmente, al serle soltado más hilo, sobre el del cubo, y cortarle al ascender de nuevo con toda la fuerza posible. Una y dos y tres veces trató de hacerlo, y fué burlado con soltar también nosotros hilo al cubo, en el momento decisivo. Pero, rabiando y mugiendo, el contrario se aproximó mucho más, aprovechando alguna ráfaga favorable, y, á punto ya de cortarnos, fué preciso rifar el todo. Al rozar su rabo como un alfanje damasquino nuestra cuerda, la atirantó Martinez y le imprimió súbito y recio movimiento, contra la cola misma del adversario, haciéndola doblar con papalote y todo. Éste, al descender de cabeza, cortó al cubo que, suelto y azotándose en el vacío como un boa, fué á caer á más de un cuarto de legua. Pero el agresor debía caer también, é ignominiosamente por cierto. Acostado y doblado por la zancadilla del hilo de su víctima, no

pudo recobrar su actitud ordinaria, y como la vara de un cohete muerto, cayó casi verticalmente hasta el suelo, viniendo á dar al centro de nuestro corro, donde se le declaró buena presa.

¡A cuántos orgullosos he visto dar así en tierra en el curso de la vida real, desde el rincón á que me retrajeron mis inclinaciones subsiguientes, y acaso también la timidez y cobardía que el cubo satírico me echaba en cara! Y, á propósito de éste, y de los demás papalotes que hablaban, y de las personas á quienes me figuraba representadas en ellos, vas á ver lo que suelen ser las coincidencias, casualidades y extravagancias del mundo. Pocos días después del combate, al verdadero perdonavidas le hundían el sombrero; y la polla remilgada, convaleciente de viruelas malignas, se casaba con el recaudador de contribuciones, acabado de salir de unos ejercicios espirituales.



# NOCHE AL RASO.

(Manuscrito hallado entre papeles viejos.)

AL CONDE DE BASSOCO.

El Autor.



# NOCHE AL RASO

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS)

## I.

CUANDO aun no había caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de trasporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado, como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron á los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perífrasis, venía de Orizaba á Puebla, con todo y la polvienta funda de manta, de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador ó agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño, se sin-

tetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte integrante de los utensilios de su profesión; y que chocaban entonces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y aun de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de menos, y muletas y dos ó tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurrección se batieron al lado de Rossains, ó acompañaron en la cueva tradicional á D. Guadalupe Victoria, fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, según lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala, y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entonces se decía.

Un aficionado á la pintura, que desde su juventud había sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraídos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacía recordar el ruibarbo, y cuya levita parecía haber probado muchos años atrás todos los ungüentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habían visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo pequeña, con relación á varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarlo. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del día á que me contraigo debía ser rendida en Puebla. Anochecía ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche—que es fama, trajo á Marquina á México, cuando vino de virrey—dió un salto en una de las ramblas pequeñas formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó, casi por completo, rompiéndose á un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, y quedando todo ello en estado poco menos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y menos compostura de lo que habrían deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar á todo su sabor, sobre aquel montón de apolilla-

das ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de Diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiración. Componer y volver á armar el coche, no era posible, careciéndose de carrocero y de instrumentos á propósito; y tomar á pié el camino hasta Puebla, no halagaba á aquel cuaterno de cotorrones, más ó menos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar á la garita la habrían de hallar cerrada, exponiéndose á ser tratados como gente sospechosa. Decidiéronse, pues, á esperar el paso de algún otro vehículo, y en último caso el día, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen á la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por reírse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mutuamente más comunicativos y procurarse distracción, cada uno según el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó instintivamente á recoger y examinar algunas

piezas del finado coche, hallando que sólo habían quedado ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que había sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que lo vendía por triaca á alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvía en su cabeza leyes y prácticas forenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando á Puebla, al dueño del coche; si bien vino á contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose á la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin previa indemnización, como el frío apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en alguien su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada, y calló á golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que al fin, sólo

se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en unión de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacían aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitán, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas, y la natural y reconcentrada malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino á interrumpir el general silencio, sólo alternado con las coces de las mulas, que ni se calentaban ni veían por allí pesebre. A la verdad, señores,—dijo—representamos una escena casi patriarcal, y que me sería hasta agradable si á esta botella de refino, compañera mía en todos mis viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas, ó siquiera los buñuelos de los pastores de Belem, ó hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balam bien asado. Pero, falto de tales elementos de conservación y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, héme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de Ustedes (mo-

vimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo á nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nación, que comenzó por amarrar en Tehuacán á los miembros del Congreso de Chilpancingo, y ha acabado por hacer inútiles reverencias á ministros de Hacienda y tesoreros, en solicitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el día del juicio; antes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apolillada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos, y pusiesen mano airada en el mofletudo rostro de este honrado aunque estúpido muletero, á quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habían ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, según nos ha dicho, tuvo ó tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas é indemnizaciones, que apa-

recieron en la torva frente del compañero procurador; ave de presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir á embargo ó despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

Y puesto que la casualidad ó Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí á campo raso y sin víveres ni quehacer, á individuos de caracteres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena á los coyotes, ¿no habría más cordura en echar todo á broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido, y que cada uno cante, ría ó hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna ó algunas de sus propias aventuras, ó de las ajenas de que tenga noticia, y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir á Ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua, antes callada de suyo, el silencio

que por espacio de meses y aun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quien comunicarse, y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de día ideaba un plan de reconstrucción social y política del país, y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala ó del Soconusco, á quien nunca llegamos ni él ni yo á conocer. Así, pués, compañeros, rienda suelta al buen ó mal humor, y charlen Ustedes, alternando conmigo, ó al mismo tiempo que yo, para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva á medir las costillas, se pone en atalaya, por si viniere por esos caminos de Dios, coche ó carreta que podamos aprovechar, ó hasta un hatajillo de asnos que, en último caso, embargaríamos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuénta que á estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese; y reputaría verdadero milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una ó más pulmonías,

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar; y aprovechando la interrupción, e procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico: Milagro y muy milagro sería ello; pero de estos tan patentes, sólo el Cristo del Licenciado Retortillo los hacía.

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese—interrumpió el almonedero—que al cabo nada nos corre prisa, y algún tiempo mataremos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaran igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera á cantar, y sin fijar la vista en nadie, para no comprometerse, habló en estos términos:

## II

### EL CRUCIFIJO MILAGROSO.

Todo el mundo, al menos el forense—y hablo en términos de mi profesión—ha conocido en México al Sr. Licenciado Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de

una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente Su Merced, después de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa, y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atención general, y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo á su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el trascurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados en estantes, mesas y sillas, parecía oficio de escribano, regocijando la vista y el corazón de la gente de curia que olfateaba allí el germen de demandas y litigios interminables. Y aunque el Licenciado trabajaba más cada día, con riesgo de su salud, y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba á otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresión mayor los de todo género, acabó por atas-

carse entre aquellos montones de papel, poniendo á prueba la paciencia de herederos y litigantes, y dándosele un comino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habían ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesión en que era excéntrico y claridoso, como decían en presencia suya sus amigos, ó como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malcriado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le ví por última vez, acudiendo yo á su estudio en representación de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar á ver arreglada la testamentaría respectiva. Frisaba ya en los sesenta mi hombre, y, sin ser alto ni bajo, tenía por cuerpo un verdadero costal en que la naturaleza parecía haberse complacido en vaciar á ciegas la carne y los huesos, sin dar á una ni á otros la debida colocación. De tez aceitunada que contrastaba con lo cano del cabello, corto y levantado de todas partes, como si el espanto le eri-

zara; de ojos vivos y malignos aunque algo encapotados; de nariz á la Carlos III—que la tuvo más larga que Carlos IV, por más que la fama haya favorecido á éste con daño de aquel—y de excesivamente belfo inferior labio, que cuando se apartaba del superior dejaba ver hasta cuatro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose dócilmente al impulso de la lengua, tenía tembloroso el pulso y la voz; metidos ambos piés en sendas bolsas ó fundas de paño negro con nombre de zapatos, y la mayor parte del cuerpo en un levitón de bayeta, del corte de los que llamaban *redingotes* en nuestro tiempo.

Tal era la estampa del señor Licenciado Retortillo aquella mañana en que, sin duda, la digestión del chocolate había sido penosa, pues no disimulaba el viejo su mal humor, del cual era signo inequívoco para los que le tratábamos el echar pestes contra los clientes que se difundían en la explicación ó consulta de sus negocios, ó contra las visitas que sin objeto alguno iban á quitarle el tiempo, y cuya conversación suele ser una verdadera calamidad para las personas ocupadas.

Olvidaba decir á ustedes que el Licencia-

do, hombre íntegro y religioso á pesar de su malicia y aspereza, tenía en su estudio, en una de las paredes, precisamente enfrente de su bufete y bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros de plata, un Crucifijo de madera que él apreciaba mucho, escultura de Cora, y cuya mansedumbre y benignidad, hábilmente representadas por el artífice, formaban más de una vez contraste con el ceño y la iracundia de Retortillo. A pesar de lo expuesto, es indudable que nuestro hombre tenía cariño y devoción á la imagen: solíasele sorprender con los ojos fijos en ella cuando algún cliente le molestaba con la relación de las enfermedades de todos y cada uno de los individuos de su familia, ó cuando algún enviado de la parte contraria trataba de amedrentarle ó de sobornar su lealtad; y hasta había llegado alguna vez á decirme en un arranque de confianza: "Rascón, esta imagen es milagrosa, y no extrañaría yo ni que llegaras á ser hombre de bien si te encomendaras á ella."

En la mañana á que me refiero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesa-

ba alguno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Había despedido el Licenciado á todos sus clientes, citándolos para otro día, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio, y deteniéndome á mí para que llevase al tribunal el escrito que nos disponíamos él á redactar y yo á escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente, y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar á dictarme, cuando oímos pasos en el corredor; pero en la confianza de que había dado orden al portero de que á nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula "como más haya lugar en derecho," y cuando su labio inferior llegaba casi á la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios y el comedimiento y la urbanidad en todos los ademanes, dando "santos y felices días," un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado Don Canuto Bobadilla, que ha-

bía venido á México á pasar Todos Santos y Muertos, y que á título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del Licenciado, no había creído compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar á sus paninos sin hacer una visita á Retortillo; en primer lugar para tener la imponderable satisfacción de conocer á un abogado cuya fama se extendía casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posición y familia, pedírsela acerca del médico más á propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponía radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, según todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba perenne salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitre bajo la forma de palomino, sin darse por satisfecho con explicación tan difusa, refirió al Licenciado cómo había forzado la consigna dada al portero, quien procuró detenerle á tiempo en el patio, y sólo

franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de protección con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero, y significando en vano á D. Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba, y su deseo de que terminara cuanto antes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo, y hasta movia los labios como si orase, en tanto que Bobadilla seguía hablando del frío y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma, y del *chahuixtle* recién caído á sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo á los impulsos de su devoción, levantóse del bufete, dejando al payo con la palabra en la boca, y fué á arrodillarse á los piés del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, y levantando en seguida el rostro y la diestra hacia la sagrada imagen, como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor Licenciado, que, á guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo luminoso de un rayo de sol que pene-

traba en el aposento. Bobadilla, al ver la acción de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose á poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revistió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente sus ojos del suplicante á la imagen, y hasta pareciendo asociarse por medio de la oración mental, á la plegaria del Licenciado.

Éste se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pié, y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfacción y de confianza.

—¡Hermoso Cristo! dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversación.

—¡Y tan milagroso! exclamó Retortillo.

—¿Conque es milagrosa esta sagrada imagen?

—Usted va á ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado, y siéndome excesivamente molesta á causa de ello la visita de Usted, acabo de pedir á ese Cristo que toque á Usted el corazón para que se vaya y me deje libre: y no tardamos en ver que ha sido oída y obsequiada mi petición.

Por grande que fuese la dosis de tontera y candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya Usted ve si la imagen es milagrosa! observó el Licenciado, estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún antes de sentarse, dictó: "......y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido expongo."

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: "Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando."

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

## III

### La docena de sillas para igualar.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho menos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas, durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun debía en la plaza, era afrentarse á sí misma. Por raro

que hoy parezca este modo dediscurrir, era el de D. Roque en la época á que me contraigo; y lo hago notar á Ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diablurae de D. Roque, recordaba, sin querer, una cuarteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid, y que dice:

¡Oh necesidad infame!
¡A cuántos honrados fuerzas
A que, por salir de tí,
Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apestado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuarteta; y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa *(radix Jalapæ)*. Y volviendo á D. Roque, sucedióle que honrado y favorecido de sus mismos acreedores, al principio de su pobreza, acabó por cansarlos á peticiones y banderillazos, y llegó á palpar frío el fogón de su cocina, y rajada y vacía la marmita del puchero; situación terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres ó cuatro hijas pequeñas, que comen con el buen

apetito de la miseria; que rompen zapatos y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva antes de la invención de los telares.

Dióse D. Roque á la correduría, aunque sin título, y con la mala suerte que por lo regular acompaña á los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer, sinó rara vez, algún negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente á su familia. De día en día fuéronsele escaseando más y más los medios de subsistencia, y como había sido rico y se había sentado en su juventud al festín de la abundancia, hízosele mucho más amargo el pan de la pobreza; ó, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazón al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente á todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba, y hasta en contestar con grosería á las salutaciones de las gentes, lo cual empeoraba su situación. Por otra parte, corrieran á las casas de juego, á que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, ó á que los conocidos afortunados le dieran el barato; y como la dignidad y la

decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo que había sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos, jugando topillos en mayor ó menor escala; pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad, y que muchas veces caían en gracia á las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una historia casi tan larga como la vida de San Alejo. Procuraré de consiguiente, abreviar la narración de mi anécdota.

Habíamos llegado, D. Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar, y yo al apogeo de mi posición como farmacéutico. De humilde orígen y huérfano desde muy corta edad, había pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el día, en calidad de mancebo, y sin más distracción por las noches que el estudio del formnlario y la colocación de recetas en los alambres destinados á recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conve-

niente á jarabes y refrescos, habían llamado más de una vez la atención de mi principal, y siendo éste español, y teniendo que salir del país á la expulsión de todos los de su nacionalidad, dejóme la botica en traspaso, á que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que había: rematé una partida regular de azúcar prieta á precio muy bajo, y contraté la zarzaparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas; y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios sólo cubrían con harina ó magnesia, mi establecimiento llegó á ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos, y conviniendo con el Génesis, en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y á la muerte de mi suegro—que lo fué para mí en toda la acepción de la palabra,—por aquello sin duda de que todo está compensado en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó única heredera.

Fué y es la tal esposa mía un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático, y de un carácter de aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flema con que cuando éramos novios recibía las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió ante el altar mi mano, recibió los catorce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio, y recibiría al verdugo si fuese condenada á la estrangulación. Y aquí voy á entrar en detalles domésticos que temo fastidien á mi auditorio; pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo había puesto á mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norte-americanas de asiento de ojo de perdiz—de las primeras que vinieron al país—que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta, y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales á los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacedero, no lo era entónces, por la sencilla razon de que sólo había llegado á la ciudad una partida de las tales

sillas, que inmediatamente se realizó por haber agradado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojo, y como yo tenía mis barruntos de que iba á hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírsele.

—Don Roque— dije un día á nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragán que había sido verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario;—mi esposa desea una docena de sillas iguales á las que tenemos en casa. Pídale usted una de éstas para muestra, y vea si consigue á no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido, y salió de la botica. Me había visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques á mi bolsillo, y ni su persona ni su historia eran desconocidas á mi esposa, que le profesaba algún aprecio por efecto de su triste situación y de las consideraciones que me veía guardarle. Media hora después volvía Don Roque, seguido de

dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquellos, y poniendo en doble hilera frente á la puerta de la botica.

—¿Son, ó no son iguales á las tuyas? me preguntó.

Al primer golpe de vista y antes de oír la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco, y hasta las mismas frutas doradas al claro-obscuro en los respaldos y los pies!—¿Dónde ha podido Usted dar tan presto con lo que buscaba? le pregunté á mi turno.

—Eso no es de tu cuenta,—me contestó. —Las sillas valen sesenta pesos; ni un real menos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podría ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y ó los cuentas ó me las llevo.

—Mías son, me apresuré á decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer á mi esposa, y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de á veinte duros. Don Roque sonó y frotó al-

gunos de éstos después de contarlos, puso la cantidad total en su polvero, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa, y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigía su corretaje, y era justo dársele, como también pagar á los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exigido factura ni recibo, por creer que no valía la pena de ello, supliqué á Don Roque llevara las sillas á mi casa y las entregara de parte mía á mi mujer; á todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida á hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido —como lo son en la luna de miel casi todos —y compartía y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habíame vuelto insensible á los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de Don Roque, y me decía que con el corretaje de las sillas tendría su familia para comer un par de días. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habían sido mucho

mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer, y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, había ido á pedirle de parte mía las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objeción ni pregunta alguna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena fe y confianza, él las volvió á llevar á mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas. Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado, las recibió, sin meterse en inquirir para qué las llevaron, ni cómo las devolvieron: púsolas en la sala, en el lugar que antes ocupaban, y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví á mi hogar, cansado de elaborar píldoras y de hacer friegas; y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo Don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormía en aquellos momentos; y, habituado yo á sus modos y respuestas que se resentían de cierta obstrucción en los órganos de la percepción y de la palabra, díme á roncar á semejanza suya, y en dos ó tres semanas no me volví á acordar de la compra.

Cerca de un mes después, al entrar un día con Donaciana en la sala, no pude menos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo Don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entonces, ¿dónde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que había aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—¿Luego has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traídas por Don Roque.

—Don Roque no ha traído más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba quinta esencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví á casa en todo el

día. Las brisas de la noche refrescáronme, y entonces reflexioné que Donaciana no tenía la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que á pretexto de él engullía, debían haber acabado de poner el apagador á la escasa luz de su inteligencia. Volví á casa, llevé á Donaciana á la sala, y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas, y reprimir todo ímpetu de impaciencia ó de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que había sido víctima de la industria de Don Roque, á quien traté de abrumar con reconvenciones más que enérgicas, al presentarse á otro día en mi botica.

Mi hombre, ¿lo creerán ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mío—me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto,—los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algún día llego á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de

su familia desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas á la acción del fuego; y, enteramente desarmado, y para ocultar á Don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices *(oleum serpentorum)* en su lugar respectivo.

## IV

### El cuadro de Murillo.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante sér tan larga y difusa como la del primero. Unicamente el almonedero, exhalando un saspiro, exclamó:

—Al menos, usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfacción de haberle perdonado; mientras que yo, víctima de otra estafa no menos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reír en México.

Esta semi-filosófica reflexión suscitó un

tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos,—sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almonedas, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado á quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á menos; desde los retratos de familias extinguidas, hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería, hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con

las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero por temperamento é inclinación no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. También dirán á ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco las nomenclaturas de las famosas existentes en los museos de Europa y en los principales conventos de la capital y de Puebla; así como los caracteres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana; y que á primera vista distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera, de otro de Zendejas ó de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general, no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó menos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, debílos á un suceso que me pasó en los primeros seis meses del oficio, y que jamás olvidaré, por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros, entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoria, con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba, pues, amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditación, que eran las más del día, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentárseme algún negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondría en aptitud de dar vuelo á mi negociación y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo colocado sobre una mesita de pino de las de venta, ví entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con todo y bastidor, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las salutaciones

de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imagen de Nuestra Señora del Carmen, que ni por su dibujo, ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oído enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por ésta cincuenta pesos para que yo ofreciera. Díjele que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho menos; y, después de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comisión moderada por depósito y venta, Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más, sin que me costara, y no porque abrigase el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que alguien incurriera en la humorada de hacer-

le postura; y aunque traté de averiguar cuál era el domicilio de la señora, ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenía la buscaran en su casa, y que cuidaría ella misma de volver á verme, pasado cierto número de días, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte días volvió, en efecto, y sabedora de que no le había, marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba eu la mayor pobreza; pero que aun abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que empezaban á cubrirle, y hasta frotéle con una muñequilla mojada en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehaeer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosecha, media hora después de tal operación, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y signió su

camino con visibles señales de preocupación, y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos días, y al tercero, mi hombre se recostó contra el marco de la puerta, calóse los anteojos y púsose á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca qne por entrar en relaciones mercantiles, díjele con urbana frialdad:—¿Por qué no entra Usted, caballero? Abstraído en la coutemplación del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos aden tro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene Usted aquí una joya artística que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre uuas sillas, frotó con su pañuelo ensalivado las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detrás, diciendo en tono de profunda convicción:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana,

y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto, preguntéle—todavía sin dar gran valor á su entusiasmo—por qué no le hacía frente, agregando que le tendría por casi nada, puesto que pertenecía á una familia pobre deseosa de salir de él; á lo cual contestóme con visible desconsuelo, que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para arrancados, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, indiquéle que venderían en cien pesos la imagen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mi aserto; y contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atención de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenían á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana, en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenía que de aquella pintu-

ra no podía haber ejemplar alguno en México, y mucho menos en una almoneda de las de tres al cuarto; mientras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podía ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse en torno suyo la gente, les supliqué moderaran su exaltación artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habría dado por él quince ó veinte pesos, si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedía, ni era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitación. Yendo y viniendo días, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo, colóse de rondón en mi almoneda una tarde, y, llamándome á un rincón de la pieza, con gesto solemne y en voz baja, para que no lo oyeran dos señoras que ajustaban á la sazón unas sillas de asiento de tule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo, ni Usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valía cien pesos, que fué decirme en rigor: "aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrías tú comprarle." Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mío; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si Usted, en lugar de juzgar por las apariencias y de burlarse de un admirador arrancado, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervención mía, si no lo que se llama un buen negocio, atendiendo al mérito de su Virgen, sí una ventecita que le dé á ganar algunos pesos. Tengo un inglés...pero, ante todo, Usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada menos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Esteban Murillo, célebre pintor español que floreció en el siglo XVII, compañero y amigo del gran Velázquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moisés hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte que constituyen la riqueza de los museos y

monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico, que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Londres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el gobierno británico en gastos para enriquecer los museos públicos, ni los Lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros; actualmente tiene puesto el ojo en este lienzo, mediante indicación mía; pues, aquí donde Usted me ve, soy inteligente en el ramo, llámome Martínez, y años atrás he desempeñado una clase de pintura en la Academia de Bellas Artes, donde podrán dar á Usted noticia de mí persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle, y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para verle á la luz meridiana.

Desconfiado de mío, y poco susceptible de entusiasmarme, creí que había más de charlatanería que de sustancia en la peroración del señor Martínez, quien se presentó á otro día con su inglés. Aunque tenía éste azafranados el cabello y las patillas,

descomunales los cuellos de la camisa, y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y corrección, lo cual debía, según me dijo, á los muchos años que había vivido en España, visitando muséos y conventos. Halló que el lienzo de marras era, efectivamente, de Murillo, lo cual no se podía dudar, en vista de lo perfecto del dibujo, de la propiedad ana tómica que brillaba en las carnes, y de la verdad y naturalidad del colorido, que así huía de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana había sabido crearle, y constituía una dificultad en que naufragaron y naufragan los demás artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dljo el inglés, no del modo cou que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraría en ajnste sino al siguiente día, ni siquiera pretendía saber desde luego el precio del cuadro: que

éste era muy bueno, y él bastante rico; pero que los tiempos eran malos, y ne se quedaría con la pintura, siuo tomándola á bajo precio. Agregóme que me fijara en el último y definitivo, á fin de volver él á la mañana siguiente á examinar de nuevo el lienzo, y á quedarse con él, ó á desistir del negocio.

Dnrante esta primera entrevista, Martínez no habló, sin duda por haberse abstraído completamnete en la contemplación de la pintura.

Dióme golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que antes casi ni había fijado la atención, y en el que ya creía descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotarle con aceite de linaza, é instintivamente veía hacia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó, al menos, ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia, ocurrióseme tomar algunos informes, respecto de Martínez; y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente había sido mu-

chos años catedrático de pintura en el blecimiento, acudiendo todavía á él á dar s voto, siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día á las doce, Martínez y su inglés entraban en mi almoneda, y, después de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Carmen, preguntóme el segundo si le había yo fijado precio.

—No se ha de dar en menos de quinientos pesos, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididameute la tomo—me dijo, —y, como no me agrada perder tiempo, ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de esta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era "Sir James William Cook;" y entregándome la tarjeta y nna moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene Usted mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar uua caja de madera en que pueda caminar el lienzo, sin estropearse. Una vez lista la ca-

ja, coloque Usted en ella la pintura, muy bien acomodada; y sin cerrar, ó, al menos, sin clavar la tapa, lleve Usted tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los señores Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque yo debo partir de un día á otro.

Salieron Martínez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y orden de hacer la caja en el resto del día; y como la ajusté en seis pesos, hallé que, por principio de cuentas, iba yo á ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su zenit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que, si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí, por lo menos, viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no había sido movido de donde llevaba días de estar; ni mi semblante re-

velaba la menor emoción, cuando entablamos este diálogo:

—¿Aun no se ha vendido mi Madre y Señora del Carmen?

—Ya Usted la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese Usted, Sr. Don Mateo, que yo me había resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generación en generación ha llegado á mí; y que ahora, mi primo, el cura de Atlixco, me escribe por conducto de mi comadre Petronila, diciéndome que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician, y podrían dar hasta doscientos pesos por él. Nó, sino muy lucido negocio habría yo hecho malbaratándole, para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santisíma, señor Don Mateo; y, como no es justo que Usted la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se co-

bre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como Ustedes comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fría, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas; acabando por ofrecerle de contado los cincuenta pesos que al principio pretendía por su lienzo. Tomóle el criado, cubrióle y cargó con él, y, ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, setenta y hasta cien pesos por la imagen. La buena señora ateníase á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro por menos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros, que la codicia rompe el saco, y que, tratando yo de explotar la pobreza de aquella anciana, habíame sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues

aun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja que ya doblaba la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro; y viendo que ni esta oferta aceptaba, díjela: "Es mio por los doscientos," y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro día la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta, había de ser recibiendo en el acto su importe, "porque nosotras las señoras—agregó—nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas." Nuevo conflicto para mí, que no podia reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero antes de llevar empacado el cuadro. Habría ido á ver á Sir James W. Cook para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable, sin riesgo de que

los demás almonederos, que iban ya olien dó el negocio, me le birlaran mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivía á la otra puerta y me dispensaba alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos que me dió por un par de días, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo que me firmó con agarabatados caracteres; hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á Ustedes más largo el cuento, les diré que á otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido, ni siquiera oído nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la

casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razón de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco, pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado, como la totalidad de los hombres, sino concebido también en necedad; lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mío.

———

## V

### El Hombre del Caballo Rucio.

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra, para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frío y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginación mía, que me convirtieron en actor en un lance, que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me había vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como á impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. ¡Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la médula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, piadosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy á referirles del modo más conciso po-

sible la tradición que á mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni Ustedes podemos creer; pero en que creen á pie juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central, hacia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de Ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla ó de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por las Vigas, la Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de la Hoya, y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos á su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, ó sea al Norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas á pico, en cuyas planicies brillan á lo lejos los pueblos de Naolinco, Tonayán, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, á semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava vol-

cánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo forma en los días claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer ríos que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y á la luz del sol. Sólo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir á las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte á la magnificencia del paisaje á que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcán de Tuxtla, á que responden, á guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro

de la Magdalena, hacia el Norte; mientras á la derecha remedan la voz del Océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hacia la costa, hubo á principios ó mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable, cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actópam y la Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzocomotla. Dueño era de tal extensión territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, ó no me dijeron, ó no recuerdo si era español, ó criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos

necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados á celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban á pedirle limosna, sólo recogían sermones más ó menos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos, y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre á sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso á que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

Tampoco supe ó recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad; alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras, y que llevaba, á la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con listón verde, que se le mantenía tiesa, á manera de culebra semi-levantada del suelo, ó le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era éste rucio, según decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían queri-

do competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aun de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio á pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de paño azul y botonadura de plata; y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando ó yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiración: "No se puede negar que este hombre nació á caballo." Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederes; si bien no eran bastantes á hacer olvidar á sus arrendatarios de tierras, lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actópam, al enjugar las lágrimas á una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: "Ese hombre no puede tener buen fin."

Y sucedió que, con todo y haberse reído

del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban á herrar nuevas reses y él á cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y sólo entapizado de un zacatón de tercia ó poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir á los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, ó que, al menos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en dirección trasversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefacción cuando, acercándose á examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pen-

sara y dijera, que fin tan desastrado era castlgo del cielo, por el afectado quebrantamiento de la guarda de los días festivos; y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesión de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía, ui de la persona del propietario.

Mas, pasado algún tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado á los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botonadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar á Ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos á éstos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y

ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte, como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió á salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado "La Raya," causando el propio terror á los animales y azorando un poco más á los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros sólo se comunicó á las viejas y á los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por aquello de que, si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fué sepultado el ranchero, y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte; con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido, como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherias inmediatas, habían correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por

la aparición y los gritos del "amo;" las reses se desbarrancaban, y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

No podía esto durar así, y el mayordomo ó admíuistrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer á éste de la coleta ó quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo "Enaguas blancas," casi de tanta ley como el rucio. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cerca de Actópam, y joven de reconocido y temerario valor, vino á terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara á él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches á mecerse suspenso del portalillo ó tinglado de una casita, á un cuarto de legua de Actópam; de consiguiente, para cogerle no había necesidad de fatigar á un cuadrúpedo de la categoría de "Enaguas blancas," y él se comprometía á echar garra al "amo" en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin dis-

gusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada á cabo por Don Encarnación, que así [se llamaba el joven ranchero.

Cuando éste llegó á la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso dia de Junio, y la luna aparecía en Oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos, desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí había atravesada, colgábase el "amo" dándose dos ó tres columpiadas, á cuyo impulso se estremecía la casa; y en seguida montaba á caballo y se iba con la música á otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnación tuvo á mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado á la casucha, ató su caballo en el exterior, á espaldas de ella; reconoció el filo

de su machete, rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formóse en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando á un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo :y aun se hallaba á punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio á la casita.

Oyó á poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo," quien, atando al rucio del cabestro—no sin que la bestia de Don Encarnación rompiera el suyo y echara á huir por el campo,—penetró bajo el tinglado en el

corredor, dándose en él dos ó très paseadas, sin que pareciese notar la presencia del jóven.

—Luego que se vaya á mecer—dijo éste para sí—le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecución de sn idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo, cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El joven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne á pasearse y llegue cerca de mí [pensó en su interior], le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió á pasearse. Sonaban sns enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al joven, sentóse éste en la cama; pero dióle en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo á la segunda vuelta; pero á la luz de la luna vió que sns mejillas estaban mny hundidas, y hasta habría podido jurar que te-

nían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo nso de sus manos; omisión gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en el una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frío y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera á entrar calentura. Tornó á verle el hidalgo cnantas veces se le aproximó en sns paseos; y, cansado el jóven de batallar con sn propio miedo, entregóse á éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz, por tener engarabatados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía, por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva mecida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entonces volvieron á cantar los gallos.

A eso de mediodía, el joven, enfermo de fiebre, fué llevado de la casita á su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidal-

go. "Enaguas blancas" fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, á bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El día designado para la nueva aventura, desde mny temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicameute se podía salir del valle, de cerca de nna legua de extensión, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaución que eran del caso, á eso de las nueve de la mañana despachóse una partida de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo á la cola el mallorquino montado en el famoso "Enaguas blancas" desnndo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaína cargada con bala de catorce adarmes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando, de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el gana-

do, que á su ademán y á sus gritos, instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros, con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo á unas cuantas varas, espolear á "Enaguas blancas" el mallorquino, y echársele encima, fué todo uno, asestándole á la cabeza un tajo tal, que, á alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio, y, á guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalación por el llano, sin volver siquiera el rostro á su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, é hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo: seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas, entre los dos hombros, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi á la línea de aquel, y tratando de

asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión, sin quererlo.

Llegados á una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados á caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero á sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquellos, y, tascando el freno, se los llevaron á gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas" y su ginete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno ó dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y, por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían á derecha é izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares á "Enaguas blancas," y, dando éste una salida más fuerte, asió aquel de la coleta al del rucio, lanzando una interjección hija de varios padres, pues debieron engendrarla á un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y aun el terror.

Cualquiera de Ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo á la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, ó como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclamaba ante su soberano:

"Hé aquí, señor, el turbante
Del moro que cautivé;"

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

"...... ¡El moro se fué!"

Y, como llegaran en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven Ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando á azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder

su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera á nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo,—vean Ustedes lo que es el carácter nacional—que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino, sino por el apodo de "El hombre del turbante."

## VI

### A DOS DEDOS DEL ABISMO.

Sin aguardar señales de aprobación ó desaprobación por parte de su auditorio, y apenas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitán:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresión en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos. dotada de talento, instrucción y sensibilidad; persona que llamaba la atención por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su ima-

ginación, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y también—preciso es que lo agregue—por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno—llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba;—el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la real Audiencia, y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del virreinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro joven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de

la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jamán, la habría querido en sus últimos años, en que le ví consumirse de miseria y desesperación, sin tener una compañera que endulzara sus cuidados, pues, ¡cosa singular! las mujeres, que, por regla general, nunca se paran en las malas circunstancias de un hombre casable, no se resolvieron á sufrir las consecuencias del bilioso carácter del Marqués; y éste, que, así arreglaba una partida de campo ó de baile, como formulaba un plan de hacienda ó urdía una conspiración, jamás pudo hallar su mitad en el sexo femenino; lo cual—de paso sea dicho—no deja de redundar en honra de las doncellonas de mi tiempo, que no parecían avenirse tan mal á su estado como las de hoy.

Pero me difundo y desvío de mi asunto, costumbre que contraje desde que fuí ayudante del General Victoria, quien, como Ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra, ni la soltaba, ni por mal pensamiento procuró jamás ligar su última idea, no digo ya con la primera, pero ni con la penúl-

ma de su discurso. Ahijado suyo de pila era el Marqués, no sé por qué circunstancia, sunque no heredó la incoherencia de la frase, ni las ideas políticas del padrino, á quien, por lo demás, profesaba sincero afecto, bien correspondido del General, quien no se hallaba sin su *chaqueta*, apodo con que designaba al ahijado. Y era de ver á éste en palacio, durante la presidencia de Victoria y cuando el General era nada menos que el jefe y el ídolo de los yorkinos, en disputa animadísima y casi constante con ellos y hasta con su patrón, acerca de si Lemaur llegó ó no á comer ratones en Ulúa; de si España conservaba ó había ya perdido el derecho que los tratados de Córdoba le reservaron de darnos un monarca á su gusto, y de si los distintivos y el traje del rito escocés, á que él pertenecía en cuerpo y alma, eran más vistosos ó menos extravagantes que los que usaban los afiliados en las logias del rito de York, que acababan de ser fundadas por Poinsett y que constituían, como si dijéramos, la novedad del día. Exaltábase el ahijado en las disputas, poniéndosele amarillas las pupilas, que eran verdes en estado de reposo; echan-

do espuma por los labios y dando fuertes puñadas en las mesas, no sin amenazar con el triunfo de su propio partido y el exterminio de sus contrarios. Pero si alguno de éstos le sacaba de aquel terreno, trasplantando la disputa al campo de la ciencia ó de las modas, y disertando sobre el número de patas de una mosca y el buen ó mal gusto de los pantalones que empezaban á usarse en Francia con trabillas, todo el ardor y vehemencia empleados por el Marqués en sus altercados políticos, venían en auxilio suyo en la nueva cuestión. Poseía un excedente normal de bilis en el estómago, y necesitaba de la controversia para darle salida, tal como el fuego subterráneo necesita abrirse respiraderos. Comprendiéndolo así los albañiles y dignidades del rito de York, no se daban por lastimados de sus injurias, limitándose á presentarle un vaso de agua, cuando el exceso de su exaltación podía orillarle á un caso de hidrofobia. Por otra parte, el ahijado era hombre franco y leal hasta el quijotismo; no mentía ni de chanza; tenía una palabra más firme que el Peñón de los Baños, y no podía ver una necesidad sin tratar de remediarla; todo lo cual

le hacía estimable á sus mismos contradictores.

Iba yo á decir—y por poco no llego á hacerlo—que, ahijado él, y ayudante yo del presidente Victoria, quien tenía, después de todo, un excelente corazón, nos veíamos y juntábamos con frecuencia en palacio, y no sin mutua mortificación, por ser ambos aficionadísimos al uso largo y exclusivo de la palabra, de lo cual resultaba, como dijo una vez Don Andrés del Río, que no éramos elementos afines, sino opuestos. Pero sucedió que cierta noche en que, á consecuencia de una disputa más acalorada todavia que de ordinario, mi hombre se vió amagado de una especie de epilepsía que le dejó sin alientos de hablar durante diez ó doce minutos; aprovechando yo su forzado silencio, y con motivo del rumor de una aparición nocturna que solía espantar al ayudante de guardia, le espeté de cabo á rabo la tradición del "Hombre del caballo rucio," que Ustedes acaban de oír. No obstante la viveza de su imaginación y el interés que tomaba al hablar ú oír hablar de sucesos y de cosas de mucha menor importancia, las columpiadas del muerto en la viga

madre de la casa del rancho, y el espontáneo incendio de su arrancada coleta, halláronle indiferente y frío. Esto no pudo menos que chocarme, y manifestándole mi estrañeza, me dijo:

—Acabo de verme en un lance mucho más terrible que el del hombre que quiso atrapar al del caballo rucio. Los espantos de los vivos son mucho más serios y temibles que los de los muertos; y aunque yo jamás he creído en estos últimos, todavía estoy azorado de resultas de aquellos. Sepa Usted, señor capitán, que acabo de verme á dos dedos del abismo.... ¡Sepa que he estado á punto de casarme por compromiso!

—¿De casarse por compromiso? le pregunté, no comprendiendo el sentido de la frase.

—De casarme por compromiso, ni más ni menos, volvió á decir; y, limpiándose los labios que aun guardaban la espuma de su postrer cólera, y desabrochándome la pechera del uniforme, ó desarreglándome el cinturón de cuero de la espada y dándome fuertes puñadas en el pecho, según lo requería el curso de su narración, refirióme, durante más de dos horas, lo que, compen-

diando ó sintetizando, como decía un amigo mío que se preciaba de lógico, voy á contar á Ustedes en unos cuantos minutos.

Lo sustancial de mi historia es que el Marqués del Veneno era un hombre casable, ó casadero, como hoy se dice; que los padres le creían buen partido para sus hijas, y que el, en mi concepto, hizo mal en no tomar la esposa que entonces se le proporcionaba; pues mejor le habría estado casarse por compromiso, que consumirse de solterón más tarde contra su voluntad, por no haber hallado mujer que le quisiese. Sentado esto, entremos en materia.

Repito que era el Marqués un excelente partido, al menos en lo ostensible. Hijo de una familia muy decente, joven bien apersonado, elegante y de esmerada educación, abrigaba ideas religiosas y nobleza de alma, según he dicho. La irascibilidad de su carácter aun no era notada sino de las personas que le tratábamos muy de cerca, y en la apreciación de la sociedad en general, pasaba por viveza y fogosidad juveniles. Ni era de despreciarse la circunstancia de estar empleado con buen sueldo en un ministerio, no obstante ir ya de baja los escoceses; ni se

gnoraba su parentesco espiritual con Don Guadalupe, de quien todos creían que le haría seguir subiendo más que de prisa.

Concurría el Marqués casi todas las noches á la tertulia en que reunía en su casa lí lo más florido de la capital, la Señora Rodríguez, tan famosa por su belleza como por su trato, y que parecía hallarse entonces en todo el brillo de su primera juventud, no obstante que á principios del siglo había recibido ya en sus aras el incienso de la adoración de un ilustre sabio, el Barón de Humboldt, quien, poniendo por alguns días en olvido las alturas barométricas de los Andes, sólo se acordó de los osos más estupendos de aquellas montañas, para imitarlos, con más ó menos gracia, ante beldad tan peregrina. [1]

---

[1] La Señora Rodríguez que aquí figura, es la conocidísima en México en aquella época bajo el nombre de *la Güera Rodríguez:* siendo de advertir que el epíteto *güera*, sólo familiar y vulgarmente usado, corresponde al de *rubia*.

La Señora de Calderòn de la Barca, inglesa de nacimiento y esposa del primer ministro de España en México, vino en 1839 y escribió y publicó bajo el título de "Life in Mexico" una serie de cartas describiendo el país y nuestros hábitos y costumbres sociales, y dando bizarras muestras de su propia agudeza, espíritu de observación, y talento nada común. En la novena de sus cartas habla larga y complacientemente de la *Güera*, que la visitó y dejó admirada de su frescura, belleza y trato. Casada estaba por la tercera vez, y llamaron principalmente la atención de la inglesa su dentadura, su cabellera rica en rizos sin una sola cana y el brillo y vivacidad de sus ojos. El

Era esa la época de la bachillería en las mujeres, y si Moliére hubiese vivido y venido entonces á México, habríase convencido de que gastó inútilmente tinta y tiempo en sus "Femmes savantes," al menos por lo que respecta á las nuestras. Así se hablaba en el círculo femenil de la tertulia, de política y de historia natural, como de las últimas composiciones poéticas de Arriaza y de los discursos del Doctor Don Servando Teresa de Mier en el Congreso; y no era raro oír á las más eruditas, tan pronto recitando el *Pater Noster* en inglés, como respondiendo con versos latinos á las galanterías de sus adoradores. De tales flaquezas se hallaba exenta, como mujer de buen gusto, la señora de la casa.

Distinguíase entre las concurrentes á la tertulia, una joven cuya belleza era prover-

---

barón de Humboldt, en los primeros años de este siglo, visitó á la madre de la *Güera*, casada ya por primera vez y con dos hijas; y al reparar en ella exclamó entusiasmado: "¡Válgame Dios! ¿Quién es esta niña?" Tratóla asiduamente mientras permaneció él en México y la comparaba con Madama Staël, rindiéndole, según la misma inglesa, los homenages de su exquisita y platónica adoración. Al hallarla tan fresca y tan hermosa casi cuarenta años más tarde, la Señora de Calderón de la Barca habría podido aplicarle con justicia lo que se ha dicho de nuestra Xóchitl, reina de Tula:

"De belleza sin par, sol sin ocaso."

*Nota del Autor.*

bial y habíale conquistado el cetro de la moda en México. Vacía de seso, como el busto de la fábula, había seguido la corriente del gusto, dándose á cultivar lo que llamaba, sin duda por ironía, las bellas letras. Incapaz de raciocinar en prosa, según decía ella misma, hacíalo facilísimamente en verso, y sus labios eran una cornucopia de sonetos, madrigales y letrillas glosadas, muy en boga á la sazón. Leyendo un dístico que acababa de componer á un perrito suyo de Chihuahua, la conoció el Marqués; y aunque deslumbróle su belleza, la impresión poco favorable que le produjo su *intelecto*, influyó no poco en el curso de los sucesos en que figuraron después entrambos como actores. Repito que la belleza de Loreto era extremada; y ya Ustedes se figurarán si sería ó nó numeroso el séquito de sus adoradores, y si llevando ella, como llevaba, el cetro de la moda, y teniendo que presentarse, como si dijiéramos, á la altura de su posición, mi señor Don Raimundo del Monte, antiguo catedrático de química, hombre respetable, aunque de escasa fortuna por no haber descubierto el secreto de la cristalización del diamante, y padre de Loretito,

tendría pocos ó muchos calentamientos de cabeza para subvenir á los gastos del bien parecer de su retoño.

Bella y ligera la Loretito, y joven no mal apersonado y de brillante porvenir el Marqués, la legión de solteras, que, ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo ó desbaratando bodas, no tardó en advertir y comunicarse que estaban los dos apropiadísimos el uno para el otro. Era social y hasta galante el del Veneno, y no podía decentemente eximirse de rendir el tributo de su natural cortesanía á la hermosa, objeto de las atenciones y los suspiros de toda la parte masculina de la tertulia. Presto se comenzó á decir en ella, por lo bajo, que el Marqués se inclinaba decididamente á la joven. Ésta llegó á creerlo, en fuerza de oírlo, aunque ninguna de las brillantes flores que regaba á sus piés el empleado de hacienda, ofreciera indicios de cuajar en la forma del más pequeño fruto; y, lisonjeada de recibir entre tantos homenajes los de un mancebo del mérito de mi protagonista, dejóse decir, como luego dicen, y hasta por medio de ojeadas, sonrisas y golpes de abanico, dió á entender

que no le era del todo indiferente el ahijado de su padrino, como en tono jocó-serio llamaba á Don Guadalupe entre sus amigas.

Así las cosas, y siendo la señora de la casa mujer de mundo, y enemiga de que surgiera el menor disgusto entre sus tertulianos, llamó cierto día al del Veneno, y le habló en estos términos:

—Que Usted se inclina á Loreto, cosa es que dicen cuantos concurren á mi casa. Que ella no pone á Usted malos ojos, Usted lo habrá notado primero que nadie. Sentados estos preliminares, yo me tomo la libertad de preguntar á Usted, con el carácter de amiga suya y de la familia de esa joven, si realmente Usted la ama....

Aquí el Marqués giró sobre sus talones, como si una víbora lé hubiese mordido las corvas, y, tirándole ya las pupilas de verdes á amarillas, exclamó, accionando vivamente con las manos:

—¡Cómo, señora! ¿Conociéndome Usted, y sabiendo mis ideas acerca de su sexo, ha podido figurarse que yo me fijara seriamente en Loreto? Cierto que es muy hermosa; pero esto por sí solo no basta á la felicidad doméstica, que se debe basar en el

mérito real de la mujer, en sus disposiciones hacendosas, y, sobre todo, en la conformidad de caracteres y en la mutua simpatía, que aquí no existe ni puede existir, puesto que Loreto me es antipática.

—Así me lo figuraba yo, y por ello he querido tener con Usted esta conversación, á solas, para excitarle á no fomentar, ni siquiera indeliberada ó involuntariamente, el chisme que se ha levantado. Ella es incapaz de enamorarse ni de Usted, ni de nadie; pero su familia tampoco puede sostenerle el lujo que gasta, y se halla en el caso de darle á todo trance un marido que cargue con la petaca. Se le presentan ahora varios partidos ventajosos, y acaso Usted le espante la caza si da lugar á que las gentes sigan diciendo que la enamora. Por otra parte, habladurías de este género suelen comprometer á hombres pundonorosos y delicados como Usted, y á más de uno conozco que las llora tan gordas, por no haber sabido huir de un mal paso á tiempo.

El Marqués, midiendo con la viveza de su imaginación el abismo de que procuraba apartarle la señora, no pudo menos de abrazarla en señal de gratitud, lo cual no im-

portaba, ciertamente, un sacrificio; y, á consecuencia de esta conversación, desde esa noche evitó hallarse en la tertulia en el círculo formado en torno de Loreto, para no tener que dirigir la vista, ni la palabra, á la reina de la moda.

Pero, como toda persona de más imaginación que juicio, tratando de evitar un escollo, fué á tropezar en otro, viniendo así á ahogarse en la propia agua. Esmeró su jovialidad y galanterías con otras jóvenes más ó menos hermosas ó feas; y la malicia humana, representada en no escasa dosis en la tertulia, mirando el desvío del Marqués respecto de Loreto y sus asíduas atenciones hacia otras, dedujo que había habido un rompimiento, ó por lo menos, alguna de aquellas tempestades de verano tan comunes en el vaso de agua de los amantes, y tras las cuales aparece más tierno que nunca el cariño, bajo el íris de la reconciliación. A procurarla cuanto antes se convirtieron los esfuerzos de todas las gentes caritativas de la tertulia, dividiéndose en comisiones diplomáticas la tarea, y yendo á hablar las unas á Julieta y las otras á Romeo. En vano aquella manifestaba—no sin algún des-

pecho, por lo desairado que ella misma estimaba su papel — que no había habido ni afección ni desvío por parte del Marqués. Perdió éste la calma al oír hablar del asunto, y, viendo el color amarillo de sus pupilas los que trataban de inculcarle la conveniencia de hacer las paces, se dijeron, y dijeron á los demás, que debía haber sido grave la causa del rompimiento. Para no cansar á Ustedes, el Marqués desertó de la tertulia, creyendo que éste sería el único modo de poner fin á la charla y la importunidad del prójimo.

No iba descaminado en tal creencia, y á los quince ó veinte días nadie hablaba, ni se acordaba de la pasión, ni del disgusto supuestos. El Marqués concurría á otras tertulias, ó prestaba oído y paciencia algunas noches á la conversación de su padrino el Presidente; y Loreto, más incensada y cortejada que nunca, empezaba á comprender, con aquel instinto que en las mujeres nunca falta de los veinte á los veinticinco años, que de toda la turba de papamoscas que la seguía, no se sacaba un marido de buena madera; por cuya razón, sin duda, iba ya poniendo buena cara á un gallego abarrote

ro vecino suyo, bastante rico, que parecía hundir la tierra cuando andaba, y que se volvía un almibar al nombrar á *Luretito*.

Así las cosas, cierta noche de luna que el Marqués se paseaba por el atrio de Catedral, luciendo el frac azul y los guantes de cabritilla color de fuego, y blandiendo ante las hermosas un finísimo junco, cual si quisiera azotarlas, vió venir á su encuentro á Don Raimundo del Monte, anciano de venerable aspecto, según creo haber dicho; quien, poniéndole la mano en el hombro izquierdo, después de estrecharle ambas suyas con cierta efusión de cariño y confianza no comunes en él, comenzó en el curso de la conversación á informarse, con el mayor interés, de la posición actual, de las esperanzas de mayor adelanto, de los gustos y costumbres domésticas del Marqués, y del estado de su corazón, como provocando de parte suya una explicación cuyo giro tenía previsto. Díjole el joven sin rodeos que se hallaba exento de toda inclinación amorosa, y resuelto á prolongar indefinidamente su alegre vida de soltero, disfrutando de las distracciones que á un hombre de su edad y circunstancias podía proporcio-

nar la residencia de tres ó cuatro años en Europa, á alguna de cuyas capitales contaba con ir, agregado á la legación mexicana respectiva. Moviendo Don Raimundo la cabeza de izquierda á derecha, y guiñándole misteriosamente ambos ojos, se despidió del Marqués, diciéndole que tenía que hablarle de materia muy importante para los dos, y que á la noche siguiente se verían en un café que le designó, dándole cita formal para dicho lugar.

Algo inquieto con motivo de tal cita quedó el del Veneno, inclinándose á creer, después de muchas vueltas en la cama, que, habiendo llegado á oídos de Don Raimundo el rumor de sus supuestas relaciones con Loreto, se propondría el anciano saber de sus mismos labios lo que pudiera haber habido de cierto en el particular. Partiendo de tal hipótesis, el Marqués, cuya conciencia estaba del todo tranquila, se proponía ser franco y leal con el anciano, exponiéndole toda su conducta en el caso, y hasta procurando disipar el mal humor que natural era hubiesen causado á Don Raimundo las habladurías de las gentes; habladurías á que el Marqués no creía habér dado el menor

motivo. Así discurriendo, logró dormirse; y con el aire más tranquilo del mundo se dirigió, á otro día, á la hora convenida, al lugar de la cita, considerándose, como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

De poco, sin embargo, habríanle servido la limpieza y la espada de Bayardo, y aun la del mismo Bernardo del Carpio, en la aventura que le esperaba. Instalóse en una de las mesitas más apartadas del café, y á breve rato vió llegar á Don Raimundo, que le saludó, y, sentándose á su lado, le habló en estos términos.

—Inútil es, amigo mío, el disimulo, tratándose de asuntos tan graves y trascendentales como el que Usted y mi hija traen entre manos; sin que esto quiera decir que yo desapruebe la prudencia y reserva con que los dos se han conducido. Bien, es verdad, que así Usted como Loreto han llevado el disimulo y el secreto á un extremo tal, que....

—Permítame Usted que le interrumpa, señor Don Raimundo, diciéndole que absolutamente no comprendo á qué asunto se refiere....

—Amigo mío, Ustedes los jovenes creen

que con ponerse los dedos en los ojos tapan el sol para los demás. Pero, nosotros los viejos, todo lo vemos, descomponemos y analizamos: además, ¿qué no descubren la vista y la penetración de un padre? Desde los primeros síntomas de la pasión de Usted hacia Loreto....

—Pero, señor Don Raimundo, si no ha habido....

—Nada indecoroso, ni siquiera inconveniente en las relaciones de Ustedes, lo sé muy bien; ni podía ser de otra manera, tratándose de un cumplido caballero á quien la decencia y la nobleza de carácter vienen por ambas líneas, y de una joven que, aunque me esté mal proclamarlo, ha sido perfectamente educada, ha leído mucho, y se sabe conducir en la sociedad. Decía yo, amigo Don Leodegario, que desde meses atrás no hubo necesidad de que nadie me soplara al oído: "Estos muchachos se quieren," por ser cosa patente y que no me pasó inadvertida. Acostumbrado yo, sin embargo, desde joven á la descomposición y el análisis, pregunté á mi esposa: "¿Se quieren?" y ella me contestó: "Así lo entiendo." Volví á preguntarle: "¿Te ha di-

cho algo Loreto?" y me respondió: "Ni palabra" Pasan días, y la mutua pasión de Ustedes....

—Deber mío es, señor D. Raimundo, advertir á Usted....

—Deber de Usted es oírme sin interrumpirme. Pasan días y la mútua pasión de Ustedes, llegada á su apogeo, entra al crisol de la prueba. Usted se aleja de Loreto y ella lo disimula. Las gentes insustanciales se dicen: "Han quebrado," y yo digo: "Se desvían como los carneros, para embestirse con mayor fuerza," Las gentes dicen: "El Marqués da señales de inconsecuencia y versatilidad," y yo digo: "Las da de ser más caballero y noble de lo que se cree." Amigo don Leodegario, ¿qué no descubren los ojos de un padre? ¿Qué hay en el mundo moral como en el físico, que resista á la descomposición y el análisis? A poco de aislar y examinar los elementos ó sustancias componentes de tal negociado, la verdad se precipita y aparece en el fondo de la vasija. ¡Lo sé todo, lo veo todo, como si se tratara de una cristalización! Usted, delicado y pundonoroso hasta el quijotismo, sabiendo que el comerciante en

abarrotes, Ledesma, pretende á Loreto, y considerándose relativamente pobre, se ha dicho: "No sea yo obstáculo al actual bienestar y aun al mejoramiento de posición de esta joven," y se ha repentinamente retirado del campo. Loreto, á su turno, ofendida de que Usted la crea capaz de sacrificarle en aras del interés, se ha propuesto darle celos, fingiendo admitir los homenajes que Ledesma le rinde en forma de pasas, almendras, bacalao y cajas de vino. Todo ello. lo repito, es muy claro; mas constituye un juego que no se podría prolongar sin peligro, y al cual ya he dado punto, por lo que respecta á mi hija. No faltaba sino que el porvenir de Usted y el de ella estuvieran á merced de los impulsos del amor propio irritado; no señor; que Ledesma se guarde sus pesos, ó los tire festejando á alguna gallega paisana suya; y que la honrosa medianía, acompañada de un carácter noble y de la cortesanía y finura que á Usted distinguen, se lleve la palma del triunfo. ¡Abajo Galicia, y viva México!

—La completa equivocación en que Usted incurre......

—Amigo mío, quien, como yo, descom-

pone y analiza, nunca ó rara vez se equivoca. Anoche reuní á mi mujer y á mi hija, y á fin de averiguar la verdadera disposición de ánimo de la segunda, me valí de este ardid: "Loreto, le dije: Don Leodegario me pide tu mano. ¿Qué debo contestarle?" Aquí fué el ponerse como amapolas madre é hija, abrazándose mutuamente, y respondiéndome Loreto: "Yo estoy dispuesta á lo que Usted determine."—"Pero, ¿le amas?" volví á preguntarle.—"Sí, le amo," agregó ella bajando la vista. Conque la incógnita, amigo mío, quedaba despejada; y sólo faltaba hacer lo que hice esta mañana y lo que estoy haciendo ahora, á saber: intimar al señor Ledesma que desista de sus pretensiones respecto de una joven que debe casarse con otro dentro de pocos días, y decir á Usted, que los padres de Loreto, apreciando debidamente la nobilísima conducta del pretendiente de su hija, ponen á ésta en sus manos, ahorrándole explicaciones y pasos que son molestísimos al amor propio, y deseando á entrambos unidos, una vida más larga que la de Matusalem, y una descendencia más numerosa que la de Jacob.

—Pero, señor Don Raimundo......

—No hay peros ni aguacates que valgan. Usted es muy dueño de creerse indigno de Loreto y de rehusar la dicha porque anhela su corazón; pero yo también soy dueño de la suerte de mi hija, y quiero ligarla á la de Usted, y hacer á Usted feliz por fuerza. ¡Vamos, amigo Don Leodegario, que la cosa no tiene remedio! El Doctor Román se ha comprometido á casar á Ustedes en el Sagrario; he ordenado á mi esposa que dé aviso de la próxima boda de Loreto á sus amistades femeninas, y yo estoy haciendo ya otro tanto con las masculinas. No hay quien no me dé las más cordiales enhorabuenas por la elección de yerno...

Las pupilas del Marqués habían ido sucesivamente pasando del verde-alfalfa al verde-mar y al verde-tierno, para teñirse al cabo en el amarillo legítimo de la yema de huevo; á cuyo tiempo, no se sabe si con motivo de la extrañísima conducta de Don Raimundo que pretendía casarle á fuerza, ó más bien, por no haberle dejado el mismo Don Raimundo meter baza en la conversación, se le llenaron de espuma blanca los labios, y, lanzando un recio bufido, cayó al suelo estremeciéndose en rudas convulsio-

nes. Acudieron los mozos y cercáronle los demás concurrentes al café, echándole buchadas de agua en el rostro; y, tratando de averiguar ellos la causa del accidente, díjoles el anciano, y así lo creía él, que había sido motivado por un exceso de júbilo repentino. El Marqués fué llevado en un coche del sitio á su casa, prodigándole su presunto suegro los cuidados más exquisitos, y dejándole en manos de una señora grande que le asistía.

Cuando volvió en sí el del Veneno, se preguntó si estaba él loco, ó si Don Raimundo había perdido el juicio; ó si se trataba de comprometerle indignamente á un paso que no entraba en su voluntad, ni en sus ideas, contando con su proverbial caballerosidad, ó con que sus alcances intelectuales y su energía fuesen mucho más limitados que los de cualquier hombre de mundo. Pero, á poco que con más calma se puso á examinar estas diversas hipótesis, fuélas desechando una tras otra por absolutamente inadmisibles; y, en efecto, el juicio y la probidad del anciano, la honorabilidad de su familia, no obstante el pedantismo y las bachillerías de Loreto, y la reputación de

hombre despejado y cabal de que disfrutaba el Marqués, alejaban naturalmente cualquier sospecha á tales respectos. Nuestro protagonista se vió, pues, en la necesidad de atribuir lo que le pasaba, primeramente á su galantería con las damas en general y con Loreto en particular; en seguida, á la necedad de ésta, que tomó por moneda contante las flores veraniegas que el sexo feo tributa á la belleza; después, á las habladurías de las gentes que, convirtiendo al mosquito en elefante, hicieron comulgar con éste al anciano; por último, á las com, binadas bondad y sandez de Don Raimundo que, dando por cierta é induJable una inclinación que no existía, se adelantaba espontáneameute á coronarla, contra todos los usos y conveniencias sociales, creyéndose bienhechor y siendo, en realidad, verdugo del favorecido.

Al obtener en el curso de su raciocinio esta deducción lógica y natural, no pudiendo el Marqués, en rigor, indignarse contra alguien, se indignó contra su propia estrella; de lo que resultó que, durante seis ú ocho días, los ataques nerviosos no le permitieron dejar la cama. En tal período de

tiempo, no escasearon los amistosos recados de la esposa y de la hija de Don Raimundo, ni las visitas de éste á informarse de la salud del presunto yerno. Y aunque el Marqués tomó y abrigó durante una semana la resolución de explicarse clara y rotundamente con el anciano, el sistema de éste, de cortarle la palabra, creyendo que iba aquel á abrumarle con demostraciones de gratitud, y los paroxismos que la cólera causaba á Don Leodegario, impidieron de pronto la aclaración, que el curso de los sucesos imposibilitó definitivamente, poco después.

Al salir á la calle el del Veneno, vióse materialmente asediado de todos sus conocimientos y relaciones, y no pudo dar diez pasos seguidos, sin que alguien le detuviera preguntándole: ¿Conque se casa Usted? Y en vano trataba de negar la partida, pues todos á una voz le decían que Don Raimundo y su familia estaban dando aviso de la próxima boda á sus parientes y amigos.

Ni fué menos penosa para el joven su primera entrevista con la señora Rodríguez.

—¿Quién habría creído—díjole esta señora—que Usted me engañaba cuando me ase-

guró que no tenía la menor afición á Loreto? !De todas maneras, mil parabienes por el próximo enlace, y que Ustedes sean felices!

Trabajos y sudores tuvo el Marqués para explicar, ó, más bien dicho, referir lo que pasaba, confiando á la señora el secreto de su desesperación y encargándole el mayor silencio. Ella alzó las manos en señal de admiración, sin poder tampoco explicarse lo acaecido. Conviniendo, sin embargo, en que semejente casamiento no podía ni debía efectuarse, aconsejó al joven qce procurara tranquilizarse y escoger con toda calma el medio más prudente de salir de tan horrible atolladero.

No es de omitirse en mi narraeión la entrevista casual del Marqués con el Presidente su padrino, ni el recurso que éste propuso al ahijado para conjurar el conflicto. Halláronse en una reunion habida en palacio, y como el General notara la palidez y los ojeras del joven, díjole sin más rodeos:

—¿Que tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento, acusan tus vigilias en las malditas logias escocesas que

frecuentas, y que, sin duda, conspiran contra la paz pública. La regeneración política y social de México estriba en....

Sabiendo por experiencia el Marqués que esta frase sacramental, en boca de su padrino, era el introito obligado de una peroración poco menos que interminable, llevóle á un rincón de la sala y le confió sus cuitas, pidiéndole consejo.

—¡Hola, mi amigo! la cosa es grave, y yo en tu lugar, apelaría lisa y llanamente á la fuga. El mayor inconveniente qne yo pulso para estas bodas, es la igualdad de razas de los contrayentes. Tú conoces mis ideas sobre tal punto, y sabes que, según ellas, nosotros los de sangre española debemos unirnos con las aborígenes, para que de esas uniones vaya resultando una raza especial y capaz de llevar á efecto la regeneración social y política de la República.. Sobre todo, recordarás mi proyecto de matrimonio con una princesa indígena de Guatemala, proyecto que dió márgen á las burletas y habladurías de los chaquetas como tú; pero que si se hubiese realizado....En resumen, y abriendo aquí un paréntesis, te diré que, si el inconveniente de las razas no

es bastante para hacer desistir á ese caballero de su propósito de casarte con su hija, ancho es el mundo, y sabio el consejo de un predicador amigo mío: "El que pueda escaparse, que se escape."—Existe, y debo creer que sin moradores, la cueva en que yo permanecí oculto y fuera del alcance de las garras de la tiranía, en los primeros tiempos de nuestra guerra de independencia. De igual género es la lucha que tú vas á emprender con Don Raimundo y su familia: vas á pelear por tu independencia y libertad propias...... ; Pues á la cueva contigo, y que te saquen de ella si pueden, para casarte! Por penosa que sea la vida del anacoreta, es peor la del casado contra su voluntad. Conque, si te resuelves, te daré una carta para Zenobio, á fin de que te ponga en posesión de la cueva. Estoy casi seguro de que, á los ocho ó diez años de habitarla...... Mas, para entonces, la regeneración social y política de la República será un hecho práctico, y tú nada tendrás que temer de la tiranía de tu presunto suegro.—Cierro el paréntesis y voy á enseñarte el mandil de cuero que me ha regalado Mr. Poinsett, etc., etc.

Renegando del padrino y de sus ocurrencias, el Marqués se dirigió á la tertulia de la señora Rodríguez, donde llevaba muchas noches de no presentarse. A reserva de tomar una resolución que le salvara, sintióse un momento atraído por tal reunión, como suele uno sentirse atraído por el abismo.

Las bujías de esperma, reproducidas en anchas lunas venecianas, derramaban una claridad verdaderamente diurna sobre el aterciopelado cutis de las señoras, quienes no se pintaban en aquel tiempo. Distinguió el Marqués á Loreto, y quedó deslumbrado ante su belleza, que era, en realidad, sobresaliente; dirigióse á saludarla, y ella le acogió con la inefable sonrisa de la prometida. ¡Oh, si no hablara en latín y no hiciera versos! La aldeana más sencilla y ruda, con tal que posea las dotes rigurosamente femeniles de la mujer, la ternura y el pudor, tiene más atractivos, *es más mujer* á los ojos de los hombres, que la marisabidilla mejor recortáda sobre el glorioso patrón de las Staël y Sevigné. ¿Qué varón no se enorgullecería de llamar suya á una joven tan hermoea como Loreto, animada realización de los tipos soñados por

Fidias y Praxiteles en la edad de oro de las artes? Mas, por otra parte, ¿quién oye con calma, á la menor disputa en el hogar doméstico, entre la canasta de costura y la olla del puchero, el *Quousque tandem* de Cicerón, de los labios de las esposa enmarañada y con las medias caídas?

Todas éstas y muchas más ideas revolvió en un instante la vivísima imaginación del Marqués, á quien se apresuraron á ceder su asiento los petimetres que daban conversación á Loreto. No hubo en la tertulia quien no los reputara moralmente casados, y quién no, con motivo de ello, felicitara al uno en presencia del otro; y cuando el del Veneno, después de haber acompañado hasta la casa de Don Raimundo á la novia y á la suegra, dando el brazo á esta última, como es de rigor, se retiraba cabizbajo y meditabundo para su hogar de hombre solo, díjose, entrando en cuentas consigo mismo, que verdaderamente la reputación y la felicidad de aquella familia, y su propio buen nombre, dependían de la boda, y que para eludirla no le quedaba otro recurso que el suicidio ó la fuga.

Cristiano viejo, rechazó como malo el

pensamiento de poner fin á su existencia; y hombre de corazón, reflexionó que la fuga no podía serle honrosa; si bien vista más de cerca la boda, empézó á creer que la idea de Don Guadalupe de apelar á la cueva y enterrarse en ella en vida, no era del todo extravagante ni desacertada. No hallando consuelo ni esperanza de salvación en lo humano, acudió á más alta esfera, no sólo encomendándose de todo corazón á Dios, sino dando á su devoción las más raras formas que suele revestir entre las gentes piadosas menos ilustradas. Viósele, por ejemplo, tomando en jueves agua bendita de ambas fuentes de la Iglesie de Santo Domingo, á un tiempo mismo; poner boca abajo á una imagen de San Antonio, y hasta danzar al són de castañuelas en algún claustro, delante de un lienzo que representaba á San Gonzalo de Amarante. Pero la Providencia no parecía poner mano en el asunto; el tiempo trascurría; los propietarios ofrecían sus casas vacías al novio, mediante buena fianza; los almonederos le proponían muebles, y los vendedores de objetos para donas le asediaban. Era preciso obrar.

A todo esto, ni una entrevista había teni-

do aún con Loreto acerca del proyectado matrimonio; la familia y los amigos lo sabían, y se explicaban tal conducta por medio de esta frase de estampilla: "Rarezas del Marqués."

Éste, en una de sus muchas noches de insomnio y de cavilaciones, trazó y se resolvió á poner en práctica el siguiente plan. Un caballero como él, no podía dejar comprometidas y burladas ante la sociedad á una joven del mérito de Loreto, á una familia tan respetable como la de Don Raimundo; en consecuencia, aceleraría el matrimonio, y, cuando lo hubiera efectuado, procuraría amoldar á su esposa á sus propios gustos é ideas, ó amoldarse él á los de ella: si ni lo uno ni lo otro era posible, realizaría sus pocos bienes, aseguraría con su producto los medios más indispensables de subsistencia á su mujer, y tomaría soleta hacia cualquiera de las otras partes del mundo. En último caso, la cueva de su padrino debía estar desocupada. y le ofrecía seguro asilo. Al levantarse al día siguiente, hubo de sentirse más tranquilo, sin duda por efecto de la resolución adoptada; y con la energía nerviosa del condenado á muerte,

que dice: "Vamos," y comienza á subir los escalones del patíbulo, propúsose ir inmediatamente á casa de Don Raimundo (á quien llevaba ocho días de no ver) para arreglar con él y con su familia—á la que tampoco había visto en todo ese tiempo—los indispensables preparativos del matrimonio.

Tomaba con tal objeto sombrero y guantes, cuando oyó ruido y altercado de voces en el corredor de su propia casa, y, abriéndose violentamente la puerta de su recámara, penetró en ésta Don Raimundo, de montera, en pechos de camisa, con el rostro pálido, los ojos desencajados, y una torta de pan en la mano. Penetró, repito; y sin decir al Marqués otras palabras que éstas: "Me persiguen," corrió á esconderse bajo la cama, trémulo y fuera de sí.

Ver esto el joven, tomar una espada que tenía á la mano en un rincón, y salir de la recámara al encuentro de los perseguidores de Don Raimundo, fué obra de un instante.

Hallóse en la pieza contigua con Fabián, el criado de Don Raimundo, casi tan viejo como éste, y que traía consigo á dos cargadores, sin más armas que sus cordeles. Preguntando el Marqués á Fabián qué signifi-

caba aquello, el fiel servidor llevóle aparte y le dijo:

—Se ha salido de casa el amo, contra las prevenciones del médico, y vengo á llevármele, pues la señora y la niña no quieren que ande solo en las calles.

Sin comprender todavía el del Veneno jota de tal enigma, dirigió nuevas preguntas á Fabián, y al cabo supo que Don Raimundo, después de algunos días de estar dando indicios de enajenación mental, había acabado por *correr*, y contaba ya media semana de encierro en su casa.

Explicóse entonces el Marqués la conducta de su presunto suegro hacia él, y vislumbró alguna esperanza de salvación. Pero, movido de profunda lástima, y sin detenerse á pensar en sus propios negocios, fué á persuadir al anciano de la conveniencia de que se retirara, acompañado de Fabián, lo que á duras penas logró.

En seguida se dirigió á la casa de la señora Rodríguez, quien recibióle con semblante afable y alegre.

—Iba á mandar llamar á Usted, le dijo, porque tengo cosas muy importantes que comunicarle. Ya sabrá Usted que el infeliz

Don Raimundo está loco de remate. Pues bien, Loreto y su mamá, despues de haberse devanado los sesos en vano para explicarse cómo era que Usted no les había chistado una sola palabra acerca del casamiento, de que sólo Don Raimundo les hablaba, tan luego como advirtieron que el anciano estaba trastornado, comprendieron todo lo demás, y yo las he confirmado en sus deducciones. No hay que decir si lo acaecido les causa mortificación poca ó mucha, pues ya Usted lo calculará; únicamente, cumpliendo el encargo que me confiaron, declaro á Usted que le juzgan libre de todo compromiso, y que, además, le agradecen vivamente la prudencia y caballerosidad con que se ha manejado en tan espinoso y desagradable asunto.

—Es que yo no sería capaz—exclamó impetuosamente el Marqués—de dejar á una familia como ésta en una posición ridícula. No, señora mía; puede Usted decir á Loreto, que decididamente y contra todo viento y marea, me caso con ella, y que esto ha de ser á la mayor brevedad.

—Marqués, no tiente Usted á Dios de paciencia! Ya que se le abre una puerta, sál-

gase por ella sin volver atrás el rostro, y dése por bien librado. Por otra parte, aunque Loreto mastica el latín y hace dísticos, no es tan zurda como Usted cree, en esto de saberse conducir. Ha comprendido perfectamente su posición y su conveniencia, y una sola ojeada le ha bastado para atraerse á sus pies al comerciante en abarrotes, más rendido y enamorado que nunca.

—¡Cómo, señora! ¿Sería posible que Loreto....

—Loreto se casa con Ledesma antes de ocho días.

¿Quién descifra el caos del corazón humano? El Marqués, que hacía un momento sentíase dichoso ante la sola idea del desbaratado matrimonio y de su propia libertad, sintióse contrariado y humillado al saber que Loreto le daba con tanta presteza su reemplazo. Pusiéronsele amarillas las pupilas, volviéronle los ataques de nervios, y esto, sin duda, impidió que se echara á rondar la calle á Loreto como verdadero enamorado, y que desafiara á muerte á Ledesma.

Tuvo lugar la boda; y la sociedad mexicana, que nunca llegó á saber lo que había

pasado bastidores adentro, habló durante un mes de las terribles calabazas dadas por Loreto al del Veneno. Este, pasado algún tiempo más, se calmó, y hasta llegó á comprender el beneficio que la Providencia le había dispensado; con cuyo motivo costeó un novenario solemnísimo á Santa Rita de Casia, por atribuir á su intercesión tal beneficio.

Ocho ó diez años después de estos sucesos, volví á ver al Marqués y conocí á Loreto. Hallé al primero cano, calvo, arrugado y desesperado de la mala suerte con que tropezaban todas sus pretensiones matrimoniales. La segunda estaba hermosísima de figura; y, aunque todavía con algunos resabios de pedantísmo, muy torpe ya en el manejo del latín, y sin conato alguno de versificar. Ledesma había llegado á ser inmensamente rico, gozaba de la reputación de íntegro y hábil en los negocios, y habiendo, por pura casualidad, conseguido unas hormas regulares para su calzado, no parecían tan descomunales ni escandalosos sus pies. Media docena de chicos, á quienes la madre, por más esfuerzos que impendía, no lograba hacer pronunciar la *o*, alegraban

el hogar de tan feliz pareja; y Ledesma, al montarlos en sus piernas y besarles la frente, exclamaba enternecido: "¡Tuditus á su abuelu!"

## VII.

### CONCLUSION

Cuando el antiguo ayudante del General Victoria acabó de hablar, rayaban las primeras luces del alba. Las personas que constituían el auditorio del último narrador, profundamente dormidas, sólo despertaron al cesar el monótono rumor de la voz del viejo. Convencidos todos de que no se les proporcionaría otro vehículo, emprendieron á pie y con la fresca el camino de Puebla, adonde llegaron, cansados y mohinos, en la tarde.

Quisieron, por medio del procurador y á instigación suya, demandar al dueño del coche por daños y perjuicios; pero, habiendo ofrecido el segundo mejores gajes al primero, cambió de blanco el látigo, y fueron acusados, el militar de haber quemado

los restos del carruaje y golpeado al cochero, y el farmacéutico y el almonedero de no haber tratado de impedir tales desmanes; en cuya culpa de omisión no resultaba cómplice el procurador, por impedirle el espíritu de su profesión—decía él mismo—todo acto de fuerza no decretado en autos.

El militar y sus dos compañeros de acusación, viéndose mal parados, tuvieron á bien salirse furtivamente de la ciudad; y demandado á su turno el dueño del coche por el procurador, para el pago de honorarios, vióse en la necesidad de vender las mulas y de adjudicarle su producto, por vía de transacción amistosa y equitativa.

¡El Licenciado Retortillo conocía bien á Rascón!



# LANCHITAS.



L título puesto á la presente narración, no es el diminutivo de *lanchas*, como á primera vista ha podido figurarse el lector; sino—por más que de pronto se le resista creerlo—el diminutivo del apellido "Lanzas," que á principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, ó si también en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas, ó aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, á quien, por su carácter, se aplicaba generalmente la frase vulgar de "no ha perdido la gracia del bautismo." Y, como por algún defecto de la organización de su lengua, daba á la *t* y á la *c*, en ciertos casos, el sonido

de la *ch*, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle "Lanchitas," á ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí á poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, á malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más ó menos salados, en que Lanchitas funge de protagonista, y que la tradición oral va trasmitiendo á la nueva generación? Algunos me hicieron reír más de veinte años ha, cuando acaso aun vivía el personaje; sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy, que, por dicha, no tengo que ilustrar ó rectificar ó lisonjear la opinión pública, y que por desdicha voy envejeciendo á grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginación, Lanchitas, tal como me le describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazón, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre

descubierta y los ojos en el suelo: no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudición de Fenelon, ni la elocuencia de Bossuet; pero pronto á todas horas del día y de la noche á socorrer una necesidad, á prodigar los auxilios de su ministerio á los moribundos, y á enjugar las lágrimas de la viuda y el huérfano: y en materia de humildad, sin término de comparación, pues no le hay, ciertamente, para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fué así; que si no recibió del cielo un talento de primer orden, ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado, y por demás estudioso é investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se hallaban á discusión en estas comarcas, y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales, y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimación de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había

dado por satisfecho con la instrucción seminarista; y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellán le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas, y, con autorización de sus prelados, seguía curiosamente las controversias entabladas en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire, ni las aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinosa; ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales, después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas; todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí á principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos á la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado á veces por obispos y oidores, y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra ó quema repentinamente sus libros; responde á las consultas con la risa de la infancia ó del idiotismo; no vuelve á cubrirse la cabeza ni á levantar del suelo sus ojos, y se convierte en personaje de broma para los chicos y para los

desocupados. Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fué real y efectiva; y hé aquí cómo, del respetable Lanzas, resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No há muchos meses, pedía yo noticias de él á una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y, como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo, y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme á calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; sólo entiendo que se refería á la época de 1820 á 30; y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa, como suelen serlo las de invierno. El Padre Lanzas tenía

ajustada una partida de malilla ó tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catalina Mártir; y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad á reunírseles esa noche, cuando, á corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del pueblo, ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios, véngase conmigo Su Merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el Padre de si se había ó no acudido previamente á la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer, con frase breve y enérgica, le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; á lo cual éste no dió más respuesta que echar á andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente á Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo á salir cerca del Aparta-

do, y de allí tomaron hacia el Norte, hasta torcer á mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejón del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente la mujer, penetró en la habitación llevando al Padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; á corta distancia, una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz á toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el Padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, ama-

rrada con un pañuelo amarillento y á trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto! exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose á la vieja.

—Se va á confesar, Padrecito, respondió la mujer, quitándole la vela, que fué á poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi á oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate, y comenzó á recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo*.

Tengo que abrir aquí un paréntesis á mi narración, pues el digno sacerdote jamás á alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería á fechas tan remotas, que el Padre, creyéndole difuso ó divagado, y comprendiendo que

no había tiempo que perder, le excitó á concretarse á lo que importaba; que á poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente á Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios, y quizá hasta del crímen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver á ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, á los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal ó inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance á que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias, supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto á acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela, á punto de consumirse por completo,

despedía sus últimas luces. Llegando él á la puerta, que permanecía entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y, aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar á la mujer de la parte de afuera, y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera á llamarle á él mismo, aun á deshora, si advertía que recobraba aquél la razón, desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver á entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada, como de firme, la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin, á alejarse, proponiéndose efectuar, al siguiente día muy temprano nueva visita.

Sus compañeros de malilla ó tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo ó sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló. No se tra-

taba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista con las iniciales del Padre, primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más ó menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dió las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así, ocasión de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado á su respecto. Y con la fruición que produce en una noche fría y lluviosa, llegar de la calle á una pieza abrigada y bien alumbrada, y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, á punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una ó dos horas cada noche, repantigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes, y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel ó terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano, y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la

mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente á quien acababa de oír, dijo á sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído Ustedes la comedia de Don Pedro Calderón de la Barca, intitulada "La Devoción de la Cruz?"

Alguno de los comensales la conocía, y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente, al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto á hierro, obtiene por efecto de su constante devoción á la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos ú horas después de haber cesado de vivir. Recordado lo cual, Lanzas prosiguió diciendo, en tono entre grave y festivo:

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo

de confesar á un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos; que apenas sabía leer; y que, indudablemente, había leído ó visto "La Devoción de la Cruz," puesto que, en las divagaciones de su razón, creía reproducido en sí mismo el milagro del drama....

—¿Cómo? ¿Cómo? exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como Ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que, en los tiempos de ilustración que corren, se tropieza en el confesonario, es el deplorable efecto de las lecturas, aun de aquellas que á primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado, bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras y tiernas y remilgadas Atalas; algunos Delincuentes Honrados, á la manera del de Jovellanos, han recibido de mi mano la absolución; y en el carácter de muchos hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del "Periquillo" de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente; loco, loco de

remate. ¡Lástima de alma, que á vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuantos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios.... ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego....

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora en la puerta de la accesoria; habiéndose acercado, al fin, el sereno, á avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas, llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente, por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre; y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas, mirándose unos á otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda á que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, á consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca, y no haber

querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada, y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud á la finca cerrada y en pleito; á menos que, á excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse á otro día temprano, para ir juntos á reconocer la accesoria.

Aun no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaron á su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco, y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del Padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo á recorrer cuidadosamente, y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, á cuya puerta se detuvo nue-

vamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado á confesar al enfermo, á menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario, al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria á fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manojo de llaves viejas, tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas, por medio de clavo ó estaca, el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso á humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y á pesar de su oscuridad, pudieron notar desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño á salir, invitando á Lanzas á seguirle ó precederle, cuando éste, renuente á convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuar-

to en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo y cerca del rincón, su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogióle con profunda ansiedad, y corrió hacia la puerta para examinarle á toda la claridad del día. Era el suyo, y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza, y salió á la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado á su dependiente el manojo de llaves, echó á andar al lado del Padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero ¿y cómo se explica Usted lo acaecido?

Lanzas le vió con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta; y siguió caminando con la cabeza descubierta á sombra y á sol, y no se la volvió á cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándo-

se la diestra al bolsillo, para cerciorarse de que tenía consigo el pañnelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia á las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, á quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo á los párvulos? Jamás se le vió volver á dar el menor indicio de enojo ó de impaciencia; y si en las calles era casual ó intencionalmente atropellado ó vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto, si á los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron del muro más grueso de una

pieza, que ignoro si sería la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido emparedado mucho tiempo antes, y á cuyo esqueleto se dió sepultura con las debidas formalidades.



# BUONDELMONTI.



# I

EN el tiempo á que va á referirse nuestra narración, ó sea á principios del año de 1215, cautivaba en Florencia las voluntades y los corazones una joven llamada María, perteneciente á la casa noble de los Amidei. Habíanle dado sus padres educación hasta cierto punto superior á su época, pues Florencia distaba mucho de alcanzar el esplendor y la fama que más tarde conquistó y que la hicieron considerar como el emporio de la civilización y de las artes. Pero si las cualidades que el mundo aprecia más comunmente habían atraído sobre María Amidei la atención y el aprecio generales, su excelente corazón daba todavía mayor realce á su belleza. Caritativa con los pobres, amorosa con su fa-

milia, religiosa por excelencia y dotada de un espíritu elevado, la posesión de su corazón y de su mano era considerada como la suprema felicidad por los jóvenes florentinos, y muchos de ellos trataron, en vano, de hacer á María partícipe de sus amorosos sentimientos.

Las pretensiones matrimoniales habían sido desechadas una tras otra por el padre de María, noble anciano que pertenecía al partido de los gibelinos y que para despedir á los amantes consultaba la voluntad de su hija única, cuando con análoga pretensión se presentó Buondelmonti, noble güelfo de la llanura superior del Arno, y que se había recientemente hecho ciudadano de Florencia, desde que conoció á María. Cierta mañana esta joven, al salir del templo, detuvo casualmente sus miradas en Buondelmonti, sintió una emoción inexplicable, bajó le vista y sus mejillas se cubrieron de súbito rubor. María contaba diez y ocho años, y aquel hombre era el mismo que su imaginación le presentaba en sueños, noche con noche, como digno de su amor. Buondelmonti, que tenía sus humos de libertino, al notar la turbación de María, creyó haber

hecho una conquista, ofreció agua bendita á la desconocida, vióla con interés, siguióla hasta su casa, situada cerca del Ponte-Vechio, y notó que al entrar volvió la joven el rostro á mirarle, brillando sus ojos al través del velo que la cubria. Buondelmonti siguióse paseando por la calle aquel día y los siguientes, sin que se abrieran para él las espesas celosías de la casa de los Amidei. Irritado su orgullo por la aparente indiferencia de la joven, y sabedor de su alto linaje y buenas dotes, se presentó pidiéndola en matrimonio.

Fué aquel un día muy triste para la descendiente de los Amidei. Buondelmonti, venciendo su natural arrogaucia, se humilló ante el viejo gibelino pidiéndole la mano de su hija, y ésta, oculta tras un tapiz, oyó la áspera contestación de su padre. "No cederé—dijo Amidei—el único tesoro de mi corazón á un antiguo enemigo de mi familia." Cuando Buondelmonti se retiró, salió María con los ojos llorosos y se echó en los brazos de su padre.

—¿Le amas acaso? preguntó con enojo el anciano.

—Le amo con todo mi corazón, padre mío.

Al oír esto, dióse Amidei una palmada en la frente; desprendióse de los brazos de su hija, prouunció esta sola palabra: "nunca," y corrió á encerrarse en su gabinete.

Pasaron algunos meses y la calma pareció restablecerse en la casa de Amidei; pero María se desmejoraba visiblemente. A su humor alegre y jovial sucedió una melancolía que puso en alarma al anciano. En las mejillas de María la palidez del lirio había reemplazado al color de la rosa; fuése ella poco á poco retirando de las diversiones y de toda sociedad: á la palidez del lirio sucedió, á su vez, el rojo amoratado que aparece obstinadamente en los pómulos del rostro de las enfermas del pecho; sufría con frecuencia sacudimiontos nerviosos, y en una alegre mañana de Marzo, María, que desde su cama escuchaba el canto de los pájaros y aspiraba el perfume de las flores de su ventana, no pudo levantarse, y, al irle á besar la frente el padre, pronunció esas terribles palabras que nos parten el corazón al salir de unos labios queridos: "Estoy mala, muy mala."

Amidei llamó á uno de los médicos más

hábiles de Florencia. Los médicos de entonces, lo mismo que los de ahora, reconocían la lengua y el pulso. El médico florentino movió la cabeza con aire de duda y pronunció un largo discurso, salpicado de voces técnicas, que no comprendió Amidei: en seguida recetó y se despidió prometiendo volver en la tarde; pero, no bien hubo salido, cuando Amidei hizo pedazos la receta, y, dirigiéndose á sus criados, exclamó con voz de trueno: "Llamen á Buondelmonti."

Al oír estas palabras, María se incorporó súbitamente en su lecho, extendiendo las manos hacia adelante. Buondelmonti no había cesado de pasearse frente á las ventanas de María: cuando ésta oyó sus pasos en la pieza inmediata, su emoción fué tan grande que la privó de sentido.

—¿La amáis bien? ¿Os comprometéis á hacerla feliz toda la vida?—preguntó Amidei á Buondelmonti cuando éste apareció en lo interior de la alcoba, y señalando á su hija desmayada en el lecho.

Buondelmonti, conociendo la severidad del anciano, creyó por un momento que sus palabras eran irónicas y que María estaba

muerta: estremecióse de pies á cabeza, y sin hacer caso del anciano, arrodillóse á un lado de la cama, exclamando con acento agitado: "María, María."

Oyendo confusamente aquel metal de voz, sólo escuchado por ella una vez en el templo, entre los suspiros del órgano, María volvió en sí y tendió su diestra á Buondelmonti. Sus ojos volvieron á derramar lágrimas y sns mejillas á teñirse de carmín; pero aquellas lágrimas eran de felicidad, no de dolor, y aquel carmín era el de la alegría y la salud. La crísis se había efectuado, y la joven estaba salvada. Amidei sabía más de medicina que todos los médicos de Florencia.

Mientras los amantes, sin hablarse palabra, se entegaban á todos los trasportes del júbilo más vivo, Amidei se paseaba á lo largo del aposento.

—Se aman—dijo entre dientes— y se aman bien. ¡Que sean, pues felices! Mañana, luego que esto llegue á saberse, me despreciarán los nobles de mi partido, me tacharán de desleal. No importa: antes que mi partido y que mi patria, es mi hija. ¡Pobre hija mía, que ibas á morir!

El casamiento de Buondelmonti y María quedó arreglado definitivamente para los primeros días de Abril, cuando la naturaleza se adorna con todas las galas de la estación primaveral.

## II

Hasta los días á que nos referimos, la Toscana se había conservado ajena á los desastres que los bandos políticos conocidos bajo las denominaciones de güelfos y gibelinos, causaban á la mayor parte de la Italia. Sabida es la constancia infatigable con que casi todas las ciudades, y á la cabeza de ellas Milán, depositaria de la corona de hierro del lombardo, lucharon por espacio de más de treinta años para conquistar su libertad. Reducidas á escombros por Federico Barbaroja, renacían por sí mismas en virtud del esfuerzo y patriotismo de sus hijos, y aquel emperador en los últimos días de su vida y antes de que fuese á morir en Oriente con la mira de libertar el sepulcro de Cristo, tuvo que otorgar su independencia á las ciudades italianas por medio de la paz de Constanza, respetada mucho tiempo

de parte de los príncipes alemanes. Pero como resultado de esa misma independencia, los nobles italianos, que dependían directamente del Imperio, se hallaron aislados en sus castillos feudales y privados de vasallos y de riquezas. La Iglesia había sido propicia á la libertad de Italia, y muchos de esos nobles, ora obedeciendo á sus simpatías personales, ora por acomodarse á las circunstancias, abrazaron la causa de la libertad y de la Iglesia, denominándose güelfos, al mismo tiempo que otros nobles que en un principio batallaron en favor de Federico Barbaroja, y que posteriormente conservábanse adictos al Imperio, fueron designados con el nombre de gibelinos· Cuando Inocencio III robusteció la independencia de Italia y contribuyó al rápido adelanto de sus ya populosas ciudades, la mayor parte de los nobles, deseosos de participar del desempeño de los cargos públicos y de conquistar por este medio nueva influencia que los indemnizase de la pérdida de su antiguo poderío, fueron abandonando los campos y estableciéndose en las ciudades. Florencia ocupaba ya entre éstas un lugar distinguido, y, no obstante la he-

terogeneidad de ideas de los nobles que diariamente acudían á aumentar su vecindario, la paz pública no se turbaba en lo más mínimo, contentándose los antiguos partidarios con detestarse mutuamente en silencio.

Hemos entrado en estos detalles para que se conozca bien la situación respectiva de Amidei, noble señor gibelino, y Buondelmonti, descendiente de una familia de güelfos, y antiguo habitante de la llanura superior del Arno.

III

En cuanto al segundo de dichos personajes, sus instintos y su educación le hacían incapaz de apreciar debidamenle el mérito de María Amidei y de labrar su dicha. Hay almas que no han nacido para amar, y á quienes pueden conmover la vanidad, la fuerza, la belleza material, la riqueza; pero no las santas y misteriosas dotes de un corazón como el de María. Mucho se ha hablado de las señales exteriores que en la gran familia humana distinguen á los descendientes de Caín; pero, en mi concepto,

la maldición impuesta por Dios á la generación del primer asesino consistió en hacer que sus almas fuesen incapaces de amar, y por consiguiente, de abrigar la fe y la esperanza. Diariamente en el trato común de la vida nos hallamos con personas á quienes no tendríamos empacho en clasificar entre la familia de los bípedos irracionales, y quienes, sin embargo, imitan perfectamente los modales y sentimientos de la parte más noble de la creación, y hasta el refinamiento de la buena sociedad. Buondelmonti, por desgracia, pertenecía al número de estos seres.

Vió á María Amidei en nna iglesia de Florencia; su amor propio se sintió estimulado por el súbito rubor y la turbación de la joven, é hizo punto de honor su conquista. La vanidad le indujo á creer que la amaba, y le prestó el idioma y las apariencias del amor verdadero. Hízose, como ya dijimos, ciudadano de Florencia, pidió la mano de María, fuéle duramente negada: esto bastó á afirmarle en su propósito y aun recorría tenazmente la calle de Amidei cuando fué llamado é introducido á la casa por los criados del noble. Seríamos injus-

tos, sin embargo, si negásemos á Buondelmonti la posesión de algunas buenas cualidades. Nadie en Florencia se había atrevido á dudar de su valor, suficientemente acreditado en las últimas guerras contra el Imperio: su espada había brillado muchas veces en las puertas de Milán en defensa de la libertad, y uno de los generales más acreditados del ejército de Barbaroja perdió la vida á sus manos, después de haberse batido con él cuerpo á cuerpo en presencia de ambas huestes. El carácter mismo que le había impreso su vida aventurera, le hacía ser generoso con los pobres y los desvalidos, y daba á su persona, dotada de belleza varonil, aquel aspecto simpático que granjea en las demás gentes un cariño superficial y facilita el trato de la sociedad en que se vive.

Los primeros días de Abril se aproximaban, y Buondelmenti hacía los preparativos necesarios á su matrimonio, cuyo proyecto había sido solemnemente comunicado por Amidei á las familias nobles por amistad ó parentesco relacionadas con él. En las frías respuestas y la insustancialidad de los votos formados por la felicidad de la

novia, conoció el anciano que se había enajenado el afecto de sus parientes y parciales, admitiendo á un güelfo como Buondelmonti en el seno de su familia. Preocupábale, sin embargo, la felicidad de su hija, y ante esa felicidad seguía firmemente resuelto á sacrificarlo todo.

Tenía Buondelmonti entrada franca en la casa de los Amidei, y ssto no obstante, las horas que no pasaba al lado de María, las empleaba en pasearse frente á sus ventanas, cuyas espesas celosías se abrían ahora de vez en cuando para dar salida á una cabeza de ángel que se inclinaba hacia la calle, siguiendo con la vista la marcha del joven. Cierta mañana Buondelmonti halló á María más tierna y afectuosa que nunca; pero había un sello de tristeza en su frente y en sus miradas: el joven trató de averiguar la causa y María se echó á llorar. Presto se repuso, con todo, y trató de tranquilizar á Buondelmonti.

—Me irrito yo misma contra mi naturaleza, dijo María enjugándose las últimas lágrimas, y á pesar de ello, no consigo dominarme. Desde niña he padecido estos accesos de tristeza, cuyo origen no puedo atri-

buir sino á los funestos presentimientos que de vez en cuando me asaltan. Te quiero tanto, Buondelmonti, que suelo figurarme que Dios, enojado de la especie de adoración que te tributo, no ha de coronar estos votos, y que esas hermosas flores de primavera que cultivo en mi ventana, no servirán para formar mi corona nupcial, sino más bien para adornar tú sepulcro ó el mío. No hagas tú caso de estas alucinaciones producidas sin duda por el exceso de mi felicidad, pues bien sabemos que en el fondo de la dicha más pura y completa existe una gota de amargura que nos recuerda nuestro destino.

Buondelmonti trató de alejar las nubes de tristeza que cubrían la frente de María, y después de formar ambos, durante algunas horas, proyectos de mutua felicidad, se despidió. Había salido del salón de los Amidei y se disponía á bajar la escalera, cuando oyó que María iba tras él, gritando con timidez: "¡Buondelmonti, Buondelmonti!"

El joven volvió el rostro hacia atrás y detuvo sus pasos. María, al llegar cerca de su novio, permaneció toda confusa, sin saber qué decirle. Al cabo murmuró con voz

apenas perceptible, y fijando sus negros y húmedos ojos en el joven: "¿Me amarás siempre, siempre?"

Buondelmonti por toda respuesta estrechó á María contra su pecho y bajó la escalera, volviendo varias veces el rostro para ver á su novia. Cuando María le perdió de vista, exclamó juntando sus manos: "Gracias, Dios mío, soy feliz," y en seguida se dirigió á su alcoba.

Entretanto Boundelmonti, fijo el pensamiento en María, avanzaba por la misma calle de los Amidei hacia el Ponte–Vechio, cuando una señsra noble de la familia Donati, que se hallaba como esperándole en la puerta de su propia casa, le detuvo, diciendole que entrara, porque tenía qne hablarle de un asunto de mutuo interés para entrambos. Sorprendióse Buondelmonti, porque, si bien los Donati habían pertenecido siempre al mismo partido que él, jamás mediaron hasta allí relaciones de amistad entre uno y otros; pero, cediendo al impulso de su natural cortesanía, manifestóse dispuesto á seguir á la dama.

La señora Donati, llevando de la mano á Buondelmonti, atravesó el vestíbulo y va-

rias piezas de la casa, hasta llegar á una en que hacían labor las mujeres de su servidumbre. Trabajaba, rodeada de ellas, su hija Constanza. La señora se acercó á la joven, quitóle el velo que cubría su semblante, y dijo al ilustre güelfo con no disimulado despecho:

—Aquí está la esposa que te tenía reservada. Es güelfa, como tú; pero tú tomas una mujer de entre los enemigos de tu Iglesia y de tu sangre.

Buondelmonti permaneció inmóvil y sin hablar. Constanza Donati era una jóven de hermosura sorprendente, ¡cuán superior, ay, á la de María! Acababa de salir del baño, y la abundantísima copia de sus negros cabellos formaba un marco de ébano á la blancura deslumbradora del semblante y del cuello. Sentada en un asiento de terciopelo rojo, tenía puestos sobre un taburetillo sus piés, verdaderamente de niña por el tamaño. Lo desaliñado del traje hacía adivinar proporciones análogas á las de la estatuaria griega, y la arrogancia de los movimientos de la cabeza y hasta el aire ligeramente varonil que prestaban á Constanza sus actitudes, su voz y sus mi-

radas, hicieron una impresion indecible en Buondelmonti, á quien la joven quedóse viendo por largo espacio de tiempo y con cierta expresion de cariño, mezclado de burla y de lástima.

—Buondelmonti—continuó la señora Donati—puesto que has contraído compromiso con María Amidei, hija de Amidei, el más detestable de todos los gibelinos, es inútil que permanezcas aquí por más tiempo: esto ocasionaría más vivo dolor á Constanza....

—¡Cómo! interrumpió Buondelmonti. ¿Esta bellísima jóven se interesa realmente por mi suerte? ¿Será posible?

—Desde niña estaba acostumbrada por su madre á ver en tí á su futuro esposo. Ultimamente, al través de sus celosías, ha espiado tus frecuentes paseos del Monte-Vechio á la calle de los Amidei.....Constanza te ama, y si quieres satisfacerte de ello, mírale el rostro.

En efecto, Constanza se había puesto como una amapola; mas por un movimiento casi instintivo en las mujeres. se echó el velo, y permaneció silenciosa y con los brazos cruzados.

—¡Constanza! exclamó Buondelmonti,

¿por qué me negáis ya la luz de vuestros ojos? Señora, añadió dirigiéndose á la madre, ¿por qué no me dijísteis antes todo esto?

—¿Qué quieres? Fué un error mío el callarme, y ahora lo conozco; pero ya es demasiado tarde. Desértate, desértate, Buondelmonti, de las filas del partido güelfo: la causa de la libertad no tiene atractivo para tí, desde que está contrapesada por la rica dote de la hija de un gibelino, celoso partidario del Imperio. ¡Lástima que hayan cesado las guerras con los emperadores alemanes, porque todavía pudieras tú distinguirte peleando contra milaneses y florentinos! Y después de una breve pausa, añadió, como hablando consigo misma: "Hé aquí la delicadeza y los escrúpulos de lealtad de los hombres. Buondelmonti se cree firme y eternamente atado á una palabra de casamiento, y no vacila, sin embargo, en desertarse cobarde y villanamente de las filas del partido güelfo. Es que el casamiento le proporciona ventajas de que carece y que no le puede dar su partido. Si yo fuera rica, sacrificaría hasta mi última y más insignificante propiedad, para juntar á mi hija una dote mayor que la de María

Amidei, y entonces, ¡adiós los escrúpulos y la fidelidad de Buondelmonti! ¡Pero soy pobre, aunque noble, querida hija mía, hermosa Constanza!''

La señora Donati era una víbora, y por medio de estas palabras, había introducido su veneno en el corazón de Buondelmonti, quien se vió humillado y afrentado pcr aquella terrible mujer. Iba á contestarle con todas las señales de la ira, cuando Constanza, apartando el velo, fijó en él sus ojos suplicantes.

—Idos, señor, le dijo. Toda explicación es ya inútil.

En medio de la lucha que Buondelmonti sostenía con sus opuestos sentimientos, invocó el recuerdo de su novia, y, haciendo un esfuerzo, salió de la casa de los Donati, permaneciendo por todo el resto de aquel día distraído, pensativo é irritado consigo mismo.

María Amidei se asomó repetidas veccs á la ventana; pero la calle estaba desierta. Buondelmonti no parecía.

En la noche llamaron á la puerta de la señora Donati, y Buondelmonti se presentó en la sala, pálido y agitado.

—Sabía que volverías, dijo la dama, y dirigiéndose hácia un gabinete que comunicaba con la sala, gritó: ¡Constanza, Constanza!

La jóven apareció en el umbral de la puerta, vestida de blanco y coronada de flores. Su belleza era capaz de trastornar el juicio.

—Hé aquí á tu esposa, Buondelmonti: es güelfa como tú, te ama, y estrechará más y más los lazos que deben unirte con las familias de tu bando.

A estas palabras de la señora Donati, los jóvenes se abrazaron. Un sacerdote que se hallaba presente, murmuró algunas oraciones y les dió su bendicion, ¡Buondelmonti y Constanza estaban casados!

La señora Donati había mandado espiar al güelfo, y teniendo noticia de su agitacion durante el resto del día, preparó la escena que acabamos de describir. En diplomacia la señora Donati habría hecho avergonzar á Metternich y al conde Buol.

## IV

¿Has visto, lector, alguna vez puesto en escena el magnífico drama de Goëthe, intitulado "Clavijo"? Si le has visto, ya tienes idea de los padecimientos de una joven enamorada y virtuosa á quien engaña su novio; del desaliento que se apodera de sus padres y hermanos, de la ira terrible que sucede al desaliento, y por último, de la sangre que viene á reemplazar las lágrimas y á lavar una afrenta en la opinión insensata del mundo, como si el verdugo no quedara suficientemente castigado con sus propios remordimientos, y como si pudiera caber afrenta para el corazón sensible y delicado que cree en los más nobles afectos y en las palabras más santas que se conocen en el idioma humano.

Buondelmonti no podía alejar de su imaginación á María llorosa y desesperada; pero Buondelmonti se engañaba respecto de las formas exteriores del dolor de su prometida esposa.

Pasaron uno, dos y tres días y Buondelmonti no se presentaba en la casa de los Amidei. María estaba inquieta y recelosa. En la mañana del cuarto día, que era el 1º de Abril, reinaba un calor sofocante y las flores de su ventana se deshojaron todas á la primera ráfaga de brisa que sobrevino. Estaban secas porque la jóven había dejado de regarlas con agua, según tenía costumbre de hacerlo. Continuaba silenciosa y pensativa, en un rincón de su aposento, cuando se presentó el anciano Amidei, pálido como la muerte.

—¡Valor, hija mía! exclamó. ¡Buondelmonti es un villano, que no te merece!

—Todo lo preveo.... todo lo sé. ¡Callaos, por piedad, si no me queréis matar!

El espanto se retrató entonces en las facciones del viejo. Tendió los brazos á su hija y la estrechó en ellos queriendo provocar su llanto y salvarla así de una crísis peligrosa; pero los ojos de María permanecieron secos, y cuando se separó de los brazos de su padre, los pómulos de sus mejillas habían recobrado la tinta rojiza de los días en que estaba enferma.

Aquella misma noche veinticuatro fami-

lias gibelinas se reunieron en la casa Amidei. Sabíase ya en toda Florencia la conducta desleal de Buondelmonti y el deseo de la venganza ardía en todos los pechos contrarios al partido güelfo. Amidei, en la mañana había enviado á desafiar al verdugo de su hija. Buondelmonti, por toda respuesta, partió su espada en dos pedazos y los envió al anciano, significándole así que no se batiría con él.

La muerte de Buondelmonti quedó acordada por las veinticuatro familias gibelinas reunidas en la casa de Amidei.

María lo sospechó así y escribió al güelfo un billete que contenía estas solas palabras: "Alejaos de Florencia porque se os busca para mataros."

Amidei interceptó el billete y lo leyó. "Noble y hermoso corazón, exclamó, tú no conseguirás salvar á tu asesino; pero Dios, á cuyo seno presto debes volar, tendrá en cuenta esta buena acción tuya."

---

V

Si las almas del temple de la de Buondelmonti son capaces de experimentar alguna cosa semejante al amor, esta cosa era experimentada por el güelfo en los primeros días que pasó al lado de su esposa. Constanza Donati, cuya belleza le había deslumbrado completamente, no poseía el excelente corazón ni el elevado espíritu de María; pero contaba con otras cualidades que, según hemos dicho, prefiere más generalmente el mundo, y que por más vulgares se hallaban al alcance de la apreciación de Buondelmonti. Podría argüir mucho contra el orgullo y la delicadeza de carácter mujeriles, el modo con que se llevó al cabo su matrimonio, si no atendiésemos á la corta edad de Constanza, quien no contaba diez y seis años, á los grandes intereses de partido puestos en juego, á la afición que de meses atrás la señora Donati había sabido crear en el corazón de su hija hacia el joven güelfo, y, por último, á la persuasión

hábilmente infundida á Constanza, de que María Amidei distaba mucho de poseer el amor de su prometido, siendo un casamiento de conveniencia el que ambos iban á efectuar. La señora Donati no quiso fiar el buen éxito de sus planes á los afectos del joven excitados por las circunstancias ordinarias de la vida; quiso más bien jugar el todo por el todo, recurriendo á un medio audaz y desesperado, cuyos efectos hemos visto. Aparte de que la pobreza era el actual patrimonio de la noble familia de los Donati, y por lo mismo, Constanza no podía presentarse en las tertulias y espectáculos públicos de Florencia, la madre evitó cuidadosamente que Buondelmonti conociera á su hija antes del momento decisivo, convencida por sus instintos de mujer, de que la impresión sería más viva cuanto mayores fuesen la novedad y el asombro que los atractivos de Constanza causasen al güelfo. Por lo demás, aun cuando la joven hubiera abrigado algunas dudas relativamente al cariño de su esposo, se habrían desvanecido con los testimonios de amor que continuamente recibía. Buondelmonti, avergonzado de sí mismo, para acallar los gritos de su

conciencia y alejar de su memoria la imagen de María, ni por un instante se separaba de Constanza. Sentado á sus pies y apoyando su cabeza en las manos de la joven, que jugaban con los negros rizos de su cabello, formaba planes de vida que se complacía en sujetar á la aprobacion de su esposa. Terminada la celebración de sus bodas, debían pasar á residir algún tiempo en Milán, á cuyas inmediaciones Buondelmonti poseía una hermósa finca rural. Aunque casados cuatro días antes, las fiestas no debían tener lugar sino el próximo domingo de Pascua, y estaban invitados á ellas muchos magistrados de Florencia y los nobles pertenecientes al partido güelfo, quienes habían colmado de regalos á Constanza.

El domingo de Pascua amaneció alegre y sereno. Desde temprano ambos esposos acudieron á oír misa en la iglesia de Santa-Croce, inmediata al Ponte-Vechio, misma en que se conocieron Buondelmonti y María Amidei. Cuando, terminado el santo sacrificio y al retirarse la concurrencia, aquel ofreció á Constanza el agua bendita, un amargo recuerdo atravesó su corazon, y la imagen de María, á quien dirigió en este

mismo sitio las primeras palabras de amor, música dulcísima á los oídos de la desventurada jóven, se presentó á su espíritu bajo las formas espantosas del remordimiento.

Las fiestas debían comenzar por una lucida cabalgata para dirigirse al extremo opuesto de Florencia, donde vivía el magistrado que apadrinó el casamiento, y en cuya casa iba á tener lugar el festín.

De vuelta de la iglesia, los esposos hallaron reunidos á todos los nobles de la comitiva: piafaban impacientes los corceles en el patio de la casa, y Constanza apenas tuvo el tiempo necesario para vestirse un traje conveniente. Cuando reapareció en el patio dispuesta á montar, Buondelmonti alargó su diestra para que sirviera de estribo al diminuto pié de la joven, quien, dando un ligero salto, se colocó en la silla.

Púsose en marcha toda la gente. Constanza y su marido abrían la comitiva: seguíanlos la señora Donati y muchas damas principales de Florencia, parientes ó amigas suyas; iban á lo último multitud de jóvenes nobles güelfos, amigos de Buondelmonti. El día, según hemos dicho, estaba alegre y sereno. Las torres de las

iglesias se alzaban sobre los edificios de la ciudad bajo el azul de un cielo sin nubes. La brisa de la mañana agitaba el velo de Constanza, entregada exclusivamente al placer que le causaba la fogosidad de su palafrén blanco como la nieve.

Buondelmontì aproximó aun más su caballo para decirle: "Tu velo actual con que juguetea el viento ocultando tu rostro y descubriéndole alternativamente, me recuerda el momento en que te conocí, Constanza mía; el momento en que tu madre, quitándote el velo, hizo aparecer á mi atónita vista esas facclones de ángel."

Constanza suspiró de placer y adelantó ligeramente su caballo.

A la sazón llegaba la comitiva á una de las extremidades del Ponte-Vechio. Un grupo de hombres decentes ocupaba gran parte de la calle. La señora Donati distinguió entre ellos á algunos nobles gibelinos y se estremeció involuntariamente. Enrique d'Arezo, pariente inmediato de los Amidei, separándose del grupo, se adelantó con rapidez y detuvo de la brida el caballo de Buondelmonti, diciendo á éste: "Tengo que hablaros."

Buondelmonti por un solo momento permaneció estupefacto, mirando á Enrique, y luego exclamó: "Soltad. No es esta ocasión de hablarnos."

No parecía dispuesto Enrique á obsequiar la indicación de Buondelmonti, y, por lo mismo, éste clavó repentinamente sus acicates al caballo, que partiendo con fuerza, derribó á Enrique sobre la calzada. La cabeza del joven d'Arezo retumbó contra las piedras, y por boca y nariz comenzáronle á salir ríos de sangre.

Buondelmonti, arrebatado por la violencia de su caballo, fué á caer al pie de la estátua de Marte, situada en el centro del puente. Las señoras de la comitiva prorrumpieron en gritos de espanto. Una mujer que salió repentinamente de una puerta inmediata, trató de interponerse entre Buondelmonti y sus asesinos; mas era tarde: el puñal de un noble, contrario suyo, había quedado clavado en su corazón. El güelfo, por algunos instantes, se agitó con las convulsiones de la muerte, y en seguida quedó inmóvil en el suelo, y en medio de un charco de sangre.

La mujer que había tratado de salvar-

le, se arrojó sobre el cadáver, cerró sus ojos y le extrechó silenciosamente en sus brazos.

Los gibelinos habían desaparecido.

Las señoras y los nobles de la comitiva se desmontaron y formaron círculos al rededor del grupo. Constanza se adelantó bañada en lágrimas. Cuando en la mujer, desconocida hasta entonces, reconoció á María Amidei, todo lo comprendió. Arrodillóse al lado del cadáver de Buondelmonti, y alzando la vista hacia María, que estaba en pie, pálida y con los ojos extraviados, murmuró estas palabras:

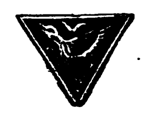
—¡ Perdón para él y para mí!

María se quitó su velo blanco y le extendió sobre el cuerpo ensangrantado de Buondelmonti. Después abrazó á Constanza, le dió un beso en la frente, y cayó muerta á sus pies.

¡ Noble y generosa criatura, como había dicho muy bien el anciano Amidei!

Podemos terminar esta narración por medio de las mismas palabras de Sismondi. Hablando este historiador de las Repúblicas Italianas de la muerte de Buondelmonti, dice: "Cuarenta y dos familias del partido

güelfo, se unieron y juraron vengarle; corrió, en efecto, la sangre, y todos los días afligió á Florencia un nuevo asesinato, una nueva batalla, por espacio de treinta y tres años.''



# CUENTOS TRADUCIDOS

# PRIMERAS IMPRESIONES.

DE AUTOR ANÓNIMO.

(Cuento traducido del inglés.)



YO era niño aún; no había pasado de los seis años. Mis padres eran pobres, muy pobres. Mi padre era maestro de escuela en una aldea del gran ducado de Baden. De seis hijos que tenía, yo era el más pequeño y consentido. Mi padre era excelente violinista, y tan á menudo como el señor del dominio iba á residir en su castillo, era llamado á dirigir la banda de músicos que acudían á tocar en las fiestas.

"En tales ocasiones se me permitía acompañarle. Adornado con mi vestido de gala, me escapaba por delante de él á ver la mundanal grandeza de mi señor, quien debía ser, en mi concepto, el primer personaje de la tierra, porque el mayordomo del dominio nunca hablaba de él en otros términos que los de "nuestro muy gracioso señor," y mi padre, á su vez, nunca saludaba al ma-

yordomo, sin tener su sombrero en la mano. A menudo recuerdo á este importante personaje y á la turba de aldeanos en un día de reunión, con las alas de los sombreros entre los dientes, sus cabezas inclinadas al suelo y las manos cruzadas sobre el pecho. ¡Con qué temor tan reverencial contemplaban la morada de su señor! Más lejos, acaso alcanzaba yo á ver al barón en persona. No recuerdo mis pensamientos de entonces; pero sí que mi corazoncito saltaba á la sola idea de encontrarme con las miradas de un hombre tan distinguido.

"Os pido perdón, señores y señoritas—dijo el doctor con una dulce sonrisa—por el color un tanto cuanto burlesco que la clase de bagatelas descritas me obliga á dar á mi humilde narración. Es la sola venganza que nosotros los plebeyos podemos algunas veces tomar de los seres que nos son superiores.

"La última vez que mi padre fué llamado al castillo, fué con motivo del cumpleaños de la hija mayor del barón, joven cuya imagen permanece ahora, después de diez y seis años de una vida activa, en mi imaginación, fresca como si viviera y se moviese.

En aquel tiempo me parecía un ángel. Sea que las formas algo bastas que estaba acostumbrado á ver, formaran un contraste muy fuerte con la delicada y hermosa forma de Lady Lugarda, ó sea que su posterior benevolencia ha esparcido un encanto inefable alrededor de su memoria, yo no puedo olvidarla. Probablemente, el poder de la belleza física y de la belleza moral reunidas, fué lo que causó tan profunda impresión en mi temprana susceptibilidad.

"Mi padre naturalmente, siendo tan sólo un persouaje inferior, una especie de criado que come el pan de su amo, no era admitido á la presencia del barón. Era sin embargo, bien tratado en la mesa de la servidumbre del castillo, y como yo aun no tenia títulos para ello, me guardé un bollo en la faltriquera y me fuí hacia el jardín baronial, cuya entrada hallé abierta.

"Cómo aconteció que yo me viese allí, no lo puedo descifrar. El jardín era sólo para la noble familia. Nunca hubiera ideado mi cerebro penetrar en él, aunque apenas distaba una milla de la cabaña de mi padre; con tanto respeto así era visto cuano pertenecía al dominio de mi señor, y es-

toy enteramente cierto de que nunca hubo en la aldea alguien bastante osado para decir cuál era el aspecto de aquel desierto paraíso terrestre, hasta que llegó á ser de más edad y fué admitido en el número de los trabajadores que tenían á su cargo la conservación de las veredas y la poda de los árboles. El parque era extenso y onduloso, y yo vagué tanto por sus veredas, contemplando y admirando los arbustos y plantas indígenas y exóticas, que al cabo, me perdí enteramente. Apenas habrá sensación más desagradable para un muchacho que la que experimenta al conocer que se ha perdido; así lo he creído desde entonces acá. No bien me hice cargo de mi situación, cuando corrí por todas partes buscando la salida del laberinto; mi ansiedad crecía á la par de mi indecisión; el temor comenzó á sugerirme la idea de que ya de ningún modo podría salir de allí. Mi bollo había sido devorado desde mucho antes; llegué á estar hambriento, cansado y temeroso de no hallar á mi padre, ó de hallarle y ser castigado por mi temeridad; maldecí de buena gana mi curiosidad, y al cabo me senté; el desfalle-

cimiento venció mi ansiedad, y me quedé dormido.

"Habría permanecido así cosa de una hora cuando fuí despertado por una blanda mano. Abrí los ojos y en pie estaba delante de mí un ángel, según imaginé. Era la hermosa Lugarda, la reina de la fiesta. Mi primera idea se redujo á huir; la segunda se refirió al modo de hacerlo, y la tercera me representó á mi padre, que, excelente como era, tenia mucho de pedagogo para economizar la vara.

"Comencé á gritar: la joven me tomó de la mano y me preguntó en tono dulcísimo la causa de mis lágrimas. Se la dije: "mi padre, la pérdida del camino, el hambre." Preguntóme á quién pertenecía yo y me aconsejó que no llorara más. Ella no estaba sola; había á su lado un joven de hermoso y varonil aspecto: Lady Lugarda habló con él durante algunos minutos; los ojos del joven se fijaban en ella y se humedecían á cada inflexión de su voz. Los muchachos son muy observadores. Conocí por esta misma circunstancia, aunque nunca los había visto antes, ni había oído pronunciar la palabra *amor* en mi corta vída; conocí, repi-

to, por intuición, que no eran hermano y hermana. Yo tenía hermano y hermanas; pero sabía que no se contemplaban como éstos lo hacían mútuamente. Lady Lugarda me tomó nuevamente de la mano y me obligó á seguirla. Cuando llegamos, frente al castillo, al escampado que adornaban hileras de naranjos y limoneros, sembrados en grandes vasos, me dijo que si yo consentia en ello, permaneceria de allí en adelante en el castillo; besé su mano y corrí alegremente hacia él. Mi padre me recibió con el ceño mas ominoso y las palabras: "¡Bien! Tendrás tu merecido." Pero ¿quién podrá describir su admiración cuando poco después fué llamado á la presencia del barón, quien le anunció en los términos más benévolos que, para cumplir los antojos de su hija, como él mismo decía, iba yo á permanecer en el castillo bajo su especial protección? Mi pobre padre se quedó atónito; sólo pudo inclinarse y con voz casi sofocada por la alegría, responder: "Demasiada honra, muy gracioso señor; demasiada gracia, para este muchacho perverso."

Desde aquel día viví en el castillo con la noble familia, siendo incesantemente ob-

jeto del cuidado de la joven baronesa. En el mismo soto de cerezos y pinos blancos donde yo estaba durmiendo y apenas á unos cinco pasos de distancia, habia ella admitido y pagado el amor de su juventud. Para consagrar la hora solemne y el recuerdo, propuso al barón Rodolfo, educar al pequeño durmiente, y él había consentido con lágrimas eu los ojos.''

El joven doctor hizo un momento de pau sa; sus ojos serenos y claros brillaban con una luz que daba á su aspecto franco y simpático un aire indecible de inocencia infantil. El tono sencillo y ligero de su narración, se convirtió, sin embargo, en solemne cuando continuó diciendo:

''Muchos de vosotros, nobles amigos míos, recordaréis que en la época á que me refiero, la tierra de nuestros padres era un vasto campamento militar. El victorioso corso había vuelto de la tierra de las Pirámides. La paz habia sido interrumpida de nuevo, y nuestros defensores se apresuraban á acudir á los mismos campos, tan profusamente blanqueados ya con los huesos de nuestros hermanos. En la cabecera del condado en que se hallaba situada nuestra al-

dea, se había estacionado un regimiento de lanceros. Marchó, con excepción de una compañia que permaneció de reserva con su comandante, para enviar refuerzos al regimiento. Los oficiales habían sido invitados á la fiesta por el barón, admirador entusiasta de la vida militar, que había sido también soldado, y atacó y tomó á Belgrado bajo el mando del Padre Loudón, como llamaba apasionadamente al famoso general.

"Sabido es de nosotros, señores y señoras, que la oficialidad de nuestra caballería ligera se compone, con muy pocas excepciones, de nobles de alto rango, no siendo posible á la clase media erogar los gastos de tan espléndidos cuerpos. El altivo continente de los huéspedes militares, sus ricos uniformes, y sobre todo, el convencimiento de que iban á ser pronto llamados á figurar en escenas de lucha mortal, daban á su conversación un carácter de magnificencia y solemnidad á la vez, que nunca se borrará de mi memoria, aun cuando yo no fuese entonces otra cosa que humilde espectador. Lo cierto es que algo pasaba ante la imaginación de ellos, parecido á un presentimiento si-

niestro. Sabían que iban á encontrar al gran capitán contra quien habían sido invariablemente desdichados sus esfuerzos. Por donde quiera habían deshecho, generalmente hablando, los ejércitos capitaneados por Jourdán, Macdonal, y aun Moreau. Sólo al caudillo principal temían. Un encanto mágico parecía estar unido á su nombre.

"La mesa estaba colocada en espacioso salón abovedado del castillo, ricamente adornado y lleno de los retratos de los antepasados guerreros y hombres de Estado de la raza baronial. Arriba de la segunda entrada estaba la galería de los músicos. Yo permanecía al lado de mi padre, mirando con interés infantil la espléndida concurrencia y el suntuoso convite. Habia estado observando perfectamente cerca de una hora sin oír otra cosa que un murmullo confuso durante los intervalos de silencio de la orquesta, cuando el anciano barón se levantó de su asiento y, elevando su vaso, habló en alta voz.

"Sus palabras fueron ahogadas por el sonido de las trompetas; pero en medio de la confusión, salió un grito de los labios

de la bella Lugarda, y casi sin sentido fué llevada adentro por sus doncellas.

"Supe después que el barón, en el ardor de su indignación patriótica, había pronunciado este brindis: "¡Prosperidad á las armas del Archiduque Carlos y sus compañeros de combate! ¡Destrucción á sus enemigos!" Había añadido: "Si yo fuese joven, marcharía contra los enemigos de mi país: ningún hombre de honor debe permanecer en su casa."

"Apenas habían sido pronunciadas estas últimas palabras, cuando el joven barón Rodolfo se levantó y, estrechando la mano al mayor, se le ofreció en calidad de voluntario. Fué abrazado por toda la oficialidad como hermano de armas y compañero de combates. No sin dificultad se obligó á Lady Lugarda á reunirse con la concurrencia y participar del baile.

"A la siguiente mañana temprano, un dragón de aspecto terrible hizo su aparición en el castillo baronial. Había sido enviado por su comandante para adiestrar al barón Rodolfo en los ejercicios militares.

"Sería difícil hacer entera justicia á la ceñuda faz del cabo Moor. Estaba material-

mente esculpida en el más espantoso relieve. Una cortada al través desde la ceja, se iba angostando hasta terminar en un araño que se extendía entre el ojo y su mejilla izquierda. Otra cortada le había privado del ojo derecho, y una tercera corría á lo largo de la frente. Pero lo que él lamentaba sobre todo, era la pérdida de su bigote. En un espacio de cerca de una pulgada no le había salido pelo, á pesar del sebo y del aceite de oso: todas estas cortadas habían sido precipitadamente cosidas por un cirujano faltó de habilidad. Con sentimiento hablaba siempre de su deformidad y nunca dejaba de añadir: "He salado á aquel perro francés." Ceñudo como era el cabo Moor, presto contraje con él cierta especie de amistad. Le llevaba al salón de los criados, cerveza, de que acostumbraba tomar una cantidad inmensa: me permitía (ciertamente el mayor favor otorgado jamás por un ginete) montar su caballo, y me referia las cincuenta batallas é innumerables lances en que se había hallado. Por eso le ascendierón á cabo, y recibió la medalla de oro, prueba inequívoca de su espíritu marcial.

"El cabo Moor tenia, según recuerdo,

otra singularidad muy característica. Mientras el barón Rodolfo llevaba el vestido militar, fuese en el castillo ó en el cuartel general de la división, Moor se consideraba superior suyó y, como tal, le reprendía la menor falta; pero luego que aquel dejaba el uniforme, el cabo recobraba su humilde lugar en el departamento de los criados. Comía con los de la casa, y pocos hombres he visto de tan buen corazón como el suyo.

"Trascurrieron así unos quince días. El joven voluntario, que era excelente ginete y hábil floretista, había terminado sus lecciones, y los pocos últimos días fueron casi enteramente empleados en diversas evoluciones en el cuartel general. Una tarde volvió á casa con el uniforme de oficial y la charretera de oro; había sido ascendido á teniente. Me levantó á la altura de su caballo: una lágrima asomaba á sus ojos: la división de reserva había recibido orden de marcha.

"Hubo gritos dolorosos y torrentes de lágrimas aquella noche. Sí; fué una noche triste, muy triste. El noble joven había venido al castillo á casarse con la hija del ba-

rón, estando el matrimonio arreglado de años atrás por sus padres, y los novios se amaban mútuamente. Una frase impremeditada del anciano barón, arrancaba ahora al novio de los brazos de su amada para llevarle al campo de batalla. El bueno del caballero comenzó á ser sensible al mal que había hecho al hijo único de su amigo; no podía hablar, y unas lágrimas tras otras rodaban por su faz, cosa que antes jamás se vió en él.

El joven oficial dejó á media noche el castillo para reunirse con sus hermanos de armas y pasar siquiera una noche entre ellos antes de su marcha. La hora de la separación debe haber sido verdaderamente amarga para los amantes. Los ojos de Lady Lugarda, al día siguiente, estaban hinchados y encendidos á causa de su llanto continuo. Se había persuadido de que jamás volvería á ver al objeto de su amor. Para lograr siquiera otra mirada suya por último, insistió en presenciar la salida de la división.

"La salida de las tropas de sus acantonamientos—continuó el doctor—causa mucho descontento de todos modos. En el ca-

so presente había razones particulares de universal interés. La larga guerra en cuyo trascurso habían sido dadas más de cincuenta batallas campales, tenía considerablemente debilitada la población, y el último recurso del país era la fuerza que se disponía á partir. Como los oficiales eran jóvenes de alto rango, la tierra iba á ser privada, con muy pocas excepciones, de arrendatarios de respetabilidad. La sangre que tan profusamente iba á ser derramada, era la sangre del corazón del país. Aquel espectáculo no era el acostumbrado de una turba de curiosos espectadores, de cantineras cargadas de bollos y botellas; era la vista nociva al corazón, de padres y madres, hermanas y esposas que recibian el abrazo de los soldados. Mi hermano, muchacho de diez y nueve años de edad, estaba entre ellos. Besó uno tras otro á los miembros de la familia, y á mí á lo último.

"El teniente Rodolfo estaba con los oficiales sus compañeros alrededor del carruaje del barón, tras la caja del cual, por el lado del cochero, me había yo colocado furtivamente. La proximidad de su amada no pudo calmar sino á medias los latidos de su

corazón. Tenía los ojos fijos en Lady Lugarda, y aun los compañeros parecían compadecer á su hermano de armas por tener que dejar aquel tesoro que le pertenecía. Su amor no era un secreto; sus virtudes eran conocidas y habían excitado universal simpatía. Cuando, al fin, la corneta resonó, con sólo tres notas primeramente, y después cambiando el toque en marcha acelerada; cuando el hijo se desprendió de los brazos de su padre y el hermano de los de su hermana, el barón Rodolfo estrechó de nuevo la mano de su futuro suegro de un modo brusco y ardiente, besó la de su novia, y montó á caballo.

"Desde entonces he admirado siempre á los dragones hulanos, aun cuando no hayan demostrado ser los mejores. Dudo que en ejército alguno de los europeos exista un cuerpo cuyo exterior sea más atractivo. Cuando el sonido de las veinticuatro cornetas llegó á nuestros oídos, y las banderolas de seda amarillas y negras ondearon en las lanzas, impelidas por el viento fresco de la mañana; cuando aquellos cuatrocientos guerreros salían airosamente de entre millares de amigos y compatriotas que habían acu-

dido á presenciar su partida, y la llorosa turba de madres, y hermanas y esposas, prorrumpió en adioses medio ahogados y capaces de destrozar el corazón, parecía que la mejor parte de nuestra existencia se había ido con ellos.

"Hay una laguna en mi memoria entre la partida y la vuelta de la división; un espacio de cerca de seis meses, lleno solamente del recuerdo de la benevolencia de Lady Lugarda. Cuanto soy lo debo enteramente á ella, pues fué quien indujo á su padre á que me permitiera concurrir á las lecciones de su hermanito. Y cuando poco después nos fué arrebatada para unirse á su primero y único amor, su padre cumplió con religiosidad las promesas que le hizo. Él fué quien me puso en la cátedra de latín y después en la universidad.

"Las noticias que llegaban acerca del ejército eran diversas y contradictorias. Prevaleció la sospecha de que había sido dada una tremenda batalla; que nuestro triunfo estaba á punto de decidirse; pero que en el momento crítico el enemigo había sido reforzado por un cuerpo de reserva, al mando de uno de sus mejores generales, y casi

aniquilado nuestro ejército en consecuencia. Había en estas noticias cierto misterio que inquietaba á todos los espíritus: llegaba á ser evidente que el gobierno parecía deseoso de tender el velo de la incertidumbre sobre aquellos desastrosos acontecimientos. Para nosotros, la duda fué resuelta de un modo espantoso, por medio de la vuelta de la división de reserva.

"La paz había sido nuevamente firmada, con la misma precipitación con que antes fué rota. La noticia de ello fué recibida con indiferencia, lo cual prueba cuán poca confianza abrigaban los ánimos acerca de la continuación de tal bien; y la prisa con que las tropas de reserva volvieron á sus acantonamientos, para reclutar soldados, confirmó la general desconfianza.

"Fueron anunciados el día y la hora en que volvería la división. El barón se resistió mucho á las súplicas de Lady Lugarda para que fuesen á presenciar la llegada de las tropas. Cedió al fin, y la familia fué en dos carrnajes á la ciudad. Yo me había hecho tan caro á mi protectora, que iba en un asiento á su lado.

"Sería impocible describir la ansiedad

vivamente pintada en mil rostros. Después de una hora larga de espera, el sonido de las cornetas hirió nuestros oídos desde las alturas que coronan el valle en que está situada la ciudad. "Ya vienen," murmuraba la multitud en voz baja, como temerosa de dar á conocer esperanzas que pudieran ser burladas. La vanguardia, á poco, atravesó el puente y arrolló á la multitud que se había agrupado á saludarla á su llegada. Se oyó un grito repentino que lanzaron dos amables muchachas: "No; éste no es nuestro regimiento."—Hubo, me acuerdo muy bien, un repentino murmullo, un estupor, un estremecimiento, que se difundieron entre los espectadores, conforme desfilaban los dragones unos tras otros, y todos enteramente extraños. Estaban vestidos con el uniforme y llevaban los colores del regimiento; pero los hombres eran desconocidos. Las hileras seguían á las hileras; un escuadrón entero había ya pasado; faltaba solamente el segundo; la mitad de éste había ya desfilado, y ¡ni un rostro conocido todavía! Al cabo, vimos aparecer uno que despertó nuestros recuerdos; era el de Moor, quien avanzaba airosamente, de capitán, al

frente de sus soldados. Saludó á la familia del barón, y volvió hacia otro lado el rostro.

El anciano caballero no pudo contenerse más tiempo.

—Moor—gritó con tono de desesperación.—¿Dónde está la división de reserva?

—Esto es cuanto queda de ella, contestó el capitán.

—¿Y nuestros amigos—exclamó el barón—el mayor Romberg, y los capitanes Muller y Kastadf?

No se aventuró á pronunciar el nombre de su presunto yerno. El capitán señaló el cielo con su espada.

—¡Muertos! ¡Muertos! dijo.

—¿Y Rodolfo....? esclamó Lady Lugarda.

—¡Muerto! contestó el veterano, y asomaban á sus ojos las lágrimas.

—¿Y todos ellos han muerto....? ¿Todos ellos....? murmuró el barón enclavijando sus manos.

—¡Todos ellos! Quedan sepultados en las llanuras de Marengo, y yo vuelvo para traeros sus adioses.

"Aquella era una escena que destrozaba el corazón. La división había sido hecha trizas, materialmente, hombre por hombre. Los que llegaban fueron escogidos entre los débiles restos de su regimiento y de otros. Volvían lo más presto posible, á fin de formar de nuevo el regimiento.

"¡Qué espectáculo tan noble es el de una mujer virtuosa! ¡Qué espíritu es el suyo tan fuerte, generoso, elevado y sobrepuesto á todo interés particular! La familia del barón había esperado nada menos que un desmayo ó la demencia de parte de Lady Lugarda, estando como estaba su amor tan profundamente arraigado, tan íntimamente mezclado con su existencia toda. Pudieran haber corrido sus lágrimas si el golpe hubiese sido menos fuerte. Cuando Rodolfo fué arrancado del castillo, abrumada Lugarda por una calamidad repentina, era natural que se hubiese visto dominada por el dolor; pero esta vez el infortunio venía asociado de ideas vastas, de pesares universales. La multitud, herida de horror al contemplar rostros extraños, y el universal terror pintado en los ojos de padres, madres, hijas y esposas, hablaban tan poderosamen-

ie, que ni una palabra ni una lágrima se escaparon á la infeliz Lugarda. Rodeóla inmediatamente su familia, y ella, por señas, suplicó que omitieran el tratar de consolarla. Yo me acerqué, besé su mano y le rogué que no llorase. Mis temores infantiles eran superfluos. Ni una lágrima, ni una queja se le escaparon. Con apacible benignidad levantó sus ojos al cielo, siendo objeto de admiración para cuantos la contemplábamos.

"Y de este modo continuó viviendo, recogida, plácida y resignada; pero las rosas desaparecieron repentinamente de sus mejillas, y éstas se tiñeron de la palidez que ocasiona el pesar reconcentrado; ¡el soplo de la calamidad había helado el seno de aquella pobre y abandonada flor!

"Cuando siete días después fuimos invitados á concurrir al solemne *Requiem* que iba á ser cantado en la principal iglesia de Baden por los guerreros muertos, Lady Lugarda se empeñó en presenciar el rito fúnebre.

"El día señalado fuimos á la ciudad. La iglesia es un edificio inmenso situado en la plaza principal de Baden, y en cuya construcción dominan los estilos gótico é italia-

no, mezclados. En el centro se alzaba el imponente catafalco rodeado de cuatrocientas hachas de cera, número igual al de los guerreros que perecieron; el catafalco estaba cubierto de paño negro y adornado con la bandera y demás insignias del regimiento.

"Mi país nativo—continuó el doctor después de una corta pausa—es la tierra septentrional de la música. La ciudad donde el regimiento se estacionó, se enorgullecía de haber sido cuna de muchos distinguidos compositores nacionales. En esta vez los músicos acudieron de diversas distancias á ofrecer sus talentos para aquella función triste y solemne. Habían conseguido la última grande obra de Mozart, su *Requiem*, é iba á ser ejecutado por la primera vez en aquellos lugares.

"Habréis oído, nobles amigos míos, á menudo y con admiración cada vez mayor, esos esfuerzos, los más nobles de los esfuerzos humanos, encaminados á recordarnos que existe una vida futura y á darnos la terrible lección de que todo es aquí perecedero. Yo era niño entonces: mi espíritu no podía apreciar las bellezas de la música.

Los dulces sonidos del órgano, los tonos fúnebres de los diversos y numerosos instrumentos, pasaban inadvertidos para mí, como para la multitud. Su imaginación estaba demasiado profundamente preocupada de las pérdidas que acababa de experimentar. Pero cuando las trompetas tocaron la resurrección, y aquel terrible cántico, el más tremendo de todos lo cánticos de muerte, el *Dies iræ, dies illa*, salió de los labios de más de treinta cantantes y resonó por las altas bóvedas del vasto templo, entonces la multitud verdaderamente se conmovió. Miró á todas partes herida de terror, y estremeciéndose llevó la vista hacia el coro de donde partían aquellas terribles notas.

"Sentí temblorosos mis labios y mi cuerpo todo, como si hubiera sufrido una inmersión en agua helada. Un estremecimiento inefable recorrió todo mi ser; me apoderé de la mano de Lady Lugarda y le pregunté qué significaban aquellos terribles sonidos.—"De este modo, dijo ella, el ángel de la resurrección despertará á los vivos y á los muertos el día del juicio." Escuché de nuevo, y la voz de mi ángel terrestre y las

notas que fuertemente proclamaban el poder y la gloria de Dios, quedaron asociadas en mi memoria. De entonces acá nunca he dudado acerca de mi resurrección.

"Posteriormente, mis ideas han llegado á ser más claras y más fijas mis aspiraciones. He disecado y examinado el cuerpo humano; he buscado el asiento del alma y la cuadratura del círculo; he leído á Espinosa y á Schelling; he recibido los grados de filosofía y matemáticas, de medicina y cirugía; pero cuanto soy lo debo á esta voz interna, á esta guía, la firme creencia que me acompaña de una vida futura.

—Sí,—añadió con firmeza—despertaremos para ser juzgados; y ella, el autor de lo que soy, fué á unirse tres meses después con su Rodolfo. Un epitafio, en el mismo lugar donde se juraron mutua y eterna fidelidad, refiere su destino."

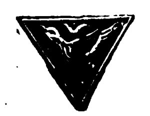
Calló el doctor: sus ojos quedaron fijos con profunda distracción en el sol poniente que arrojaba su último glorioso rayo sobre el magnífico paisaje, á que servía de alfombra el verde más delicioso matizado con las tintas más ricas del oro y la plata. La naturaleza había conservado su colorido

primitivo. Los viñedos que cubren el ámbito de los collados más abajo de Presburgo y los millares de cerezos en flor producían un efecto casi mágico. A la izquierda se alzaba en relieve el castillo de Presburgo con sus antiguas y brillantes torres; y lejos, hacia el Oeste, las montañas del Austria aparecían iluminadas por el sol en ocaso. Era aquella una vista magnífica. Todos los que componíamos la reunión permanecíamos en profundo silencio; ningún ruido se oía sino el toque de oraciones del vecino lugar, y la repercusión del golpe de los remos sobre las ondas del majestuoso Danubio. Sólo gradualmente se iba percibiendo por otra parte un murmullo que se hacía más y más sensible, hasta que rompió en la expresión de cincuenta voces, unidas para dar gracias al joven que por medio de su narración había excitado un interés altísimo en sus orgullosos compatriotas.

Nunca jamás el recuerdo de aquella tarde se borrará de mi memoria, ni la suerte del joven cuya narración he reproducido. Era demasiado bueno, demasiado noble para este mundo el joven que á los veintidós años de edad había llegado á

constituir el ornamento de dos universidades.

Estando en Polonia, desgraciadamente se filió en la sociedad secreta de*** La renuncia fatal que tuvo que suscribir al recibir el grado de doctor en medicina de la universidad de Viena, causó su muerte. Renunció á la masonería á consecuencia de esto; pudo haber continuado en ella, porque centenares de individuos que ejercían empleos bajo diferentes gobiernos, lo hacían así; pero su honradez se sublevó contra tal idea. Sus antiguos compañeros le conocieron mal; temieron ser descubiertos por él, y fué sacrificado á sus temores. El 1º de Julio de 181*** se le halló asesinado en una de las veredas solitarias del *Prater* en Viena.



# LA DICHA EN EL JUEGO

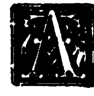
DE HOFFMANN.

---



## HOFFMANN Y SUS CUENTOS.

---

L publicarce por primera vez en México los cuentos intitulados LA DICHA EN EL JUEGO Y MAESE MARTIN Y SUS OBREROS, el traductor castellano les puso la siguiente introducción:

Hoffmann es uno de los escritores alemanes más notables. Nació en Koenigsberg en 1776 y murió en Berlín el año de 1822, á la edad de 46 años. Siguió la carrera del foro; mas su genio fogoso se inclinaba más bien al cultivo de las artes, de modo que, á muy poco de haberse recibido de abogado, abandonó las leyes y se consagró enteramente á las letras, la música y la pintura. Dotado de carácter indolente, gastó la dote de su mujer y aficionóse al buen vino, cuyo uso mo-

derado aconseja Horacio: no siguió al pié de la letra los preceptos del protegido de Mecenas, y su intemperancia destruyó mucha parte de la vivacidad de su espíritu, y abrevió sus días por medio de enfermedades dolorosas. La miseria le acompañó muchas veces en su carrera, y fué director de orquesta de diversos teatros de provincia, en uno de los cuales se consideraba feliz ganando veinte pesos mensuales. Su vida fué una lucha continua con los músicos, los editores y el público; pero las contrariedades que experimentó, no consiguieron disminuir la calma inalterable de que dió pruebas hasta sus últimos días.

La literatura alemana, cuando no se extravía en las altas regiones de la metafísica, tiene un sello de ternura y belleza que parece peculiar de los climas septentrionales. Prueba de ello son la mayor parte de los cuentos fantásticos de Hoffmann, que, si bien publicados con anterioridad, no vinieron á crearle una reputación europea sino por el año de 1814. Tenemos de ellos una excelente traducción hecha al idioma francés por Marmier, el mismo literato que tradujo y recopiló en cuatro volúmenes los

"Cantos populares del Norte." Como el conocimiento de las obras de Hoffmann se halla en nuestro país circunscrito á los literatos, vamos á traducir al castellano dos de los más hermosos cuentos, siendo uno de ellos "La dicha en el juego" y el otro "Maese Martín y sus obreros."

Varias causas nos inducen á escoger estos dos cuentos: en ellos nada hay de sobrenatural, y esto es ya una garantía de que agradarán á nuestros lectores más bien que aquellos en que domina lo fantástico, muy poco admitido en la literatura moderna de los pueblos meridionales. Además "La dicha en el juego" encierra gran suma de moralidad, y puesto que el juego es uno de los vicios, por desgracia, más arraigados en nuestra sociedad, la obrita de Hoffmann puede señalar elocuentemente á muchos jóvenes el escollo que deben evitar y que ha sido y es la ruina de innumerables familias, la muerte de muchas esperanzas fundadas en el mérito de los individuos á quienes el juego corrompe y aniquila. En cuanto á "Maese Martín y sus obreros," aunque carece de un objeto moral tan directo como el de la obra anterior, le encierra indudablemente en la

pintura animada de la vida doméstica y de los afectos más nobles y tiernos. Aparte de esto, retrata con la mayor fidelidad las costumbres alemanas, y en cuanto á su mérito literario le han proclamado ya los inteligentes de todos los países.

No sabemos que exista una traducción castellana de los "Cuentos de Hoffmann;" pero podemos asegurar que, aun cuando así sea, no desmerecerá en la comparación lo que vamos á publicar. Los numerosos hijos de Alemania que pueblan nuestro país cooperando al desarrollo de su industria y de su comercio, leerán con gusto en el hermoso idioma español las ricas creaciones de uno de sus autores favoritos, y convendrán, lo mismo que todos nuestros lectores, en que los rasgos inmortales del pensamiento humano hallan su expresión en todos los idiomas, y son comprendidos y apreciados de todas las personas inteligentes y sensibles.

---



# LA DICHA EN EL JUEGO

## DE HOFFMANN.

## CAPITULO PRIMERO.

N el estío de 18.... las aguas de Pyrmont atraían extraordinaria concurrencia de gente. Aumentábase cada día la afluencia de ricos extranjeros y se refinaba la codicia de todo género de especuladores: los empresarios de la banca de Faraón pusieron manos á la obra y colocaron sobre sus tapices verdes, gruesas cantidades en oro, con las cuales, á fuer de cazadores diestros, esperaban atraer una buena presa

Sabido es que en la estación de los baños y en esas reuniones numerosas en que

cada cual se halla alejado de sus hábitos, se entregan todos á la ociosidad y se abandonan al encanto mágico del juego. No es extraño ver entonces á personas que en otras épocas del año jamás tocan una carta, instalarse con terquedad en la mesa del juego; y, por otra parte, es de buen tono, al menos en la sociedad elegante, acudir noche con noche al rededor del tapiz verde y perder allí algún dinero.

Un joven barón alemán, á quien llamaremos Sigfriedo, parecía ser el único que se resistiese al cebo de las cartas y á las reglas de buen tono. Cuando todo el mundo acudía á la mesa del juego y de este modo perdía Sigfriedo la ocasión de continuar una conversación agradable, se retiraba á su estancia á leer y escribir, ó iba á pasearse solitariamente en el campo.

Sigfriedo era joven, independiente, rico, de noble aspecto y natural festivo, y no podía dejar de ser amado y estimado y de tener mucho partido entre las mujeres. En cuanto emprendía, dijérase que estaba guiado y sostenido por una estrella propicia. Hablábase de veinte asuntos de corazón, muy peligrosos en apariencia y que por él

fueron desenredados ligera y felizmente. Referíase, sobre todo, la historia de cierto reloj, que probaba la constante buena suerte de Sigfriedo: cuando éste era todavía menor de edad, emprendió un viaje y hallóse cierto día en tan urgente necesidad de dinero, que se vió obligado á vender su reloj de oro guarnecido de diamantes. Estaba resignado á deshacerse de esta preciosa alhaja por una suma muy corta, cuando llegó al hotel que ocupaba Sigfriedo un príncipe joven, que buscaba precisamente un objeto igual y que le pagó más allá de su valor. Un año después, Sigfriedo, habiendo entrado en posesión de sus bienes, supo por medio de los periódicos que se rifaba un reloj; compró por una bagatela de dinero un billete y se sacó el reloj que antes había vendido. Poco tiempo después le cambió por un anillo de diamantes. Entró al servicio del príncipe de Hesse, y éste, queriendo cierto día darle una prueba de su benevolencia, le regaló el mismo reloj con una cadena preciosa.

Semejante historia hizo aun más chocante la terquedad de Sigfriedo en no querer tocar las cartas y en huir de este medio de

aprovecharse de su dicha constante; y se convino en pensar, que, sin embargo de todas sus brillantes cualidades, el barón era demasiado tímido, demasiado avaro para exponerse á la menor pérdida. No se reflexionó que la conducta del barón alejaba por el contrario, toda sospecha de avaricia; y, como sucede en estos casos, quedaron todos muy satisfechos de haber ideado una explicación desfavorable á un hecho bastante extraño.

Presto llegó á oídos de Sigfriedo lo que de él se decía; y como lo que más detestaba eran las apariencias mismas de la avaricia, se resolvió, por repugnante que le fuese el juego, á emplear algunos centenares de luises en confundir á sus calumniadores. Pasó entonces á la sala con la firme resolución de perder la suma considerable que llevaba; pero la dicha que le seguía por donde quiera, le fué todavía fiel. Cuanta carta escogía le cubría de oro. Los cálculos más alambicados de los jugadores viejos fracasaban contra la indolencia del barón. Ora cambiase las cartas, ora conservase unas mismas, siempre ganaba. Ofrecía el rarísimo espectáculo de un puntero que se desespera á causa de que la suerte le favorece, y los con-

currentes se miraban unos á otros y parecían dudar del juicio de este hombre que se mostraba irritado contra su fortuna.

Como había ganado sumas importantes, se creyó obligado á continuar, y esperaba perder mucho más de la ganancia; pero no sucedió así; su destino le arrebató. Sin que él mismo se diera cuenta de ello, comenzó á tomar gusto al juego que, en su sencillez, presenta las más afortunadas combinaciones.

No estuvo ya descontento de su fortuna. El juego absorbía toda su atención y le retuvo noches enteras. Ya para él no existía el cebo de la ganancia, sino el juego mismo, el juego con esa magia particular de que sus amigos habíanle hablado y que él nunca había podido comprender.

Alzando los ojos una noche en el momento en que el banquero acababa de tallar, vió Sigfriedo frente á sí un hombre de cierta edad que le miraba de un modo fijo, serio y triste. Cada vez que el barón levantaba la cabeza, encontraba la mirada sombría del extranjero que producía en él una impresión penosa é irresistible. El desconocido no salió de la sala sino al terminarse el juego. Al día siguiente vino á colocarse frente al

barón y le persiguió con sus miradas siniestras. El barón se contuvo todavía; pero cuando á la tercera noche vióle llegar, exclamó: Caballero, os suplico escojáis otro puesto desde el cual no interrumpáis mi juego.'' El extranjero se inclinó con sonrisa melancólica y, sin decir palabra, salió de la sala.

A la noche siguiente hallábase de nuevo ante el barón, en la misma actitud y con la misma mirada. Sigfriedo se encolerizó y le dijo: Caballero, si creéis haceros el gracioso mirándome de ese modo, os ruego que escojáis otro tiempo y otro lugar. En cuanto al presente....''Una señal de su mano dirigida hacia la puerta, dijo más que las rudas palabras que el barón se abstuvo de pronunciar.

Lo mismo que la noche anterior, el extranjero sonrió tristemente, se inclinó y salió de la sala.

Agitado por el juego, por el vino y por la escena con el extranjero, Sigfriedo no pudo dormirse. Cuando apareció la aurora veía aún á aquel hombre ante sus ojos: contemplaba su rostro expresivo, dibujado con viveza y alterado por el dolor; sus ojos hundidos y sombríos y el humilde traje ba-

jo el cual se descubría la noble actitud de un hombre de buena cuna. En seguida recordaba la dolorosa resignación con que el extranjero se había alejado de la sala.

"Sí, exclamó, he sido injusto con él, cruelmente injusto. Está, pues, en mi naturaleza el arrebatarme como un estudiante grosero y ofender á un desconocido sin la menor causa. El barón pensó entonces que aquel hombre no le habría contemplado tanto sino por hallarse bajo la influencia del contraste más penoso; porque él se vería obligado á luchar con la amarga necesidad, mientras que enfrente el joven jugador amontonaba pilas de oro.—Sigfriedo resolvió buscarle al día siguiente y reparar las injusticias que, respecto del extranjero, le echaba en cara su conciencia

Por casualidad, el primero á quien el barón encontró paseándose, fué el extranjero.

Aproximósele el barón, disculpóse de su dureza de la víspera, y acabó por pedirle perdón formalmente.

El extranjero contestó que nada tenía que perdonar; que era preciso disimular muchas cosas al jugador arrebatado por el ardor del juego; que, por lo demás, él mismo

había dado motivo á las duras palabras del barón por conservar un lugar desde el cual debía molestarle.

Volvió á tomar la palabra el barón y dijo, que, á veces, hay en la vida embarazos temporales que deben afectar penosamente á un hombre de honor, y aun dejó entender que se hallaba dispuesto á emplear una parte de sus ganancias en ayuda del extranjero.

—Caballero, replicó éste, me creéis en la necesidad y esto no es así. Aun cuando sea, á la verdad, más bien pobre que rico, tengo lo necesario á mi modesto sistema de vida. Por otra parte, comprenderéis que si, despúes de haberme ofendido, quisierais reparar la ofensa por medio de un donativo de dinero, yo, en calidad de hombre de honor, no podría aceptar semejante reparación.

—Creo comprenderos, contestó el barón, y estoy pronto á daros cuantas satisfacciones podáis desear.

—¡Cielos! exclamó el extranjero; ¡cuán desigual sería un combate entre nosotros! Estoy persuadido de que, lo mísmo que yo, no consideráis el duelo como una locura de niño y no creéis que dos gotas de sangre que caen de un arañazo hecho en el dedo puedan

borrar una mancha inferida al honor. Casos hay en que dos hombres no pueden vivir juntos en la tierra, aun cuando el uno se hallase en el Cáucaso y el otro en las orillas del Tíber, porque no hay separación alguna en tanto que el pensamiento se dirige hacia la existencia de un sér aborrecido. En tales circunstancias el duelo decide quién de los enemigos debe hacer lugar al otro sobre la tierra: entonces el duelo acaso puede llegar á ser necesario. Entre nosotros sería demasiado desigual, puesto que mi vida no tiene el mismo valor que la vuestra; si os mato, destruyo todo un mundo de esperanzas; si sucumbo, habréis dado fin á una existencia llena de ansiedades y penosos recuerdos. Pero lo esencial es que yo no me considero ofendido. Me habéis ordenado que saliese y he salido.

El extranjero pronunció estas palabras en un tono que traicionaba cierto resentimiento interior, lo cual fué para el barón un motivo de renovar sus excusas, añadiendo que no sabía cómo la mirada del extranjero producía en él tal turbación que no podía sostener su fijeza.

—¡ Pueda esa mirada, replicó el extrange-

ro, penetrar bastante en vuestro corazón para mostraros el peligro á que estáis expuesto! Con el ánimo disipado y el corazón alegre marcháis á la orilla del abismo; un solo golpe puede precipitaros en él sin remedio. En una palabra, estáis á punto de convertiros en un jugador desenfrenado.

El barón asegúró que el extranjero se engañaba completamente: refirióle en virtud de qué circunstancias se había puesto á jugar, y añadió que, tan luego como lograra perder algunos centenares de luises, dejaría de apuntar. Hasta entonces había tenido una dicha tal que le desesperaba.

—¡Ay! exclamó el extranjero, esa dicha es el cebo engañoso y temible de las potencias enemigas. Esa dicha con que jugáis, los motivos que os han conducido al juego, toda vuestra conducta que no manifiesta sino con mucha claridad cuánto crece vuestro interés por las cartas, todo en fin, me recuerda vivamente el destino espantoso de un desdichado que se os parecía bajo diversos aspectos y que se estrenó lo mismo que vos. He aquí la causa de que yo no pudiera quitaros la vista; he aquí por qué, á duras penas podía dejar de deciros lo que debían dejaros adi-

vinar mis miradas. ¡Cuántas veces he querido gritaros: "Tened cuidado: los demonios extienden sus garras para arrastraros al precipicio.„ Deseaba conoceros y lo he logrado. Oíd la historia del infeliz de quien acabo de hablaros; acaso ella os persuada de que no me dejo preocupar de una ilusión vana, al procurar desviaros de tan inminente riesgo.

Sentóse el extranjero en un banco solitario, al lado del barón, y se expresó en estos términos.

## CAPITULO SEGUNDO.

"Las mismas brillantes cualidades que os distinguen, concitaron al caballero de Ménars la estima y admiración de los hombres y le hicieron amar de las mujeres. Solamente que, bajo el aspecto de la fortuna, la suerte no le había favorecido tanto como á vos. Era casi pobre y se veía obligado á vivir del modo más estricto para poder mostrarse en

el mundo con las apariencias que convienen al descendiente de una familia noble.—Como la pérdida más insignificante podía alterar toda la economía de su modo de vivir, nunca jugaba, y, al obrar así no se imponía sacrificio alguno, puesto que el juego carecía para él de todo atractivo. Por otra parte, adelantaba de una manera increíble en todo cuanto emprendía, y la buena suerte del caballero de Ménars, llegó á ser proverbial. Una noche, contra su costumbre, se dejó llevar á una casa de juego. Los amigos que le habían arrastrado se entregaron muy pronto á las peripecias del azar.

Enteramente preocupado con otros pensamientos, el caballero se paseaba á lo largo de la sala, y de vez en cuando se detenía junto á la mesa del juego en que el banquero amontonaba sus pilas de oro. De repente un coronel anciano, mirando al caballero exclamó: "¡Con mil demonios! Monsieur de Ménars se halla aquí con su buena suerte y nosotros nada podemos ganar, puesto que no toma partido ni por el banquero ni por los puntos; pero esto no durará más tiempo; es necesario que al instante apunte por mí."

El caballero se excusó con su ignorancia y falta de práctica. El coronel insistió y le condujo á la mesa del juego.

Sucedió, señor barón, al caballero, precisamente lo que os ha sucedido á vos. Todas las cartas le salían bien y muy presto ganó una suma considerable para el coronel, que no sabía como aplaudir la excelente idea que tuvo de emplear la estrella del caballero. Esta buena suerte que admiraba á todo el mundo no hizo la menor impresión en Mr. de Ménars; al contrario, su aversión al juego creció á tal punto, que al siguiente día, cuando resintió las fatigas físicas y morales de aquella noche de desvelo, se prometió no volvèr jamás por ningún título á una casa de juego. La conducta del viejo coronel le afirmó todavía mas en su resolución; tan luego como éste apostaba á una carta, perdía y atribuía su desdicha al caballero. Conjuró de nuevo á Mr. de Ménars á que apuntase más por él, ó, por lo menos, á que estuviese en su presencia durante el juego, á fin de alejar por este medio al demonio funesto que hacía fracasar todas sus combinaciones. Sabido es que en nadie residen tan locas supersticiones

como entre los jugadores. El caballero no pudo librarse de tan importunas solicitaciones sino declarando al córonel que mejor querría batirse que jugar de nuevo.

Esta historia, realzada y aumentada con multitud de detalles misteriosos, corrió de boca en boca, y el caballero fué considerado como hombre que, por medio de un pacto secreto, se ha aliado con las potencias sobrenaturales. Pero como, á pesar de su buena suerte, se obstinaba en no tocar carta alguna, fué preciso al cabo hacer justicia á su firmeza de carácter, y la estimación que se le tenía no hizo más que aumentarse.

Cosa de un año habría pasado cuando Ménars se halló en grande embarazo por la inesperada suspensión de la renta que proveía á su modo de vivir. Viose obligado á recurrir á uno de sus amigos, quien desde luego le auxilió, acusándole al mismo tiempo de ser el hombre más raro que conocía,

—El destino, le dijo, nos indica la senda que debemos seguir para llegar á la fortuna: nuestra sola indolencia es la que nos impide observar y comprender tales indicaciones. El poder supremo que nos gobierna ha hecho resonar en tus oídos estas pa-

labras: ¿Quieres adquirir oro y bienes? Vé á jugar; de lo contrario serás pobre, débil y dependiente.''

En este momento el recuerdo de la extraordinaria buena suerte que había tenido al faraón, se presentó vivamente á su espíritu. En sus vigilias y en sus sueños no veía sino las cartas, ni oía otra cosa que la voz monótona del banquero repitiendo: "¡gana! ¡pierde!'' y el retintín de las monedas de oro.

"En verdad, se decía á sí mismo, que una sola noche como aquella me sacaría de la miseria, librándome del temor de ser siempre gravoso á mis amigos. Mi deber consiste en obedecer la voz del destino.'' El amigo que le había aconsejado jugar, le llevó á una partida y le dió veinte luises de oro á fin de que experimentase los azares del juego. Si, apuntando por el coronel, el caballero había jugado con brillante éxito, esta vez sucedió otra cosa más rara. Sacaba Ménars las cartas ciegamente y sin reflexionar, y una mano invisible, la mano de la suerte, parecía cuidar su juego. Cuando se levantó de la mesa del faraón, había ganado veinte mil luises. Al día siguiente des-

pertó con una gran turbación de espíritu. El oro que había ganado estaba sobre la mesa; creyó soñar, restregóse los ojos y se aproximó al dinero. Cuando recordó lo que había pasado, cuando contó y recontó su ganancia con alegría, un veneno funesto penetró por la primera vez en sus entrañas. ¡Adiós de la pureza de sentimientos que por tan largo tiempo había conservado!

Apenas podía resignarse á esperar la hora de la noche en que debía volver á la mesa del juego. Su buena suerte continuó y en el espacio de pocas semanas, jugando todas las noches, había ganado sumas considerables.

Hay dos clases de jugadores. Para algunos el juego es un placer indecible: los singulares encadenamientos del azar cambian á cada instante; las potencias sobrenaturales parecen adelantarse hacia nosotros, y hay en ello no sé qué emoción misteriosa que agita nuestro ánimo. Diríase que debemos lanzarnos á las sombrías regiones de esas potencias, observar sus obras y espiar sus secretos. Conocí a un individuo que, encerrado día y noche en su estancia, jugaba contra sí mismo; éste era, en mi concep-

to, un verdadero jugador. Otros no piensan sino en la ganancia y miran el juego como un medio de enriquecerse prontamente. El caballero entró en esta última categoría y probó que la pasión del juego se refiere á la naturaleza individual, y, en cierto modo, es innata en ella.

El círculo estrecho á que se halla limitada la acción del que apunta parecióle muy presto demasiado mezquino. Con el dinero que había acumulado estableció una banca que vino á ser luego la más rica de París, y la mayor parte de los jugadores se reunieron á su rededor.

La existencia sombría y borrascosa del jugador destruyó muy presto todas las ventajas físicas é intelectuales que habían atraído al caballero el afecto y la estimación del mundo.—Ya no era aquel amigo fiel, hombre de sociedad, alegre y espiritual, y adorador caballeresco de las señoras; su amor á las ciencias y las artes se había extinguido: su deseo de instruirse había desaparecido; en su rostro pálido y sin brillo, en el sombrío ardor de sus ojos hundidos, se veía arder la pasión funesta que le subyugaba. Esta pasión no era el amor al

juego: era la espantosa avaricia que Satanás había introducido en su corazón. Vino á ser el más cumplido banquero que se haya visto.

## CAPITULO TERCERO.

Una noche el caballero Ménars, sin experimentar pérdidas importantes, halló sin embargo, que la suerte le favorecía menos que de costumbre. Un anciano de corta estatura, seco, pobremente vestido y de aspecto antipático, se aproximó á la mesa, tomó con mano temblorosa una carta y puso en ella una moneda de oro. Varios jugadores vieron desde el principio al anciano con sorpresa, y en seguida tratáronle con evidente menosprecio sin que él pareciese conmoverse ni quejarse de ello.

Perdió las apuestas una tras otra, y mientras más perdía más se regocijaban los jugadores. Cuando, doblando todas sus apuestas, llegó á perder en ellas quinientos luises á una misma carta, uno de sus vecinos exclamó riéndose: "¡Bravo, Sr. Ver-

tua, bravo! No perdais ánimo; continuad; paréceme que arruinaréis la banca y que ganaréis enormes sumas.'' El viejo dirigió á quien así se burlaba una mirada de basilisco; en seguida dejó la sala y volvió media hora después con los bolsillos repletos de oro; pero á las últimas apuestas vióse obligado á detenerse, porque había perdido ya cuanto había llevado consigo.

El caballero, que en medio de su vida desordenada había, sin embargo, conservado el sentimiento de las conveniencias sociales, extrañó mucho la ironía y el desprecio con que era tratado aquel anciano. Al terminar el juego hizo á propósito de ello una indicación á algunos jugadores que aun permanecían allí.

¡Vamos, vamos! contestó uno de ellos: no conocéis al viejo Francisco Vertua; de no ser así, lejos de dirigirnos reproches, aprobaríais nuestra conducta. Sabed que este Vertua, napolitano de nacimiento, establecido desde hace quince años en París, es el avaro más indecente y el usurero más impío que pueda darse. Todo sentimiento humano le es desconocido; vería á su mismo hermano retorcerse á sus piés en las con-

vulsiones de la muerte y no daría un luis de oro por salvarle. Las maldiciones de infinidad de hombres y de familias enteras á quienes ha arruinado por medio de sus diabólicas especulaciones, pesan sobre su cabeza. Es aborrecido de cuantos le conocen; cada cual desea que la venganza del cielo le castigue por el mal que le ha inferido. Nunca ha jugado, al menos desde que está en París, y no podéis figuraros la sorpresa que hemos experimentado viéndole entrar en esta sala. Nos hemos regocijado al verle perder, porque hubiera sido muy triste que la fortuna favoreciera á un hombre tan malo. Es cierto que los tesoros de vuestra banca han cegado á este viejo loco; esperaba desplumaros y él es quien ha perdido sus plumas. No comprendo, por lo demás, cómo este sórdido avaro ha podido decidirse á jugar tan fuertemente; pero no volverá, nos hemos librado de su presencia.

No se realizó tal predicción. A la noche siguiente, Vertua se colocó de nuevo ante el caballero y perdió mucho más que la víspera. Sin embargo, permaneció tranquilo, y hasta se sonreía amarga é irónicamente al-

gunas veces, como si hubiese previsto un próximo cambio; pero la pérdida del viejo se aumentó como un alud en los siguientes días, hasta que, al fin, hízose la cuenta de que había dejado en la banca 30,000 luises de oro. Una noche entró con el rostro pálido y descompuesto; sentóse á cierta distancia de la mesa, con los ojos fijos en las cartas que tenía el caballero. En el momento en que iba á comenzar nueva apuesta, exclamó con una voz que hizo temblar á todos los circunstantes: "Deteneos:" en seguida, penetrando al través de la turba de jugadores, se aproximó al caballero y le dijo con voz sorda: "¿Queréis considerar en 80,000 francos mi casa de la calle de San Honorato, con mis muebles, servicio de plata y alhajas?

—Admitido, contestó friamente el caballero, sin volverse siquiera hacia el viejo, y comenzó á tallar.

—"La dama," dijo Vertua, y al primer golpe había perdido la dama. El viejo dió un salto hacia atrás y se apoyó, en una especie de desvanecimiento, contra la pared: parecía estatua inanimada. Nadie se ocupó de él.

Había acabado el juego; los jugadores se

retiraban; el caballero acompañado de su dependiente, recogía la ganancia y la guardaba en su arquilla. El viejo Vertua, como un espectro, se adelantó hacia él y le dijo con voz sombría "Caballero, una palabra, una sola palabra más."

—Y bien ¿qué sucede? contestó el caballero, quitando de la cerradura la llave de la arquilla y midiendo al viejo con su mirada despreciativa desde la cabeza hasta los piés.

—Caballero, dijo Vertua, he perdido en vuestra banca toda mi fortuna; nada me resta, absolutamente nada. No sé dónde reclinaré mañana mi cabeza, ni como satisfaré mi hambre. En tales circunstancias recurro á vos: prestadme la décima parte de las sumas que me habéis ganado, á fin de que vuelva á comenzar mis negocios, librándome así de una espantosa miseria.

—¿En qué pensáis señor Vertua? respondió el caballero: ¿no sabéis que un banquero jamás debe prestar lo que ha ganado? Esto sería contra todas las reglas, y no puedo infringirlas.

—Tenéis razón, contestó Vertua, mi pretensión es exagerada y loca. ¡La décima

parte! No, prestadme solamente la vigésima

—Os repito, contestó el caballero, que no prestaré un centavo de lo que he ganado.

—Es cierto, replicó Vertua, cuyo semblante se ponía cada vez más pálido y cuyas miradas se iban haciendo más sombrías; es cierto que nada debéis prestar; yo haría lo mismo. Pero se da limosna á un mendigo: conceded cien luises de oro á aquel cuya fortuna os ha puesto hoy en las manos su mala suerte.

—En verdad, Señor Vertua, exclamó el caballero encolerizado, que lo entendéis en esto de atormentar á vuestros conocidos. Os digo que no tendréis de mí ni cien, ni cincuenta, ni veinte, ni un solo luis de oro. Sería preciso que yo estuviese loco para daros los medios de volver á tomar vuestro oficio. La suerte os ha arrojado en el polvo como á insecto dañino, y sería un crimen levantaros. Idos y vivid como lo habéis merecido.

Vertua ocultó el rostro con sus manos y lanzó un profuudo gemido. El caballero ordenó á sus criados que llevasen la arquilla

al coche, y exclamó con voz atronadora: "Señor Vertua, ¿cuándo me entregaréis vuestra casa y vuestros efectos?

Vertua se levantó súbitamente y con tono firme le contestó: "Al instante, venid conmigo, caballero.

—Bien, dijo éste: voy á conduciros en mi coche á vuestra casa, que mañana dejaréis para siempre.

Durante el camino ni Vertua ni el caballero pronunciaron palabra. Llegado á la puerta de la casa, Vertua tira del cordón de la campanilla. Una viejecita viene á abrirle, y exclama tan luego como le ve: "¡Dios del cielo! ¿Sois vos al fin? Angela sucumbe á las angustias que le ocasionáis.

—¡Silencio! contestó Vertua. ¡Dios quiera que Angela no haya oido el metal de esta desdichada campana; Angela debe ignorar mi vuelta!

Diciendo estas palabras, tomó la vela de las manos de la atónita vieja, y alumbró al caballero.

—Estoy dispuesto á todo, dijo. Me aborrecéis, caballero, me despreciáis; mi ruina os halaga, lo mismo que á otros; pero no me conocéis. Sabed que he sido otras veces

jugador, como vos; que la fortuna me ha favorecido, como á vos; que, recorriendo la Europa, me detenía donde quiera que un juego considerable daba esperanzas de ganancia, y por donde quiera, el oro afluía á mis bolsillos lo mismo que á los vuestros. Tenía una mujer honrada y hermosa á quien yo descuidaba y que vivía miserablemente en medio de mis riquezas. Un día, en Génova, un joven romano vino á jugar su opulento patrimonio en mi banca. Lo mismo que yo he implorado vuestra piedad, imploró la mía para obtener algún dinero para volverse á Roma. Yo le rechacé con desdén, y en el delirio de su furor me hirió con un estilete en el pecho. A duras penas consiguieron salvarme los médicos y mi convalescencia fué larga y penosa. Entonces mi mujer tuvo cuidado de mí; me consoló y sostuvo en mis sufrimientos y, á medida que yo renacía á la salud, experimentaba un sentimiento que crecía más y más; que yo había desconocido hasta entonces. El jugador permenece extraño á todos los afectos humanos. Yo no sabía lo que era el amor y la fiel adhesión de una mujer. Ví entonces cuán ingrato había sido mi co-

razón hacia mi esposa y á qué inclinación tan culpable la había sacrificado. Ví aparecer como los demonios de la venganza, todos aquellos cuyo reposo y cuya dicha había destruido con funesta indiferencia; oí salir del sepulcro voces irritadas que me reprochaban todas mis faltas y todos aquellos crímenes, cuyos primeros gérmenes yo mismo había hecho nacer. Unicamente mi esposa alejaba de mí las angustias y los terrores desconocidos que experimentaba.

Hice voto de no volver á tocar una carta. Rompí los lazos que me encadenaban y rechacé las instancias de mis compañeros que confiaban en mi buena suerte. Alquilé una casita de campo cerca de Roma, y en aquel retiro disfrutaba de una tranquilidad y una satisfacción que jamás había presentido.

¡Ay! esta felicidad no duró más que un año. Mi esposa dió á luz una niña y murió algunas semanas después. En mi desesperación acusé al cielo y me maldije á mí mismo: maldije la vida culpable que había llevado y por la cual me castigaba la Providencia, quitándome mi única esperanza, mi solo consuelo. Semejante al criminal que

teme la soledad, dejé mi retiro y vine á establecerme en París.

Angela, dulce imagen de su madre, crecía á mi vista. Todo mi corazón estaba puesto en ella, y no quería acrecentar mi fortuna sino para ella. Cierto es que he prestado dinero á intereses crecidos; pero es una calumnia indigna acusarme de haber ejercido una usura engañosa. ¿Quiénes son mis acusadores? Hombres pródigos que me atormentan sin cesar hasta que les presto el dinero que disipan como un objeto sin valor, y que se irritan cuando les exijo el reembolso de una suma que no me pertenece á mí sino á mi hija, puesto que yo me consideraba sólo como administrador de su fortuna. No hace mucho tiempo que salvaba á un joven de la infamia, adelantándole una suma considerable. No se la reclamé hasta que supe que acababa de entrar en posesión de una rica herencia. ¿Creeríais, caballero, que ese miserable osase negar la deuda y tratarme como á un infame usurero ante los tribunales? Podría citaros algunos ejemplos de este género que han contribuido á volverme duro y sin piedad. Al contrario, podría aseguraros que he secado muchas lágrimas;

que muchas oraciones han subido al cielo por mí y por mi Angela; pero calificaréis de fanfarronada mi relato, puesto que sois jugador.

Creía haber apaciguado la justicia del cielo; pero esto era un error. Yo estaba entregado al demonio, que debía cegarme más que nunca: oí hablar de vuestra dicha, caballero: todos los días se me nombraba tal ó cual individuo convertido en mendigo por vos. Vínome la idea de que yo estaba destinado á ensayar contra vos mi fortuna que jamás me había abandonado; que estaba llamado á poner fin á vuestra rapacidad; y este pensamiento, fomentado en el delirio, no me dió ya tregua ni reposo. Me presenté en vuestra banca, y no conocí mi locura sino después de haber perdido cuanto Angela posee.... Ahora no hay remedio.... ¿Permitiréis, al menos, que mi hija lleve consigo sus vestidos?

– Nada me importa el guardarropa de vuestra hija; podéis tambien tomar vuestras camas y utensilios de cocina. ¿Qué necesidad tengo de todas estas miserias? Pero ¡cuidado con sustraerme algún objeto de valor!

Vertua contempló algunos instantes al caballero en silencio, y súbito un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Cayó á los piés de Ménars y exclamó con las manos juntas y el acento de la desesperación: "Si conserváis un solo sentimiento misericordioso en vuestro corazón, ¡tened piedad, tened piedad! No es á mí, sino á mi hija, á mi Angela, á este ángel inocente, á quien precipitáis en el abismo. ¡Oh! compadeceos de ella y prestadle solamente la vigésima parte de los bienes que le habéis quitado. Lo sé; os dejaréis ablandar, ¡Oh Angela ¡Hija mia....! "Y lloraba, repitiendo con voz desgarradora el nombre de su niña.

—Esta ridícula comedia comienza á fastidiarme, dijo el caballero con tono desdeñoso. Pero, en el mismo instante, una jóven en traje de noche, esparcidos los cabellos y la muerte pintada en su rostro, se precipitó hacia el anciano Vertua, alzóle y estrechándole á su pecho, exclamó: "¡Oh padre mío! todo lo he oido, todo lo sé ¿Habéislo perdido todo? ¿No os queda, por ventura, vuestra Angela? ¿No sabrá ella cuidar de vos? ¡Oh padre mío! no os humilléis ante un sér tan despreciable. No somos noso-

tros los dignos de lástima, sino él, que es pobre y miserable en su riqueza, puesto que se halla abandonado en su espantoso aislamiento: ni un solo corazón late cerca del suyo, ni una sola alma se abre para recibir sus dolores. Venid, padre mío, dejad conmigo esta casa; démonos prisa en alejarnos á fin de que este hombre horrible no se goce en vuestro sufrimiento''

Vertua cayó sin movimiento en una silla. Angela se arrodilló ante él, y tomando sus manos, besándolas y estrechándolas entre las suyas, le enumeró con ligereza infantil todos los talentos, todos los conocimientos que podía poner en juego para procurarle una existencia cómoda, y le conjuraba llorando á que no se abandonase á la desesperación, asegurando que ella sería dichosa desde el día en que debiese bordar, coser ó cantar, no ya por divertirse, sino en favor de su padre.

¡Dónde está el sér endurecido que hubiese podido conservar su sangre fría á la vista de aquella joven en todo el brillo de su belleza celestial, hablando con voz tan dulce y prodigando al anciano todos los tesoros del más puro amor y de la piedad filial!

El caballero experimentó en este momento las torturas de la conciencia. Angela se le representó como un ángel vengador cuya mirada disipaba las nubes de la locura y del crimen, y se vió entonces á sí mismo en toda su indignidad.

No había amado hasta entonces. Desde el momento en que percibió á Angela sintióse subyugado á la vez por el amor más violento y por un dolor sin esperanza, pues no osaba esperar lo más mínimo cuando se comparaba con esta niña sin mancha, con esta niña encantadora. Quiso hablar y no pudo proferir una palabra: su lengua parecía paralizada. Al cabo juntó sus fuerzas y murmuró con voz temblorosa: "Oíd Sr. Vertua, nada os he ganado, absolutamente nada: he aquí mi arquilla: os pertenece y aun debo más; soy vuestro deudor: tomadla, tomadla!

—¡Oh hija mía! exclamó Vertua.

Angela se levantó y adelantó hacia el caballero, y, midiéndole orgullosamente con la vista, le dijo: "Sabed que hay algo que vale más que el dinero de la fortuna, y son los sentimientos de que vos carecéis y que nos proporcionan celestiales consuelos. Yo

rechazo con desprecio vuestros presentes y vuestra generosidad: guardad ese oro, á que va unida la maldición que os persigue, hombre sin alma, jugador desenfrenado.

—Sí, exclamó el caballero, fuera de sí, quiero ser maldito y arrojado á las profundidades del infierno si esta mano vuelve á tocar nunca una carta; y si me rechazáis lejos de vos, seréis vos quien para siempre ocasione mi pérdida. ¡ Oh ! no lo comprendeis; me miráis como á nn insensato; pero todo lo conoceréis y todo lo sabréis cuando venga á levantarme la tapa de los sesos á vuestros piés. Angela, aquí se juega la vida ó la muerte. Adiós.

El caballero se precipitó fuera de la estancia con todas las señales de la desesperación. Vertua adivinó su estado; se acordó de lo que le había sucedido á él mismo, y procuró hacer entender á Angela que podía haber circunstancias que la obligasen á aceptar el presente del caballero. Angela se estremeció á esta idea; imaginábase que nunca podría ver á Ménars sin desprecio; pero la suerte que cambia los pensamieutos humanos, trajo un resultado que nadie esperaba.

El caballero se halló de repente como despierto de un sueño espantoso: vióse á la orilla del abismo, y tendió sus brazos hacia la luz celestial que se le aparecia.

---

## CAPITULO CUARTO.

---

Con asombro de todo París, desapareció la banca del caballero de Ménars; él mismo dejó de mostrarse, y tal acontecimiento dió lugar á los rumores más extraños y absurdos. El caballero huía de toda reunión y manifestaba su amor por medio del dolor más profundo. Un día el anciano Vertua, acompañado de su hija, hallóle en una de las avenidas solitarias de Malmaison. Angela que creía no poder contemplar al caballero sin un movimiento de horror y desprecio, sintióse vivamente conmovida al verle frente á ella, pálido como la muerte, tembloroso, desfallecido y osando apenas alzar los ojos. Angela sabía que desde la noche si-

niestra en que se le había aparecido por la primera vez, había adoptado un género de vida muy diverso: ella sola había operado este cambio; ella sola había desviado al caballero de sus funestas inclinaciones. ¿Se necesitaba más para lisonjear la vanidad de una mujer? Cuando Vertua hubo cambiado con el caballero algunas palabras de política, Angela le dijo en un tono de voz dulce y benévolo: "¿Qué tenéis, caballero Ménars? Parecéis enfermo y deberíais cuidaros." Estas palabras penetraron como un rayo de esperanza en el corazón del caballero; levantó la cabeza y volvió á hallar en su emoción aquel lenguaje seductor que otras veces le conquistaba todos los corazones. Vertua le recordó que debía ir á tomar posesión de su casa.

—¡Oh señor Vertua! contestó el caballero, iré mañana á vuestra casa; pero permitidme que tratemos cuidadosamente nuestros asuntos, aun cuando la obra deba durar algunos meses.

—Sea así, dijo Vertua: podremos con el tiempo hablar de varias cosas en las que hoy no nos es permitido pensar todavía.

El caballero, reanimado por la esperanza,

recobró la amabilidad natural que había perdido en el torbellino de su vida de jugador. Sus visitas á casa de Vertua fueron siendo más frecuentes cada vez, y Angela aparecía más y más dispuesta á escuchar á aquel que la llamaba su ángel salvador. Al cabo creyó amarle completamente, y le prometió casarse con él, con gran júbilo de Vertua, que recobraba de este modo su fortuna perdida.

Angela, novia dichosa del caballero de Ménars, estaba un día sentada á su ventana y absorta en los sueños de la nueva existencia que se abría á sus ojos: un regimiento de cazadores que salía para España pasó por la calle, al sonido de las cornetas. Angela miró con interés á aquellos hombres destinados acaso á morir en la guerra. Un oficial joven, sacó bruscamente su caballo de las filas, levantó sus ojos hacia Angela, y ésta cayó desvanecida.

Este joven que marchaba hacia la muerte, era el hijo de uno de sus vecinos llamado Duvernet, que había crecido con Angela, que venía todos los días á verla, y cuyas visitas cesaron tan luego como el caballero comenzó las suyas. En las miradas dolorosas

del joven, Angela reconoció, no sólo cuánto la había amado este infeliz, sino cuánto le amaba ella misma sin saberlo, y dejándose cegar por el prestigio del espíritu y de las palabras del caballero. Entonces comprendió por la primera vez los profundos suspiros de Duvernet; sus adoraciones modestas y silenciosas; entonces supo por qué se sentía tan vivamente conmovida y turbada cuando Duvernet venia á verla y cuando oía el metal de su voz.

"Es demasiado tarde, se dijo; es ya perdido para mí." Tuvo el valor de combatir el sentimiento que la atormentaba y de fingir las apariencias de la tranquilidad. Sin embargo, la mirada penetrante del caballero entrevió la agitación de la joven. Tuvo la delicadeza de no querer penetrar un secreto que ella creía deber ocultarle, y se contentó con apresurar el casamiento, cuyos preparativos hizo con un tacto y una liberalidad tales, que no podían dejar de conmover el ánimo de su desposada.

El caballero atestiguó á Angela la más viva ternura, la estimación más franca y el mayor empeño de satisfacer todos sus deseos. Poco á poco Angela debió pensar menos

frecuentemente en Duvernet. La primera nube que obscureció la existencia apacible de ambos esposos, fué la enfermedad y muerte del anciano Vertua.

Desde la noche en que había perdido toda su fortuna en la banca del caballero, no había vuelto á coger las cartas; pero en los últimos momentos de su vida, el juego pareció volver á tomar posesión de su alma. Mientras el sacerdote le ofrecía los consuelos de la religión, murmuraba él entre dientes, con los ojos cerrados: "¡Pierde! ¡gana!" y agitaba sus manos temblorosas y enfriadas ya por la muerte, como para tallar y mezclar las cartas. En vano Angela y el caballero, inclinados sobre él, le dirigían las palabras más tiernas: había cesado de verlos y de conocerlos. Lanzó un fuerte suspiro y murió exclamando: "¡Gana!"

En medio de su dolor profundo, Angela experimentó un secreto terror pensando en las últimas emociones del anciano. Recordó la noche horrible en que el caballero se le había aparecido con la inflexibilidad del más endurecido jugador, y se estremeció temiendo que un día arrojase su máscara de ángel para volver á su antigua vida y á

su infernal figura. Estos presentimientos no eran sino muy fundados.

Por mucho terror que el caballero hubiese experimentado viendo al anciano Vertua rechazar en sus últimos momentos las piadosas palabras de la Iglesia para no pensar sino en su funesta pasión, él mismo se sintió muy luego seducido más que nunca por el juego, y todas las noches soñaba que se veía sentado á su banca, y acumulando nuevas riquezas.

Al mismo tiempo que Angela, entristecida por el rccuerdo de los antiguos extravíos del caballero, perdía poco á poco la confianza que anteriormente le había atestiguado, él, por su parte, experimentaba negras sospechas y atribuía la reserva inusitada de su esposa al secreto que ésta le había ocultado. Semejante desconfianza recíproca, engendró en ambas partes un malestar y un descontento que se manifestaron por medio de palabras desagradables, que hirieron á Angela. Esta sintió reanimarse entonces en su corazón la imagen del desgraciado Duvernet y todos los pensamientos cuyo encanto había conocido ella en la juventud. El desacuerdo de ambos esposos cada día

se aumentaba, y por esta causa el caballero vino á hallar su vida tan fatigosa, que de nuevo volvió sus miradas hacia el mundo. Un hombre acabó de dar nuevo impulso á su espíritn: era uno de sus antiguos compañeros de juego, que sin cesar se burlaba de la existencia obscura que había adoptado el caballero y de la resignación con que éste había abandonado por una mujer, la más brillante sociedad.

Algún tiempo después, la banca del caballero Ménars, reapareció más brillante que nunca: la fortuna no había abandonado en lo más mínimo á su favorito. Todos los días enumeraba nuevas víctimas y acumulaba nuevos tesoros. Pero la dicha de Angela había pasado como un rápido sueño; el caballero la trataba con fría indiferencia y algunas veces hasta con positivo menosprecio. Con frecuencia pasaba Angela semanas y aun meses enteros sin verle. Un antiguo intendente se ocupaba de los negocios de la casa; los criados se cambiaban según el capricho del caballero, y Angela, extranjera en su propio hogar, no hallaba consuelo alguno. Muchas veces, en sus noches sin sueño, oía el coche del ca-

ballero detenerse frente á la casa, y el ruido de su pesada arquilla que conducía á sus habitaciones: oía al caballero murmurar algunos monosílabos rudos, y después, encerrarse en su alcoba: entonces un torrente de lágrimas salía de los ojos de la infeliz mujer, pronunciaba con angustia el nombre de Duvernet, y suplicaba á la Providencia que pusiese fin á sus dolores. Cierto día, un joven de buena familia que había perdido al juego toda su fortuna, se levantó la tapa de los sesos en el salón mismo donde estaba la banca del caballero. Su sangre y sus sesos cayeron sobre los jugadores que se alejaron con espanto: únicamente el caballero Ménars conservó su impasibilidad y preguntó si se acostumbraba dejar la banca antes de la hora ordinaria cuando había un loco que no supiera conducirse en el juego.

Este suicidio causó mucha sensación: los más determinados jugadores se indignaron de la conducta del caballero: todo el mundo se rebeló contra él. La policía hizo cerrar su banca: se le acusó de supercherías en el juego, y su extraordinaria buena suerte daba muchos visos de verdad á esta acu-

sación. No pudo justificarse, y la multa considerable que se le impuso, le arrebató parte de su fortuna. Vióse insultado, despreciado, y se refugió en los brazos de su mujer, hacia la cual había tenido tan poco miramiento. Angela, al ver el arrepentimiento de su marido, osó todavía concebir la esperanza de que renunciaría á su fatal pasión del juego.

El caballero salió con ella de París y pasó á Génova, lugar del nacimiento de su esposa. Allí vivió bastante retirado durante algún tiempo. Pero en vano trató de gozar el reposo doméstico que podía hallar cerca de su mujer: su pasión se reanimó y le sumergió en una agitación incesante: su mala fama le había seguido de París á Génova, y no osaba establecer una banca, por muchos deseos que de ello tuviera.

Por aquel tiempo un coronel francés, obligado por sus heridas á dejar el servicio de las armas, tenía la más rica banca de Génova. Impulsado por un sentimiento de odio y envidia, acudió allá el caballero, con esperanza de triunfar de su rival, en fuerza de su acostumbrada buena suerte. El coronel le recibió con una alegría que

no le era habitual, y dijo que el juego iba á ofrecer nuevo interés, puesto que el caballero de Ménars se presentaba allí con su buena estrella.

En efecto, desde las primeras tallas el caballero ganó, según costumbre; pero cuando, fiado en su dicha invariable, exclamó: "Va por la banca," perdió de un solo golpe una suma considerable.

El coronel, que de ordinario parecía muy indiferente á las ganancias y á las pérdidas, se apoderó del oro del caballero con las señales más vivas de alegría. Desde este momento la fortuna abandonó completamente al esposo de Angela. Jugaba todas las noches, y todas las noches perdía, hasta que, al fin, se halló reducido á una suma de 2,000 ducados en papel.

Había andado todo el día para convertir este papel en dinero contante y no había vuelto á su casa sino en la tarde. A la entrada de la noche colocó su oro en el bolsillo, y se disponía á partir cuando Angela, que presentía su desdicha, le salió al encuentro, se arrodilló á sus pies, y, llorando le suplicó por la Virgen Santísima y los santos que no la dejase en la miseria.

El caballero la alzó, la estrechó contra su pecho y le dijo con voz sombría: "Angela, mi muy amada Angela, no puedo obrar de otro modo; es necesario que ceda al poder que me subyuga; pero mañana.... mañana, mañana todas tus angustias cesarán, porque, te lo juro por la Providencia Divina que vela sobre nosotros, hoy juego por la última vez. Tranquilízate, querida mía; duerme, sueña una vida mejor: esto me traerá buena suerte."

Diciendo estas palabras, abrazó á su mujer y corrió á la banca.

Dos jugadas, y el caballero había perdido todo completamente. Permaneció inmóvil cerca del coronel, con los ojos fijos en la mesa, y en una especie de enajenación mental.

—¿No apuntáis ya, caballero? le dijo el coronel mezclando las cartas para una nueva jugada.

—Lo he perdido todo, contestó el caballero esforzándose en aparentar calma.

—¿Nada, pues, tenéis? replicó el coronel á la jugada siguiente.

—Soy un mendigo, exclamó el caballero con la voz trémula de cólera, y las miradas

fijas siempre en la mesa del juego, no advirtiendo que los puntos ganaban más y más sobre el banquero. El coronel continuó tranquilamente su partida.

—Tenéis una linda mujer, dijo en voz baja al caballero, sin mirarle y mezclando de nuevo las cartas.

—¿Qué quereis decir con eso? exclamó precipitadamente el caballero. El coronel siguió jugando sin contestar.

—¡Diez mil ducados por Angela! continuó, volviéndose á medias, en tanto que daba á alzar las cartas.

—¡Estáis loco! exclamó el caballero, que, recobrando su sangre fría, notaba que el coronel iba perdiendo cada vez más.

—¡Veinte mil ducados contra Angela! dijo el coronel en voz baja, suspendiendo un instante el juego.

El caballero se calló, el coronel continuó su juego, y casi todas las cartas favorecían á los jugadores.

—"Va, pues," dijo el caballero al coronel cuando comenzó el otro juego; y puso la dama sobre la mesa.

Al primer golpe había perdido la dama.

El caballero se echó hacia atrás rechinan-

do los dientes, y se aproximó á la ventana con la muerte pintada en el rostro.

El juego había terminado. El coronel se acercó á Ménars y le dijo con irónico acento: "Y bien ¿qué vamos á hacer?"

—¡Ah! exclamó el caballero fuera de sí, me habéis reducido á la mendicidad; pero sería menester que estuvieseis loco para figuraros que podeis ganarme mi mujer. ¿Estamos acaso en algún país salvaje, y es alguna esclava mi esposa para que sea entregada al capricho de un hombre que pueda jugarla y venderla? Es cierto sin embargo, que debíais contarme veinte mil ducados si la dama hubiese ganado, y, por lo mismo, ya no tengo yo derecho sobre mi mujer si ella consiente en abandonarme y seguiros. Venid conmigo, y desesperad si os rechaza con horror y rehusa convertirse en vuestra querida.

—Desesperad vos, caballero, si Angela rechaza con indignación á vos, que habéis labrado su desdicha, y si se acoge con delicia á mis brazos. Desesperad vos cuando sepáis que nuestros votos se han cumplido y que la Iglesia ha bendecido nuestra unión. ¡Me llamáis insensato!.... ¡Oh! yo

quería tan sólo ganar el derecho de pretender la mano de vuestra esposa: su corazón me pertenecía. Sabed que Angela y yo nos amamos con amor indecible; sabed que yo soy aquel Duvernet criado con Angela, unido á ella por los vínculos del corazón; aquel Duvernet á quien habéis arrojado de la casa por medio de vuestros diabólicos artificios. Cuando partí, Angela conoció lo que yo valía; todo lo sé; era ya demasiado tarde. Un demonio fatal me inspiró la idea de recurrir al juego para perderos: os he seguido á Génova y lo he conseguido. Vamos á ver á vuestra esposa.''

El caballero permaneció anonadado y como herido de un rayo. El secreto que se le había ocultado, se revelaba á su vista, y comprendió toda la extensión de los dolores acumulados en el corazón de la pobre Angela.

—Angela decidirá, dijo con voz sorda, y siguió al coronel. Al llegar á la casa, éste se apoderó del cordón de la campanilla; el caballero le detuvo y le dijo: Mi esposa duerme: ¿queréis turbar su dulce sueño?

—¡Hum! contestó el coronel. ¿Angela ha gozado, por ventura, de un sueño tran-

quilo desde que la habéis precipitado en el infortunio?

Diciendo estas palabras, se adelantó hacia la alcoba de la joven esposa. El caballero se echó á sus pies y le dijo con desesperación: "Tened piedad: habeis hecho de mí un mendigo; dejadme mi mujer."

—Así era como el anciano Vertua estaba ante vos, sér desnaturalizado, y no podía enternecer vuestro corazón de piedra. ¡Que la venganza del cielo caiga sobre vos!

El coronel siguió caminando hacia la alcoba de Angela.

El caballero se lanzó hacia la puerta, la abrió, se arrojó sobre el lecho en que dormía su esposa, é hizo á un lado con presteza las cortinas, exclamando: "¡Angela, Angela!" En seguida se inclinó hacia ella, le tomó las manos, y, todo tembloroso, murmuró con acento terrbile: "¡Mirad: habéis ganado el cadáver de mi esposa!"

El coronel se acercó al lecho con espanto.... ¡Ni una señal de vida! ¡Angela estaba muerta!

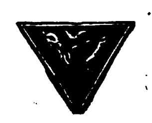
El coronel alzó sus manos al cielo, lanzó un profundo suspiro, y desapareció. Nunca se volvió á oír hablar de él."

Cuando el extranjero terminó su narración, dejó el banco en que estaba sentado, sin que el barón, vivamente conmovido, pudiera dirigirle una sola palabra.

Pocos días después, el extranjero tuvo un ataque de apoplegía y murió á las dos horas. Súpose que este hombre, que había tomado el nombre de Beaudasson, era el desdichado caballero de Ménars.

El barón dió gracias al cielo de que le hubiese enviado en el momento en que se aproximaba al abismo, una mano que le salvara, y prometió resistir en adelante las seducciones engañosas del juego.

Hasta hoy, ha cumplido fielmente su palabra.



# MAESE MARTIN

Y

SUS OBREROS,

POR HOFFMANN.

---



NO has experimentado tú, lector amigo, cierta vaga melancolía al recorrer una ciudad en la cual los magníficos monumentos del antiguo arte alemán refieran, á guisa de voces elocuentes, el esplendor, la piadosa perseverancia y la historia de un tiempo que ya no existe? ¿No te ha parecido entonces que entrabas en una casa abandonada? Todavía está sobre la mesa el libro religioso abierto por el padre de familia; en las paredes la hermosa y rica tapicería tejida por la señora de la casa: en los armarios vense preciosos utensilios, ofrecidos como regalo en ciertos y determinados días de fiesta. Creerías que algunos de los que habitan esta casa van á presentarse y á dirigirte el saludo cordial de la hospitalidad; pero en vano esperas á aquellos á quienes el tiempo se ha llevado

consigo en su rápida é incesante carrera. No puedes hacer otra cosa que abandonarte á los dulces sueños alimentados por las obras de los maestros, que te hablan un idioma tan puro y sonoro que te conmueve hasta el fondo de tu alma. Entonces comprendes el sentido íntimo de sus producciones, puesto que vives en su tiempo y ves aquello mismo que los ha inspirado. Mas ¡ay! ¿no te sucede que en el momento en que creías apoderarte de estas alegres imágenes, se disipan á los rumores del día, huyen sobre las nubes ligeras de la mañana, mientras tú, con lágrimas en los ojos, sigues por medio de tus miradas esas pálidas sombras? De repente, despiertas de tu sueño al rudo contacto de la vida real, y sin quedarte otra cosa que un deseo profundo con el cual se siente agitado tu corazón.

El escritor que traza para tí estas líneas, caro lector, ha experimentado tales emociones, siempre que su camino le conducía á la célebre ciudad de Nuremberg. Entregábase á todos los sueños, ora contemplando la maravillosa fuente del mercado, ora la tumba de San Sebaldo ó el tabernáculo de San

Lorenzo, ó bien recorriendo el castillo ó la casa del ayuntamiento y volviendo á ver las obras maestras de Alberto Durero, las magnificencias de esa ciudad imperial, cantadas por el anciano Rosenblut. En suma, el cuadro completo de la noble vida de la clase media en aquel tiempo en que el artista y el obrero se daban la mano marchando hacia un mismo objeto, se alzaba ante los ojos del escritor y se grababa en su pensamiento. Permítele, pues, que te presente uno de esos cuadros: acaso te complazcas en observarle: acaso quieras entrar á la casa de Maese Martín y detenerte en medio de sus toneles y vasijas. ¡Sea así, y se verán cumplidos los votos del autor!

---

### CÓMO MAESE MARTIN FUE ELECTO SÍNDICO.

El dia 1º de Mayo del año de 1580, el honorable gremio de toneleros de la ciudad libre é imperial de Nuremberg, se reunió solemnemente, siguiendo los antiguos hábitos y costumbres. Poco tiempo antes, uno de los síndicos, ó maestros del cirio, como

se les llamaba, había sido enterrado; preciso era elegir sucesor. La elección recayó en Maese Martín. Nadie le igualaba en cuanto á la solidez y elegancia de sus toneles; nadie sabía como él la mejor manera de guardar el vino en el sótano. Así, pues, contaba en el número de sus parroquianos á los señores más distinguidos, y vivía con bastante holgura, ó, por mejor decir, era verdaderamente rico.

Terminada la elección, el digno consejero Paumgartner que presidía la corporación ó gremio de los obreros, tomó la palabra y dijo: "Muy bien habéis hecho, amigos míos, en escoger á Maese Martín para síndico; no podiáis depositar esta dignidad en mejores manos. Maese Martín es muy estimado de cuantos le conocen; tiene mucha habilidad en su profesión y suma experiencia en el arte de cuidar y conservar el noble vino. Su celo por el trabajo, y la vida religiosa que observa á pesar de sus riquezas, deben serviros á todos de modelo. ¡Seais, pues, mil veces saludado, Maese Martín, como síndico nuestro!"

Al decír esto, se levantó Paumgartner y, con los brazos abiertos, caminó algunos pa-

sos, en espera de que Maese Martín se le acercase. Éste apoyó ambos brazos en los de su sillón y se levantó con toda la lentitud que exigía su feliz robustez; en seguida se adelantó hacia Paumgartner, y apenas correspondió á sus tiernos abrazos.

"¡Vamos! dijo el consejero, algo sorprendido; vamos, Maese Martín, ¿no estaríais satisfecho de haber sido electo síndico nuestro?

Maese Martín echó la cabeza hacia atrás, como tenía de costumbre; movió ligeramente sus dedos sobre su enorme vientre, y miró con ojos atentos la reunión; luego, volviéndose hácia el consejero, le dijo: "¿Cómo podría, señor mío, no estar contento al recibir lo que me pertenece? ¿Quién rehusa aceptar el salario de un buen trabajo? ¿Quién echa á pasear al deudor tardío cuando viene á saldar la deuda contraída hace mucho tiempo? Y vosotros, queridos compañeros, añadió dirigiéndose á los maestros que le rodeaban, ¿habeis creído al cabo, que yo debía ser el síndico de nuestro honorable gremio? ¿Qué es lo que exigís de un síndico? ¿Que sea el más hábil eu su oficio? Id á ver mi tonel de dos cubas, cons-

truido sin fuego, mi hermosa obra maestra, y decidme si alguno de vosotros puede vanagloriarse de haber terminado un trabajo tan elegante y fuerte. ¿Queréis que vuestro síndico tenga bienes de fortuna? Entrad á mi casa y os abriré mis cofres y armarios, y os regocijaréis al ver brillar en ellos el oro y la plata. ¿Es necesario que el síndico sea tenido en buena opinión por grandes y pequeños? Preguntad á nuestros honorables señores del consejo; preguntad á los príncipes y á los señores vecinos de nuestra ciudad de Nuremberg; preguntad al venerable obispo de Bamberg; preguntad á todos ellos lo que piensan de Maese Martín, y os aseguro que no os hablarán mal de él.''

A estas palabras Maese Martín con aire satisfecho dióse unas cuantas palmaditas en el vientre y medio cerró los ojos, y, como todo el mundo se callaba y no se oía otra cosa que un leve murmullo, replicó: "Pero advierto y recuerdo que debo daros cortesmente las gracias á causa de que Dios en esta elección ha iluminado vuestros cerebros. ¡Vamos pues! Cuando recibo el precio de mi trabajo, cuando mis deudores me pa-

gan el dinero que me deben, pongo al pie de la cuenta: "Recibido con agradecimiento, Maese Martín, tonelero de esta ciudad." Recibid todos las gracias por haber saldado una deuda antigua nombrándome vuestro síndico. Por lo demás, os prometo que desempeñaré mis deberes con celo y rectitud. Cada uno de vosotros hallará cerca de mí, en caso de necesidad, consejo y ayuda hasta donde mis facultades me lo permitan, y me constituyo en la obligación de mantener el honor y la dignidad de nuestra digna profesión. Os invito á vos, mi respetable jefe de oficio, y á todos vosotros, maestros y amigos míos, á un alegre festín para el domingo próximo. Vaciaremos bonitamente muy buenas botellas de vino de Hochheim, de Johannisberg, ó de cualquiera otro que os agrade en mi cueva perfectamente abastecida, y allí trataremos acerca de lo que deba hacerse en obsequio de todos nosotros. Repito, pues, que todos quedáis cordialmente invitados."

Los honorables maestros, cuyo semblante se había oscurecido de un modo visible al oír las orgullosas frases de Martín, se alegraron entonces, y á su fastidioso silen-

cio sucedió la estrepitosa charla, en que se trataba principalmente de Maese Martín, de sus cualidades y de su excelente bodega de vinos. Todos prometieron acudir el domingo á casa de su nuevo síndico, quien les tomó la mano, y estrechó á uno tras otro contra su vientre, como si hubiera querido abrazarlos. La reunión se disolvió alegremente y en buena armonía.

Cierto día, el consejero Paumgartner, acudiendo á sus negocios, pasaba delante de la casa de Maese Martín. Iba á continuar su camino, cuando el nuevo síndico, quitándose su gorra é inclinándose respetuosamente, le dijo: ¿"No os dignaréis, mi noble señor, deteneros un instante en mi humilde casa? Dejad que yo goce y me aproveche de vuestra sabia conversación."

—"Ah, querido Maese Martín, contestó Paumgartner sonriéndose; me detendré de muy buena gana cerca de vos; pero ¿por qué habláis de vuestra casa llamándola humilde? Sé que ninguno de nuestros ricos vecinos posee una casa más hermosa. ¿No habéis acabado últimamente el soberbio edificio que hace de vuestra casa uno de los ornamentos de nuestra célebre ciudad? No

quiero hablar del arreglo interior, arreglo que ningún patricio desdeñaría.''

El anciano Paumgartner tenía razón; porque, tan luego como se abría la puerta, revestida de diversos adornos de estaño, se entraba á un extenso vestíbulo, en que se veían un pavimento elegantísimo, cuadros escogidos, suspensos de las paredes, armarios y sillas artísticamente trabajados; y entonces cada cual, de muy buena voluntad obedecía á la recomendación escrita en verso sobre una tablita y colgada sobre la puerta; la cual recomendación se refería á que los visitantes se limpiasen los piés antes de entrar.

El día de que hablamos era caluroso; la atmósfera de esta pieza estaba pesada y sofocante. Maese Martín condujo á su huésped á una sala más vasta y que semejaba una cocina de aparato. Acostumbraban en aquella época los ricos de la clase media tener una sala adornada á guisa de cocina, con utensilios de menaje, que únicamente estaban á la vista sin entrar jamás en uso.

"¡Rosa! ¡Rosa! exclamó Maese Martín al entrar. En aquel mismo instante se abrió una puerta, y Rosa, la hija única del tonelero, se adelantó hacia su padre.

Si te es posible, querido lector, recuerda en este momento las obras maestras de nuestro insigne Alberto Durero. Torna á contemplar las nobles figuras de aquellas jóvenes con sus gracias, su dignidad, su expresión de dulzura y piedad, tales como aparecen en sus cuadros. Piensa en esas tallas majestuosas y delicadas, en esas frentes blancas y convexas, en ese encarnado de rosa que se difunde y desvanece en sus mejillas; en esos labios rojos como la cereza, en esas miradas en que se trasluce un piadoso deseo; en esa pupila que brilla entre las oscuras pestañas como rayo de luna al través del espeso follaje; piensa en esos cabellos sedosos, alisados con tanto cuidado; piensa, por último, en la celestial belleza de aquellas jóvenes, y tendrás idea de Rosa. ¿Cómo podría el narrador de esta historia describirte tan encantadora criatura? Mas seale permitido hacer memoria de un joven y hábil artista, en cuyo seno ha penetrado la luz de aquellos buenos tiempos; quiero hablar del pintor Cornelius. "Yo no soy noble ni hermosa". Tal aparecía en los dibujos de Cornelius la Margarita de Goethe en el momento en que pro-

nuncia esas palabras, y tal aparecía Rosa en el momento en que su timidez sencilla la hacía sustraerse á los homenajes de los hombres.

Rosa se inclinó humildemente ante el consejero, tomóle la mano y la llevó á sus lábios. Las pálidas mejillas de Paumgartner se enrojecieron vivamente, y así como los últimos rayos de la luz tiñen de púrpura un bosque sombrío, el fuego de su pasada juventud brilló en los ojos del anciano.

"¡Ah! mi querido Maese Martín, exclamó alegremente: sois un hombre rico; pero el más hermoso don que os ha dispensado el cielo es vuestra encantadora hija Rosa. Si nosotros, viejos consejeros, no podemos apartar nuestros ojos de esta amable niña, ¿puede llevarse á mal á los jóvenes que se queden inmóviles y como petrificados cuando encuentran á vuestra hija en la calle; que viéndola en la iglesia se olviden del predicador; y que, cada vez que hay una fiesta, olvidèn por ella á las demás jóvenes y la persigan con suspiros, miradas y homenajes? ¡Vamos! bien podéis escoger vuestro yerno entre nuestros patricios y por donde vos queráis.

A estas palabras el rostro de Maese Martín adquirió una expresión algo sombría; mandó á su hija que fuese á buscar una botella de excelente vino añejo, y cuando ella se alejó con los ojos bajos, dijo Martín á Paumgartner: "Cierto es, querido señor, que mi Rosa está dotada de grande hermosura y que el cielo me ha hecho rico; pero ¿cómo decís todas estas cosas delante de la joven? En cuanto al yerno patricio, no será por cierto como decís.

—Callaos, Maese Martín, contestó el consejero sonriéndose, callaos. Cuando el corazón está lleno, preciso es que se abran los labios. ¿Podríais creer que mi sangre, ya helada, se calienta en mi corazón cuando veo á Rosa? ¿Qué mal halláis en que diga con franqueza lo que pienso y lo que la misma Rosa debe saber muy bien?"

Rosa trajo el vino y dos vasos preciosos. Maese Martín sacó á la mitad de la sala una mesa pesada y llena de admirables cinceladuras. No bien los dos ancianos se habían sentado llenando sus respectivos vasos cuando oyóse el ruido de un caballo que se detenía á la puerta de la casa. Oyóse en el vestíbulo la voz de un caballero, Rosa bajó apre-

suradamente, y muy presto volvió, á anunciar que el Sr. Enrique de Spangenberg estaba allí y deseaba hablar á Maese Martín.

"Bien, dijo éste, hé aquí una dichosa velada, puesto que uno de mis antiguos y mejores parroquianos llega á mi casa: sin duda viene á hacerme un nuevo pedido."

Diciendo estas palabras, caminó con la prisa que le permitieron sus fuerzas al encuentro del respetable huésped.

---

### CÓMO MAESE MARTIN PONIA SU PROFESIÓN MUY ENCIMA DE LAS DEMÁS PROFESIONES.

El vino de Hochheim brillaba en los vasos cincelados y desataba la lengua y el corazón de los tres ancianos. De vez en cuando Spangenberg que, en una edad avanzada, conservaba la frescura y la vivacidad de la juventud, refería algunas alegres historias de su buen tiempo, y divertía de tal modo á Maese Martín, que su enorme vientre experimentaba una especie de terremoto, y en sus golpes de risa, se le llenaban los ojos de lágrimas. También Paumgartner olvida-

ba más que de costumbre su gravedad de consejero y se complacía en probar el buen vino y en oír estas ligeras conversaciones. Pero cuando Rosa volvió trayendo un canastillo del cual sacó un mantel blanco como la nieve; cuando moviéndose acá y allá con pie ligerísimo, púsose á colocar sobre la mesa manjares especiales y, con dulce faz, suplicó á los huéspedes de su padre que no despreciasen una colación preparada á toda prisa, entonces cesaron las risas y las conversaciones: Spangenberg y el consejero seguían con sus miradas á la noble niña y el mismo Maese Martín, apoyado en un sillón y con las manos juntas, la observaba, no sin un sentimiento de orgullo.

En el momento en que Rosa iba á retirarse, el anciano Spangenberg se levantó con la ligereza de un joven, y tomándola de la mano, díjole con lágrimas en los ojos: "¡Oh dulce y hermosa niña, querida hija, serafín encantador!" En seguida besóla dos ó tres veces en la frente y volvió á sentarse pensativo. Paumgartner bebió á la salud de Rosa.

"Sí, dijo el caballero, cuando salió Rosa; sí, Maese Martín, el cielo, al concederos es-

ta hija, os ha dado un tesoro que no podéis apreciar demasiado. Algún día os valdrá grandes honores; pues ¿quién no desearía ser vuestro yerno, cualquiera que fuese su rango?

—Ya veis, dijo Paumgartner, que el noble señor de Spangenberg piensa del mismo modo que yo.

—Ya me parece ver, replicó el caballero, á la linda Rosa casada con un patricio y llevando una rica sarta de perlas en sus blondos cabellos.

—Mis queridos señores, contestó Martín con aire contristado, ¿por qué estar hablando siempre de una cosa en que yo de ninguna manera pienso? Mi Rosa acaba de cumplir sus diez y ocho años, y una criatura como ella no puede todavía pensar en casarse. ¿Qué sucederá en el porvenir? Lo ignoro y me entrego á la voluntad de Dios; pero lo que hay de cierto es, que ni patricio ni hombre alguno tocará la mano de mi hija, sino únicamente aquel á quien yo reconozca como muy hábil y muy laborioso tonelero, suponiendo, sin embargo, que mi hija le acepte, pues por nada en el mundo querría yo obligarla á

contraer un matrimonio que no fuese de su gusto."

Spangenberg y Paungartner se miraron sorprendidos al escuchar estas palabras.

Después de un momento de silencio, el consejero dijo á Maese Martín: De manera que vuestra hija no debe elegir esposo fuera de las personas de vuestra profesión.

—¡Dios la libre de ello! contestó Martín.

—Pero, replicó el caballero, si un digno maestro de profesión honrosa, por ejemplo, un platero ó un artista, pidiésé la mano de Rosa y obtuviese su cariño, ¿qué haríais?

—Enseñadme, contestó Martín echando la cabeza hacia atrás, enseñadme, le diría, mi joven compañero, el tonel de dos cubas que habéis hecho para presentarle como vuestra obra maestra; y si no podía complacerme, le abriría amistosamente la puerta y le suplicaría en tono cortés que fuese á buscar fortuna á otra parte.

—Sin embargo, continuó Spangenberg, ¿si este joven compañero os dijese: "No puedo enseñaros la obra que deseais; pero venid conmigo y veréis una hermosa casa cuyas columnas se alzan atrevidamente en el aire; hé aquí mi obra maestra?"

—¡Ah! querido señor, exclamó Martín con impaciencia, ¡qué de trabajos inútiles os tomáis para hacerme cambiar de opinión! Os lo repito: mi yerno será de mi profesión, porque yo considero mi profesión como la más hermosa que hay en el mundo. ¿Creéis acaso que basta poner los aros sobre las duelas para formar un tonel? En nuestro oficio es necesario tener una inteligencia despejada para conservar y cuidar el noble vino, ese don precioso del cielo; para guardar la fuerza y la dulzura de ese espíritu del vino; y en cuanto á la construcción misma de toneles ¿acaso no se necesita saber calcular y medir? Es necesario que seamos aritméticos y geómetras para apoderarnos de las proporciones de nuestros toneles. Sí, el corazón me salta en el vientre cuando coloco un hermoso tonel sobre los banquillos para acabarle; cuando mis compañeros le dan el último golpe de hacha y cepillo y oigo los instrumentos caer cadenciosamente: clip clap, clip clap. ¡Oh, esta música es deliciosa! Me enorgullezco cuando veo acabado mi edificio y tomo el punzón para marcar la señal que honra á todos los toneleros. ¿Habláis de los arqui-

tectos? Sin duda que una casa bien construida es una hermosa obra; pero si yo fuese arquitecto, y al pasar frente á mi edificio me fuese preciso ver un pícaro ó un necio que le hubiese comprado y que me contemplase desde lo alto del balcón, me avergonzaría en el alma y vendríame la idea de destruir mi obra. Esto no puede acaecer con mis construcciones, que nc contienen sino el más encantador espíritu de la tierra, el noble vino. ¡Dios bendiga mi oficio!

—Vuestro panegírico, replicó Spangenberg, está perfectamente concebido, y la estima que profesáis á vuestro oficio, os honra; mas permitidme que vuelva á mi idea; si un patricio se presentase pidiéndoos la mano de vuestra hija, ¿qué haríais? Cuando una pretensión de éstas se formaliza, las cosas tienen lugar de muy diverso modo del que nos las figurábamos.

—Y bien, exclamó Maese Martín, con la voz alterada por la cólera, ¿qué podía hacer yo entonces sino inclinarme cortesmente y decirle: "Mi querido señor, si fueseis un buen tonelero, ya sería otra cosa....?"

—Escuchadme aun, dijo Spangenberg interrumpiéndole: si cierto día un joven gen-

-tilhombre, montado en un magnífico caballo y seguido de una brillante escolta, se detuviese delante de vuestra casa y os pidiese la mano de Rosa, ¿qué haríais?

—¡Ah! ¡Ah! exclamó Maese Martín, con más cólera que antes, ¡qué aprisa iría á cerrar la puerta con llave y cerrojos, diciéndole: "Seguid vuestro camino, caballero; rosas como la mía no florecen para vos. Mi cueva os agrada, mis ducados os sonríen, y tomaríais de buena gana á la niña por añadidura. ¡Seguid vuestro camino!"

El viejo Spangenherg se levantó con el semblante encendido, puso ambas manos sobre la mesa y bajó la vista; en seguida replicó: Maese Martín, todavía una pregunta: si este joven fuese mi propio hijo, si yo mismo me detuviese con él ante vuestra casa ¿nos cerraríais también la puerta? ¿creeríais que veníamos al olor de vuestra cueva y de vuestros ducados?

—No, mi noble señor, contestó Maese Martín: os abriría amistosamente la puerta; todo cuanto hay en mi casa estaría á vuestra disposición y á la del señor vuestro hijo; pero, por lo que respecta á Rosa, os diría: ¡Quiera el cielo que vuestro hijo

llegue á ser un excelente tonelero, pues nadie me convendría mejor que él para yerno!....Pero, querido señor, ¿por qué atormentarme con tan extrañas preguntas? Ved cómo nuestra charla alegre ha cesado y nuestros vasos permanecen llenos. No hablemos ya de Rosa ni de su casamiento, y bebamos á la salud de vuestro hijo, que, según se dice, es un guapo gentilhombre.”

Diciendo estas palabras, Maese Martín tomó su vaso; Paumgartner siguió su ejemplo, diciendo: “Cesen todos estos discursos inútiles. ¡A la salud del joven señor!”

Spangenberg bebió lo mismo que ellos y dijo con una sonrisa forzada: Estoy cierto de que creeréis que yo os he hablado en tono de chanza, puesto que en mi hijo, que puede escoger esposa en las más nobles familias, sería una locura imperdonable que se olvidara de su rango y de su nacimiento para unirse á vuestra hija. Con todo, Maese Martín, hubierais podido contestarme de un modo más cortés y amistoso.

—¡Ah! monseñor, replicó el tonelero, no hubiera podido contestaros de otro modo, aun suponiendo que lo que habéis dicho en tono de chanza hubiese pasado real-

mente. Perdonad mi orgullo. Vos mismo debéis conocer que soy el más hábil tonelero que existe en muchas leguas á la redonda; que lo entiendo en esto de conservar el vino; que siempre he permanecido fiel á las excelentes ordenanzas del Emperador Maximiliano, cuya alma Dios tenga en su gloria; que me horroriza toda acción mala y que jamás quemo en mis grandes toneles sino el azufre rigurosamente preciso para conservarlos. Debeis conocer todo esto, mis queridos señores, al gustar de mi vino."

Spangenberg procuró serenar su semblante, y el consejero dió nuevo giro á la conversación; pero, así como las cuerdas de un instrumento, si han sido destempladas, se resisten á la mano del maestro que procura hacerlas producir sonidos armoniosos, los tres ancianos inúltimente procuraron reanudar la conversación de un modo agradable. El caballero llamó á sus criados y con aire de mal humor salió de la casa de Maese Martín, adonde había entrado con alegría.

---

---

La predicción de la abuela.

Algo se turbó Maese Martín á causa de la retirada del gentilhombre, y dijo á Paumgartner, que después de haber vaciado su último vaso se disponía á salir igualmente: "No sé lo que significan las palabras del caballero, ni por qué ha parecido estar descontento."

—Mi querido Maese Martín, contestó el consejero, sois un hombre digno y honrado y tenéis razón en apreciar lo que habéis hecho con la ayuda de Dios, así como el honor y las riquezas que habéis adquirido. Pero de ninguna manera es preciso manifestar tal sentimiento por medio de palabras fastuosas; esto es opuesto á los principios de un buen cristiano. Ya en la asamblea de los maestros habéis hecho mal en colocaros sobre el nivel de los demás. Admito que poseais en más alto grado que vuestros compañeros la inteligencia de vuestro arte. Pero mostrando así vuestra superioridad no podéis menos que excitar la envidia y el

descontento. Esta noche habéis puesto el colmo á tal movimiento de orgullo. ¿Sois tan ciego para desconocer que el caballero, al hablaros, como lo hizo, quería conocer por medio de una chanza hasta dónde lleváis vuestro orgullo y vuestra obstinación? El digno señor ha debido agraviarse al notar que no consideráis sino como un acto de ambición toda demanda de un gentilhombre, relativa á obtener la mano de vuestra hija. Sin embargo, todo hubiera pasado inadvertido si hubieseis adoptado otro lenguaje cuando Spangenberg hizo mención de su hijo, y le hubieseis dicho: "Cómo, mi digno señor! La honra que me proporcionaríais al presentaros con vuestro hijo, me haría quebrantar mis más firmes resoluciones." Entonces el anciano Spangenberg, olvidando las palabras antes dichas, habría recobrado su buen humor y retirádose satisfecho.

—Hacedme reporoches, dijo Martín; muy bien los he merecido; pero cuaudo el caballero se puso á hacerme una proposición tan loca, me pareció que me asían por el pescuezo, y ciertamente no podía yo contestar de otro modo.

—Y luego, continuó Paumgartner, ¡vaya un proyecto singular el de no querer dar á vuestra hija sino á un tonelero! Queréis, según decís, confiar al cielo su destino futuro, y os oponéis caprichosamente á las decisiones de la Providencia, trazando de antemano el círculo estrecho en que debéis escojer vuestro yerno. Tal determinación puede causaros muchos pesares, y á Rosa lo mismo. Renunciad, pues, Maese Martín, á esas niñerías indignas de un cristiano, y dejad que el cielo inspire á vuestra hija los sentimientos que deba tener.

—¡Ah mi digno señor! replicó Martín en tono humilde, veo lo mal que he hecho en no decíroslo todo. Creéis que la alta estima en que tengo mi oficio es la sola causa de la resolución que he tomado de no casar á Rosa sino con un tonelero; hay sin embargo, otra causa singular, misteriosa. No puedo dejaros salir de casa sin que lo sepáis todo. No quiero que me guardéis rencor hasta mañana. Sentaos y concededme, os lo suplico, algunos instantes más. Ved que nos queda una botella de vino añejo despreciada por el gentilhombre en su des-

contento. Bebedla conmigo." Tales instancias, poco habituales á Maese Martín, sorprendieron á Paumgartner, á quien pareció que el tonelero tenía sobre el corazón un peso, del cual quería deshacerse. Después que Paumgartner se hubo sentado, y luego que bebió un vaso de vino, Maese Martín comenzó á hablar en estos términos: "Sabéis que mi excelente mujer, después de haberme dado á Rosa, murió de resultas del parto. Mi abuela vivía aún, si puede decirse que vive una mujer cuando está ciega, sorda, apenas capaz de hablar, con todos sus miembros paralizados, y yaciendo de día y de noche en la cama. Mi Rosa acababa de ser bautizada y la nodriza la tenía en sus rodillas, en la misma alcoba donde estaba mi abuela. Yo me hallaba tan triste cuando veía á esta hermosa niña, y tan alegre y conmovido al mismo tiempo, que me era del todo imposible trabajar, y pasaba muchos ratos cerca del lecho de la anciana, que me parecía feliz por hallarse libre de todas las agitaciones terrestres. Mientras yo contemplaba su rostro pálido, comenzó á sonreírse de un modo particular; me pareció que sus arrugas se desvanecían

y que sus mejillas recobraban los colores de otra edad. De repente se levantó como animada de una fuerza sobrenatural, extendió sus brazos paralizados por tanto tiempo, y exclamó con voz dulce y sonora; "¡ Rosa!, ¡ mi querida Rosa!" La nodriza se levantó y le llevó la niña, á quien la abuela tomó en sus brazos. Figuraos mi extrañeza, y aun pudiera decir, mi espanto, cuando se puso la anciana á cantar con voz alegre esta canción, del género de Juan Berkler, mesonero del Espíritu Santo en Estrasburgo:

"Hermosa Rosita, de frescas mejillas,
Escucha mi voz,
Y que aleje el acento materno
De tus horas, la pena, el dolor.
Costumbres sencillas
Abriga, Rosita, y no en tu carrera
Te muestres ligera;
¡Sé fiel á tu Dios!

Alegre una casa tendrás algún día
Regada por fuentes de mágico olor,
Y en ella angelitos habrá que á porfía
Te canten en coro de blanda armonía
Piadosos afectos, la fé y el amor.

A aquel que te traiga la casa, le entrega
Tu amor y tu fé;

A sus brazos llega
Y su esposa dulcísima sé.
Su casa á la tuya
Tesoro abundante de dicha y riqueza
Traerá con su amor:
Rosita, la de ojos azules cual cielo,
Si cumples mi anhelo,
Bendígate Dios''

Terminado el canto, dejó á la niña con precaución sobre la colcha de la cama, y poniéndole su mano trémula en la cabeza, murmuró palabras ininteligibles; mas, por la expresión piadosa de su semblante, se conoció que oraba. En seguida la abuela volvió á dejar caer su frente sobre las almohadas, y cuando la nodriza se llevó á la niña, exhaló un profundo suspiro y murió.

—Es una historia maravillosa, dijo el consejero, mas no veo por qué la canción de vuestra abuela haya podido haceros tomar la resolución de dar vuestra hija á un tonelero.

—¿Qué cosa hay más clara, sin embargo, respondió Maese Martín, que esas palabras pronunciadas con tono inspirado por la anciana en el momento en que iba á entregar

el espíritu? El novio que con su casa traerá á la mía riquezas, dicha, tesoros, ¿no será por ventura,, el hábil tonelero que venga á hacer acá su obra maestra, su brillante tonel? En qué construcción hay olas aromáticas sino en un tonel? Cuando el vino fermenta, hierve y forma una especie de murmurio: hé aquí á los angelitos que cantan alegres canciones sobre las olas. No, no, mi abuela no ha podido indicar un novio que no fuese maestro tonelero, y su predicción se ha de cumplir.

—Mi querido Maese Martín, replicó el consejero, os explicáis á vuestro modo las palabras de la abuela. En cuanto á mí, no acepto tal interpretación, y persisto en declarar que debéis abandonaros á la voluntad del cielo y á la inclinación legítima que aparezca en el corazon de vuestra hija.

—Y yo, contestó Mease Martín con impaciencia, persisto en declarar una vez por todas, que no admitiré por yerno sino á un buen tonelero.

Paumgartner estaba á punto de irritarse contra la obstinación de Martín; pero logró dominarse, y levantándose de su asiento, dijo: "Maese Martín, bastante hemos bebi-

do y platicado, y sería inútil prolongar la velada.''

Al entrar en el vestíbulo, vieron una joven con cinco criaturas, de las cuales la mayor no tendría ocho años, ni la menor seis meses. La pobre mujer lloraba y se lamentaba. Rosa salió á su encuentro, exclamando: ''¡Dios del cielo! Valentín ha muerto, y hé aquí á su mujer y á sus hijos.''

—¡Cómo! ¿ha muerto Valentín? replicó Maese Martín conmovido. ¡Qué desdicha! ¡Qué desdicha! Figuraos, mi querido señor, que Valentín era el obrero más hábil de mi taller, y un hombre honrado y un artesano activo. Hace algún tiempo que se infirió una herida grave con su hacha, trabajando en un gran tonel; esta herida fué de mal en peor, le acometió la calentura, y hé aquí que acaba de morir ese hombre en la flor de su edad.

Maese Martín se acercó á la desdichada mujer, que se deshacía en lágrimas y se quejaba de verse condenada á morir en la miseria.

—¡Cómo! exclamó Maese Martín, pues ¿qué idea os habéis formado de mí? ¡Vuestro marido se hirió en mi taller, y creeis

que os pueda yo abandonar? No; de aquí en adelante, sois de los nuestros. Mañana ó cuando queráis, enterraremos á vuestro pobre marido, y entonces vendréis con vuestros hijos á mi casa, donde he abierto un hermoso taller en que trabajo todos los días con mis compañeros. Tendréis cuidado de la casa y educaré á vuestros hijos como si fueran míos, y sabed también que recibo igualmente á vuestro anciano padre en mi casa; en otro tiempo era un buen tonelero, cuando tenía fuerza en el brazo; al presente, no puede manejar las duelas ni los aros, pero todavía puede servirse de su cepillo. En fin, vendrá con vos á mi casa.

Si Maese Martín no hubiera sostenido á la pobre mujer, el dolor y el agradecimiento la habrían hecho caer al suelo. Los más grandecitos de los niños se agarraban del jubón del tonelero, y los dos más chicos, á quienes Rosa había tomado en brazos, extendían hacia él sus manecitas como si hubiesen comprendido lo que pasaba. El anciano Paumgartner dijo sonriéndose, y con los ojos llenos de lágrimas: "Maese Martin, no se puede permanecer enojado con vos." En seguida se marchó á su casa.

## DE QUÉ MANERA HICIERON CONOCIMIENTO LOS JÓVENES COMPAÑEROS FEDERICO Y REINALDO.

---

En un prado cubierto de césped á que daban sombra algunos árboles gigantescos, estaba sentado un joven de agradable aspecto, llamado Federico. Habíase puesto el sol y el crepúsculo aun teñía de púrpura el horizonte. Veíase distintamente en lontananza la célebre ciudad imperial de Nuremberg que se dilataba en la llanura mostrando sus torres soberbias, cuyos domos dorados brillaban á las últimas luces de la tarde. Con el brazo apoyado sobre un saco de viaje, el joven compañero echaba una mirada tierna hacia la ciudad; en seguida cortó algunas flores dispersas á su rededor en el césped y las deshojó al aire: paseó tristemente sus miradas á uno y otro lado, y algunas lágrimas brillaron en sus ojos. Por último, levantó la cabeza, extendió el brazo como si tratara de apoderarse de una imagen que-

rida, y cantó con voz armoniosa lo que sigue:

"Torno á verte, mi patria querida,
Mi alma nunca jamás te dejó:
¡Nazca pronto la aurora encendida;
Bañe en luces la fuente y la flor!
¿A los placeres
Quieres luego lanzarte, alma mía?
Calma tu ardor;
Fuerte tú eres
Bien te asalte la loca alegria,
Bien el dolor.

Sé tú, crepúsculo, mi mensajero:
Lleva en tu dulce rayo postrero
Llanto y suspiros
A la que adora mi corazón;
Y si yo muero
Y te pregunta qué es de mi vida,
Dile en respuesta blanda y sentida:
"Murió de amor."

Después de haber cantado, Federico tomó de su saco un pedazo de cera que calentó entre sus manos, y se puso á modelar en él una bellisima rosa perfectamente acabada en todas sus hojas. Cuando así trabajaba, aun solía murmurar algunas de las estrofas de su canción y, absorto en sus

pensamientos, no vió á un hermoso joven que, en pie tras él, llevaba largo rato de estar observándole en su trabajo.

—¡Ah! exclamó este ultimo al cabo: habéis hecho, amigo mío, una obra artística, encantadora.

Federico le miró con sorpresa; pero al descubrir su mirada expresiva y amistosa, creyó que le conocía de antemano, y le contestó sonriéndose: ¿Cómo podéis, señor, fijar la atención en una bagatela que me sirve de entretenimiento cuando viajo?

—¡Dais, continuó el extranjero, el nombre de bagatela á una flor tan fielmente imitada de la naturaleza! Debéis ser un artista ejercitado, y os doy por ello doble enhorabuena. Al principio me habéis encantado con vuestra canción, y ahora admiro vuestra habilidad como modelador. ¿Adonde pensáis ir hoy?

—El fin de mi viaje, contestó Federico, se halla á nuestra vista; vuelvo á mi país natal, á la célebre ciudad de Nuremberg, Mas como el sol ya se puso, pasaré la noche en esta aldea; mañana al romper la aurora seguiré mi camino, y al medio día estaré en Nuremberg.

—¡Feliz encuentro! exclamó el desconocido con alegría. Debemos hacer el mismo camino, porque yo voy también á Nuremberg; pasaré la noche en esta aldea y mañana partiremos juntos. Por ahora platiquemos un poco.

A estas palabras, Reinaldo (así se llamaba el extranjero) sentóse cerca de Federico y continuó: "¿No es cierto que yo no me equivoco y que sois un hábil fundidor? Lo conozco por lo que acabáis de hacer: ¿dónde trabajáis en oro y plata?"

Federico bajó los ojos con aire triste y dijo con humildad: "¡Ah, querido señor, me eleváis más arriba de lo que yo merezco! Os diré con franqueza que he aprendido el oficio de tonelero y que me voy á Nuremberg á trabajar en la casa de un célebre maestro. Estoy cierto de que me vais á despreciar al saber que yo no puedo modelar ni fundir hermosas estatuas, sino poner únicamente los aros sobre las duelas.

Reinaldo, riéndose estrepitosamente, exclamó; "En efecto, es muy divertido esto. ¿Os había de despreciar porque sois tonelero? Yo mismo no tengo otro oficio."

Federico le miró sorprendido, no sabien-

do lo que debería creer, pues el traje de Reinaldo nada tenía de común con el traje de un artesano que viaja. Su jubón de paño negro fino, guarnecido de cintas de terciopelo, su gorguera elegante, su corta y ancha espada, su gorra, sobre la cual ondeaba una prolongada pluma, indicaban un rico mercader, y, sin embargo, en la fisonomía y en el conjunto del joven, no sé qué había que obligaba á no considerarle como tal mer cader.

Reinaldo conoció las dudas de Federico, y abriendo su saco de viaje, sacó de él sumandil y su hacha de tonelero, diciendo: "Mira, amigo mío, mira todo esto. ¿Dudas aún que yo sea tu camarada? Ya veo que mi vestido te hace vacilar; pero yo vengo de Estrasburgo, donde los toneleros se visten lo mismo que los gentiles hombres. A la verdad, lo mismo que tú, yo tenía deseos de dedicarme á cualquiera otra cosa, pero al presente veo el oficio de tonelero como el más noble de todos, y en él fundo seductoras esperanzas. ¿No sucede lo mismo contigo? Pero me parece que una nube sombría se ha puesto sobre tu juventud brillante y turba tus miradas. La canción que ha-

ce poco entonabas, está llena de dolorosos deseos, y tenía notas musicales que hallaban eco en mí, haciendo que mi corazón adivinase todo aquello que parecía oculto en el tuyo. Este es un motivo de más para que tengas confianza en mí; por otra parte, ¿no seremos excelentes compañeros en Nuremberg?

Reinaldo pasó su brazo alrededor de la cintura de Federico, mirándole amistosamente.

Federico le contestó: "Mientras más te veo, excelente camarada, me siento más atraído hacia tí, y tu voz resuena en mi corazón como el eco de un espíritu bienhechor. Quiero, pues, decírtelo todo, no porque un infeliz como yo, tenga secretos importantes que confiar, sino con el fin de que el seno de un amigo fiel se abra á mis dolores, ya que desde el primer momento en que nos conocimos te consideré como verdadero amigo. Soy, pues, tonelero, y oso enorgullecerme de conocer bien mi oficio; pero desde la infancia me siento atraído hacía un trabajo más hermoso. Quería llegar á ser un gran maestro en escultura ó cinceladura, como Pedro Fischer ó el italiano

Benvenuto Cellini. Trabajaba yo con ardor en casa de Juan Holzschuer, el célebre cincelador de mi país que, sin ser escultor, me daba, sin embargo, excelentes lecciones. En su habitación veía frecuentemente á Maese Tobías Martín el tonelero, con su hija, la encantadora Rosa. Sin que lo conociese llegué á estar enamorado. Dejé mi ciüdad natal y fuime á Augsburgo para perfeccionarme en mi arte; pero me hallaba dominado por los fuegos de mi amor. No veía ni oía sino á Rosa, y todas las tentativas que no podían conducirme á la dicha de poseerla, me causaban la mayor y más amarga repugnancia. Escogí el solo camino que podía llevarme á este fin. Maese Martín no quiere dar su hija sino al tonelero que ejecute su obra maestra en su casa, y que, además, sea del gusto de Rosa. Abandoné mi primera profesión y me dediqué á la de tonelero. Al presente voy á Nuremberg á trabajar en la casa de Maese Martín; pero en este momento, al ver ante mis ojos mi ciudad natal, y cuando la imagen de Rosa se me aparece tan risueña, no experimento sino duda, temor y ansiedad, á causa de que palpo lo descabellado de mi empresa. Sé yó, por

ventura, si Rosa me ama, y si me podrá amar algún día?"

Reinaldo había oído la historia de Federico, no sin una atención siempre creciente. Apoyó su cabeza en su brazo, y poniendo una de sus manos sobre sus ojos, preguntó con voz sorda: "¿Nunca os ha dado Rosa la más leve muestra de amor?"

—¡Ay! contestó Federico; cuando yo salí de Nuremberg, Rosa era una niña; me veia con gusto, es cierto, y hasta se sonreía cuando despojaba de sus flores el jardín de Holzschuer para tejerle coronas; pero....

—¡Vamos! no hay que perder toda esperanza, exclamó Reinaldo con una voz tan impetuosa que espantó á Federico. Diciendo estas palabras, se levantó, su espada resonó en sus flancos, y la sombría luz de las estrellas, cayendo sobre su rostro pálido, dió á sus facciones, tan dulces hacía poco, una expresión siniestra.

Federico le dijo con angustia: "¿Qué os ha acontecido?" Levantóse también, y al retroceder, tocó uno de sus pies el saco de viaje de Reinaldo, y salió de él una nota musical. Reinaldo exclamó encolerizado: "No rompáis mi laúd, gran pícaro."

El instrumento estaba atado al saco. Reinaldo desató las correas y agarró las cuerdas con tal violencia como si quisiese romperlas; pero poco á poco la música se fué haciendo dulce y melodiosa. "Vamos, dijo cordialmente, vamos, querido hermano, á la ciudad; tengo en mis manos un excelente medio de rechazar á los malos espíritus que pudieran hallarse en nuestro camino esperándonos, particularmente á mí.

—¿Qué tenemos nosotros de común con los malos espíritus? Me agrada oír tu música; te ruego que continúes tocando.

Brillaban las estrellas bajo la bóveda del cielo; la brisa de la noche murmuraba en el valle embalsamado; las cañas suspiraban bajo el follaje casi seco de los árboles. Federico y Reinaldo bajaron á la llanura tocando y cantando, y su voz expresiva y llena de amor se desvanecía en los aires. Cuando hubieron llegado á la hostería, Reinaldo, haciendo á un lado con vivacidad su laúd y su saco de viaje, dió un estrecho abrazo á Federico, y éste notó que los ojos de su compañero estaban llenos de lágrimas.

### CÓMO FUERON RECIBIDOS AMBOS APRENDICES EN LA CASA DE MAESE MARTIN.

A la mañana siguiente Federico, al despertar, no vió á su nuevo amigo, quien se había echado la noche antes á su lado y sobre un montón de paja; como no vió, además ni su laúd ni su saco de viaje, creyó que Reinaldo habría tomado diverso camino. Pero al salir de la casa vióle venir hacia él, con el saco á la espalda y el laúd bajo el brazo, vestido de muy diverso modo que la víspera. Se había quitado la espada y la pluma de su gorra, y en vez de su elegante jubón de terciopelo llevaba una levita común de paisano, de color oscuro. "Ahora bien, exclamó alegremente Reinaldo, ¿me ves ya como á verdadero camarada? Pero oye; para enamorado has dormido mucho; mira á qué altura está el sol sobre el horizonte. Apresurémonos á partir.

Federico, reconcentrado en sí mismo,

quedaba silencioso, respondiendo apenas á las preguntas de Reinaldo y tomando poca parte en sus chanzas y bromas.

Reinaldo saltaba alegremente acá y allá, cantaba y arrojaba al aire su gorra, pero, á medida que se iban aproximando á la ciudad, fuese quedando más y más silencioso.

Al llegar cerca de la puerta de Nuremberg, Federico le dijo: "Me siento de tal modo indispuesto que nò puedo caminar más; descansémos uu momento bajo estos árboles." Y se echó sobre el césped.

Cerca de él sentóse Reinaldo y le dijo: "Anoche, querido camarada, he debido parecerte muy raro; pero cuando me hablabas de tu amor, cuando te pintabas tan desgraciado, me pasaban por las mientes mil ideas tontas que hubieran turbado mi razón si tu canto y mi laúd no hubiesen arrojado á los espíritus infernales. Esta mañana al levantarme, todos los fantasmas habían desaparecido á los primeros rayos del sol, y recobré mi alegría natural. Corrí fuera de la casa, vagué por debajo de los árboles y me vinieron mil agradables pensamientos. Pensaba con gusto en que te había encontrado y en el afecto que desde luego me inspiras-

te. Recordé una historia que pasó en Italia cuando me hallaba en aquel país, y que quiero referirte para que veas de un modo palpable lo que alcanza la verdadera amistad.

"Cierto príncipe, celoso protector de las bellas artes, ofreció un premio considerable para un cuadro cuyo asunto él mismo designó y era elevado, pero muy difícil de tratar. Dos artistas jóvenes, mutuamente unidos con la más estrecha amistad, resolvieron optar el premio. Comunicáronse su proyecto y juntos reflexionaron en los medios de vencer sus dificultades. El de más edad, que tenía grande experiencia en el dibujo y la composición de los grupos, presto concibió y ejecutó su plan; mientras que el más joven, descontento de sus primeros ensayos, habría desistido de la empresa si su compañero no le hubiese sostenido por medio de sus alabanzas y ayudádole con sus consejos. Cuando comenzaron á pintar, el más joven, que respecto de colorido era todo un maestro, hizo á su compañero algunas indicaciones excelentes de que éste supo aprovecharse á tal punto, que nunca el más joven había dibujado tan correctamente, ni el mayor empleado el colorido con

más acierto. Cuando ambos cuadros estuvieron terminados, los artistas cayeron en brazos uno del otro; cada cual estaba encantado con el trabajo de su compañero, y le reconocía digno del premio. Quien le obtuvo fué el más joven, y dijo lleno de confusión: ¿Por qué me han dado tal premio? ¿Qué es mi talento al lado del talento de mi amigo? ¿Qué habría hecho yo sin sus consejos y generoso auxilio?— Pero tú, replicó el mayor, ¿no me has ayudado también con tus consejos? Mi cuadro no es malo, es cierto; pero tú eres quien ha merecido la palma. Esforzarse franca y noblemente en alcanzar el mismo objeto; hé aquí el deber de dos amigos, y el laurel del vencedor honra siempre al vencido. Te quiero todavía más, porque la victoria que has alcanzado aumenta mi reputación....'' ¿No es cierto, Federico, que tenía razón el pintor? Un mismo objeto, una misma ambición, deben estrechar los lazos de dos verdaderos amigos en vez de desunirlos. La baja envidia ó el odio funesto ¿pudieran hallar lugar en los corazones nobles?

—¡Nunca, respondió Federico, nunca! Nosotros hemos llegado á ser hermanos,

Presto haremos los dos en Nuremberg nuestra obra maestra, un hermoso tonel de dos cubas, unidas sin fuego; pero ¡ guárdeme el cielo de sentir la menor envidia si tu tonel sale mejor que el mío!

—¡ Ah, ah! exclamó Reinaldo, rompiendo en risa; tú harás, estoy cierto de ello, una obra maestra que agradará á todos los buenos toneleros; y por lo que respecta al cálculo de las dimensiones y á la curvatura de las duelas, yo seré tu consejero. Puedes también consultarme acerca de la calidad de la madera. Fía en mí para hallar hermosos troncos de encino cortados durante el invierno, sin picadura alguna, sin listas rojas ó blancas, y sin nudos. Te ayudaré con mi brazo y mis consejos, y no por eso dejaré yo de construir mi obra maestra.

— Pero ¡ Dios del cielo! exclamó Federico, ¿por qué nos detenemos charlando así acerca de nuestra obra maestra? ¿Somos rivales? Se trata de Rosa.... ¿Cómo nos hemos venido á encontrar? La razón se me oscurece.

—¡ Vamos, camarada, dijo Reinaldo riéndose, no se trataba de Rosa; ¡ tú eres un soñador! Sigamos nuestro camino hacia la ciudad!

Levantóse Federico, y enteramente turba do se puso en camino. Cuando los dos cama radas entraron en una hostería para lavars y quitar el polvo de sus vestidos, Reinal do dijo al otro: "A la verdad, no sé á casa d qué maestro podré ir á trabajar; á nadie co nozco aquí, y creo que muy bien podría llevarme contigo á casa de Maese Mar tín; tal vez pueda yo acomodarme en su taller.

—Tú libras mi corazón, contestó Federico de un peso enorme; porque en tu compañía tendré más valor para vencer mi embarazo y mi ansiedad.

Ambos se dirigieron entonces hacia la casa del célebre tonelero: precisamente era el domingo en que Maese Martín daba su banquete de síndico. Al entrar en la casa los dos compañeros oyeron el ruido de los vasos y el rumor de una sociedad alegre.

—¡Ah! dijo con timidez Federico: llega mos en un momento inoportuno.

—Al contrario, contestó Reinaldo, creo que el momento es excelente; porque en un alegre banquete Maese Martín debe es tar de buen humor y dispuesto por lo mis mo, á escucharnos.

Presto Maese Martin, á quien los dos amigos se habían hecho anunciar, llegó con sus vestidos de fiesta, trayendo la nariz y las mejillas teñidas con muy buenas dosis de bermellón. Al ver á Federico, exclamó: "¿Eres tú, guapo joven? ¡Héte aquí, pues, de vuelta! ¡Excelentemente! ¿Te has consagrado, pues, á la noble profesión de tonelero? Cierto es que Messire Holzschuer hace unos gestos horribles cuando se habla de tí. Cree que en tí se ha perdido un gran artista, y que habrías ejecutado figuras bellísimas como las que vemos en la iglesia de San Sebaldo, y en Augsburgo en la casa de Fugger. Pero éstas son palabras al viento, y tú has tenido sobradísima razón en tomar un buen oficio. ¡Seas mil veces bien venido!

Hablando así Maese Martín, le tomó por las espaldas y le oprimió con alegría sobre su pecho, según lo tenía de costumbre. Federico sintióse reanimado en vista de tan cordial recibimiento, y desapareció todo su embarazo. Expuso sin alterarse su pretensión, no sólo respecto de sí mismo, sino también respecto de su amigo Reinaldo.

—¡Bien! contestó Maese Martín, n
déis llegar más á propósito, pues el tı
jo se aumenta y yo necesito obreros.
bien venidos ambos! Poned allí vuestı
co de viaje y entrad. El banquete, á la
dad, casi ha terminado; pero todavía p
ocupar una silla en la mesa, y Rosa te
cuidado de vosotros.

Maese Martín volvió á entrar con lo
compañeros en la sala. Allí estaban lo
petables maestros de la corporación en
pañía del digno Jacobo Paumgartner,
dos tenían rojo y alegre el semblante.
baban de traer los postres, y el vino g
roso brillaba en las copas. En este mo
to cada uno de los maestros hablaba en
voz de cosas diferentes; todos creían
prenderse y cada cual se reía sin sabe
qué. Tan luego como Maese Martín, to
do de la mano á ambos jóvenes, anı
que, provistos de buenos certificados,
á entrar á su taller, hubo gran silenc
cada cual examinó á su sabor á los he
sos compañeros. Reinaldo paseaba á s
dedor una mirada casi orgullosa, en t
que Federico bajaba los ojos y daba vu
á su gorra entre las manos. Maese M

les señaló asiento á la extremidad de la mesa, y éste fué precisamente el mejor lugar, pues al momento Rosa vino á sentars entre ambos jóvenes, rodeados de ancianos de barba prolongada: parecían los tres una risueña nube de la mañana, elevándose sobre un cielo sombrío, ó tres hermosos árboles primaverales alzando sus copas floridas sobre el musgo seco del prado.

En su felicidad, Federico apenas podía respirar. De vez en cuando aventuraba una mirada tímida que traicionaba su emoción, y luego bajaba los ojos hacia su plato y no podía comer.

Reinaldo al contrario, fijaba sus ojos brillantes en la joven, y comenzó á referir sus viajes de un modo tan maravilloso, que Rosa nada había oído semejante á esto. Cuanto Reinaldo decía, representábase á la hija del tonelero bajo mil formas vivas y variadas. Toda ella se volvía ojos y oídos, y no sabía lo que le pasaba, cuando el joven narrador tomó su mano y la estrechó contra su pecho.

—Pero, Federico—exclamó de repente Reinaldo—¿por qué estás así mudo é inmóvil? ¿Has perdido el uso de la palabra? Va-

mos á beber á la salud de la hermosa n
que tan bien nos trata.

Federico tomó con trémula mano la
pa que Reinaldo había llenado hasta el b
de y que le obligó á vaciar hasta la últi
gota.

- Ahora, ¡á la salud de nuestro dig
maestro! dijo Reinaldo llenando de nue
la copa y presentándola á Federico.

Entonces el calor del vino subió á la
beza de éste; su sangre se agitó é hirvió
sus venas.

—¡Ah! — murmuró enrojeciéndose,
siento un bienestar indecible, que jam
había experimentado.

Rosa, que podía dar diversa interpret
ción á estas palabras, sonriose con admi
ble dulzura.

— Querida Rosa, dijo Federico, libre
toda cortedad ¿sin duda no os acordaréis
de mí?

—¿Cómo, querido Federico, respond
Rosa con los ojos bajos; cómo fuera posib
que os hubiese olvidado en tan poco tiemp
Cuando os ví en casa del anciano Hol
chuer yo no era sino una niña; pero no
desdeñabais de jugar conmigo y siemp

imaginabais alguna diversión encantadora. He conservado como un precioso recuerdo la linda canastita de filigrana de plata que me regalasteis en Noche Buena.

Algunas lágrimas brillaron en los ojos del joven; quiso hablar y sólo pudo exhalar como un suspiro estas palabras entrecortadas: "¡Oh Rosa!....querida....querida Rosa!...."

—Siempre, continuó Rosa, he deseado cordialmente volveros á ver; pero jamás habría creído que os hubieseis consagrado á la profesión de tonelero, al pensar en las lindas obras que hacíais en otro tiempo en casa del maestro Holzschuer. ¡Es una lástima que hayáis renunciado á vuestro arte!

—¡Ah, Rosa! dijo Federico, he renunciado á mi arte por vos!

Apenas fueron pronunciadas tales palabras, cuando Federico, trémulo y turbado, habría querido que se le tragara la tierra. La confesión irreflexiva se había escapado de sus labios. Rosa, como si todo lo hubiera comprendido, volvió á otra parte la cara, y el pobre joven procuró en vano hacerse dirigir algunas otras palabras.

En este momento Paumgartner golpeó la

mesa con el mango de su cuchillo, y
ció que el digno maestro cantor m
Volrad iba á entonar una canción.

Maese Volrad se levantó en seguida,
principio en el estilo de Juan Vogelg
á una canción tan hermosa, que regoc
corazón de todos los concurrentes, y
hizo salir de su turbación á Federico.
go que el poeta hubo ejecutado algunas
canciones, dijo que si alguno de los
sentes estaba ejercitado en el arte ad
ble del canto, debía hacer oír tambi
voz.

A estas palabras levantóse Reinal
contestó que si se le permitía servirs
laúd al estilo italiano, procuraría ca
conservando el metro alemán. Como
hizo objeciones, tomó su instrument
después de algunos preludios agrada
cantó los siguientes versos:

¿Dónde hallamos la fuente preciosa
Que destila aromático vino?
Sus olas se ven
Bajo el techo de cóncavo encino:
Como el eco de brisa amorosa
Su pausado murmurio divino
Se escucha también.

¿Quién guarda con arte;
Quién proteje el feliz manantial
Que alegra la vida, las almas encanta,
Las penas espanta,
Y al hijo de Marte
Infunde acendrada bravura marcial?—
Mi labio sincero
Lo dice: ¡Salud,
Feliz tonelero!!
¡Ese hombre eres tú!"

Esta canción encantó á todos los oyentes, y, sobre todo, á Maese Martin, cuyos ojos chispeaban de alegría. Sin prestar atención á Volrad que decía que el joven había imitado el ritmo de Juan Muller, Maese Martin se levantó y exclamó, balanceando en su diestra la gran copa destinada á recorrer la mesa: "Ven acá, bravo tonelero y maestro cantor, ¡ven acá! Preciso es que vacíes este vaso en compañía de tu maestro Martin."

Reinaldo obedeció. Cuando volvió á su asiento, dijo en voz baja á Federico, absorto en sus pensamientos dorados: Ahora á tí te corresponde cantar: entona la canción de ayer.

—¿Estás loco? respondió Federico encolerizado.

—Nobles señores y queridos maestros, exclamó Reinaldo dirigiéndose á la reunión, he aquí á mi hermano Federico que sabe canciones mucho más bellas; pero su garganta se ha resecado con el polvo del camino, y más adelante os mostrará su habilidad.

Todo el mundo púsose entonces á alabar á Federico como si ya hubiese cantado. Hasta pretendieron algunos maestros que su voz era más agradable que la de Reinaldo, y Volrad, después de haberse bebido otro enorme vaso de vino, aseguró que Federico reproducía el hermoso estilo alemán mejor que Reinaldo, cuyo canto era demasiado italiano. Pero Maese Martin, echando la cabeza hacia atrás y dándose vigorosas palmadas en el enorme vientre, exclamó: "Estos son mis compañeros, los compañeros de Tobías Martin, maestro tonelero de Nuremberg."

Todos los maestros sacudieron la cabeza y dijeron saboreando las últimas gotas de sus anchas copas: "Sí, sí, Maese Martin; son excelentes compañeros."

Al fin, cada cual se retiró, y Reinaldo y Federico fueron á ocupar dos cómodas pie-

zas que Maese Martin les había destinado en la casa.

---

### CÓMO UN TERCER OFICIAL SE PRESENTÓ Á MAESE MARTÍN Y QUÉ SUCEDIÓ CON ÉL.

---

Cuando ambos oficiales hubieron pasado algunas semanas en el taller de Maese Martín, éste notó que Reinaldo no tenía igual en lo concerniente á las proporciones, las curvaturas y los círculos; pero que no sucedía lo mismo cuando se trataba de manejar el hacha ó el mazo, pues Reinaldo se fatigaba entonces muy pronto y parecía poco dispuesto á continuar su obra. Federico al contrario, usaba estos instrumentos sin cansarse. Por lo demás, distinguíanse uno y otro á causa de la honradez de su conducta y Reinaldo, particularmente, por su alegría y buen humor. No economizaban su garganta, sobre todo, en presencia de Rosa:

cantaban juntos y armoniosamente muy agradables canciones; y si Federico, viendo á Rosa, se dejaba conducir hacia las notas melancólicas, luego entonaba Reinaldo una canción festiva que comenzaba por estas palabras: "El tonel no es la lira; la lira no es el tonel," y la cual canción alegraba de tal modo á Maese Martín, que dejaba caeer su cepillo y se abrazaba el vientre, reventando de risa. Por lo demás, ambos oficiales y particularmente Reinaldo, habían sabido insinuarse muy bien en el ánimo de su patrón, y se podía notar que Rosa buscaba muy á menudo pretextos para venir al taller y detenerse allí más tiempo del de costumbre.

Cierto día Maese Martín entró muy pensativo en el taller donde había establecido su trabajo de estío. Reinaldo y Federico acababan de dar la última mano á un tonel pequeño. Maese Martín detúvose ante ellos con los brazos cruzados, y les dijo: "No sabría explicaros, mis queridos oficiales, lo contento que de vosotros estoy; pero al presente me hallo en un gran conflicto. Me escriben de las orillas del Rhin que la vendimia será este año mejor que nunca. Un

sabio ha predicho que el cometa que hemos visto brillar en el cielo, fecundará la tierra con los rayos maravillosos de su luz. Todo el calor que encierra, y que endurece los metales, se derramará en la superficie de la tierra y llenará de nueva savia las cepas alteradas, que producirán entonces inmenso número de racimos. No se volverá á ver otra constelación así, antes de trescientos años. De consiguiente, vamos á tener mucho recargo de obra; nada menos el digno obispo de Bamberg me pide un tonel grande. No podremos dar cumplimiento á las demandas, y es preciso que os busque un compañero vigoroso; pero no quisiera recibir al primero que llegue; sin embargo, ya se me quema la miel. Si conocierais á algún operario bueno, á quien quisieseis asociar á vuestros trabajos, con sólo decírmelo, trataría de hacerle venir, aun cuando me costára una buena suma de dinero.''

No bien Maese Martín había dicho estas palabras, cuando un joven de elevada estatura y vigorosa organización, entró gritando con voz atronadora: ''¡Oh, oh! ¿Este es el taller de Maese Martín?

—Sí, por cierto, contestó el tonelero, ade-

lantándose hacia el recién llegado; pero no tenéis necesidad de gritar como si quisieseis asesinarnos, ni de estropear así los toneles. No es éste el modo de presentarse entre las gentes.

—¡Ah! exclamó el extranjero, vos sois sin duda el mismo Maese Martín, con ese abultadísimo vientre, la barba partida, los ojos chispeantes y la nariz rubicunda. Heos aquí tal como os habían descrito. ¡Salud, Maese Martín!

—¡Y bien! ¿qué se os ocurre? preguntó el tonelero, no sin enfado.

—Soy tonelero y quisiera saber si hallaré trabajo en vuestra casa.

Maese Martín caminó dos pasos atrás y midió con la vista al joven, de pies á cabeza, admirado de que apareciese un operario en el mismo instante en que expresaba su deseo de obtenerle. El extranjero, á su vez, le contempló con atrevimiento, y Maese Martín, al observar su pecho saliente, sus músculos vigorosos y sus fortísimos puños, se dijo á sí mismo: "He aquí precisamente mi hombre," y le pidió sus certificados de gremio.

—No los traigo conmigo, contestó el jo-

ven; pero os los presentaré dentro de poco, y os doy mi palabra de que puedo trabajar lealmente. Esto debe bastaros."

Y sin esperar la contestación del maestro, echó á un lado de la pieza su gorra y su saco de viaje, se quitó la levita, cogió el mandil y dijo: "Veamos, Maese Martín, qué es lo que yo debo hacer."

El tonelero, no muy satisfecho de las maneras algo rudas del desconocido, reflexionó por algunos momentos y en seguida le dijo: "Pues bien, probadnos que sois un buen oficial; abrid el agujero de ese tonel que se halla sobre el banco."

El joven desempeñó su tarea con fuerza, celeridad y maestría notables; en seguida, riéndose, exclamó en alta voz: "¿Dudáis ahora, Maese Martín, que yo sea un hábil obrero? Mas—añadió paseándose de un extremo á otro del taller y midiendo con la vista las piezas de madera y los útiles—tenéis buenos utensilios? ¿Qué significa este mazo? Sin duda es para que jueguen con él los niños; esta hachita sólo está propia para los aprendices." Diciendo esto, lanzaba al aire el pesado mazo que Reinaldo apenas podía manejar, y el hacha con que

trabajaba el mismo Maese Martín. Después rodó los mayores toneles como si fuesen pelotas de viento, y tomando una de las duelas más grandes, y que estaba sin desbastar: "¿Qué cosa es esto?—dijo—Si la madera es encino legítimo debe romperse como si fuera de vidrio." A este tiempo lanzó contra una piedra la duela, que se partió en dos pedazos.

—Querido oficial, dijo Maese Martín, ¿queréis, por ventura, arrojar del taller ese tonel de dos cubas, ó destruir todo mi establecimiento? Bien pudierais serviros de este madero; y por lo que respceta al hacha que os conviene, enviaré á buscar á la casa del ayuntamiento la espada de Rolando, que tiene tres varas de largo.

—Buen provecho me haría, exclamó el joven con mirada centelleante, y en seguida, bajando los ojos, dijo con voz más dulce: "Yo creía, Maese Martín, que necesitabais un obrero vigoroso para vuestro taller. Acaso he dado una idea exagerada de mis fuerzas; pero proporcionadme trabajo, y seguiré fielmente vuestras instrucciones."

Maese Martín miró de frente al joven y se confesó que nunca había visto un sem-

blante más noble y franco. Hasta le pareció que aquel rostro le hacia recordar vagamenté á un individuo á quien él apreciaba de mucho tiempo atrás; pero no pudo darse cuenta de sus recuerdos, y cedió á los votos del joven, rogándole, sin embargo, que consiguiese lo más pronto posible los certificados de su gremio.

Durante esto, Reinaldo y Federico acomodaban los aros de su tonel. Siempre que trabajaban tenían la costumbre de entonar una canción del género de Adan Puschmann. El nuevo compañero, llamado Conrado, exclamó: ¿Qué maullidos son esos? Tal parece que los ratones chillan en el taller. ¿Queréis cantar? Hacedlo de modo que el corazón se fortifique y el trabajo se alegre; voy á daros el ejemplo.'' Al decir estas palabras, entonó una sonata de caza con gritos tremendos que imitaban el ladrido de los perros y los gritos de los cazadores, con voz tan sonora, que los grandes toneles retumbaban y parecia que todo el taller se venia abajo. Maese Martín se tapó las orejas con ambas manos, y los niños de Marta, que jugaban en el taller, se escondieron espantados debajo de las cubas. Ca-

si al mismo instante llegó Rosa enteramente sorprendida de aquel estrépito; luego que la vió Conrado se calló; después se acercó á ella y saludándola graciosamente, le dijo con voz suave: "Hermosa niña, ¿qué rayo de luz encantador ha penetrado en este cobertizo cuando llegasteis? Si antes os hubiera visto, no habría lastimado vuestros oídos con esta canción salvaje de caza; y vosotros, exclamó dirigiéndose á Maese Martin y sus dos compañeros, suspended el ruido espantoso de vuestros utensilios. Mientras esta hermosa niña nos honre con su presencia, preciso es que el mazo y el hacha descansen; no debemos oír sino su voz melodiosa, inclinándonos humildemente ante ella como sus servidores, para recibir sus órdenes."

Reinaldo y Federico se miraron asombrados; pero Martin rompió en risa, exclamando: "Vamos, Conrado; está visto que sois el mayor loco que haya jamás usado mandil de obrero. Desde luego llegáis aquí como una especie de gigante feroz destruyéndolo todo; en seguida gritáis hasta destrozarnos los oídos, y por fin y remate de tales extravagancias, tratáis á Rosita como

á noble, y le habláis á guisa de gentilhombre enamorado.

—Conozco bien á vuestra encantadora hija, respondió Conrado, y os digo que es la más linda joven del mundo. ¡Dios quiera que Rosa permita al más noble caballero mostrarle su amor y ser su paladín!

Maese Martin se apretaba el estómago y estaba á punto de sofocarse de risa. Después de una gran carcajada exclamó: "¡Bien, muy bien, mi querido Conrado! considera á Rosa, si tú lo quieres, como á una señorita de la primera nobleza; pero vuelve á tu trabajo."

Conrado permaneció como clavado en su puesto; en seguida frotándose la frente murmuró: "¡Es cierto!" y obedeció. Sentóse Rosita, como tenía costumbre de hacerlo, en un tonel pequeño que Reynaldo limpió cuidadosamente y que Federico trajo cerca de ella. Uno y otro, á instancias de Maese Martin, volvieron á comenzar el canto interrumpido por Conrado, quien se puso entretanto á trabajar, en el mayor silencio.

Cuando terminó la canción, Maese Martin les dijo: "El cielo os ha concedido un dón precioso. No podéis figuraros cuánto

estimo el arte de cantar. He querido cultivarle; pero no he podido hacer letra en él, á pesar de mis esfuerzos, y mis ensayos no me produjeron otra cosa que burlas y disgustos. En los conciertos daba yo notas falsas, hacía uso de inútiles *fioriture* y no resultaba jota de melodía. Vosotros brillaréis más que yo y se dirá: "Lo que no pudo hacer el maestro, lo hacen los oficiales." El domingo próximo, después del sermón del medio día, habrá un rato de canto en la iglesia de Santa Catalina. Podréis allí adquirir mucha honra por medio de vuestro talento; todo el mundo es libre para asociarse al canto. Y vos, Conrado, añadió dirigiéndose al nuevo oficial, bien podríais subir al facistol y entonar vuestra canción de caza.

—No os burléis, querido maestro; cada cual en su lugar. Mientras os regocijáis oyendo á los cantores, yo me divertiré en la pradera del común."

Todo pasó como lo había previsto Maese Martin. Reinaldo cantó algunos aires sobre diferentes asuntos que agradaron mucho á los maestros cantores, bien que manifestasen la opinión de que en la voz del joven

habia cierto sabor á extranjerismo que no podía ser aprobado. Federico subió en seguida al facistol, y después de haber dirigido la vista en derredor, haciendo que su mirada penetrase el corazón de Rosa y obligándola á suspirar, entonó un magnífico cántico del género melodioso de Frauenlob. Todos los maestros declararon unánimemente que nadie podría aventajar á este joven.

En la tarde Maese Martin, para terminar alegremente el día, bajó con Rosa á la pradera del común. Los oficiales Reinaldo y Federico obtuvieron el permiso de acompañarlos; Rosa iba entre ellos.—Federico, animado por los elogios de los maestros, osó dirigirle algunas palabras que la joven fingía no oír, volviendo muchas veces el rostro hacia Reinaldo, quien charlaba alegremente, como de costumbre, y sin ceremonia tomaba el brazo de Rosita. Cuando llegaron al sitio en que los jóvenes de la ciudad se entregaban á toda clase de ejercicios, distinguieron las voces de la multitud, que gritaba: "Ganado, ganado; él es el más fuerte; nadie puede resistirle." Adelantándose al centro de la reunión, Maese

Martin conoció que todos los elogios se dirigían á su oficial Conrado, quien había vencido en la carrera á todos sus rivales, así como también en la lucha y en el juego de rayuela. Al llegar Maese Martin, Conrado preguntaba si habría quién se quisiese ensayar con él, en un combate de espadas embotadas. Varios jóvenes, habituados á este ejercicio caballeresco, entraron en la liza; pero momentos después Conrado los había fácilmente vencido, y todos alababan á porfía su fuerza y su destreza.

El sol se ponía en el horizonte; los vapores de la tarde subían á la superficie del cielo; Maese Martin, Rosa y los dos oficiales permanecían sentados á la orilla de un bullicioso manantial. Reinaldo hacía magníficos relatos de su viaje á Italia, mientras Federico miraba en silencio á la joven. Conrado se aproximó con pasos inciertos, como si vacilase en unírseles. "Acércate Conrado, gritó Maese Martin; te has conducido como un guapo en la pradera, y mereces que te asocie á mis oficiales. No tengas miedo; siéntate cerca de nosotros, pues yo te lo permito." Conrado echó una mirada penetrante sobre el maestro que le dirigía tan

satisfactorias palabras, y dijo con voz sorda: "No sois vos quien me intimida, ni necesito de vuestro permiso para sentarme aquí. No vengo á unirme con vosotros. He vencido á todos mis competidores, y vengo á preguntar á esta encantadora niña si por premio de mi victoria me concederá el hermoso ramillete que lleva prendido en el seno."

Hablando así Conrado, se arrodilló ante Rosa, la vió con sus ojazos negros, y le dijo después: "Querida Rosa, no podéis rehusarme esta gracia; regaladme ese ramillete como premio de mi victoria."

Rosa, sonriéndose, desprendió de su pecho el ramillete y se le dió, diciendo "Sé que un digno caballero como vos, tiene el derecho de exigir este dón de una dama. Recibid, pues, mis flores marchitas."

Conrado besó el ramillete y le colocó en su gorra, en tanto que Maese Martin se levantaba exclamando: "¡Todavía otra locura! ¡Vamos! volvámonos á casa, pues se aproxima ya la noche." Pusiéronse todos en marcha: Conrado tomó respetuosamente el brazo de Rosa, y los otros dos oficiales siguiéronlos con aire descontento.

Los vecinos á quienesencontraban, se de-

tenían para verlos pasar y decian: "Mirad allí al rico Tobías Martin con su bella hija y sus oficiales. Todos ellos son muy buenas gentes."

---

DE QUÉ MODO CONVERSARON MARTA Y ROSA ACERCA DE LOS TRES OFICIALES, Y CÓMO CONRADO RIÑÓ CON MAESE MARTIN.

---

Las jóvenes acostumbraban pensar por la mañana en las alegrías de la fiesta de la víspera, cuyo recuerdo les es muchas veces más agradable que la misma fiesta. Rosa estaba sentada en su alcoba, juntas las manos sobre el pecho, inclinada al suelo su cabeza, y abandonados el torno y la aguja. Tal vez oía los cánticos de Reinaldo y Federico; acaso veía á Conrado obteniendo el triunfo sobre sus competidores; tan pronto ensayaba el tema de una cancioncilla, como se decía en voz baja: "¿Queréis mi ramille-

te?" y su rostro se llenaba de rubor súbito, centelleaban sus ojos al través de las pestañas, y un suspiro fugitivo salía de su pecho. Marta entró, y Rosa se alegró de poderle referir cuanto había pasado en la iglesia de Santa Catalina y en la pradera.

Cuando hubo terminado, díjole Marta sonriéndose: Veamos, querida Rosa, tendréis que escoger muy presto entre tres hermosos apasionados.

—¡En nombre del cielo! exclamó Rosa asustada y con el rostro encendido, ¿qué decís Marta?....¡Yo....tres apasionados!

—Qerida niña, replicó Marta, no os hagáis de las nuevas. Preciso es estar ciega para no ver que Reinaldo, Federico y Conrado están enamorados de vos.

—¡Vaya una idea! murmuró Rosa ocultándose el rostro con las manos.

—Vamos, pobre niña, continuó Marta sentándose cerca de ella; mírame y confiesa que has notado hace ya muchos días cuánto se ocupan de tí los oficiales. Confiésalo. Bien ves que no puedes negarlo, y sería muy raro que una joven dejase de notar desde luego estas cosas. ¿No has visto cómo las miradas se dirigen á tí, cómo se anima

todo en el taller luego que tu te presentas; cómo Reinaldo y Federico entonan su canción más hermosa, y cómo el fogoso Conrado se calma con tu presencia? ¿No has visto que cada cual se empeña en aproximarse á tí, y cómo se anima el semblante de aquel á quien diriges una palabra dulce ó una tierna mirada? ¡Ah, hija mía! ¿No es una dicha que tales jóvenes se afanen así en derredor tuyo? Tú escojerás á uno de los tres: ¿á quién? esto es lo que yo no oso decir, puesto que tratas bien á todos ellos, aunque yo creo.... pero ¡chitón! Si te me acercases diciéndome, "aconsejadme, Marta: ¿á quién de estos jóvenes debo conceder mi corazón y mi mano?" yo te contestaría: "si tu corazón no te lo dice en voz alta, despáchalos á todos á otra parte." Por lo demás, Reinaldo me agrada mucho, y lo mismo Federico y Conrado, si bien tengo algo que objetar contra cada uno de ellos. Sí, querida Rosa: cuando veo trabajar con tal ardor á estos jóvenes oficiales, siempre pienso en mi pobre Valentín, y me digo que él mismo no habría podido ejecutar mejores obras; pero tenía otro aire y maneras del todo distintas cuando se ponía á trabajar. Notábase que lo hacía de

corazón, y con toda su alma; en tanto que estos jóvenes parecen tener en la cabeza algo que no es su trababajo, y diríase que se han echado encima un fardo que soportan con valor. Federico es quien más me agrada; su natural es dulce y honrado. Paréceme que nos prertenece más de cerca que los demás. Comprendo cuanto dice y lo que más me gusta en él, es que apenas osa verte, que se ruboriza cuando le hablas, y en una palabra, que ha conservado la piadosa timidez de un niño."

Mientras hablaba asi Marta, una lágrima brillaba en los ojos de Rosa; levantóse, y, dirigiéndose á la ventana, dijo: "Sí, amo también á Federico; pero no por eso he de despreciar á Reinaldo."

—¿Ni cómo podría yo despreciarle? exclamó Marta; evidentemente Reinaldo es el más bien parecido de todos. ¡Qué ojos los suyos! No; cuando os echa una de sus miradas penetrantes, no se le puede resistir. Pero hay en él no sé qué de singular que me desconcierta. Paréceme que Maese Martin debe experimentar al verle en su taller, lo que experimentaría yo si alguien depositase en mi cocina un utensilio de oro y diamantes

para que me sirviese de él como de un utensilio ordinario; no osaría tocarle. Habla, refiere historias, sus palabras resuenan cual música armoniosa y os subyugan; pero cuando pienso después en lo que ha dicho, resulta que no he comprendido jota de ello. Y cuando se chancea á nuestro modo y quiere ser como nosotras, toma de repente un aire distinguido que me asusta. No puedo, sin embargo, decir que tenga las maneras de nuestros gentiles hombres y de nuestros patricios; no, es diferente de ellos. En una palabra; diría, y Dios sabe la causa, que se halla en relaciones con los espíritus superíores, como si perteneciese á un mundo diverso. Conrado es un mozo brusco, gallardo, impetuoso, y en todos sus ademanes hay un sello de distinción que no se hermana con el mandil. Además, obra como si debiera ser aquí el amo, y como si los demás estuviesen obligados á obedecerle. En el poco tiempo que lleva de estar en la casa, ha logrado ya dominar á Maese Martin. No obstante, es de un carácter tan bueno, y tan honrado, que no se le puede guardar rencor. Hasta pudiera añadir que, á pesar de sus modos imperiosos, me agrada más que Reinaldo,

porque todo lo que dice con su acostumbrada violencia se comprende bien. Apostaría á que ha sido soldado: sabe manejar las armas y usa ciertas expresiones militares que le caen bien. Ahora díme tú, Rosita, sin excusas, quién de los tres oficiales te agrada más.

—Ya no me hagáis preguntas inútiles, Marta, contestó Rosa. Lo que hay de cierto es que Reinaldo no me inspira miedo como á vos. No puedo negar que tiene un aire enteramente diverso del que tienen sus compañeros; mas su conversación es para mí como un hermosisímo jardín lleno de flores agradables y de frutos desconocidos que me deleito en contemplar. Desde que Reinaldo está aquí, infinidad de cosas que me parecían tristes y descoloridas, han tomado á mis ojos forma brillante y poderoso atractivo.

Marta se levantó y, amenazando á Rosa con el dedo, le dijo al irse: "¿Así, pues, te decides por Reinaldo? Nunca lo habría creído."

—Marta, replicó Rosa, os suplico que no creáis ni suspechéis cosa alguna. Dejemos que se cumpla la voluntad del cielo, y aceptémosla humildemente.

Durante esto, el taller de Maese Martín estaba muy animado. Para satisfacer á todos sus pedidos había tomado nuevos oficiales, y el ruido del martillo y del hacha resonaba á gran distancia. Reinaldo acababn de tomar las medidas del gran tonel destinado al obispo de Bamberg, y le había hecho tan bien, acompañado de Federico y de Conrado, que saltaba de alegría el corazón de Maese Martín. "Hé aquí, exclamó, lo que se llama un hermoso trabajo. No se habrá visto un tonel igual, excepto mi obra maestra."

Los tres oficiales acomodaban ruidosamente los aros sobre las duelas. El anciano Valentín cepillaba con ardor, y Marta estaba sentada detrás de Conrado, con sns niños que corrían gritando de un extremo á otro. Era aquel un alegre cuadro; y apénas notaron que el viejo Holzschuer estaba en el taller, Maese Martín, al verle se adelantó hacia él informándose cortesmente del objeto de su visita.

—"Quería ver otra vez más, dijo Holzchuer, á mi querido Federico, que trabaja allí con tanto celo. Además, necesito para mi cueva de un buen tonel, y vengo á pedí-

rosle. Pero ese que vuestros oficiales están acabando, es precisamente el qne me convendría. ¿Querréis cedermele y decirme su precio?"

Reinaldo que en este momento descansaba de su trabajo, le dijo: "¡Ah, mi querido maestro! Renunciad á ese tonel, pues está destinado al venerable obispo de Bamberg."

Maese Martin, con los brazos cruzados á la espalda, adelantado el pié izquierdo, y la cabeza echada hacia atrás, dirigió una mirada radiante al tonel, y dijo con orgullo: "Querido Maese Holzschuer, al ver lo escogido de esta madera y lo exquisito del trabajo, habríais debido comprender que un tonel semejante sólo podía estar reservado á una cueva de príncipe. Reinaldo ha dicho muy bien; no pidáis una obra como ésta. Mas, luego que terminen las vendimias, os haré un buen tonel, tan sólido como se necesita para vuestra cueva."

El viejo Holzschuer, irritado con el orgullo de Maese Martín, pretendió que sus monedas de oro pesaban lo mismo que las del obispo de Bamberg, y que mediante su dinero, en cualquier otro taller hallaría un

tonel tan bueno como el reservado al obispo.

Maese Martin apenas pudo contener su cólera; no osaba ofender al digno Holzschuer, estimado del consejo y de todos los vecinos. En este mismo instante Conrado batía sobre las duelas con tal fuerza que retumbaba todo el taller. La cólera de Maese Martin estalló contra él, y exclamó con violencia: "Conrado de todos los diablos, ¿por qué pegas así? Tratas acaso de romperme mi tonel?"

—¿Por qué nó? contestó Conrado mirándole con audacia; ¿Por qué nó, maestrito? Y al decir estas palabras, redobló sus golpes de tal manera que los aros se reventaron, y las duelas derribaron á Reinaldo del andamio en que estaba sentado.

En el arrebato de su furor, Maese Martin se apoderó de un palo que tenía Valentin en la mano, y dió con él á Conrado en la espalda, diciéndole: "¡Toma, perro maldito."

No bien Conrado recibió el golpe, cuando se volvió vivamente, y por un instante permaneció como petrificado; en seguida se le inflamaron los ojos, rechinó los dientes y excla-

mó: "¿Pegarme á mí?" Al decir esto, de un salto recogió una hacha que estaba en el suelo, y dirigió con ella un golpe tan vigoroso á Maese Martin, que le habría abierto la cabeza si Federico no hubiese empujado hacia atrás al tonelero, de modo que el hacha solamente le hirió el brazo, de donde comenzó á brotar sangre. Maese Martin perdió el equilibrio y vino al suelo. Todo el mundo se echó sobre el furioso Conrado, quien, agitando su hacha ensangrentada en el aire, exclamaba con voz terrible: "Preciso es que yo le envíe á los infiernos," y rechazando con fuerzas de gigante á todos aquellos que le rodeaban, iba á dar á Martin, tendido en tierra, un segundo golpe, que hubiera acabado con él, cuando súbitamente se apareció Rosa en la puerta del taller, con el semblante pálido y asustado.

Tan luego como Conrado percibió á Rosa, se quedó con el hacha en la mano, inmóvil como una estatua; en seguida, arrojando el arma lejos de sí, juntó sus manos sobre el pecho y exclamó con acento que conmovió á todo el mundo: "¡Oh Dios del cielo! ¿qué es lo que he hecho?" Después se salió del taller, y nadie pensó en seguir-

le. Levantaron al pobre Maese Martin; el hacha no había penetrado sino en la envoltura de grasa que cubría su brazo, y la herida no podía ser peligrosa, De entre los aros y las duelas sacaron al viejo Holzschuer, á quien Martin había arrastrado en su caída, y hasta donde fué posible se trató de apaciguar á los niños de Marta que lloraban y gritaban atrozmente. Maese Martin estaba muy abatido, y sin embargo, aseguraba que se consolaría respecto de la herida, si no hubiese quedado destruído su hermoso tonel.

Trájose una litera para ambos ancianos, pues Holzschuer se había herido al caer. Maldijo un oficio en que se necesitaba hacer uso de instrumentos tan homicidas, y conjuró á Federico á que volviese á abrazar su noble profesión de artista.

Federico y Reinaldo, á quienes había espantado tal acontecimiento, tomaron tristemente en la tarde el camino de la ciudad. Cuando iban caminando, oyeron tras de ellos suspiros y sollozos; detuviéronse y vieron á Conrado que se les acercaba.

"¡Ah! mis queridos compañeros, les dijo con voz gemebunda; no os espantéis de

verme; vosotros me consideráis como miserable asesino; pero no, no lo soy ciertamente. No podía obrar de otro modo; debía matar al viejo del maestro y en la actualidad ir en vuestra compañía á abrirle los cascos si fuese posible; pero no; esto es hecho; no me volveréis á ver más. Saludad á Rosa, á quien amo sobre cuanto hay en el mundo; decidle que por toda mi vida conservaré su ramillete sobre mi corazón, y que me adornaría con él si....en fin, tal vez algún día oiga ella hablar de mí. Adiós, queridos compañeros." Y diciendo esto, huyó hacia el campo.

—Hay, dijo Reinaldo, algo de singular en este joven. No podemos juzgar de lo que ha hecho por las reglas comunes. "Tal vez el porvenir nos revele el misterio que hoy oculta Conrado."

---

## REINALDO DEJA LA CASA DE MAESE MARTIN.

Todo lo que tenía antes de animación el taller de Maese Martin, se convirtió en tristeza. Reinaldo, imposibilitado de trabajar, permanecía en su alcoba: Martin, con el brazo vendado, se quejaba sin cesar de su heridor. Rosa, Marta y sus hijos no osaban volver al teatro de tan desoladora escena. Federico trabajaba solo sin tregua, y los golpes de su mazo resonaban en el taller desierto, como resuenan los golpes del leñador en el bosque durante el otoño. Un fastidio profundo pesaba sobre el alma de Federico, pues creía reconocer claramente lo que había sospechado de mucho tiempo atrás; ya no dudaba del amor de Rosa á Reinaldo. No sólo dirigía en otro tiempo á Reinaldo dulces palabras y miradas afectuosas, sino que desde que este joven no venía al taller, Rosa permanecía en la casa, sin duda con el objeto de cuidarle.

En la hermosa mañana de un domingo, Maese Martin, curado ya de su herida, invitó al joven oficial á que con él y Rosa viniese á la pradera del común; pero Federico, oprimido por su dolor, no aceptó la invitación y se retiró cerca de la colina donde encontró por primera vez á Reinaldo. Echóse sobre el césped, y cuando se puso á pensar en la brillante estrella de la esperanza que lucía en su camino y que al presente se había ocultado en las tinieblas; cuando convino en que todos sus esfuerzos se parecían solamente á un sueño vano, sus ojos se llenaron de lágrimas, que cayeron sobre las flores, cuyas corolas se dirigían hacia él como para asociársele en sus pesares. Federico suspiró y cantó estos versos:

"¡Oh dulce flor de la esperanza mía!
¿Por qué te marchitaste ya en mi seno?
¿Qué has hecho de mi afán y mi alegría?
Suéltese el aquilón y estalle el trueno:
Venga su luz á iluminar mi faz.

¡Todo acabó! ¿Mis pasos vacilantes
Adónde dirigir? Las mustias flores,
Gala y orgullo de los prados antes,
Aconsejan la muerte á mis dolores.
¡Sólo en la tumba encontraré la paz!"

Muchas veces la más profunda tristeza

se calma por medio de los suspiros y de las lágrimas, y un rayo alegre de sol penetra en el alma al través del llanto: cuando Federico hubo cantado estos versos, sintióse más tranquilo y más fuerte. La brisa de la tarde, los objetos invocados por él, parecían dirigirle palabras de consuelo, y en el sombrío firmamento vió brillar rayos dorados de luz, como los sueños de una dicha lejana. Levantóse y bajó á la villa; parecíale que Reinaldo caminaba todavía á su lado; recordaba cuanto le había oído decir, y cuando vino á su memoria la comparación de los dos pintores amigos luchando uno con otro, creyó que se descorría un velo ante su vista. "Sin duda, se dijo, Reinaldo había visto ya y amado á Rosa. Este amor era lo que le atraía á Nuremberg, á la casa de Maese Martin, y hablando de los dos artistas, quería sin duda designarse él mismo y designar á su compañero de oficio, pretendiendo ambos la mano de Rosa." Aun oía Federico las palabras que Reinaldo le dirigió entonces: "Los verdaderos amigos deben marchar juntos hacia el mismo objeto, sin artificios ni desunión. El odio y la envidia no pueden penetrar en los corazo-

nes generosos.”—“Sí, exclamó Federico, quiero, amigo mío, dirigirme á tí con franqueza: tú me dirás si debo ó no perder toda esperanza.

A la mañana siguiente llamó á la puerta de Reinaldo; como nadie respondía, dió vuelta á la llave y entró, pero en el mismo instante quedó petrificado. Rosa estaba pintada ante él, en todo el brillo de su gracia y de su juventud, iluminada por los rayos del sol. El tiento puesto sobre la mesa y los colores húmedos extendidos en la paleta, indicaban que se había trabajado recientemente en el cuadro.

—¡Oh Rosa! ¡Rosa! ¡Dios del cielo! murmuró Federico.

Reinaldo que se había acercado tras él, le tocó la espalda y le dijo riéndose: “Veamos, Federico; ¿qué piensas tú de mi obra?”

Federico le estrechó contra su pecho y exclamó: “¡Oh, maravilloso artista! Todo lo comprendo ahora: Tú eres quien ha ganado el premio. ¿Cómo hubiera podido, miserable de mí, disputártele? ¿Qué soy á tu lado? ¿Qué es mi arte en comparación del tuyo? Y sin embargo; yo también tenía

algo en el corazón. No te burles de mí, querido Reinaldo: mira, yo pensaba cuán hermoso sería modelar la encantadora forma de Rosa y vaciarla en plata fina; pero esto era una niñería. ¿Y tú....y tú....? ¡Cuán hermosa es y cómo nos sonríe en este retrato! ¡Ah, Reinaldo! ¡Feliz mortal! Se ha realizado lo que tu habías predicho: ambos hemos luchado y te coronó la victoria; tú eres quien debía vencer, y mi corazón te seguirá siendo adicto; pero es preciso que yo salga de esta casa y que me aleje de esta tierra: yo no puedo permanecer aquí: me moriría si me fuese preciso ver á Rosa otra vez. Perdóname, digno amigo mío: hoy mismo quiero partir, quiero ir muy lejos, llevando conmigo mis pesares."

A estas palabras, Federico hizo un movimiento para alejarse: Reinaldo le detuvo y le dijo con ternura: No te vayas, todo se terminará de muy diverso modo de el que supones. Ha llegado el tiempo de decirte lo que te había ocultado. Ya tú ves que no soy tonelero, sino artista, y, según puedes reconocer, no un artista vulgar. En mi primera juventud, fuí á Italia, tierra de las artes, y logré entrar en relaciones con grandes

maestros, cuyas lecciones y excitativas conservaron en mí el fuego sagrado. Adquirí celebridad: mis cuadros hicieron ruido en toda la península, y el duque de Florencia se sirvió llamarme á su corte. Entonces desdeñaba yo el arte alemán, y sin haber visto vuestras obras maestras nacionales, hablaba de la sequedad de tono y del dibujo incorrecto de vuestro Dûrero y de vuestro Kranach. Cierto día un mercader de cuadros trajo á la galería del gran duque una madona de vuestro viejo Dûrero, é hizo en mí tal impresión, que en el mismo instante resolví venir á Alemania, para observar y estudiar sus obras artísticas. Llegaba á Nuremberg, y, al hallarme con Rosa, creí ver en ella la imagen animada de la madona que me había tan vivamente conmovido. Mi corazón, lo mismo que el tuyo, ardió en amor. Esperaba poder aproximarme á la joven con aquella libertad que reina entre los italianos; pero todas mis tentativas fueron inútiles: era imposible entrar en la casa de Maese Martin bajo un pretexto frívolo. Vínome entonces la idea de presentarme como pretendiente; pero supe que Maese Martin habia resuelto no dar su hija sino á un

tonelero. Por último, decidíme á ir á Estrasburgo, estudiar allí el oficio de tonelero, y volver en seguida á casa de Maese Martin. Lo demás encomendélo á la Providencia. Tú bien sabes cómo he realizado mi proyecto; pero no sabes que Maese Martin me ha dicho hace algunos días, que podría yo llegar á ser un buen tonelero y que me admitiría para yerno de muy buena voluntad, pues había notado que procuraba conquistar el cariño de Rosa, y que ésta me oía con placer.

—¿Podía ser de otro modo? exclamó Federico, lleno de un violento dolor. Sí, sí, Rosa debe pertenecerte. ¿Cómo me atreví yo á soñar igual dicha?

—Te olvidas, contestó Reinaldo, de que Rosa no ha confirmado todavía las observaciones del hábil tonelero. Cierto es que ella siempre ha sido cariñosa y benévola conmigo; pero no es ese el idioma del amor. Prométeme, hermano mío, que permanecerás pacíficamente en la casa durante tres días, trabajando en el taller como de costumbre; pudiera yo acompañarte en el trabajo; pero desde que comencé este retrato, todo lo relativo á tonelería me causa repug-

nancia estremada; no puedo volver á empuñar el mazo. Como quiera que sea, dentro de tres días te diré con sinceridad á qué altura me hallo respecto de Rosa; si soy yo el preferido, partirás en buena hora, y sabrás por experiencia propia que el tiempo cura las heridas más profundas.

Federico ofreció seperarse.

Durante los tres días procuró con el mayor cuidado no encontrarse con la joven; su corazón era presa de una agitación vivísima. Habiendo sonado la hora decisiva, se deslizó, distraído, hacia el taller, y su torpeza más de una vez le atrajo los reproches de Maese Martin, quien, por otra parte, parecía penosamente preocupado y hablaba de astucia y de ingratitud, sin explicar con claridad su pensamiento. Cerca del anochecer, Federico volvió á tomar el camino de la ciudad y percibió á un hombre á caballo que venía hacia él. Era Reinaldo.

—Te buscaba exclamó éste: echó pié á tierra y, tomando de la mano á su amigo, "Caminemos juntos, le dijo, y te diré en qué estado se hallan mis pretensiones."

Federico notó que Reinaldo vestía el mismo traje que cuando le conoció por prime-

ra vez, y que había colocado sobre su caba llo una maleta de viaje. Su rostro estaba pálido y alterado.

—¡Sé dichoso! exclamó Reinaldo con tono brusco; tú puedes continuar tu trabajo; te cedo el puesto, porque acabo de despedirme de Rosa y de Maese Martin.

—¿Cómo es que partes--respondió Federico estremeciéndose—cuando Maese Martin desea tenerte por yerno y eres amado de Rosa?

—Los celos son los que te han cegado, hermano mío; es evidente para mí que Rosa no me aceptaba sino por obedecer, y que no hay chispa de amor en su corazón. ¡Oh! hubiera yo podido llegar á ser un buen tonelero, poner aros á las duelas durante la semana, concurrir el domingo con mi digna esposa á las iglesias de Santa Catalina y de San Sebaldo, y en la tarde á la pradera del común, año tras año.

— No te burles, dijo Federico, de la vida apacible y honrada de nuestros excelentes artesanos: si Rosa no te quiere, esto no es culpa suya. ¡Eres tú tan vivo, tan arrebatado!

—Tienes, razón, replicó Reinaldo; ésta es

una necia costumbre mía; cuando me creo herido, grito lo mismo que un niño mimado. He hablado á Rosa de mi amor y de la voluntad de su padre: sus ojos se llenaron de lágrimas, su mano ha temblado entre las mías, y, volviendo á otra parte el rostro, me ha dicho: "Preciso es que cumpla los votos de mi padre." Era bastante con esto. Ya comprenderás lo que ha pasado en mí: el deseo que experimentaba de poseer á Rosa no era más que una ilusión. Cuando he acabado su retrato, mi corazón se ha tranquilizado, y á menudo me ha parecído que lo que yo quise fué satisfacer una pasión de artista. El oficio de tonelero me ha llegado á ser odioso, é insoportable la vida de artesano; veíame como encerrado en una prisión y cargado de cadenas. ¿Cómo podría llegar á ser mi esposa la virgen celestial á quien llevo en mi corazón? No; preciso es que yo la vea siempre con la juventud y la belleza eternas que le he dado en mi imaginación. No veo la hora de hallarme lejos de aquí para entregarme sin reserva á las artes. ¡Presto volveré á verte en todo tu esplendor, oh Italia adorable, patria del arte!"

Los dos amigos habían llegado al lugar donde el camino que Reinaldo debía seguir, tomaba distinta dirección.

—"Separémonos aquí," exclamó Reinaldo, después de haber estrechado en sus brazos á Federico. En seguida montó á caballo, y se alejó rápidamente.

Federico le contempló algún tiempo en silencio, y á poco volvióse á casa de Maese Martin, llevando su corazón agitado de mil diversas emociones.

---

### CÓMO FEDERICO FUÉ LANZADO DEL TALLER DE MAESE MARTIN.

---

Al siguiente día Maese Martin trabajaba sin decir palabra y con aire de mal humor, en el gran tonel del obispo de Bamberg, y Federico afligido con la partida de Reinaldo, no tenía la voluntad necesaria para hablar y mucho menos para cantar.

Al cabo Maese Martin, echando á un lado los utensilios y cruzando los brazos, di-

jo con voz sombría: "¡Hé aquí que también se ha marchado Reinaldo! Era un pintor distinguido, y se ha burlado de mí con sus apariencias de tonelero. ¡Si yo hubiera podido sospechar esto cuando llegó contigo, cómo le habría enviado á pasear! ¡Un rostro tan franco, tan honrado, y un corazón tan lleno de mentira y astucia! Se ha ido ya, y espero que tú seguirás fiel á nuestro oficio. ¡Quién sabe todo lo que podremos estrecharnos si llegas á ser un buen maestro y si Rosa te halla de su gusto! Ya tú me entiendes; procura agradar á Rosa."

Dicho esto, volvió á tomar sus instrumentos y continuó su trabajo. Federico no podía explicarse la impresión producida en él por las palabras de Maese Martin; pero estas palabras le destrozaban el corazón, y una ansiedad indefinible alejaba de él toda esperanza. Rosa volvió á aparecerse en el taller por la primera vez después de largo tiempo: estaba pensativa, y Federico notó con dolor que tenía los ojos encarnados. "Ha llorado por su partida--dijo--luego le ama," y el joven no osaba mirar al objeto de su amor infinito. La obra del gran tonel había terminado, y al contemplarle, Maese Mar-

tin recobró su antiguo buen humor. "Sí, hijo mío, dijo á Federico, dándole golpecitos en la espalda; es cosa resuelta: si logras ganar el cariño de Rosa, y hacer una hermosa obra maestra, serás mi yerno. Podrás, aparte de esto, ingresar en la corporación de los maestros cantantes y conquistar mucha honra."

Los pedidos aumentaban de día en día, y Maese Martín tuvo que tomar otros dos oficiales, buenos trabajadores, pero gente sin educación, y desmoralizada por sus largos viajes. En vez de las alegres y espirituales conversaciones de Reinaldo y Federico, no se oían más que chanzas vulgares y canciones de taberna.

Rosa se alejó del taller, y Federico ya no la vió sino rara vez y por casualidad. Cuando detenía en ella sus miradas melancólicas y le decía suspirando: "¡Ah Rosa! ¡Si pudiese hablar con vos; si estuviéseis tan risueña como en tiempo de Federico!" Ella bajando los ojos le contestaba: ¿Tenéis algo que decirme, querido Federico?" Entonces éste permanecía mudo, y la feliz oportunidad huía como un relámpago, que no bien es visto cuando ya se desvaneció

Maese Martin insistía en que Federico diese principio á su obra maestra. Él mismo había escogido la más hermosa y pura madera de encino; una madera sin vetas ni nudos, una madera conservada en su almacén durante cinco años, y nadie sino el anciano Valentín debía ayudar á Federico. Sin embargo, la grosería de los recién venidos hacía más y más penoso el trabajo al joven tonelero, quien se sentía sobrecojido de tristeza mortal pensando que la obra maestra que iba á emprender decidiría del destino de su vida. Sentíase languidecer continuamente en un oficio tan opuesto á su primera vocación de artista. El retrato de Rosa pintado por Reinaldo se presentaba sin cesar á su espíritu, y las obras del arte le parecían más y más circundadas de brillante aureola. A menudo, cuando se hallaba subyugado por todos estos sentimientos de temor y de pesar, iba á procurarse refugio en la iglesia de San Sebaldo. Allí contemplaba durante horas enteras el monumento admirable de Pedro Fischer, y exclamaba con entusiasmo: "¡Oh Dios del cielo! ¡Ejecutar una obra semejante! ¿Hay algo de más hermoso en el mundo?" En segui-

da, cuando volvía á sus duelas y á sus arós y cuando se ponía á pensar en todo lo que tenía que hacer para ganar la mano de Rosa, parecíale que con unas tenazas ardientes le destrozaban el corazón, y que debía sucumbir á su miseria. Muchas veces en sueños veía que Reinaldo se le aparecía presentándole maravillosas muestras de escultura en que la imagen de Rosa brillaba, ya sea bajo la forma de una flor, ya sea bajo la forma de un ángel con las alas tendidas. Notaba, sin embargo, que Reinaldo se había olvidado de poner un corazón á esta imágen, y él mismo se encargaba de dibujarle. Además, creía frecuentemente que las flores alzaban un canto misterioso y que los metales reproducían en su tersa superficie la imagen de Rosa. Tendía los brazos hacia ella, y entonces la imagen material desaparecía, y Rosa misma le estrechaba en su seno.

La situación de Federico se iba haciendo más y más cruel, y nuestro joven fue á buscar consuelo á casa de su antiguo maestro Juan Holzschuer. Éste le permitió que trabajase en su taller, y Federico empleó el fruto de sus economías en modelar en plata la obra que había concebido.

Algunos meses transcurrieron así, y Federico, á quien se hubiera creído atacado de una enfermedad grave, por lo pálido de su semblante, en lo que menos pensaba era en dar pricipio á su obra maestra. Maese Martin le echó en cara con dureza su poco celo, y Federico se vió obligado á tomar de nuevo el hacha y el cepillo. Mientras que trabajaba, Maese Martin se le acercó y, mirando las duelas que acababa de confeccionar, le dijo lleno de cólera: "¡Qué veo! ¿Es digno este trabajo de un oficial que aspira á ser maestro? Un simple aprendiz lo habría hecho mejor á los tres días de práctica. Federico ¿qué espíritu del infierno te inspira?..Hé aquí inutilizado por tu torpeza mi mejor trozo de encino."

Subyugado por sus pensamientos desoladores, Federico ya no pudo ser dueño de sí: arrojó el hacha y contestó: "Pues bien, sí, esto es hecho: aunque deba costarme la vida, yo no puedo continuar en este trabajo vulgar, cuando me siento arrastrado por una fuerza irresistible hacia las obras del arte. ¡Ah! Yo amo á vuestra Rosa de un modo inexplicable, como nadie puede amarla en el mundo: sólo por ella he querido dedicarme á este oficio. Al presen-

te, la pierdo, lo conozco así, y presto sucumbiré á mi desdicha; pero no puedo obrar de otra manera; vuelvo á mi noble profesión, vuelvo á la casa de mi excelente maestro Holzschuer á quien abandoné indignamente."

Los ojos de Maese Martin chispeaban, y la cólera sofocaba sus palabras, al extremo de que sólo pudo decir: "¡Qué! ¿tú también?.... ¡Mentira y traición!.... ¡Cómo me han engañado!....¡Lárgate de aquí, miserable!"

Diciendo esto, Maese Martin cogió por la espalda al pobre de Federico, y le empujó fuera del taller. Al alejarse el jóven oyó las burlas de sus nuevos compañeros. El anciano Valentín juntó las manos y exclamó con aire distraído: "Bien había yo notado que el joven pensaba en algo mejor que en nuestros toneles." Marta lloró y los niños gritaron al no ver á Federico, quien jugaba alegremente con ellos y les traía multitud de golosinas.

CONCLUSIÓN.

Por irritado que estuviese Maese Martin contra Reinaldo y Federico, debía recono-

cer que con ellos habían desaparecido todas las alegrías y todos los placeres del taller. Los nuevos oficiales no le ocasionaban sino inquietudes y fastidio. Tenía que ocuparse en todos los detalles de su trabajo, y no podía obtener un resultado medianamente satisfactorio. Harto de todos estos disgustos, exclamaba frecuentemente: "¡Ah Reinaldo! ¡Ah Federico! ¿Por qué me habéis engañado? ¿Por qué no habéis querido permanecer toneleros?" A veces su tristeza era tanta que le impedía trabajar.

Cierta tarde se hallaba sentado en su casa, en una de estas sombrías disposiciones de espíritu, cuando Jacobo Paumgartner y Maese Juan Holzschuer entraron de repente. Creyó desde luego que se trataría de Federico, y en efecto, Paumgartner no tardó en hablar del joven, cuyo elogio hizo Holzschuer, diciendo que Federico sería no sólo un platero excelente, sino también un fundidor ilustre en el género de Pedro Fischer.

Paumgartner entonces reprochó vivamente á Maese Martin la dureza con que había tratado al pobre obrero, y ambos suplicaron al viejo maestro que no negase su hija

á Federico en el caso de que ella le amara.

Maese Martin los dejó hablar y dijo sonriéndose: "Mis queridos señores, tomáis con mucho calor la defensa de un muchacho que me ha engañado indignamente. Convengo en perdonarle; pero, respecto de Rosa, no se hable más."

En este momento, Rosa entró con el semblante pálido y los ojos llenos de lágrimas, y puso en silencio los vasos y el vino sobre la mesa.

—Preciso es, pues, replicó Holzschuer, conformarse con la resolución de Federico, que quiere dejar su país para siempre. Ha hecho en mi casa un hermoso trabajo, que os pide, querido Maese Martin, el permiso de ofrécer á vuestra Rosa.

Diciendo esto, Holzschuer sacó de su bolsillo una copita de plata artísticamente cincelada, y la presentó á Maese Martin que era muy aficionado á tales alhajas y que la miró atentamente en todos sentidos. Nada se podía ver de más lindo que esta copa. Ligeros festones de uvas y rosas la ceñían, y de en medio de los botones de rosa, asomaban preciosas cabecitas de ángeles. La parte interior del vaso estaba dorada y

adornada de querubines. Cuando la copa se llenaba de vino hubiérase dicho que todos estos angelitos jugaban en el trasparente licor.

—En efecto, dijo Maese Martin, es un trabajo delicioso, y le conservaré siempre que Federico quiera recibir su valor duplo en buenas monedas de oro.

A la sazón abrióse suavemente la puerta, y Federico apareció pálido como la muerte.

No bien Rosa le hubo visto, cuando exclamó: "¡Oh Federico mió!" y corrió á echarse medio muerta en sus brazos.

Maese Martin, estupefacto, miraba á los jóvenes; en seguida reconoció de nuevo el interior de la copa, y por último, exclamó, con voz vibrante: "Rosa, Rosa, ¿quieres á Federico?"

—¡Oh! murmuró Rosa, no puedo ocultarlo por más tiempo. Le quiero como á mí misma. Sentí que se me partia el corazón cuando le arrojásteis de casa.

—Pues bien, Federico, dijo Maese Martin, abraza á tu prometida esposa.

Paumgartner y Holzschuer se miraron mútuamente con sorpresa; pero Maese Martin, volviendo á tomar la copa, les dijo: "¡Oh

Dios del cielo! todo lo que la anciana abuela había profetizado, se ha cumplido. Traerá, dijo, una casa pequeña y brillante, donde ángeles hermosos cantarán entre aromáticas olas. Hé aquí la casa; hé aquí los ángeles, hé aquí el novio. Vamos, pues, mis queridos señores, todo va perfectamente, ya tenemos yerno."

Solamente aquel á quien haya acaecido verse trasportado por un sueño penoso á la oscuridad de una noche profunda y siniestra y que despierta súbitamente en medio de flores embalsamadas, bajo el aire puro de la primavera, podrá apreciar la emoción de Federico. Imposibilitado de hablar, tenía á Rosa enlazada en sus brazos. Al fin exclamó: "!Oh querido maestro! ¿Es cierto esto? ¿Consentís en darme la mano de Rosa, y puedo yo entregarme á mi arte?"

— Sí, sin duda alguna, contestó Maese Martin: no puedo hacer otra cosa, puesto que has cumplido la profecía de la abuela. Tu obra maestra permanecerá aquí.

—No, mi querido maestro: terminaré mi último tonel, y entonces volveré á entregarme á mis tareas de cincelador.

—¡Guapo muchacho! dijo Maese Martin,

mientras brillaba en sus ojos la alegría; ejecuta, pues, tu obra maestra, y en seguida celebraremos las bodas.

Federico cumplió lealmente su promesa. Terminó su tonel de dos cubas, y todos los maestros declararon que difícilmente se hallaría obra más perfecta y hermosa. Maese Martin bendecía al cielo por haberle deparado tal yerno.

Llegó el día del casamiento. El tonel de Federico, lleno de vino añejo y coronado de flores, estaba puesto en el vestíbulo de la casa. Los maestros del gremio de los toneleros, presididos por Paumgartner, acudieron en compañía de sus esposas; en seguida llegó el gremio de los plateros. La comitiva se disponía á marchar á la iglesia de San Sebaldo, donde los novios debían recibir la bendición nupcial, cuando se oyeron sonidos de cornetas y relinchos de caballos que se detenían á la puerta de Maese Martin. El tonelero corrió á la ventana y vió á Enrique de Spangemberg, vestido de gala, y á corta distancia tras él, un joven á caballo, con espada al cinto y una gorra adornada de plumas flotantes y de piedras preciosas. Cerca del joven había una mujer

de admirable belleza, vestida con la misma elegancia y montada en un palafrén blanco como la nieve. Rodeaban á uno y otra pajes y criados vestidos de toda librea. Cesó el ruido de las cornetas, y Spangemberg exclamó: "¡Hola, hola, Maese Martin! No vengo aquí ni por el vino de vuestra cueva, ni por vuestros ducados, sino por el matrimonio de Rosa. ¿Me dejaréis entrar?

Maese Martin, acordándose de las palabras que había dicho, sintió alguna confusión y corrió á recibir al anciano gentilhombre.

Spangemberg se bajó del caballo y entró á la casa, saludando á todos. Siguiéronle la joven y el caballero. Cuado Maese Martin vió á éste juntó las manos y exclamó: "¡Dios del cielo! ¡Es Conrado!"

—Sí, mi querido maestro, dijo éste; soy vuestro oficial Conrado. Perdonadme la herida que os hice: hubiera debido mataros; pero las cosas se han arreglado de diversa manera.

Maese Martin contestó que valía más así, y que no se acordaba del rasguño que había recibido. Cuando la noble sociedad se reunió en la sala, todo el mundo se admiró al ver cuánto la joven se parecía á Rosa. El ca-

ballero se aproximó á la novia y le dijo: "Permitid, bella Rosa, que Conrado asista á vuestro casamiento, y perdonad al fogoso oficial que por poco causa una desgracia."

El anciano Spangemberg tomó entonces la palabra y dijo: "He aquí á mi hijo Conrado, y allí á su mujer que también se llama Rosa. ¿Os acordais, Maese Martin, de la noche en que os pregunté si querríais dar vuestra Rosa á mi hijo? Este se hallaba entonces terriblemente apasionado de ella, y me había decidido á haceros tal petición. Cuando le dije en qué términos me contestásteis, entró en vuestro taller para ganar el cariño de vuestra hija, y tal vez por robárosla. Vos le curásteis por medio de unos cuantos palos, y yo os lo agradezco. Conrado halló una doncella noble, que es, sin duda, la misma Rosa á quien él llevaba en su corazón."

La joven saludó con gracia á la novia, y le dijo, al presentarle como regalo de bodas un collar de perlas: "He aquí, querida Rosa, el ramillete de flores que dísteis á mi Conrado como premio de su victoria: le ha conservado cuidadosamente; pero cuando llegó á seros infiel, me le regaló. No os enojeis por ello.

—¡Ah señora! ¿qué decís? contestó Rosa: ¿el noble Conrado podía nunca amar á una pobre hija del pueblo como yo? Vos sola podíais merecer su amor, y sin duda, á causa de que tengo vuestro mismo nombre se ocupaba de mí, no pensando sino en vos."

Por segunda vez iba á ponerse en marcha la gente, cuando llegó un joven vestido de terciopelo á la moda italiana y con cadenas honoríficas sobre su pecho.

—¡Oh Reinaldo; mi querido Reinaldo! exclamó Federico, echándose en los brazos del joven. Al mismo tiempo Maese Martin y la novia arrojaban una exclamación de alegría.

—¿No te dije, murmuró Reinaldo estrechando á su compañero contra su corazón, que todo se arreglaría perfectamente? Vengo á celebrar tu matrimonio, y quiero ofrecerte el cuadro que pinté para tí."

Diciendo esto, mandó á dos criados que acercasen un hermoso cuadro, con su marco de oro, y que representaba á Maese Martin en su taller, con sus oficiales Reinaldo, Federico y Conrado, trabajando en la construcción de un gran tonel, en tanto que Ro-

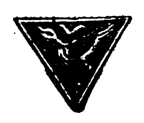
sa venía á hacerles su visita. A todos sorprendió la verdad de la obra y el brillo de su colorido.

—¡Ah! dijo Federico sonriéndose, esta es tu obra maestra. La mía está en el vestíbulo; pero muy presto ejecutaré otra.

—Todo lo sé, contestó Reinaldo, y te creo feliz. Permanece fiel á tu profesión, que, después de todo, proporciona más alegría doméstica que la mía.

Durante la comida, Federico estuvo sentado entre ambas Rosas, y frente á él estaba Maese Martin entre Conrado y Reinaldo.

Paumgartner llenó hasta el borde la copa de Federico y la vació á la salud de Maese Martin y de sus dignos obreros. La copa circuló por toda la mesa, y el anciano Spangenberg y todos los maestros brindaron alegremente por el tonelero, por su hija y por sus antiguos oficiales.



# HAIMATOCARA.

DE HOFFMANN.

---

# PRÓLOGO.

Las siguientes cartas me han sido comunicadas por mi amigo Adalberto de Chamisso, á su regreso de un viaje al rodedor del mundo. Las he creído dignas de ser ofrecidas al público. Se verá en ellas cómo un acontecimiento insignificante en apariencia, puede inopinadamente romper los lazos de la más sólida amistad y acarrear terribles catástrofes.

*E. T. A. Hoffmann.*





# HAIMATOCARA (1)

---

CARTA I.

A. S. E. el Capitán general y Gobernador de la Nueva Gales del Sur.

Puerto Jackson, Junio 21 de 1818.

ACABA V. E. de agregar á mi amigo Brougthon, en calidad de naturalista, á la expedición que debe salir para O-Wahú. Tenía yo el más vivo deseo de volver á ver tal isla, donde no permanecí antes lo suficiente para completar observaciones en sumo grado interesantes á las ciencias naturales. Estamos acostum-

(1) Esta curiosísima producción, dada á conocer en Francia en 1844, apareció entre las «Obras póstumas» de Hoffmann, publicadas por su viuda en Alemania en 1839

tener mi amor á la historia natural; pero deseaba él, como yo, alejarse de Puerto Jackson, donde carecía de alimento nuestro ardor científico. Creo haberos ya advertido que se prometió á Teimotú, rey de O–Wahú, un hermoso navío que iba á ser construido y fletado en Puerto Jackson.

Luego que fué botado al agua, el capitán Bligh recibió orden de llevarle á O–Wahú, y de permanecer allí algún tiempo procurando acabar de conquistar en favor del gobierno británico la voluntad de Teimotú. ¡Cómo hacía palpitar mi corazón la idea de contarme entre los expedicionarios, y cuánto me desesperé al saber que Brougthon iba á partir solo!

El buque "Decouverte," de porte mediano, apenas puede contener el suficiente número de oficiales y marineros. Me veía yo, pues, forzosamente detenido en Puerto Jackson; pero mi noble y sincero amigo me ha servido tan empeñosamente, que el Gobernador me agrega á la expedición. El lugar en que fecho esta carta os indicará que ha comenzado ya nuestro viaje. ¡Encantadora vida la que me aguarda! Ensanchan mi pecho la esperanza y el deseo cuando

pienso que cada día, hora tras hora, la naturaleza me abrirá sus tesoros; que podré apropiarme más de una maravilla ignorada; hacerme dueño de abundantes riquezas escapadas á los investigaciones de los demás naturalistas.

Os veo desde aquí sonreíros irónicamente con mi entusiasmo: os oigo exclamar: "Traerá en su bolsillo algún zoófito desconocido; pero si le pido razón de las costumbres extranjeras; si quiero obtener de él noticias descuidadas por los narradores de viajes, por toda respuesta me enseñará algún tapa-rabo y collares de coral; sus moscas, abejorros y mariposas le hacen olvidar á los hombres."

Bien sé que extrañáis que mis investigaciones tengan por único blanco á los insectos. Convengo en ello. La Omnipotencia ha mezclado tan completamente en mis facultades todas el gusto de la entomología, que esta inclinación es el signo característico de mi personalidad. Con todo ¡no me reprochéis que descuide á los hombres, á los parientes, á los amigos! Nunca mi pasión me arrastrará tan lejos como á cierto teniente coronel holandés cuya historia quiero refe-

riros á fin de desarmaros por completo cuando estéis en aptitud de compararme con tan feroz aficionado á la entomología.

Ese antiguo militar, con quien trabé cónocimiento en Koenisgberg, no veía en el universo más que los insectos. Como miembro de la sociedad humana no tenía de notable sino su sórdida avaricia y la idea fija de que alguna vez sería envenenado con pan de avena. Todas las mañanas preparaba y cocía por sí mismo un panecillo, le llevaba consigo cuando iba á comer en la ciudad, y jamás quería probar de otro. Hé aquí una muestra de su avaricia: al pasearse conservaba los brazos apartados del cuerpo, á fin de que su raído uniforme no se gastara más con el roce. No tenía el viejo más pariente que un hermano menor domiciliado en Amsterdam, y que llevaba más de treinta años de no verle. Para verle de nuevo, el de Amsterdam se pone en camino á Koenisgberg y entra en el gabinete del viejo. Sentado ante una mesa éste, con la cabeza inclinada, examinaba por medio del microscopio un puntito negro sobre una hoja de papel. El hermano menor lanza un grito de júbilo y quiere abrazar al observa-

dor, quien sin apartar la vista del objeto que estudia, le hace señas con la mano para que no se le aproxime, y le impone silencio repitiendo: "Chist." ¿Qué te pasa? gritó el menor: tu hermano Jorge está en presencia tuya: de Amsterdam llega expresamente para ver una vez más en la tierra al que no ha visto hace treinta años." El viejo, siempre inmóvil, murmura de nuevo "Chist, chist; el animalito se muere." Advierte entonces el menor que el punto negro es un gusano que se agita en las convulsiones de la agonía. Respetando la pasión de su hermano, siéntase silenciosamente á su lado: pasa una hora sin que el naturalista se mueva ni se digne concederle una sola mirada. El viajero se levanta bruscamente, sale del cuarto soltando enérgicos juramentos holandeses, toma la posta y regresa á Amsterdam, sin que el viejo tenga conciencia de lo que acaba de pasar.

Ahora bien, Eduardo, interrogaos: si aparecierais repentinamente en mi camarote en los momentos de estar yo absorto en la contemplación de algún insecto curioso ¿no abandonaría mi estudio para precipitarme en vuestros brazos?

No olvidéis, por otra parte, querido Johnstone, que la clase de los insectos es la que más misteriosas maravillas ofrece. Dejo á mi amigo Brougthon consagrarse á las plantas y á los animales de un orden superior: en cuanto á mí, elijo domicilio en medio de esos dulces seres extraños y á menudo impenetrables, que constituyen una transición, una sutura entre las plantas y los animales. Pero basta ya, que no quiero importunaros más largo tiempo; y para apelar á vuestro flaco poético, os citaré la peregrina imagen de un escritor alemán: "Los insectos, con sus brillantes colores, son flores en libertad."

Por lo demás ¿á qué justificar tan largamente mis inclinaciones? ¿Será para persuadirme yo mismo de que mi celo por la ciencia es lo único que me atrae á O-Wahú? ¿No será, más bien, para desviar ó engañar un presentimiento que me agita? Sí, Eduardo; ¡imagino que me acerco á una aventura desconocida. En los momentos mismos en que escribo, tal presentimiento se apodera de mí con tanta fuerza, que me es imposible continuar. Vais á tenerme por soñador; pero ¿qué remedio? Leo en mi alma, en lúci-

dos caracteres, que debo hallar en O-Wahú la mayor de las felicidades ó la más inevitable de las desdichas.

Todo vuestro.

*Juan Menzies.*

---

## Carta IV.

Del mismo al mismo.

Hanararú, en O-Wahú, Diciembre 12 de 1818.

No soy un soñador. Hay presentimientos que no engañan. Soy, Eduardo, el hombre más afortunado de la tierra: estoy en el apogeo de la existencia. Pero ¿cómo haceros compartir mis transportes é inefables delicias? Voy á recogerme en mí mismo y á procurar referiros con calma lo que ha pasado.

No lejos de Hanararú, residencia del rey Teimotú, hay un bosque encantador á que ayer acudí á la hora del crepúsculo. Trataba de coger una mariposa, cuyo nombre no os importa saber, y que emprende su curso

vagabundo después de puesto el sol. El tiempo estaba en calma, y los perfumes de las plantas inspiraban voluptuosidad. Al penetrar en la espesura sentí no sé qué dulce inquietud: misteriosos calosfríos recorrían mi cuerpo: mi languidez se exhalaba en vagos suspiros. El lepidóptero nocturno por mí buscado trazaba en su vuelo círculos en rededor mío; pero mis paralizados brazos carecían de vigor para apresarle. De repente me sentí atraído como por diestra invisible á un bosquecillo cuyos rumores me parecían otras tantas palabras de amor. No bien entrado en él ¿qué es lo que veo? Sobre blandas plumas de pichón, la más linda y seductora de las insulares que nunca he visto: algunos de sus contornos indicaban que había nacido en estos lugares: poco se diferenciaba de sus compañeras en el color, la forma y hasta el conjunto. La alegría y la admiración casi me sofocaban: aproximéme á ella con precaución, pues parecía estar durmiendo: apoderéme de ella, en una palabra, y la llevé conmigo: el más bello tesoro de la isla era mío. La he denominado "Haimatocara:" la he puesto en un lindo retrete con tapiz de papel dorado: le formé

un lecho con las mismas plumas de pichón en que la halló dormida. Parece comprenderme y adivinar cuán cara me es. Dispensadme, Eduardo, me despido de vos: precísame ir á ver lo que hace mi amada prenda, mi "Haimatocara." Abro su retrete y la veo tendida en su lecho, jugando con las brillantes y suavísimas plumas. ¡Oh Haimatocara!

Conservaos bien, Eduardo.

*Juan Menzies.*

---

## Carta V.

Brougthon al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

Hanarurú, Diciembre 20 de 1818.

El capitán Bligh habrá ya, sin duda, rendido cuenta á V. E. de nuestra feliz travesía y de la benévola acogida que Teimotú nos ha dispensado.

Encantado está dicho príncipe con los ricos presentes de V. E., y no cesa de repe-

tir que podemos considerar como nuestras las producciones todas de O-Wahú. El manto escarlata bordado de oro, que figura entre nuestros regalos, ha causado á la reina Kahumanú impresión tan profunda que la hace caer en verdadero éxtasis. Desde que amanece se interna en las soledades más sombrías de los bosques, y cobijándose con el manto, ensaya posturas inverosímiles que en la noche repite en presencia de la congregada corte. En ciertos momentos es presa de extraño abatimiento que desola al excelente Teimotú. He conseguido, sin embargo, distraer á la reina, ofreciéndole almuerzos de pescado frito regado de buenos vasos de ginebra ó de ron, y tal régimen disipa notoriamente sus languideces. ¡ Cosa rara ! Kahumanú anda sin cesar tras de Menzies, le estrecha en sus brazos, le prodiga los más tiernos epítetos, y estoy tentado de creer que se ha enamorado de él.

Por lo demás, obligado me veo á declarar á V. E. que Menzies, con quien yo contaba, me ha sido más perjudicial que útil. Muéstrase poco dispuesto á corresponder al amor de Kahumanú. En compensación, se halla poseído de culpable delirio, de pa-

sión insensata que le ha inducido á jugarme una mala partida, y que nos hará chocar para siempre si no desiste de su error. Me arrepiento de haber suplicado á V. E. que me le agregara; sin embargo, ¿podía yo prever que tan súbita ceguedad cambiara las disposiciones de un amigo de tantos años? Propóngome trasmitir á V. E. pormenorizada relación del asunto aquí indicado; y si Menzies no repara sus sinrazones, solicitaré el apoyo de V. E. contra quien tan indignamente ha correspondido al más sincero afecto.

Tengo la honra de ser con el más profundo respeto, etc.

*A. Brougthon.*

---

CARTA VI.

Menzies á Brougthon:

No: no puedo sufrirlo más. Tú me huyes y me diriges miradas de cólera y menosprecio; y me aplicas los epítetos de traidor y de pérfido. En vano busco, sin embargo,

los motivos que puedan justificar tu conducta hacia el más afectuoso de tus amigos. ¿Qué te he hecho? ¿En qué puedo haberte ofendido? A alguna mala inteligencia se ha de deber que dudes de mi ternura y adhesión. Te ruego, Brougthon, que aclares tan fatal misterio, te vuelvas á mí, y me trates como acostumbrabas hacerlo.

Davis, que te llevará esta esquela, va encargado de recoger su inmediata respuesta. La impaciencia me tiene en verdadero suplicio.

*Menzies.*

---

## Carta VII.

Brougthon á Menzies:

¿Te atreves á preguntarme en qué me has ofendido? ¡Por cierto que te sienta bien ese carácter, á tí que de modo tan repugnante has violado los fueros de la amistad, el derecho de gentes, la moral universal! ¿Te niegas á comprenderme? Pues que el mundo entero lo sepa y se escandalice de tu ma-

la acción. Voy á pronunciar á tu oído el nombre que resume tu delito: "Haimatocara." Sí, tú has dado este nombre á aquella á quien me has arrebatado, á quien tienes en secuestro, al tesoro que me enorgullecía en declarar mío en los anales eternos. Pero aun no renuncio á creerte virtuoso: me complazco en esperar que dominarás la funesta pasión que te extravía. Menzies, devuélveme á Haimatocara, y te estrecharé contra mi corazón como á un hermano idolatrado; olvidaré para siempre la dolorosa herida que me has hecho; consentiré en no ver en el rapto de Haimatocara sino un rasgo de irreflexión más bien que de perfidia. ¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela!

*Brougthon.*

---

## Carta VIII.

Menzies á Brougthon:

¿Qué arrebato, amigo mío, te extravía? ¿Haberte yo usurpado á Haimatocara, á Haimatocara, nacida en una categoría que

te ha sido siempre extraña y ajena; á Haimatocara, á quien yo he hallado libre, durmiendo en plumas bajo la bóveda del cielo? Soy el primero á quien ha visto con tiernos ojos; el primero que le ha dado nombre y posición. Tú que me llamas pérfido ¿no mereces ser tratado de loco, puesto que, ofuscado por envidia de mala ley, reclámas lo que ha llegado á ser propiedad mía, lo que me pertenecerá para siempre en los anales en que aspiras tan audazmente á alzarte con el bien ajeno? Nunca me separaré de mi querida Haimatocara. Por ella todo lo sacrificaría con gusto, hasta la vida, que no me interesa sino al respecto de tan inestimable tesoro.

*Menzies.*

——

## Carta IX.

Brougthon á Menzies:

¡Ladrón impudente y embustero! ¡Que no me pertenece Haimatocara! ¡Que la has conocido libre y sin dueño! ¿De quién era

la pluma en que dormía? ¿No te obligaba esa circunstancia á reconocer y confesar que sólo á mí pertenece Haimatocara? Devuélvemela, ó proclamaré á la faz del universo tu infamia. No á mí, sino á tí, hay que reprochar la baja envidia y los ridículos celos: eres tú quien trata de enriquecerse con lo ajeno; pero no lo conseguirás. Devuélveme á Haimatocara, ó empezaré á tenerte por el más redomado de los pícaros.

*Brougthon.*

---

Carta X.

Menzies á Brougthon:

Tú eres el tres veces pícaro. No se me quitará á Haimatocara sino con la vida.

*Menzies.*

---

Carta XI.

Brougthon á Menzies:

¡Miserable! ¿Con que no te podrá ser arrancada Haimatocara sino con la vida? Pues bien: que de su posesión decidan las

armas. Mañana á las seis de la tarde acude á la playa desierta, al pie del volcán. Confío en que no necesitarán de compostura tus pistolas.

*Brougthon.*

---

CARTA XII.

Menzies á Brougthon:

Acudiré á la playa á la hora indicada. Haimatocara será testigo del combate cuyo premio constituirá ella misma.

*Menzies.*

---

CARTA XIII.

El capitán Bligh al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

Hanararú en O-Wahú, Diciembre 26 de 1818. Lleno penosísimo deber noticiando á V. E. el lance terrible que nos priva de dos

personas honorables. De algún tiempo á esta parte notaba yo que los señores Brougthon y Menzies, íntimos é inseparables antes, habían roto entre sí, no siéndome posible adivinar la causa del rompimiento. Evitaban encontrarse y se cambiaban cartas y esquelas por medio de nuestro piloto Davis. Me ha contado éste que al recibir semejantes misivas mostraban uno y otro la más violenta agitación, y que Brougthon, sobre todo, en los últimos tiempos, arrojaba chispas contra su antiguo amigo. Davis vió á Brougthon cargando sus pistolas, y que salía ayer apresuradamente de Hananarú. Se dió prisa á buscarme Davis, y no bien me comunicó sus sospechas, cuando me trasladé al pie del volcán, en compañía del teniente Colinet y del cirujano Whidby; pareciéndome la playa de aquel lado lugar muy á propósito para un duelo; en lo cual no me engañé. Camino andando, oímos dos tiros: apresuramos el paso, y al llegar, hallamos á Menzies y á Brougthon en el suelo, bañados en sangre, con un balazo en la cabeza el primero, y con otro en el pecho el segundo; sin dar ya ninguno de los dos señales de vida. Es-

taban á diez pasos uno de otro, y entre ellos la causa fatal de su desdicha. En caja entapizada de papel dorado, y extendido en plumas de pichón, había un insecto de extraña forma y variados colores. Davis le declaró arador; aunque reconociendo que por la estructura de las patas y de la parte inferior del cuerpo, difería considerablemente de todas las especies hasta hoy conocidas. En la cubierta de la caja se leía: "Haimatocara."

Menzies había hallado este singular arador en el plumón de un palomino muerto por Brougthon y caído entre abrojos. Menzies, como descubridor del insecto, quería presentarle al mundo científico bajo el nombre de Haimatocara; mas Brougthon pretendía serle debido el honor del descubrimiento, por haber él muerto al pájaro en que fué hallado el insecto. De aquí el duelo en que ambos sabios hallaron la muerte.

Los papeles de Menzies me han revelado los pormenores de lo acontecido. Menzies aseguraba que este arador era el tipo de una especie enteramente nueva, que clasificaba entre *Pediculus pubescens, thorace trapezoideo, habitans in homine, Hottentottis,*

*Groelandisque, escam dilectam præbens et Nirmus crassicornis, capite ovato-oblongo, scutello thorace majore, abdomini lineari-lanceolato, habitans in anate, ansere et æmboschade.*

Estas indicaciones bastan para demostrar á V. E. que nuestro arador es único en su género. Aunque poco versado en historia natural, he observado atentamente á Haimatocara con el microscopio, y sus brillantes ojos, el riquísimo colorido de su lomo y la graciosa agilidad de sus movimientos me han parecido asegurarle indisputable supremacía entre todos los seres de su especie.

Aguardo las órdenes de V. E. ¿Debo empacar el insecto para enviarle al museo; ó hacerle arrojar al mar?

En espera de la resolución de V. E. Davis conserva á Haimatocara en su gorro de algodón; haciéndole yo responsable de su vida y hasta de su salud.

Admita V. E. &.,

*El capitán Bligh.*

---

## Carta XIV.

Respuesta del Gobernador:

Puerto Jackson, Mayo 1º de 1819.

Con el más profundo dolor he leído, señor capitán, la relación que me habéis hecho de la muerte de nuestros dos naturalistas. ¿Posible es que el celo por la ciencia extravíe á los hombres al extremo de hacerles olvidar lo que deben á la amistad, á sí mismos y á sus semejantes? Confío en que los señores Menzies y Brougthon habrán sido convenientemente inhumados. En cuanto á Haimatocara, en memoria de aquellos á quienes lloramos, la arrojaréis al mar, con los honores de costumbre.

Recibid &.,

*El Gobernador.*

---

## Carta XV.

El capitán Bligh al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

A bordo de la *Decouverte.*

Octubre 5 de 1819.

Las órdenes de V. E. relativamente á Haimatocara, han sido ejecutadas en presencia de la tripulación de gran uniforme, del rey Teimotú, de la reina Kahumanú y de varios dignatarios de la corona. Ayer á las seis en punto de la tarde, fué quitada del gorro de algodón de Davis por el teniente de marina Colinet y puesta en la caja que le debía servir de ataúd, después de haber sido en otro tiempo su habitación. La caja fué atada á una piedra grande, y arrojada por mí mismo al mar, al estruendo de tres salvas de artillería. En seguida la reina Kahumanú entonó una aria, coreada por todas las hembras de O-Wahú, y que resultó tan horrible como lo exigía la solemnidad. Después de tres nuevas salvas, se distribuyó carne y ron á los mari-

neros, y obsequiamos á Teimotú, á Kahumanú y á sus cortesanos con ginebra y otros refrescos.

La excelente reina todavía no se consuela de la pérdida de Menzies. Para honrar la memoria de este querido amigo nuestro se ha clavado en el cuerpo un colmillo de tiburón, y aun no está del todo cicatrizada su herida.

Davis, el fiel depositario de Haimatocara, pronunció conmovedora oración fúnebre, en que, después de bosquejar rápidamente la historia del demasiado célebre insecto, se extendió acerca de la fragilidad de las cosas humanas. Los marineros más endurecidos no han podido contener sus lágrimas, y Davis, ensayando á intervalos un aullido adecuado á las circunstancias, ha provocado de parte de los indígenas de O-Wahú aullidos análogos, aunque mucho más espantosos, lo cual realzó en sumo grado la dignidad de tan imponente ceremonia.

Recibid &.,

*El capitán Bligh.*

# CONFESIÓN HALLADA

EN UNA

# PRISION INGLESA

EN TIEMPO DE CARLOS II.

---

[POR CARLOS DICKENS]




UVE el grado de teniente en el ejército de Su Majestad, y serví en el extranjero durante las campañas de 1677 y 1678. Firmado el tratado de Nimega, volví al país y, dejando el servicio me retiré á una modesta propiedad territorial distante pocas millas de Londres hacia el Este, y que por herencia había adquirido mi esposa.

Ésta es la última noche que debo vivir, y consignaré aquí la verdad desnuda sin disfraz. Nunca fuí un hombre digno, y desde mi niñez tuve índole retraída, desconfiada y malévola. Hablo de mí mismo como si hubiera ya partido del mundo, porque mientras escribo están cavando mi sepulcro y se inscribe mi nombre en el negro libro de la muerte.

Poco después de mi regreso á Inglaterra,

mi único hermano contrajo una enfermedad mortal, lo cual poca ó ninguna pena me causó, porque desde que fuimos hombres raras veces nos habíamos juntado. Era él, de corazón franco y generoso, mejor parecido y dotado que yo, y generalmente querido. Las personas que en calidad de amigas suyas solicitaban mi trato en el extranjero ó en el país, poquísimas veces le cultivaban largo tiempo, y generalmente desde nuestra primera conversación se manifestaban sorprendidas de hallar hermanos tan desemejantes en físico y maneras. Costumbre mía era inducirlas á hacer tal confesión, sabiendo muy bien qué género de comparaciones ensayarían entre nosotros; y porque, abrigando yo, como abrigaba, rematadísima envidia, buscaba el medio de justificarla á mis propios ojos.

Nos habíamos casado con dos hermanas; y esto, que á muchos podría parecer un nuevo vínculo, sólo sirvió para hacernos más extraños uno á otro. Su esposa me conocía perfectamente. Jamás en presencia suya batallaba con envidia ó rencor secreto sin que aquella mujer lo supiera como yo mismo. En tales ocasiones nunca alzaba mis

ojos sin encontrarme con los suyos, y si bajaba yo la vista ó la desviaba, sentía que ella me seguía vigilando sin cesar. Dábanme indecible alivio nuestras disputas y pendencias, y me le dió aún mayor en el extranjero saber que había muerto. Ahora me parece como si algún extraño y terrible pronóstico de lo acaecido después, se nos hubiera revelado entonces. Me asustaba é intimidaba ella, y su mirada fija y resuelta pesa aún sobre mí como el recucrdo de un mal sueño, y me enfría la sangre en las venas.

Murió poco después de haber dado á luz un niño. Cuando mi hermano enfermo comprendió que debía perder toda esperanza de recobro, llamó á su lecho de muerte á mi mujer y confió á su protección al huérfano, de cuatro años de edad. Dejóle todos sus bienes, y dispuso que si el niño moría pasaran á mi esposa, como la sola prueba de gratitud que podía darle por su cuidado y cariño. Cambió unas cuantas palabras fraternales conmigo deplorando nuestra larga separación, y sintiéndose fatigado, cayó en un sueño de que no debía ya despertar.

No teníamoe nosotros hijos, y como ha-

bía reinado vivo afecto entre las hermanas y mi esposa se había anticipado á hacer veces de madre con el niño, le amaba cual si fuera suyo. El chico se le ligó apasionadamente; pero en cuerpo y alma era el retrato de la madre, y siempre desconfió de mí.

Apenas puedo fijar la época de la primera sensación; pero muy presto empecé á sentirme mal en presencia del niño. Nunca volvía en mí de cualquiera serie de pensamientos extravagantes sin encontrarme sus miradas, no de simple extrañeza ó admiración pueril, sino con algo de la intención y significación que á menudo había yo notado en la madre. No era esto preocupación mía dimanada de la semejanza extricta de facciones y de expresión. No podía ver de frente al niño. Me temía; pero al mismo tiempo parecía instintivamente despreciarme; y hasta en los momentos de retirarse esquivándose á mi examen—como acostumbraba hacerlo cuando estábamos solos y él se iba acercando más y más á la puerta—no despegaba de mí sus ojos.

Acaso me oculto á mí mismo la verdad; pero no creo que cuando esto tuvo principio, meditara yo hacerle daño alguno. Pue-

do haber pensado en lo muy bien que nos habría venido su herencia, y hasta puedo haberle deseado la muerte; pero creo no me vino idea alguna de procurársela. Tampoco me vino después, de un golpe tal idea, sino muy lentamente y por grados, presentándoseme al principio en formas muy nebulosas y á remotísima distancia, como podemos pensar en un terremoto posible, ó en el último día; en seguida dibujándose más y más de cerca y perdiendo algo de su horror é improbabilidad; después viniendo á formar una parte, más aun, la totalidad de mis pensamientos diarios, y resolviéndose en simple cuestión de medios y seguridad; no de obrar, ni de abstenerme del hecho.

Mientras esto seguía en mi interior su camino, me era insoportable que el niño me sorprendiera observándole, y, sin embargo, como por efecto de cierta especie de fascinación, me obstinaba en contemplar lo ligero y frágil de su estructura y en pensar cuán fácilmente se podría acabar con ella. A veces subía yo la escalera á observarle mientras dormía; pero más comunmente rondaba por el jardín, cerca de la ventana del cuarto en que estudiaba sus lecciones,

y desde allí, como él se sentaba en un banquillo al lado de mi esposa, le espiaba yo horas enteras detrás de un árbol, sobrecogiéndome, como un malvado miserable que era, á cada crujido y movimiento de las hojas, y volviendo á espiar y á sobrecogerme.

Cerca y á un lado de la casa, pero sin verse desde ella, y también fuera del alcance del oído si no hacía viento, había una sábana de agua de cierta profundidad. Empleé días enteros en labrar con mi navaja de bolsa un basto modelo de bote que, una vez acabado, dejé al paso del niño. En seguida me retiré á un lugar oculto, por donde debería pasar si iba él sólo á hacer flotar el juguete en el agua, y desde allí aguardé su venida. No apareció aquel día ni al siguiente, aunque le esperé desde las doce hasta la caída de la tarde. Estaba yo cierto de que le tenía en mis redes, porque le había oído charlar del bote; y sabía que en su pueril entusiasmo no se acostaba sin el juguete al lado. No sentí cansancio ó fatiga; seguí con toda paciencia vigilando, y al tercer día pasó cerca de mí el niño, corriendo alegremente, con su sedoso cabello tendido al viento, y cantando— ¡ Dios tenga piedad de mí !— can-

tando una balada expresiva cuyas palabras apenas podía pronunciar.

Lancéme tras él, agazapándome detrás de los arbustos que por allí crecían, y sólo Satanás supo con qué terror yo, hombre fornido, rastreaba las huellas de aquella débil criatura, en tanto que iba acercándose á la orilla del agua. Llegué junto á él, y había doblado una rodilla y alzado mi diestra para empujarle al agua, cuando vió en ella mi sombra y volvió la cara.

El alma de su madre estaba en sus ojos. De repente se abrió paso el sol entre las nubes, brillando en el claro firmamento, en la lustrosa tierra, en las chispeantes gotas de lluvia sobre las ramas. Había ojos en todas partes. La luz universal estaba allí para alumbrar y ver la ejecución del asesinato. No sé lo que dijo el niño: su sangre se hizo varonil y atrevida, y, pequeño como era, no se intimidó ni abatió ante mí. Oíle gritar que procuraría quererme—no que me querría—y luego le ví correr hacia la casa. Un instante después, ví la espada desnuda en mi mano, y á él tendido y muerto á mis piés, salpicado de sangre á trechos, y, por lo demás, tal como le había visto dormido, y

hasta en la misma actitud, con la mejilla puesta sobre su manecita.

Toméle en mis brazos y le acosté—muy blandamente ahora que estaba muerto—entre unos matorrales. Mi esposa había salido ese día para no regresar sino al siguiente. La ventana de nuestro cuarto de dormir, único de aquel lado de la casa, quedaba á muy poca altura del suelo, y resolví bajar por dicha ventana en la noche y enterrarle en el jardín.

No pensaba en lo más mínimo en que pudiera malograrse mi intento, ni en que sería registrada el agua sin hallar nada en ella, ni en que se gastaría profusamente el dinero, puesto qne yo debía divulgar y fomentar la idea de que se había perdido el niño ó le habían robado. Todos mis pensamientos se encerraban y anudaban en la absorbente necesidad de ocultar lo que había yo hecho.

Lo que sentí cuando vinieron á decirme que no parecía el niño, cuando despaché espías y mensajeros en todas direcciones, cuando temblaba sin respirar al acercárseme alguien, no hay lenguaje ni mente humana que puedan decirlo ni figurárselo. Enterré-

le aquella noche. Cuando aparté las ramas y ví hácia el oscuro fondo del matorral, brillaba una luciérnaga, como el espíritu patente de Dios, sobre el asesinado niño. Víle por última vez cuando ya le había colocado en la fosa, y aun brillaba en su pecho la luciérnaga; ojo de luz dirigido al cielo como pidiendo á las estrellas que me observaran en mi obra.

Tuve que encontrarme con mi mujer, que darle la noticia y que infundirle la esperanza de que presto sería hallado el niño. Supongo que hice todo eso con apariencias de sinceridad, pues no infundí sospecha alguna. Hecho esto, me senté en la ventana del dormitorio y permanecí allí todo el día, vigilando el lugar en que se ocultaba tan horrible secreto.

Estaba en una parte del terreno que se acababa de remover para cubrirle de césped nuevo, y había yo escogido el sitio considerando que en él llamarían ménos la atención los rastros de mi azada. Los operarios que ponían el nuevo césped deben haberme creído loco. Los acosaba continuamente para que expeditaran su labor, corría á ayudarles en ella, aplanaba el suelo con mis

piés, y los despedí con febril ansiedad. Antes de anochecer habían terminado su tarea, y me creí ya relativamente seguro.

Dormí, no como los hombres tranquilos y satisfechos, sino pasando de sueños vagos y sombríos en que se me perseguía y acorralaba como fiera, á visiones del jardín y del césped, á través del cual asomaban ya una mano, ya un pié, ya la cabeza misma. A esta sazón despertaba yo una y otra vez y corría á la ventana á cerciorarme de que no era real aquello. Hecho esto, me volvía á la cama, y asì pasé la noche en paroxismos y sobresaltos, acostándome y levantándome más de veinte veces, y soñando siempre lo mismo, lo cual era mucho peor que permanecer despierto, pues cada sueño me causaba y repetía por completo el padecimiento y horror de toda la noche. Una vez soñé que el niño estaba vivo y que yo nunca había tratado de matarle. Despertar de ese sueño fué la agonía más terrible de todas.

A otro día me senté de nuevo en la ventana, sin quitar una sola vez los ojos del sitio que, aunque cubierto de césped, me era tan patente en su forma, su tamaño y profundidad, en sus disparejos flancos y en

todo, como si hubiera estado abierto en pleno día. Cuando pasó un criado sobre él, creí que se iba á hundir el hombre, é inmediatamente fuí á investigar si sus pisadas no habían desportillado los bordes. Si volaba por ahí un pájaro, me aterrorizaba la idea de que por cualquiera circunstancia viniera á determinar el descubrimiento; si soplaba una ráfaga de brisa me parecía que cuchicheaba sobre el asesinato. No había vista ó sonido por comunes é insignificantes que fueran siempre, que ahora no me causaran miedo, y en esta actitud de incesante vigilancia gasté tres días completos.

Al cuarto llegaron á mis puertas un veterano que había servido conmigo en el extranjero, y un oficial camarada suyo, á quien yo nunca había visto. Comprendí que me era imposible alejarme de la vista del sitio. Era una tarde de verano, é invité á mis huéspedes á tomar algún bocado y una botella de vino en el jardín. Me senté en una silla puesta sobre el sepulcro, y estando así seguro de que nadie podría tocarle sin conocimiento mío, procuré beber y conversar.

Expresaron ellos la esperanza de que mi esposa estaría bien; de que no por enferme-

dad permanecería en su recámara, y de que no la habrían intimidado las visitas. ¿Qué podía yo hacer sino repetirles con lengua tartajosa el caso del niño? El oficial á quien yo no conocía era hombre desdeñoso, y mantuvo la vista en el suelo mientras yo hablaba. Aun esto me aterrorizaba, sin poder desechar la idea de que algo veía que debiera inducirle á sospechar la verdad. Atropelladamente le pregunté si suponía.. y aquí me detuve.—"¿Que el niño haya sido asesinado?" dijo, mirándome al rostro: ¡Oh! ¡No! ¿Qué ganaría nadie con asesinar á una pobre criatura"? Nadie mejor que yo se lo podría haber explicado; pero me callé, y me estremecí como si tuviera calosfrío.

Equivocando la causa de mi emoción, trataron de halagarme cou la esperanza de que sin duda alguna sería hallado el niño—¡Vaya un modo de tranquilizarme!—cuando oí un aullido grave y profundo, y en seguida saltaron de la cerca al jardín dos perros grandes que, olfateando y rastreando el suelo, daban nuevos ladridos.

—"¡Sabuesos!" exclamaron mis huéspedes.

¿Qué necesidad había de decírmelo? No había yo visto perros de esa especie en toda mi vida; pero sabía lo que eran y á qué venían. Me agarré fuertemente de los brazos de la silla, y ni hablaba ni me movía.

—"Son de raza pura,—dijo el hombre á quien yo había conocido en el extranjero,—y sin duda los sacaron á hacer ejercicio y se le escaparon al cuidador." ¡Hermosos animales!"

Él y su amigo seguían viendo á los perros, que, acercando al suelo la nariz, se agitaban sin tregua en torno nuestro, corriendo de aquí para allá, de este lado y del otro, unas veces en círculo, otras en línea recta, como fieras enloquecidas, sin hacer en tanto el menor caso de nosotros; pero repetida y continuamente alzando la cabeza y repitiendo el lastimero aullido que ya conocíamos, y volviendo á husmear y rastrear el suelo con avidez acá y allá y por todas partes, y con mayor energía; y aunque no paraban un punto, iban reduciendo el círculo de sus investigaciones y movimientos, acercándose á determinado sitio, y acortando constantemente más y más la distancia que los separaba de mí.

Al fin llegaron á los pies del sillón en que me sentaba, y dando nuevos y espantosos aullidos, trataban de mover y apartar las barras de madera que los separaban del terreno bajo mi asiento. Yo observaba los semblantes de los dos individuos que estaban allí conmigo.

—"Olfatean alguna presa,"—exclamaron ambos á un tiempo.

—"No olfatean ninguna presa" —repuse.

—"En nombre del cielo, quitaos—dijo uno de de ellos, con demasiada vehemencia á mi juicio—ó vais á ser despedazado."

—"Que me destrocen miembro por miembro,—grité.—No me quitaré jamás de este lugar. ¿Deben los perros precipitar á los hombres á una muerte afrentosa? ¡Muérdanlos y háganlos trizas en buena hora!"

—"Algún misterio criminal hay aquí —dijo el oficial desconocido, desenvainando su espada.—En nombre del Rey Carlos, ayudadme á prender á este hombre."

Los dos vinieron sobre mí, y me forzaron á levantarme, aunque yo luchaba y los agarraba y mordía como un lobo. Tras breve pugna, lograron sujetarme, y entonces ¡Dios

mío! ví á los iracundos perros escarbar y descubrir la fosa....

¿Qué más hay que decir? Que caí de rodillas y, rechinándome los dientes, confesé la verdad, y pedí gracia. Que después negué el hecho, y ahora le confieso de nuevo. Que he sido juzgado, hallado reo y condenado. Que no tengo ni el valor de anticipar mi suerte, ni el de afrontarla de un modo varonil. Que no hallo ni compasión, ni consuelo, ni esperanza, ni amigo. Que mi esposa, afortunadamente esta vez, ha perdido las facultades que debieran hacerle comprender mi horrible desgracia y la suya. Que estoy entre estos muros á solas con mi ángel malo, y que muero mañana!



UNA HISTORIA

DEL

# LONDRES ANTIGUO

POR CARLOS DICKENS.

---



N el siglo décimo sexto y bajo el reinado de Isabel, de gloriosa memoria—aunque la sangre oxidó muchos de sus dorados días—vivía en la ciudad de Londres, denodado aprendiz que amaba á la hija de su maestro. Indudable es que, murallas adentro, habría multitud de aprendices jóvenes en igual caso; pero yo solamente me refiero á uno de ellos que se llamaba Hugo Graham.

Era el tal Hugo aprendiz de un honrado fabricante de arcos y flechas, avecindado en el cuartel de Cheype, y á quien se suponía poseedor de grandes riquezas. El rumor público en aquellos días era casi tan falible como hoy; pero entonces como ahora, solía por casualidad resultar verdadero, y atinó con lo cierto al suponer al viejo arquero una fábrica de moneda. Su tráfico había si-

do muy provechoso en tiempo de Enrique VIII, que protegía y fomentaba esa arma en sumo grado en el ejército; y el fabricante obró como prudente y discreto. Vino así á acontecer que Miss Alicia, hija única suya, fuese la heredera más rica de todo el rico cuartel en que vivían. Hugo á menudo sostenía á punta y lomo de garrote que era la más bella; y, para hacer justicia al joven, creo que estaba en lo cierto.

Si hubiera podido ganar el corazón de la linda Alicia metiendo á golpes tal convicción en las cabezas duras de la gente, Hugo no habría tenido por qué temer el resultado. Pero, aunque la hija del arquero se sonreía á solas oyendo hablar de las heroicidades hechas en honor suyo, y aunque su infantil doncella daba noticia de todas esas y otras muchas sonrisas á Hugo, y éste prodigaba pasmosamente los besos y la moneda menuda en calidad de recompensa á la fidelidad de la doncella, no hacía progresos en su amor. No se atrevía él á murmurarle al oído de Alicia miéntras ella misma no le diera ocasión y ánimo, lo cual jamás hizo la joven. Una mirada de sus negrísimos ojos, cuando solía sentarse á la puerta en las tar-

des de verano después del toque de oraciones, mientras él y los demás aprendices del contorno se ejercitaban en el manejo de embotadas tizonas y escudos, encendía á Hugo la sangre al extremo de que nadie podía hacerle frente; pero Alicia miraba en seguida á otros casi tan benévolamente como á su enamorado; y ¿qué bienes resultaban de ganar ó destruir coronas si Miss Alicia sonreía al vencido lo mismo que al vencedor?

Hugo, sin embargo, seguía adelante en su afecto, y la amaba más y más cada vez. Pensaba en ella todo el día, y la soñaba durante la noche. Recogía y guardaba hasta la menor de sus palabras y ademanes, y le palpitaba el corazón al oír sus pasos en la escalera ó su voz en la alcoba contigua. Para él la casa del arquero no era sino la morada de un ángel, estando como encantado el aire y espacio en que se movía; y no habría sido milagroso, á juicio suyo, que de los esterados pisos brotasen flores al andar la amable Alicia por ellos.

Nunca aprendiz alguno anheló tanto por distinguirse ante su amada como Hugo. Hacíase á veces la ilusión de que la casa se incendiara en la noche y que cuando todos

huyeran ó retrocedieran atemorizados, se arrojara él entre humo y llamas á sacar de las ruinas á la joven. Otra vez se figuraba levantamientos y tumultos, el ataque de la ciudad por los rebeldes, y un recio asalto especial á la casa del arquero, en que él, Hugo, caía en los umbrales lleno de innumerables heridas por defender á Alicia. Si solamente le fuese dado obrar algún prodigio de valor, algún hecho admirable que ella supiera inspirado por ella misma, Hugo creía poder morir satisfecho.

De cuando en cuando acostumbraban el arquero y su hija ir á cenar con un honrado ciudadano á las seis de la tarde, que era la hora de moda: y en tales ocasiones Hugo, llevando su blusa de aprendiz con toda la galantería posible entre aprendices, los acompañaba con su linterna y su fiel garrote para escoltarlos á su regreso. Eran esos momentos los más brillantes de su vida. Adelantar la linterna mientras Alicia veía dónde pisaba; tocar su mano al ayudarla á atravesar los malos pasos, ó sentirla apoyada en su propio brazo—que á tal grado solían llegar las cosas;—¡ hé aquí el colmo de la felicidad!

Cuando las noches eran hermosas marchaba á retaguardia y á alguna distancia de ellos Hugo, fijos sus ojos en la amable forma de la hija del arquero. Así recorrían las angostas y tortuosas calles de la ciudad, ora pasando bajo las molduras sobresalientes de las antiguas casas de madera, de que colgaban rechinantes muestras y rótulos; ora saliendo de algún lóbrego y temeroso pasillo á la clara luz de la luna. Si acontecía entonces que las voces de vagabundos camorristas llegaban á sus oídos, la joven solía dirigir tímidamente la vista á Hugo, pidiéndole que se acercara lo más posible; y aquí era de verle enarbolando su garrote y deseoso de batirse hasta con una docena de alborotadores, todo ello por el amor de Miss Alicia.

El arquero acostumbraba prestar dinero á interés á los galanes de la corte, y en tal virtud acontecía que no pocos caballeros ricamente vestidos desmontaban á su puerta. Más ondulantes plumajes y soberbios caballos eran, en verdad, vistos en la casa del arquero, y más sedas y terciopelos bordados en su tienda, que en las de ningún otro mercader de la ciudad. En aquellos tiempos

no menos que en los actuales, parecía como si los caballeros de más lujoso aspecto fue ran á menudo los más necesitados de dinero.

Entre esos deslumbradores clientes había uno que siempre acudía solo, aunque soberbiamente montado; y, careciendo de criado, daba á cuidar su caballo á Hugo, mientras él entraba y se encerraba con el arquero. Una vez, al saltar á la silla el noble, Miss Alicia se hallaba sentada en una ventana alta, y antes de que pndiera retirarse, él había alzado su gorra llena de joyas y besaba su propia mano á guisa de galante saludo. Hugo le observaba caracoleando calle arriba, y ardía en cólera. Pero ¡cuánto más profunda fué la indignación que enrojeció su semblante cuando, al levantar los ojos hacia la ventana, vió que también Alicia observaba al extranjero!

Volvió de nuevo y á menudo, cada vez más elegantemente ataviado, y la ventana seguía dejándole ver á Miss Alicia, quien, al cabo, un aciago día huyó de su casa. Recia lucha debío costarle, pues todos los regalos de su padre quedaron regados por el cuarto, como si se hubiera ido separando

de ellos de uno en uno, previendo la forzosa llegada de un tiempo en que esas prendas del cariño paternal le torcerían el corazón. No obstante ello, había partido.

Dejó una carta, encomendando á su anciano padre al cuidado de Hugo, y expresando el deseo de que éste pudiera ser más feliz de lo que hubiera sido jamás con ella; pues merecía el amor de un corazón mejor y más puro que el que Alicia pudiera darle. No se atrevía á implorar el perdón del anciano; pero rogaba á Dios que le bendijera. Terminaba con esto y un borrón en el papel que habían regado sus lágrimas.

Terrible fué al principio la indignación del arquero, quien llevó hasta los pies del trono su queja; pero supo en la corte que no había reparación posible á su agravio, porque su hija había sido llevada al extranjero; lo cuál resultó cierto, pues al cabo de algunos años se recibió de Francia una carta de puño y letra de Alicia. De sus caracteres trazados con mano temblorosa y casi ilegibles, poco se pudo sacar en limpio sino que á menudo pensaba en su antiguo hogar y en su querida y dulce alcoba; que había

soñado á su padre muerto sin bendecirla, y que sentía rompérsele el corazón.

El pobre viejo siguió viviendo sin permitir jamás que Hugo se apartara de su vista, porque ahora comprendía que el joven había amado á su hija, y que era el único lazo que le quedaba en la tierra. Rompióse al cabo, y murió el arquero, dejando al antiguo aprendiz su establecimiento y sus bienes todos, y encargándole solemnemente en su última hora que vengara á su hija, si alguna vez el causante de su desdicha se le volvía á atravesar en el camino.

Desde la época de la fuga de Alicia, el huertecillo, los campos, la escuela de esgrima y las diversiones de las tardes de verano habían perdido de vista á Hugo para siempre. Llevaba consigo muerta el alma; se había levantado á grande altura y consideración entre los ciudadanos; pero nunca se le veía sonreír, ni se mezclaba en sus regocijos y reuniones. Digno, humano y generoso, era amado de todos. Compadecíanle, además, cuantos sabían su historia, y eran tantos, que cuando iba á lo largo de las calles solo y de noche, hasta las gentes más rudas y humildes se quitaban el som-

brero ante él, mezclando brusco aire de simpatía en sus demostraciones de respeto.

Cierta noche de Mayo—era el cumpleaños de Alicia y el vigésimo aniversario de su fuga—Hugo Graham estaba sentado en el cuarto que había ella alegrado de niña. Hombre cano era ya él, aunque todavía en el vigor de su vida. Antiguos pensamientos le habían dado allí compañía durante largas horas, y la recámara iba gradualmente quedando á obscuras, cuando llamó la atención de Hugo un toquido poco ruidoso en la puerta exterior de la casa. Bajó apresuradamente, y al abrir vió á la luz de una lámpara tomada al paso, una forma femenil acurrucada en el portal y que, alzándose, penetró apresuradamente hacia la escalera. Miró él si la perseguían; mas no había una alma en la calle.

Inclinábase á suponer aquello simple ilusión de sus sentidos, cuando repentinamente le asaltó vaga sospecha de la verdad. Atrancó la puerta y subió bruscamente. Sí; allí estaba ella, en la alcoba abandonada, en su hogar inocente y feliz en otro tiempo; tan cambiada, que nadie sino Hugo habría podido descubrir en su aspecto un solo ras-

go de lo que fué. Allí estaba de rodillas, cubriéndose la enrojecida faz con las manos enclavijadas que hacían temblar la agonía y la vergüenza.

—¡Dios mio! ¡Dios mio—exclamaba— envíame ahora la muerte. Aunque yo he traído la muerte y la vergüenza y el dolor bajo este techo, muera yo aquí, y muera perdonada!

No había lágrimas en sus ojos, pero se estremecía y contemplaba la recámara toda. Permanecía en su antiguo lugar cada cosa. La cama estaba como si en la mañana se hubiera levantado de ella. La vista de tan familiares objetos acusaba la cariñosa memoria en que Alicia había sido guardada; y el tizne y la mancha que ella traía consigo eran superiores á lo que la excelente índole femenil que la hacía regresar allí era capaz de soportar. Alicia sollozó y cayó al suelo.

Difundióse algunos días después el rumor de que la cruel hija del arquero había regresado, y de que Maese Hugo Graham le había dado alojamiento en su casa. Susurróse, además, que le había cedido sus bienes para que los empleara en obras de

caridad, y que se había consagrado á cuidarla en su soledad y retiro; pero sin que jamás debieran volver á verse. Tales rumores irritaron á todas las esposas é hijas virtuosas del cuartel, principalmente cuando vino á corroborarlos en cierto modo la circunstancia de haberse ido Maese Graham á vivir á una casa contigua. La estimación en que se le tenía, sin embargo, impidió la menor investigación en la materia; y como la casa del arquero permanecía cerrada de firme y nadie salía de ella en días de espectáculos y festividades, ni á pavonearse en los paseos públicos, ni á comprar las últimas modas en las barracas de los merceros, todas las mujeres honradas convinieron en que no podía vivir allí mujer alguna.

Apenas se iban desvaneciendo estos chismes, cuando la admiración de todos los buenos ciudadanos de uno y otro sexo, fué aumentada y enteramente absorbida por una proclama real en que Su Majestad, censurando duramente la costumbre de llevar al cinto espadas españolas de longitud desmesurada--costumbre que se calificaba de propia de fanfarrones y perdonavidas, y de causa ocasional de efusión de sangre y

de público desorden—mandaba que un día señalado en el mismo rescripto, determinados ciudadanos de gravedad y distinción se trasladaran á las puertas ó garitas de la ciudad, y allí rompieran públicamente las tizonas todas usadas ó llevadas por las personas que se presentaran, y las cuales tizonas excedieran hasta en un simple cuarto de pulgada la medida legal de tres pies ingleses de largo.

Las proclamas ó pragmáticas reales generalmente siguen su curso sin causar tanta admiración al público. El día señalado, dos ciudadanos de buena reputación ocuparon su puesto en cada una de las garitas, sostenidos por un destacamento de la guardia de la ciudad, el grueso del cual se destinaba á hacer cumplir la voluntad de la reina aprehendiendo y custodiando á los rebeldes si los hubiese: en tanto que algunos guardias deberían tener consigo los intrumentos y medidas legales para reducir todas las espadas prohibidas á las dimensiones prescritas. En virtud de lo dispuesto, Maese Hugo Graham y otro vecino se apostaron en Lud--Gate, en la altura ó colina frente á San Pablo.

Vistosa y muy numerosa concurrencia se fué reuniendo en aquel sitio, porque, además de los comisionados y oficiales que debían hacer ejecutar el rescripto, había abigarrada turba de mirones de toda especie, que de vez en cuando lanzaban hurras y exclamaciones, según las circunstancias lo requerían. Un joven, muy gentil cortesano, fué el primero que se acercó, desenvainando su arma de acero bruñido que resplandecía á los rayos del sol, y tendiéndola con ademán solemne al comisionado, quien, al hallarla de tres pies justos de largo, se la devolvió con un saludo, en seguida de lo cual el galán alzó el sombrero, y gritando "¡Dios salve á la Reina!" se retiró entre los aplausos de la gente. Vino luego otro cortesano, todavía más garrido trayendo una hoja de sólo dos pies de longitud, de la cual se rió la turba, con no poca mengua de la dignidad de su señoría. Apareció después un finchado oficial ya viejo, provisto de una tizona á que sobraba pie y medio cuando menos, motivando esto recias exclamaciones y que los más de los espectadores, especialmente los armeros y cuchilleros, se rieran de buena gana ante la

idea de la quebrazón consiguiente. Pero resultaron chasqueados, pues el rudísimo veterano desciñéndose con todo calma la espada y dándola al asistente para que se la llevara á su casa, se alejó desarmado con no poca indignación de los circunstantes. Algo se tranquilizaron y alegraron recibiendo á gritos á un individuo alto y presuntuoso con arma descomunal, quien se detuvo como perplejo al aspecto de los prepa-parativos, y, después de reflexionar un poco, voloió las espaldas y se fué. Pero á todo esto no había sido rota una sola espada, aunque era ya más de medio día, y todos los caballeros de importancia tomaban su camino hacia el atrio de San Pablo.

Duranle todo ese tiempo, Maese Graham había permanecido aparte, limitándose extrictamente á sus obligaciones y sin hacer caso de los demás. Pero se adelantó algunos pasos á la sazón que un caballero, á pie, ricamente vestido y acompañado de un solo criado, empezaba á subir hácia la colina.

Al acercarse más el personaje, suspendió la turba sus gritos y se convirtió á él mirándole ávidamente. Estaba Maese Graham

solo en el portillo, y como venía hacia él, aunque lentamente, el extranjero, acabaron por hallarse uno frente á otro. El noble, pues parecía serlo, con un aire altanero y desdeñoso daba á entender el poco aprecio que hacía del ciudadano. Este, á su turno, conservaba el ademán resuelto de quien no se intimida ni avasalla, curándose muy poco de cualquiera otra nobleza que no sea la del mérito y el valor. Acaso cada quien tuvo alguna conciencia de los sentimientos que á su respecto abrigaba el otro, y esto infundió expresión más dura á las miradas de ambos cuando llegaron á juntarse.

—"Vuestra espada, señor."

En el momento mismo de pronunciar estas palabras, se sobrecogió Graham y, retrocediendo algunos pasos, llevó su diestra á la daga que tenía al cinto.

—"¿Sois el hombre cuyo caballo acostumbraba yo cuidar á la puerta del arquero? ¿Sois aquel hombre? ¡Hablad!"

—"¡Quita allá! ¡El sabueso del aprendiz!" dijo el otro.

—"¡Sois aquel! ¡Os conozco bien!" gritó Graham. "Nadie se nos interponga por-

que le mataré.'' Diciendo esto, sacó la daga y se lanzó sobre el extranjero.

Este, antes de que mediara una sola palabra, había desenvainado su arma á fin de tenerla lista para el examen. Dirigió una estocada á su agresor; pero la daga que Graham tenía en la mano izquierda y con que estaba entonces en uso parar tales golpes, desvió la espada, y se agarraron los dos adversarios. La daga cayó al suelo, y Graham, quitando al noble la espada, se la metió en el corazón. Al querer sacarla se partió, quedando uno de los dos pedazos en el cadáver.

Todo esto pasó con una rapidez tal, que los circunstantes ni siquiera trataron de intervenir; pero, no bien había caido el hombre cuando estalló gran tumulto y alboroto. El criado, corriendo hacia la garita, proclamaba que su amo, un noble, había sido atacado y asesinado por un ciudadano. Presto anduvo de boca en boca la noticia, y la catedral de San Pablo y todas las barracas de libros y los figones y fumaderos del atrio dieron salida á un verdadero aluvión de caballeros y criados que, mezclados en masa compacta y agitadísima, pugnaban,

espada en mano, por acercarse al lugar de la catástrofe.

Con igual impetuosidad y estimulándose unos á otros con gritos y exclamaciones, los ciudadanos y gente del pueblo bajo hicieron suya la pendencia, y rodeando á centenares á Graham, le arrancaron de la garita. En vano esgrimía él encima de su cabeza el trozo de espada, gritando que anhelaba morir en el umbral de Londres, por la sagrada causa de la inmunidad de sus hogares. Arrebatáronle consigo, manteniéndole constantemente en el centro para que nadie pudiera tocarle, y peleando se abrieron paso al interior de la ciudad.

El sonido metálico de las espadas y el estruendo de las vociferaciones; el polvo, el calor y la apretura; las gentes derribadas y pisoteadas por la multitud; las miradas y los gritos de angustia de las mujeres en las ventanas al reconocer á sus parientes ó á sus novios entre la turba; el apresurado toque de alarma con las campanas, y la rabia y el paroxismo dominantes, todo era terrible y espantoso. Los hombres que, por hallarse en las extremidades de las masas contendientes podían hacer uso de sus armas, peleaban

desesperadamente entre sí; mientras los del centro, enloquecidos de inútil rabia, se herían unos á otros sobre las cabezas de los intermediarios, y atropellaban á sus mismos compañeros. Cada vez que la rota espada aparecía sobre las cabezas de la gente, hacían los caballeros nuevo empuje para acercársele. Cada una de sus cargas abría brecha en el tropel en que caían y eran pisoteados los hombres; pero tan pronto como se abría se cerraba, haciéndose de nuevo compacta la multitud, y exhibiendo una masa confusa de espadas, palos, duelas de barril, plumas destrozadas, jirones de capas y de almillas, é iracundos y ensangrentados rostros, todo ello mezclado en inextricable desorden.

El designio de los partidarios de Maese Graham era obligarle á refugiarse en su habitación y defenderle allí hasta que pudieran intervenir las autoridades ó ganar ellos tiempo para parlamentar. Pero, fuese por ignorancia ó por la confusión del momento, se detuvieron en su antigua casa, que estaba cerrada de firme. Perdióse algún tiempo en echar abajo la puerta y hacer avanzar á Hugo del centro de la muchedumbre hacia la misma puerta. Cosa de una veintena de los

más atrevidos del otro bando, mientras se ejecutaba lo expuesto, se lanzó también hacia la puerta, llegando á ella al mismo tiempo que Graham, y aprehendiéndole y separándole de sus defensores.

—"¡Jamás retrocederé ante causa tan justa, así me ayude el cielo!" —gritaba Graham en voz tan fuerte que, al cabo, se hizo oír, y haciéndoles frente mientras hablaba. —"¡Mucho menos cejaré en este umbral, que debe su desolación á hombres de vuestro rango! ¡Ni doy cuartel ni quiero recibirlo! ¡Herid!"

Por un momento se detuvieron perplejos ante él. Pero casi en el mismo punto, un tiro de mano invisible, al parecer disparado por alguien que había penetrado á una de las casas de enfrente, hirió en la cabeza á Graham, y éste cayó muerto. Oyóse como un lamento en el aire, y muchas de las gentes allí reunidas dijeron haber visto aparecerse una fantasma en la ventana del arquero.

Siguióse mortal silencio. Tras breve pausa, algunos del enardecido tropel soltaron sus armas y cargaron con el cadáver, llevándole con tiento al interior de la casa.

Otros se separaron y alejaron en grupos de dos ó tres, ó hablaban en corrillos; y antes de que llegara numerosa guardia que se avistaba, quedó casi desierta la calle.

Los que, subiendo la escalera, llevaban á Maese Graham á la cama, extrañaron ver á una mujer caída y con las manos enclavijadas, al pié de la ventana. Después de procurar en vano hacerla volver en sí, la tendieron cerca del ciudadano, quien conservaba en su diestra rígida la primera y última espada rota aquel día en Lud-Gate.

FIN.

# INDICE.

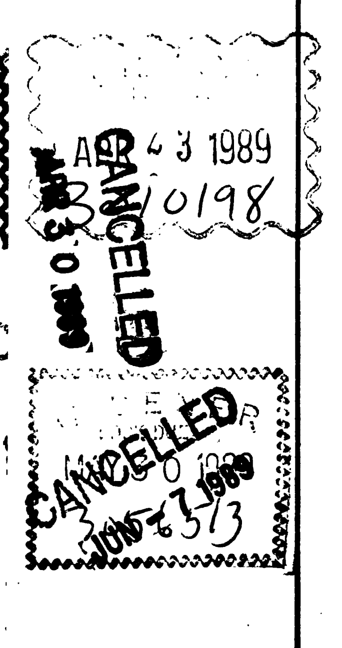

Págs.

Noticia del autor .................. V
Cuentos originales:
El Rey y el Bufón .............. 1
Combates en el Aire ............. 25
Noche al Raso .................. 41
El Crucifijo Milagroso ........ 52
La Docena de sillas para igualar. 62
El Cuadro de Murillo ......... 71
El Hombre del Caballo Rucio .. 94
A dos dedos del abismo ....... 112
Conclusión .................. 151
Lanchitas ...................... 153
Buondelmonti ................... 175
Cuentos traducidos:
Primeras impresiones. Traducido del inglés ................... 209
Hoffman y sus cuentos .......... 239
La dicha en el juego .......... 243
Maese Martin y sus Obreros ... 291
Haimatocara .................. 397

Págs.

Confesión; hallada en una prisión inglesa por Carlos Dickens, traducida del inglés............. 425
Una historia del Londres antiguo, por Carlos Dickens, traducida del inglés.................... 443

*Acabóse de imprimir este libro el viernes 4 de Noviembre de 1897, en la Imprenta de Victoriano Agüeros, situada en la calle de la Cerca de Sto. Domingo núm. 4.*


APR 4 3 1989
CANCELLED
CANCELLED
JUN 7 1989